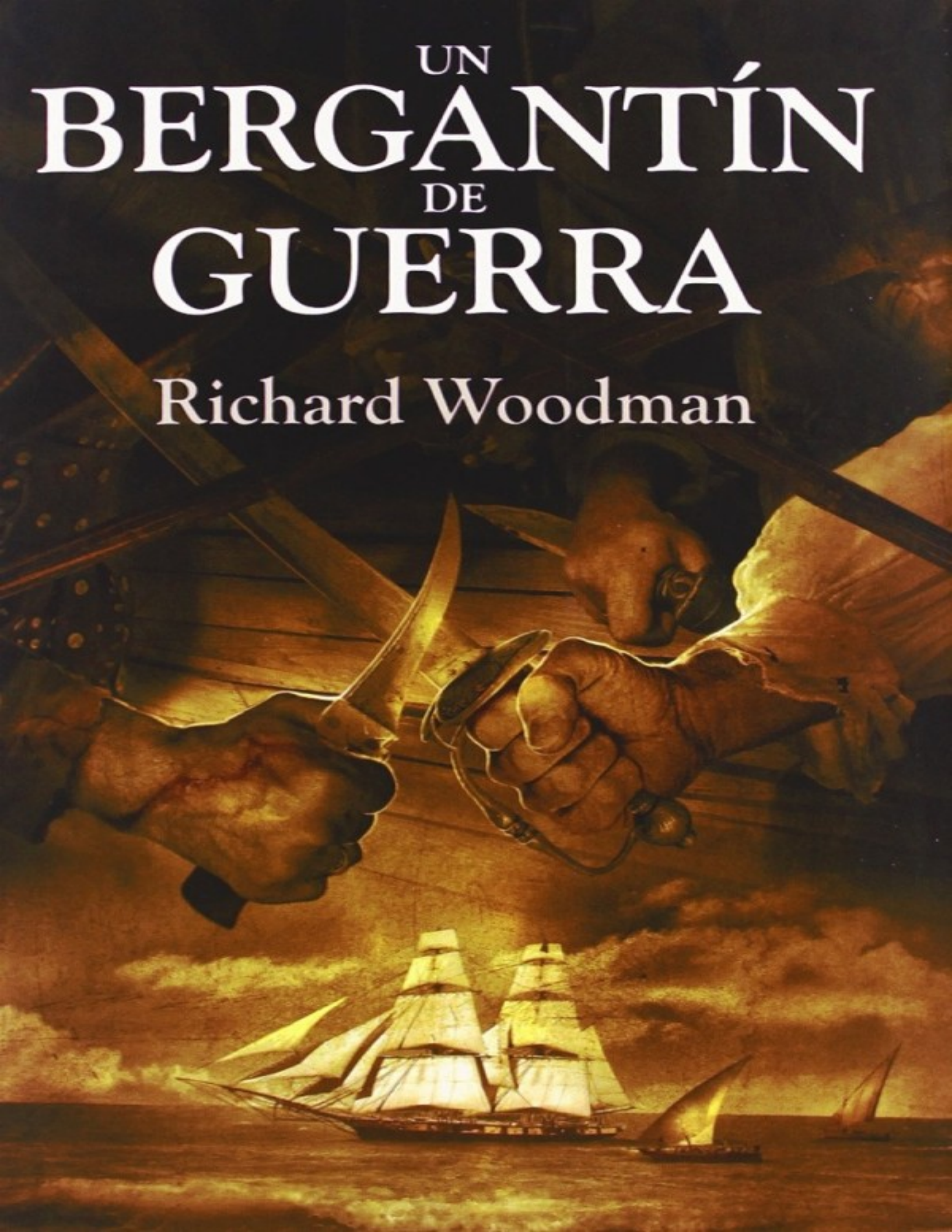
UN BERGANTÍN DE GUERRA

Richard Woodman



1798. Napoleón prepara un ejército para conquistar Egipto. El almirante Nelson cree que lo utilizará como cabeza de puente para atacar la India con la ayuda del rebelde Tipoo Sahib. Rápidamente, decide enviar al bergantín *Hellebore*, del que es teniente Nathaniel Drinkwater, al Mar Rojo en una misión urgente. Deberán contactar con la flota de la India y destruir las fuerzas navales francesas de la zona.

Pronto, el *Hellebore*, se encontrará en medio de una operación naval a gran escala acosando el flanco de las tropas francesas. Lo que no se puede llegar a imaginar Drinkwater es que en esas cálidas aguas que bañan ciudades exóticas, surcadas por misteriosos *dhows* e infestadas de tiburones, se encontrará con sus dos grandes enemigos: el escurridizo capitán francés Santhonax y el sádico y retorcido teniente Morris, su pesadilla cuando sirvió como guardiamarina en la fragata *Cyclops*.

Ambos harán lo posible por acabar como sea con la vida de nuestro héroe…

Richard Woodman

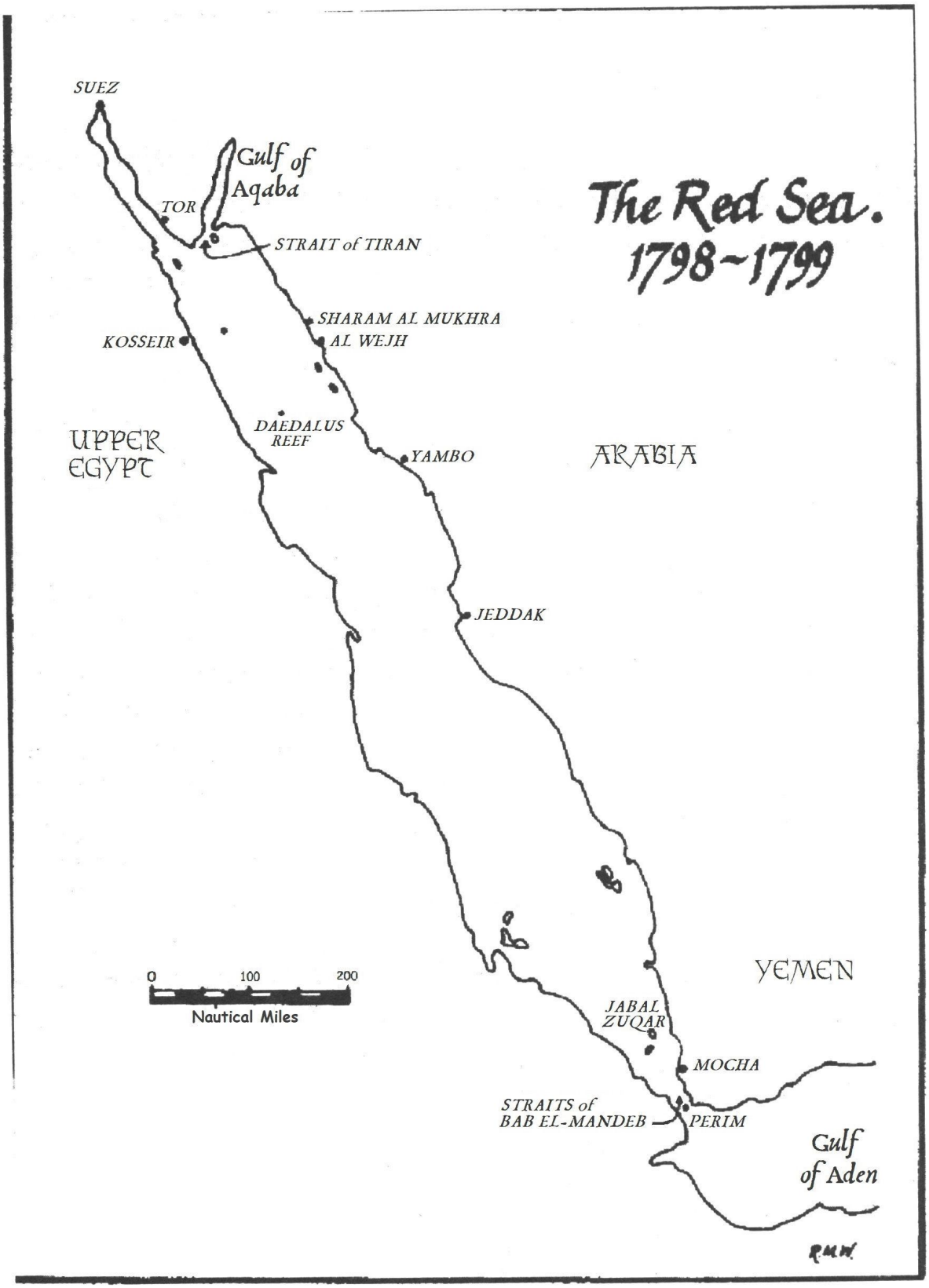
Un bergantín de guerra

Nathaniel Drinkwater - 3

Para Christine

Creo que piensan seguir adelante con su plan de apoderarse de Alejandría y trasladar tropas a la India; un plan concertado con Tipoo Sahib, y que no es en absoluto tan difícil como podría imaginarse.

NELSON, 1798


The Red Sea.
1798-1799
SUEZ
Gulf of Aqaba
TOR
STRAIT of TIRAN
SHARAM AL MUKHRA
AL WEJH
KOSSEIR
DAEDALUS REEF
YAMBO
UPPER EGYPT
ARABIA
JEDDAK
YEMEN
JABAL ZUQAR
MOCHA
STRAITS of BAB EL-MANDEB
PERIM
Gulf of Aden
0
100
200
Nautical Miles
RMW

Prólogo

Febrero de 1798

París

La lluvia azotaba la ventana, y más allá del patio el capitán de marina observó la insignia tricolor, enhiesta por el viento y luminosa contra la atmósfera gris que cubría París. Imaginó los efectos de la tormenta sobre las verdes aguas del Canal y en la costa inglesa del otro lado, desolada y empapada por la lluvia.

Tras él los dos secretarios se inclinaron sobre sus escritorios. El rumor de los papeles se aquietó respetuosamente. Un aire de expectación llenó la sala, aumentado por la puerta abierta. Finalmente, unos pasos apresurados resonaron en el pasillo, y los secretarios se inclinaron con mayor diligencia sobre sus tareas. El oficial de marina se volvió a medias desde la ventana, y luego siguió estudiando el cielo.

Los pasos resonaron con más fuerza, y en la habitación entró un joven bajo, delgado y pálido cuyo largo cabello caía por encima del cuello de una casaca de general demasiado grande. Iba acompañado de un húsar, de cuyo hombro izquierdo colgaba descuidadamente una ornamentada pelliza.

—¡Ah, Bourienne! —dijo el general bruscamente, con una voz que reflejaba la misma energía que sus pasos rápidos con los que había entrado—. ¿Tiene los despachos para los generales Dommartin y Cafarelli? Bien, bien. —Tomó los papeles y les echó un vistazo,

asintiendo con satisfacción—. Ya ves, Androche —dijo al húsar—, todo va bien, muy bien, y el proyecto de Inglaterra está muerto. —Se volvió a la ventana—. ¿A quién tenemos aquí, Bourienne?

—Este es el capitán de fragata Santhonax, general Bonaparte.

—¡Ah!

Al oír su nombre, el oficial naval se volvió. Era mucho más alto que el general, con rasgos atractivos severamente desfigurados por una cicatriz reciente que se elevaba desde la comisura de sus labios hasta la mejilla izquierda. Se inclinó ligeramente y miró a los ojos escrutadores del general Bonaparte.

—De modo, capitán, que consiguió escapar de los ingleses, ¿eh?

—Sí, ciudadano general. Llegué a París hace tres semanas.

—Y ya se ha casado, ¿eh? —Santhonax asintió, consciente de que el corso lo sabía todo sobre él. El general continuó su paseo, con la cabeza baja mientras meditaba—. Acabo de volver de inspeccionar los puertos del Canal y los preparativos para la invasión de Inglaterra… —Se detuvo bruscamente frente a Santhonax—. ¿Cuál es su opinión sobre la viabilidad de esa empresa?

—Resultará imposible sin un control completo del Canal; cualquier intento sin la suficiente superioridad en la zona está condenado, ciudadano general. Las condiciones en el Canal pueden cambiar muy rápidamente; deberíamos sostener el control al menos durante una semana. Si la flota británica no puede ser vencida, debemos ahuyentarla con estratagemas o amenazas…

—¡Exacto! Eso es lo que he dicho al Directorio… Pero ¿tenemos la capacidad de conseguir esa superioridad local?

—No, ciudadano general. —Santhonax bajó los ojos ante la penetrante mirada de Bonaparte. Mientras aquel joven se dedicaba a echar de Italia a los austríacos, él había trabajado para conseguir aquella superioridad, tratando de llevar a la flota holandesa a Brest. El intento había sido frustrado por los británicos en Camperdown cuatro meses atrás.

—¡Hum! —exclamó Bonaparte—. Entonces estamos de acuerdo en todo, capitán. Eso es excelente, excelente. La Armada inglesa

tendrá que encontrar empleo en un lugar diferente, ¿eh, Androche? —Se volvió al húsar—. Este es Androche Junot, capitán, un viejo amigo de los Bonaparte. —Ambos hombres se inclinaron—. Pero la Armada inglesa terminará por acabar con la riqueza de Inglaterra. ¿Qué opina usted de los ingleses, capitán?

—Son enemigos implacables de la Revolución, general Bonaparte, y de Francia —suspiró Santhonax—. Poseen una gran tenacidad, y no debemos subestimarlos.

Bonaparte resopló con escepticismo.

—Pero usted logró huir de ellos, ¿no? ¿Cómo lo consiguió?

—Después de mi captura me llevaron a la cárcel de Maidstone. Al cabo de unas semanas, fui trasladado a los barcos penitenciarios de Portsmouth. Sin embargo, mi uniforme había quedado tan destrozado después de la batalla de Camperdown que conseguí que mis carceleros me facilitaran una casaca de civil. Cuando el carruaje en el que me trasladaban cambió de caballos en un lugar llamado Guildford, conseguí escapar.

—¿Y?

—Me metí por un callejón y luego entré en la primera taberna, donde ocupé una mesa en un rincón. Hablo inglés sin acento, ciudadano general —dijo Santhonax encogiéndose de hombros.

—¿Y esto? —Bonaparte señaló su propia mejilla.

—Los soldados buscaban a un hombre vendado. Me quité la venda y me senté en un rincón oscuro. No me descubrieron. —Hizo una pausa y continuó—. Estoy acostumbrado a los subterfugios.

—Sí, sí, capitán. Conozco sus servicios a la República, y tiene usted reputación de ser intrépido y audaz. El almirante Bruix habla muy bien de usted, y como en este momento no es usted una persona muy grata al Directorio… —Bonaparte hizo una pausa mientras Santhonax se sonrojaba ante aquella alusión a su fracaso —, lo ha recomendado para esta misión especial. —El general volvió a detenerse frente a Santhonax y lo miró directamente—. Tengo entendido que le han destinado a una fragata, ¿verdad, capitán?

—La fragata *Antigone*, ciudadano general, que ahora se prepara en Rochefort para un viaje largo. También me llevaré las corbetas *La Torride* y *Annette*. Se me ha ordenado asumir el mando como comodoro después de recibir las órdenes finales.

—Bien, muy bien. —Bonaparte extendió la mano hacia Bourienne y el secretario le entregó un paquete sellado—. Los británicos tienen una pequeña escuadra en el Mar Rojo. No deberían preocuparle. Como le han dicho, la Armada bajo mi mando se dirige a Egipto. Cuando mis veteranos lleguen a las costas del Mar Rojo, espero que usted nos habrá asegurado suficiente transporte, barcos locales, por supuesto, y un puerto de embarque para una división, que trasladará usted a la India, capitán Santhonax. ¿Conoce bien esas aguas?

—Serví con Suffren, ciudadano general. De modo que hostigaremos a los británicos en la India. —Los ojos de Santhonax brillaban con un nuevo entusiasmo.

—Usted solo transportará a la avanzadilla. Me consumo aquí en París, capitán. En la India encontraremos el imperio legado por Alejandro. Allí nos espera la grandeza. —No era el discurso de un fanático. Santhonax había oído suficientes discursos durante la Revolución. Pero el entusiasmo de Bonaparte era contagioso. Tras la derrota de Camperdown y su captura, había parecido que la ambición de Santhonax se había agotado. Pero con solo unas palabras, aquel corso diminuto y dinámico había arrinconado el pasado, como la propia Revolución. Nuevas visiones de gloria se abrían a su imaginación ante aquel hombre para quien todo era posible.

Súbitamente Bonaparte tendió a Santhonax el paquete sellado. Junot se inclinó para susurrarle al oído.

—¡Ah! Sí, Androche me recuerda que su esposa es una celebrada belleza. Bien, bien. El matrimonio es lo que une a un hombre a su país, y la belleza es la inspiración de la ambición, ¿eh? Traiga usted a Madame Santhonax a la Rue Victoire esta noche, capitán, mi esposa

celebra una *soirée*. Mañana partirá hacia Rochefort. Eso es todo, capitán.

Cuando Santhonax salió de la habitación, el general Bonaparte ya estaba dictando a sus secretarios.

Capítulo 1

Febrero-junio de 1798

La escolta del convoy

Una niebla baja cubría el valle del Meon, adonde aún no había llegado el pálido sol invernal. Bajo las ramas goteantes de los manzanos, el teniente Nathaniel Drinkwater paseaba lentamente arriba y abajo, estremeciéndose ligeramente en el aire helado. No había dormido bien; había despertado de un sueño lleno de rostros inquietantes con los que, una vez en casa, no quería volver a tener nada que ver. El silencio nocturno de la casita le resultaba todavía extraño, incluso después de dos meses de permiso y lejos de los crujidos del casco del *Kestrel*. Se había levantado temprano para evitar que su inquietud despertara a su esposa, dormida a su lado. Mientras recorría el camino del pequeño jardín, el frío hizo que le doliera la herida del hombro, provocando que su mente regresara al punto en el que la pesadilla lo había arrancado al reposo.

Fue Edouard Santhonax quien le infligió la herida y el hombre con quien había soñado. Pero al recobrar la conciencia recordó que Santhonax estaba a buen recaudo. Respecto a su amante, la encantadora Hortense Montholon, se encontraba en Francia mendigando para comer, ¡que el diablo se la lleve! Sintió que el sol perforaba la niebla, calentándole la espalda y ahuyentando por fin las pesadillas de la noche. Las tormentas recientes habían remitido,

dando paso a mañanas gélidas de brillante sol. El chasquido de una puerta le recordó que se encontraba en circunstancias más felices.

El cabello oscuro rodeaba el rostro de Elizabeth, y sus ojos castaños estaban llenos de preocupación.

—¿Te encuentras bien, querido? —le preguntó suavemente, poniéndole una mano en el brazo—. ¿No has oído que han llamado a la puerta de la calle?

—Me encuentro muy bien, Bess. ¿Quién era?

—El señor Jackson, de la oficina de correos, ha enviado al joven Will desde Petersfield con cartas para ti. Están sobre la mesa.

—Tendré que dar las gracias al señor Jackson. —Drinkwater se movió para entrar en la casa, pero ella lo detuvo.

—Nathaniel, ¿qué es lo que te inquieta? —Y luego, en voz más baja—: ¿No te habré decepcionado?

La abrazó y la besó, y luego ambos entraron a leer las cartas. Abrió primero la que llevaba el sello del Almirantazgo: «Señor, se le ordena que al recibir estas instrucciones se dirija…». Lo nombraban primer oficial del bergantín corbeta *Hellebore* al mando del comandante Griffiths. En silencio entregó la carta a Elizabeth, que se mordió el labio inferior mientras leía. Drinkwater tomó la segunda carta, reconociendo la letra, temblorosa pero aún valiente y fluida.

Mi querido Nathaniel:

Sin duda habrá recibido ya las instrucciones de Sus Señorías para enrolarse en el bergantín bajo mi mando. Es un barco nuevo, fondeado en Deptford. No se apresure. Yo ya estoy a bordo y haré sus guardias; bastará con que se incorpore a final de mes. Nuestra tripulación ha aumentado, ya que pude reclutar a todos los hombres del Kestrel. Zarparemos en misión de convoy.

Salude a su esposa de mi parte,

Su seguro servidor, etc.

Madoc Griffiths

P. D. Ayer tuve noticias de que el señor Santhonax escapó de la cárcel y que lleva un mes en libertad.

Drinkwater quedó estupefacto, y la opresión de la noche regresó a su rostro. Elizabeth lo observaba, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tan pronto, querido…

Él le sonrió tristemente.

—Madoc me ha dado un poco más de permiso. —Le tendió la segunda carta.

—Querido Madoc —dijo ella, secándose los ojos.

—Sí, está haciendo mis guardias. No tiene ningún otro sitio adonde ir. —Le rodeó la cintura con un brazo y volvieron a besarse.

—Vamos, tenemos tiempo de completar la compra de la casa de Petersfield, y la cocinera debería llegar a finales de semana. Serás una auténtica *grande dame*.

—¿Te llevarás a Tregembo?

—Dudo de que pudiera retenerlo —rio él.

Quedaron en silencio. Elizabeth pensaba en los meses de soledad que la esperaban, y Drinkwater, deslealmente, en su nuevo bergantín.

—*Hellebore* —dijo en voz alta—. ¿No es un nombre de flor, o algo así? ¿Elizabeth? ¿De qué diablos te ríes?

El teniente Richard White tenía la guardia de mañana a bordo del *Victory*. Con la insignia del conde de Saint Vincent al viento, el gran barco de tres cubiertas avanzaba rumbo al noroeste, con el resto de la escuadra en línea por delante y detrás de él. Al este, el rompeolas y el faro de Cádiz se recortaban débilmente bajo el sol, pero el catalejo de White apuntaba hacia delante, donde un cúter había izado la señal de vela a la vista hacia el norte.

Un pequeño guardiamarina se le acercó corriendo.

—Parece el convoy, señor.

—Gracias, señor Lee. Tenga la amabilidad de informar a milord y al capitán.

El señor Lee tenía diez años, y había conseguido ganarse el afecto del teniente White por ser el único oficial a bordo del *Victory* más bajo que él mismo. De modo instintivo, White pasó la vista por la cubierta, comprobando que todos los cabos estuvieran en su sitio, todos los hombres en sus puestos y todas las velas perfectamente tensadas antes de que el ojo de águila de Saint Vincent cayera sobre ellas.

—Buenos días, milord —dijo White, abandonando el lado de barlovento de la cubierta y descubriéndose cuando el almirante ascendió a la toldilla para observar mejor a los recién llegados.

—Buenos días —repuso el almirante con aquella cortesía impecable que hacía que sus reproches fueran aún más terribles.

El capitán Grey y sir Robert Calder, capitán de la flota, también acudieron a cubierta, seguidos por el segundo de a bordo del *Victory* y otros oficiales, pues cualquier barco procedente de Inglaterra traía noticias; cartas y chismes con los que aliviar el tedio del bloqueo.

El convoy era ya visible; seis barcos mercantes escoltados por un bergantín de cuyo calcés brotó una serie de señales. El señor Lee repitió los números al oído de White, tras lo cual hizo una pausa mientras consultaba las listas.

—El bergantín *Hellebore*, señor, al mando del comandante Griffiths.

—Gracias, señor Lee. El bergantín *Hellebore* y el capitán Griffiths, milord, con el convoy.

—Gracias, señor White. Tenga la bondad de pedirle que envíe un bote con un oficial.

—A la orden, milord. —Se volvió hacia Lee, que ya estaba dibujando la señal en su pizarrín y gritando los números de las señales a un marinero.

White, que había dado al comandante su título de cortesía al dirigirse al puntilloso Saint Vincent, se preguntaba dónde había oído

aquel nombre antes. No pasó mucho rato antes de que tuviera la respuesta.

Cuando el bote del bergantín se enganchó a las cadenas del *Victory*, reconoció enseguida a la figura que apareció en el puerto de entrada.

—¡Nathaniel! Mi querido amigo, de modo que sigues con Griffiths, ¿eh? ¡Cómo me alegro de verte! ¡Y te han ascendido! —White señaló el botón dorado en el puño del teniente, mientras lo sacudía vigorosamente para darle la bienvenida—. Que me cuelguen, estoy encantado, encantado, pero ven, Saint Vincent no permitirá que nos quedemos charlando.

Drinkwater siguió a su viejo amigo llenó de aprensión. Habían pasado muchos años desde que pisara por última vez la cubierta de un barco como aquel, y la ordenada precisión del *Victory* se combinó con su tamaño para hacer que el *Venerable* del almirante Duncan le pareciera mucho más pequeño, viejo y destartalado. Drinkwater se descubrió e hizo una inclinación breve, y esperaba que elegante, cuando White le presentó al conde. Se vio sometido a un intenso escrutinio por parte de unos ojos viejos y astutos que brillaban en un rostro capaz de pasar en un momento de la aprobación al reproche. Lord Saint Vincent estudió al hombre que tenía frente a él. La mirada inteligente de Drinkwater se encontró con la del almirante. Tenía treinta y cuatro años, era delgado y de estatura media. Su rostro estaba curtido y arrugado en torno a los ojos grises y los labios, con la delgada línea de una antigua cicatriz descendiendo por la mejilla izquierda. Había algunas quemaduras de pólvora azuladas en torno a los ojos, como manchas de tinta. El cabello de Drinkwater, al descubierto una vez se hubo quitado el sombrero, era todavía de un intenso color castaño, recogido en una larga coleta en la nuca. No era un oficial de barco insignia, decidió el almirante, pero sí uno muy válido, a juzgar por su boca, llena y expresiva, y por la firmeza de su mirada. Aquella boca le recordaba a la de Nelson, pensó Saint Vincent con cierto afecto, y Nelson había sido un auténtico problema hasta que pudo izar su propia insignia.

—¿Está usted casado? —preguntó bruscamente Saint Vincent.

—Hum, sí, milord —replicó Drinkwater, algo abochornado.

—Una lástima, señor mío, una lástima. Un oficial casado suele perderse para el servicio. Venga, vamos a mi camarote y discutiremos la disposición de su convoy. Sir Robert, un segundo de su tiempo…

Tras haberse ocupado de los asuntos de la flota, Drinkwater tuvo unos minutos para intercambiar noticias con White mientras el *Victory* izaba la gavia del mastelero y llamaba al bote del *Hellebore*.

—¿Cómo está Elizabeth, mi querido amigo?

—Está muy bien, Richard, y me hubiera pedido que te diera recuerdos suyos de haber sabido que nos encontraríamos.

—¿Cuándo te ascendieron, Nat?

—Después de Camperdown.

—Ah, de modo que estuviste allí. ¡Maldita sea! Todavía puedes presumir de haber estado en una batalla más que yo —sonrió—. ¿Hay más gente del *Kestrel* en tu bergantín, aparte de Griffiths?

—Sí. Recordarás a Tregembo, y al viejo Appleby…

—¿Qué? ¿El viejo parlanchín de Harry Appleby? Que me cuelguen. Parece un barco bonito, Nat —dijo, asintiendo hacia el bergantín.

—Está bastante bien, pero tú sigues teniendo ventajas —replicó Drinkwater, señalando con un gesto de la mano al *Victory* y a los importantes personajes de su cubierta y aludiendo al rápido ascenso de White en comparación con el suyo—. Trabajar en un convoy no es exactamente la mejor manera de llegar a capitán.

—No, Nat, pero me apuesto algo a que os han enviado al Mediterráneo, ¿no? —Drinkwater asintió y White siguió hablando—. Allí es donde está Nelson, frente a Tolón, Nat, y donde esté Nelson está la acción y la gloria. —Los ojos de White centelleaban—. Saint Vincent lo envió de vuelta al Mediterráneo después de que lo evacuáramos el año pasado, y hace un mes reforzó a Nelson con la escuadra de Troubridge. Los echó a todos de la boca del puerto antes de que los refuerzos de Curtis hubieran alcanzado a la flota. Y

los malditos «dons» españoles ni siquiera se enteraron de que habían cambiado a toda la escuadra. ¿Qué te parece, eh? No —palmeó el brazo de Drinkwater con aire condescendiente—, el Mediterráneo es el lugar apropiado, Nat. Seguro que hay acción con Nelson.

—Solo estamos escoltando a un convoy con un bergantín, Richard —dijo Drinkwater, restándole importancia.

White se echó a reír y le tendió la mano.

—¡Que la fortuna te sonría, Nat, pues todos somos sus rehenes!

Se estrecharon las manos y Drinkwater descendió hasta el bote, donde el señor Quilhampton, dos años mayor que el señor Lee, pero con una pequeña parte de la experiencia de este, impresionado por la masa del *Victory* cerniéndose sobre su pequeño cúter, experimentó ciertas dificultades para separar el bote del costado del barco de guerra.

—Tranquilo ahora, señor Q. Adelante, timón arriba y después baje los remos. Es la única forma, ¿comprende? —dijo Drinkwater pacientemente, volviéndose a mirar hacia el *Victory*. Sus gavias ya estaban hinchadas por el viento, y la sonrisa de White era claramente visible. Drinkwater miró hacia delante, al frágil y diminuto *Hellebore*. El cúter se elevó por encima de las olas largas y bajas del Atlántico, y el mar danzaba azul y dorado bajo el sol mientras el suave viento del oeste hacía ondear su superficie. Notó el calor en los músculos de su brazo derecho.

—El *Hecuba* y el *Molly* nos acompañarán al Mediterráneo, hasta donde está Nelson, frente a Tolón. Hemos de ponernos en marcha lo antes posible. —Drinkwater observó a Griffiths, que se apoyaba pesadamente en la barandilla, contemplando la elegante línea formada al este por la flota británica.

—*Prydferth, bach*, muy hermoso —murmuró. Drinkwater miró a popa, hacia el convoy, cuyas gavias se agitaban desordenadamente

mientras esperaban para conocer su destino. Había botes avanzando hacia el bergantín—. He llamado a los capitanes —explicó Griffiths.

—¿Cómo está hoy su pierna, señor? —preguntó Drinkwater mientras esperaban la llegada de los botes. El anciano y canoso galés contempló con disgusto su extremidad, extendida muy tiesa sobre una cureña delante de él.

—Ah, que el diablo se la lleve, es una maldita carga. Y ahora Appleby me dice que tengo gota. Y antes de que saque el tema de la botella —se apresuró a continuar con severidad burlona—, quiero que sepa que sin ella esto sería intolerable, ¿comprende?

Ambos sonrieron; su relación presentaba un marcado contraste con la formalidad del alcázar del *Victory*. Habían navegado juntos durante seis años, primero en el cúter de doce cañones *Kestrel*, y su intimidad se basaba en una amistad respetada por ambos y en el distanciamiento profesional. Griffiths era un hombre enfermo, sujeto a episodios recurrentes de malaria, cuyo mando le había sido concedido en reconocimiento a los servicios prestados a la inteligencia británica. Sin el *Hellebore*, Griffiths se hubiera consumido en tierra, un solterón solitario y amargado en algún alojamiento anónimo. Había solicitado a Drinkwater como su segundo en parte por gratitud, y en parte por amistad. Y si Griffiths trataba de proteger su propia carrera a base de delegar en Drinkwater con total confianza, podía consolarse con la idea de que también prestaba un servicio al joven.

—Olvida usted, señor Drinkwater, que si no me hubiera roto la pierna el año pasado, usted no hubiera podido estar al mando del *Kestrel* en Camperdown.

Drinkwater asintió, pero la conversación se vio interrumpida por la llegada de los capitanes de los mercantes.

A estribor, las montañas pardas del Atlas brillaban rojizas a la luz del ocaso. A babor, las colinas del sur de España descendían hasta el promontorio bajo de Tarifa. Muy por delante de su alargada sombra,

el Mediterráneo se abría ante el bauprés del bergantín. Desde su cubierta, la luz horizontal ponía de relieve todos los detalles de su diseño; las líneas tensas del cordaje, los rebordes de los motones, la lona enrojecida y el brillo artificial de su decoración. A popa, en ambas cuadras, los seguían las siluetas oscuras del *Hecuba* y el *Molly*. Drinkwater interrumpió su paseo cuando el flaco guardiamarina se cruzó en su camino.

—¿Sí, señor Q? —Hacía tiempo que los oficiales del bergantín *Hellebore* habían dejado de trabucarse tratando de pronunciar el nombre de Quilhampton. Era un nombre demasiado grandioso para un animal tan insignificante como aquel voluntario. Una vez más, Drinkwater experimentó el curioso recuerdo de Elizabeth que le provocaba el muchacho, pues había sido él quien le consiguió la plaza a petición de su esposa. La señora Quilhampton era una hermosa viuda que ayudaba ocasionalmente a Elizabeth en su escuela, y Drinkwater se había sentido halagado y divertido de que alguien lo considerara una persona con la suficiente influencia para pedirle un favor como aquel. Y el parecido con sus propios comienzos en la vida naval le despertaba una simpatía natural. Había accedido con muy pocas reticencias, y se había visto recompensado con un abrazo bastante desvergonzado de la madre del chico. En aquel momento, la actitud deseosa de complacer del muchacho lo irritaba por su poder de despertarle recuerdos.

—Bien —espetó—, vamos, vamos, ¿qué demonios quiere?

—Perdone, señor, pero el señor Appleby le presenta sus respetos y quiere saber adónde vamos, señor.

—¿No lo sabe, señor Q? —dijo Drinkwater ablandándose.

—N… no, señor.

—Vamos, vamos, ¿qué ve a estribor?

—¿A estribor, señor? Pues tierra, señor.

—¿Y a babor?

—Eso también es tierra, señor.

—Sí, señor Q. A estribor está África, a babor Europa. ¿Y qué supone usted que hay entremedias? ¿Qué le enseñó sobre esto la

señora Drinkwater, eh?

—¿Es el M… Mediterráneo, señor?

—Así es, señor Q —replicó Drinkwater con una sonrisa—. ¿Y sabe usted quién está al mando en el Mediterráneo?

—Señor, eso sí lo sé. Sir Horacio Nelson, señor —dijo el muchacho con firmeza.

—Muy bien, señor Q. Ahora diríjase directamente al cirujano, infórmele de estos hechos y dígale que el conde Saint Vincent nos ha ordenado llevar el contenido de los dos barcos de popa al vicealmirante Nelson frente a Tolón.

—A la orden, señor.

—Y, señor Q…

—¿Señor?

—Pida también al señor Appleby que tenga una jarra de ron lista para mí cuando baje al sonar las ocho campanadas.

Drinkwater observó cómo el emocionado Quilhampton corría hacia abajo. Igual que el guardiamarina, sentía curiosidad por Nelson, un personaje conocido por todos los muchachos de Inglaterra desde su osada maniobra frente al cabo de San Vicente. Y había corrido más riesgos causados por hombres importantes del Almirantazgo que por el propio enemigo. Drinkwater sabía que muchos opinaban que Nelson sería fusilado por desobediencia en cuestión de poco tiempo, igual que otros se quejaban de que no era un buen marinero. Ciertamente, no poseía las habilidades de un Pellew o un Keats, y aunque gozaba de la confianza de Saint Vincent, se había visto involucrado en el fiasco de Santa Cruz. Drinkwater pensó que tal vez era un hombre parecido al inquieto Smith, con quien había servido brevemente en el Canal, un hombre de fuerte carisma cuyas deficiencias podían olvidarse gracias a ese mismo carisma. Pero, concluyó, dijera lo que dijera White sobre el tema, aquello no cambiaba el hecho de que el *Hellebore* no era más que un bergantín, incapaz de intervenir en misiones mucho más difíciles que la que desempeñaban en aquel momento.

Capítulo 2

Julio de 1798

Nelson

—No nos ha reconocido, señor. ¿Disparo un cañón a sotavento?

Griffiths miró a popa, hacia donde estaba el *Hecuba*, cuyo trinquete provisional daba testimonio mudo de la violencia del tiempo, luchaba por entrar en la bahía.

—No, señor Drinkwater. No olvide que es un barco mercante con una cuarta parte de nuestra dotación, y, ahora mismo, *bach*, todos los hombres de a bordo estarán ocupados.

Drinkwater se sintió irritado por el suave reproche, pero no dijo nada. La semana de ansiedad terminaría pronto. Al sur de Menorca y ascendiendo hacia Tolón, el mistral del norte había azotado al pequeño convoy con inusitada violencia. El trinquete del *Hecuba* había caído por la borda y se habían visto obligados a desviarse al este y buscar refugio en Córcega. Drinkwater miró adelante, a la línea costera de la isla y las montañas picudas que se elevaban oscuras contra el resplandor del amanecer. A babor, el cabo Morsetta les ofrecía lentamente su refugio mientras avanzaban con dificultad hacia la bahía de Crovani.

—¡Ah de la cubierta! ¡Vela a la vista, señor!

El grito desde el calcés hizo que los catalejos de ambos hombres se levantaran simultáneamente. En las sombras de la costa yacía un

barco de tres palos, con las perchas desnudas de lona mientras se movía sobre el ancla.

—Una polacra —murmuró Griffiths—. La investigaremos cuando hayamos anclado a ese pato mareado —dijo, señalando con la cabeza por encima del hombro.

El convoy entró en la bahía. Pronto pudieron distinguir cada uno de los pinos que se elevaban a suficiente altura para proporcionarles buenos mástiles.

—Barco a barlovento, señor Lestock —ordenó Griffiths al piloto, un hombre pequeño e inquieto con aire de irritación permanente—. Puede disparar su cañón cuando hayamos soltado el ancla, señor Drinkwater.

—A la orden, señor. —Lestock estaba gritando órdenes a través del altavoz mientras los hombres corrían a las brazas, agradecidos de encontrarse a sotavento de la costa mientras la cubierta del *Hellebore* adoptaba una posición horizontal. La gavia mayor golpeó el mástil y redistribuyó su tirón por todo el cordaje fijo hasta el casco. El *Hellebore* perdió impulso hacia delante y empezó a desviarse.

—¡Suelten ancla!

La maza del carpintero descendió una vez, y la proa del bergantín se sacudió ligeramente al soltar el peso del ancla de leva. El chapoteo se perdió en el estampido del cañón de seis libras. Mientras Lestock y sus hombres se ocupaban de arriar las velas, Drinkwater paseó su catalejo por la bahía. El *Molly* empezaba a retroceder y vio el chapoteo bajo su proa cuadrada de estilo norteño cuando soltaron su ancla. Pero el *Hecuba* continuaba mirando a tierra mientras sus hombres pugnaban por reducir la vela del trinquete. Incapaz de maniobrar con las gavias a causa de la avería del trinquete, su capitán se había visto obligado a mantener las velas grandes hasta el último momento, y algo había salido mal.

—¿Por qué no retrocede ese maldito trasto? —murmuró Drinkwater para sí. Entretanto, junto a él Lestock rugió «¡Arriba y a estibar!» por el altavoz. Los hombres del *Hellebore* saltaron

enseguida al cordaje para meter las gavias en los rebenques, ansiosos por tener el barco asegurado, el fuego de la cocina encendido y un plato de gachas calientes con melaza en sus estómagos vacíos y encogidos.

Entonces vio que el *Hecuba* se ceñía al viento y observó que la gran vela mayor se doblaba en pliegues como una lavandera recogiéndose la falda; la gavia principal se aplastó contra la cofa y se oyó el chapoteo del ancla de leva cuando la soltaron.

—Convoy anclado, señor —informó a Griffiths.

El comandante asintió.

—Parece que su cañón ha tenido otros efectos. —Griffiths señaló con el catalejo a la polacra, anclada más cerca de la costa que ellos. Drinkwater estudió la insignia desconocida que habían izado a su calcés.

—Bandera ragusana, señor Drinkwater, y me juego cualquier cosa a que usted no los hubiera distinguido del Gran Turco.

Drinkwater sintió que la tensión lo abandonaba.

—Y ganaría usted la apuesta, señor.

Lestock se llevó la mano al sombrero ante Griffiths.

—Barco anclado y asegurado, señor.

—Muy bien, señor Lestock, llame a los hombres a desayunar, y luego quiero un grupo de trabajo al mando del señor Rogers preparado para ayudar en las reparaciones del *Hecuba*. Envíe a sus dos segundos. Oh, y que vaya también el señor Dalziell. Me gustaría mucho saber si ese joven va a sernos de alguna utilidad.

—A la orden, señor. ¿Qué hay del señor Quilhampton, señor? Tampoco tiene experiencia.

Griffiths contempló a Lestock con algo parecido al desagrado.

—El señor Quilhampton puede llevar un grupo de trabajo a tierra con el carpintero. Creo que un par de pinos de esos nos serían útiles, ¿eh? ¿Qué opina usted, señor Drinkwater?

—Buena idea, señor. ¿Y el ragusano?

—La primera tarea del señor Q será pedir a su capitán que me visite. Bien, señor Drinkwater, ha estado usted en pie durante toda

la noche. ¿Quiere desayunar conmigo antes de acostarse?

Media hora más tarde, con el estómago lleno, Drinkwater se desperezó lentamente, demasiado cómodo para dirigirse a su camarote. Griffiths se limpió los labios con una servilleta manchada.

—Creo que Rogers puede hacerse cargo de lo del *Hecuba*.

—Eso espero, señor —bostezó Drinkwater—; no le cuesta nada hablar bien de sus propios méritos.

—Ni criticar a los demás, Nathaniel —dijo Griffiths solemnemente. Drinkwater asintió. El segundo teniente tenía una confianza en sí mismo algo excesiva, y resultaba imposible engañar a un capitán tan astuto y experimentado como Griffiths—. Eso no es malo —continuó el comandante con su melifluo y profundo acento galés—, si hay sustancia detrás de la fachada. —Drinkwater asintió, soñoliento, mientras los párpados le empezaban a pesar.

—Pero estoy menos tranquilo respecto al señor Dalziell.

Drinkwater se obligó a mantenerse despierto.

—No se trata de nada concreto que pueda explicar, pero… —se interrumpió, pues su cerebro se negaba a seguir funcionando.

—Avisen a mi asistente —llamó Griffiths, y Merrick entró en el pequeño cubículo que servía de mesa común a los oficiales del bergantín—. Acompañe al señor Drinkwater a su litera, Merrick.

—Estoy bien, señor. —Drinkwater se puso en pie lentamente y se dirigió a la puerta de su camarote, chocando con la corpulenta figura del cirujano.

Griffiths sonrió para sí mientras los observaba maniobrar uno en torno al otro, uno indignado y soñoliento, y el otro despierto y conciliador. Appleby se sentó a la mesa.

—Buenos días, señor. Una noche horrible… —El cirujano empezó una disertación sobre el movimiento de los bergantines en comparación con los navíos de línea, sobre si los respectivos movimientos tenían o no efectos adversos sobre la salud humana, y hasta qué punto en cada caso. Griffiths había aprendido tiempo atrás a ignorar las digresiones del cirujano, que aumentaban con la edad. Griffiths recordaba la animosidad mutua que había

caracterizado el principio de su relación. Pero todo aquello había cambiado. Cuando Griffiths fue dejado en tierra en Great Yarmouth en otoño del año anterior, había sido Appleby quien acudió en su busca al finalizar la misión del *Kestrel*. También había sido Appleby quien no solo protestó por la incompetencia de los doctores de allí, sino que estuvo a punto de batirse en duelo con un tal doctor Spriggs por el modo en que este había operado el fémur de Griffiths. Appleby deseaba romperlo de nuevo y fijarlo, pero el propio Griffiths lo convenció de que desistiera, sintiendo que el asunto se estaba escapando a su control.

Todavía furioso, Appleby había escrito a lord Dungarth para recordar al conde los valiosos servicios prestados por Griffiths mientras estuvo al mando del cúter *Kestrel*. De modo que el comandante a media paga con una pierna inútil se había visto destinado a bordo del nuevo bergantín corbeta *Hellebore*. El nombramiento de Appleby como cirujano del barco había sido lo mínimo que pudo hacer Griffiths a cambio, y ambos habían intimado durante las semanas siguientes.

Lord Dungarth había defendido sus propios intereses, y solicitó una plaza de guardiamarina para un tal señor Dalziell. Enseguida resultó aparente por qué el conde no había enviado al joven a una fragata de campanillas, fuera cual fuera la deuda que tuviera con la familia Dalziell. Griffiths suspiró; por fortuna, el señor Dalziell no era nadie importante, y resultaba improbable que fuera a hacerle perder horas de sueño, pero no podía evitar que le exasperara que le hubieran endosado a alguien tan inútil. Se sirvió más café mientras Appleby llegaba a su conclusión.

—De modo que ya ve, señor, estoy convencido de que el fuerte movimiento de un barco como este, aunque los golpes que uno recibe abajo pueden causarle un número considerable de contusiones, sirve sin embargo para ejercitar más músculos del cuerpo y reforzar los humores mucho más que el movimiento pausado de, pongamos, un barco de primera clase. En este caso, los ritmos soñolientos pueden producir languidez, y si se une este hecho

a la probabilidad de que el barco tenga que ocuparse en tareas de bloqueo, puesto al pairo y todo eso, pueden contribuir al malestar y aburrimiento que son concomitantes inevitables de tan poco envidiable cometido. ¿No está de acuerdo, señor?

—¿Eh? Oh, sin duda tiene usted razón, señor Appleby. Pero, francamente, no puedo más que preguntarme qué utilidad tienen para los hombres de ciencia todas esas especulaciones.

Appleby soltó un elocuente suspiro.

—En fin, señor, no importa… ¿Cuánto tiempo tiene intención de permanecer aquí?

—Lo que tarde el señor Rogers en ayudar a los hombres del *Hecuba* a instalar un nuevo trinquete. Dadas las circunstancias, se las han arreglado muy bien solos, porque en aquel mar era imposible remolcarlos.

—¡Ah! He estado pensando en eso, señor. Nathaniel habló de usar un cohete para enviar un cabo. Si tan solo pudiéramos… —Appleby se interrumpió cuando el señor Q asomó la cabeza por la puerta.

—Perdone, señor, pero el capitán del ra… rag…

—Ragusano —lo ayudó Griffiths.

—Sí, señor… bueno, está aquí, señor.

—Pues hágalo pasar, muchacho, hágalo pasar.

A mediodía, Griffiths hizo que despertaran a Drinkwater. El pequeño camarote que alojaba al comandante del bergantín estaba repleto de cartas de navegación, y Lestock servía de asistente.

—Ah, señor Drinkwater, por favor, sírvase un vaso. —Griffiths señaló el frasco que contenía *sercial*, su vino favorito. Mientras el teniente se servía, Griffiths narró los acontecimientos de la mañana.

—Este mistral que nos ha impedido llegar a Tolón ha resultado ser una bendición dentro de la desgracia… —Drinkwater vio que Lestock asentía gravemente, en señal de acuerdo con su capitán—.

El haber tenido que buscar refugio nos ha salvado probablemente de caer en manos de los franceses.

Todavía soñoliento, Drinkwater frunció el ceño sin comprender. Nelson estaba bloqueando Tolón; ¿a qué demonios se refería Griffiths?

—Los franceses han salido; se cree que están en algún lugar del Mediterráneo oriental. Esa polacra habló con el almirante Nelson frente al cabo Passaro el veintidós de junio… hace dos semanas. Iba rumbo a Barcelona, y el almirante le preguntó por el paradero de la armada francesa.

—¿Armada, señor? ¿Se refiere a una fuerza de invasión?

—Así es, *bach* —asintió Griffiths—. *Myndiawl*, han dado esquinazo a Nelson, ¿comprende?

—¿Y este ragusano pudo ofrecer información a sir Horatio?

—Desde luego. La polacra pasó junto a toda la escuadra, que iba rumbo al este…

—¿Al este? ¿Y Nelson los persigue?

—Así es. Y nosotros debemos seguirle. —Drinkwater digirió la noticia, tratando de encontrarle el sentido. ¿Al este? Durante toda su vida profesional, la Armada Real había temido una combinación de fuerzas navales en el Canal. Todo su servicio a bordo del *Kestrel* se había dedicado a ese objetivo. En realidad, sus motivos para enrolarse en el ejército tenían su base en el intento franco-español de 1779, que para vergüenza de la Armada, había estado a punto de tener éxito. ¿Al este? No tenía sentido, a menos que fuera una complicada finta, un intento de los franceses de ganar tiempo para maniobrar en el Mediterráneo oriental. Si aquel era el caso, podrían atraer a Nelson (un oficial tan impetuoso no se quedaría atrás), y luego podrían virar al oeste, escurrirse por el Estrecho, ganar San Vicente por delante de Cádiz y unir fuerzas con la flota española.

—¿Ha dicho nuestro informador quién estaba al mando, señor? —preguntó.

—Nada menos que Bonaparte —dijo Lestock solemnemente.

—¿Bonaparte? Pero leímos en los periódicos que Bonaparte estaba al mando de la armada frente a Inglaterra… Recuerdo que Appleby dijo en broma que el ejército inglés necesitaba desde hace tiempo a un oficial de su talento.

—Parece que la broma del señor Appleby ha perdido la gracia, señor Drinkwater —dijo Lestock sin sonreír. Drinkwater se volvió hacia Griffiths.

—Dice que seguiremos a Nelson, señor. ¿Hacia dónde?

—¿Qué sugiere usted, señor Drinkwater? ¿Señor Lestock?

—Bien, señor, er… —se inquietó Lestock—. Creo que en ausencia de instrucciones concretas del almirante tendríamos que dirigirnos a… er…

—Malta, señor —dijo Drinkwater bruscamente—. Así, si los franceses viran hacia el Atlántico tendríamos una situación ventajosa; y por otra parte, allí habrá sin duda órdenes generales para nosotros.

—No, señor Drinkwater. Su razonamiento es sólido, pero el ragusano también nos ha dicho que Malta ha caído en manos francesas. —Griffiths dejó el vaso y se inclinó sobre las cartas, tomando el compás para señalar.

—Navegaremos rumbo al sur por el estrecho de Bonifacio hacia Nápoles; es posible que allí haya noticias, o aquí en Mesina, o aquí en Siracusa.

La única noticia que encontraron en Nápoles fue que la flota de Nelson se había detenido allí el diecisiete de junio, una información anterior a la de la polacra. Griffiths no quiso echar el ancla y todos los hombres contemplaron con tristeza el legendario puerto. Los colores ocres de sus palazzi y edificios tenían un atractivo etéreo en la distancia; y la brisa de tierra complementaba la belleza del paisaje, más allá de las azules aguas de la bahía contra el fondo del Vesubio.

—Dios, me encantaría pasar una noche de juerga allí —murmuró Rogers, que se había distinguido en la reparación del *Hecuba* y parecía opinar que se había ganado por lo menos una noche de farra en los burdeles napolitanos. Appleby, que estaba cerca y sabía que lo escuchaban tres sonrientes marineros, dijo:

—Entonces es una suerte que sea usted un hombre capaz de controlar sus instintos, señor Rogers. La sífilis napolitana es una enfermedad muy virulenta, conocida por su intratabilidad.

Rogers palideció ante aquel comentario, y los tres hombres empezaron a plegar los rollos de las drizas con aplicación poco habitual.

El *Hellebore* avanzó lentamente hacia el sur, junto a las islas del mar Tirreno y por el estrecho de Mesina; pero no hubo más noticias de Nelson ni de los franceses.

El dieciséis de julio el convoy entró en la bahía de Siracusa para tomar madera y agua, y encontró un buen recibimiento para los barcos británicos. Gracias a los buenos oficios del embajador británico en la corte de las Dos Sicilias, sir William Hamilton, había instalaciones disponibles para facilitar el reaprovisionamiento de las unidades de la Armada Real.

—Al parecer —dijo Griffiths a sus oficiales reunidos—, sir Horatio ha considerado la posibilidad de emplear Siracusa como base. Simplemente, debemos esperar.

Esperaron tres días. Poco antes del mediodía del día diecinueve, la flota británica se divisaba en lontananza y, con el *Leander* en vanguardia, entró en el puerto de Siracusa. A las tres y tres minutos de la tarde, los catorce navíos alineados al mando del vicealmirante sir Horatio Nelson habían anclado. En cuestión de una hora, sus botes recorrían las aguas azules de la bahía y sus tripulaciones habían empezado a transportar madera y agua mientras sus sobrecargos regateaban en el mercado a cambio de verduras y carne.

El bote del *Hellebore* se abría paso con firmeza entre el tráfico, aumentado por los botes mercantes locales que tenían la esperanza

de comerciar con la flota. Los asistentes de los oficiales compraban pollos para la mesa de sus amos, mientras se llevaba a cabo un comercio clandestino de licor barato. El aparente ajetreo y confusión tenía un aire de concentración, y Drinkwater ahogó una sensación de nerviosismo casi infantil. Junto a él, Griffiths tenía una expresión pétrea, con su anciano rostro colgando en tristes pliegues y los mechones de pelo blanco escapando desordenadamente de su sombrero nuevo y brillante. Drinkwater sintió una oleada de simpatía por aquel anciano, con su única y brillante charretera. Griffiths llevaba medio siglo en el mar; había servido en barcos de esclavos como segundo antes de ser reclutado como oficial naval. Era lo bastante mayor, experimentado y competente para estar al mando de toda aquella flota, pensó Nathaniel, pero el hombre que la dirigía era tan solo unos años mayor que el propio Drinkwater.

—Será mejor que me acompañe —había dicho Griffiths, dando permiso a su segundo para que subiera con él a bordo del *Vanguard* —, en vista de que tiene tantas ganas de ver a ese almirante Nelson.

Drinkwater miró a Quilhampton, que compartía su curiosidad. La mano del señor Q se apoyaba nerviosamente en el timón del bote. El muchacho estaba concentrado, sin atreverse a levantar la vista para contemplar los esplendores del poder naval británico que lo rodeaban. A Drinkwater le complacía aquella dedicación; el señor Q se estaba convirtiendo en un elemento muy valioso.

—¡Ah del bote! —El grito llegó del barco insignia que se alzaba ante ellos, con las perchas y el cordaje negros contra el brillante cielo, y la insignia azul de vicealmirante en el calcés del palo de mesana. Drinkwater estaba a punto de advertir a Quilhampton, pero el muchacho se levantó, se aclaró la garganta y gritó «*¡Hellebore!*» en un resonante tono atiplado. Una vez comunicada así al *Vanguardia* presencia de su comandante, Quilhampton recibió con placer la sonrisa que le dedicó el señor Drinkwater.

En el puerto de entrada, cuatro grumetes con guantes blancos y un segundo contramaestre saludaron al capitán y al primer teniente del *Hellebore*. El oficial de guardia los dejó por un momento en el

alcázar mientras informaba de su llegada al semidiós que residía bajo la toldilla. Drinkwater miró a su alrededor con curiosidad. El *Vanguard*, un mero barco de dos cubiertas y setenta y cuatro cañones, era más pequeño que el *Victory*, pero en él se respiraba la misma pulcritud, mezclada con algo más. Lo percibió intuitivamente por la forma en que los hombres se dedicaban a sus ocupaciones. Los marineros de la crujía, que hacían rodar barriles de agua vacíos hacia el pasamanos, y el cabo de cañón que cambiaba los pedernales en las carronadas de popa transmitían la misma sensación de objetivo compartido. Siempre recordaría aquel impulso que se superponía al esfuerzo de los hombres como el «toque de Nelson», mucho más que la famosa maniobra de Trafalgar que constituyó el momento cumbre de la carrera del almirante siete años después.

—Sir Horatio le recibirá ahora, señor —dijo el teniente, reapareciendo. Drinkwater siguió a Griffiths, ignorando el gesto del oficial de guardia que trató de detenerlo. Pasaron por debajo de la hilera de cubos contra incendios, numerados y hechos de cuero, y entraron en la sombra de la toldilla, junto al camarote del capitán y al rígido soldado centinela. Descubriéndose, Drinkwater entró detrás de su comandante en el camarote del almirante.

Sir Horatio Nelson se levantó de su escritorio mientras Griffiths presentaba a Drinkwater y este se inclinaba. La baja estatura de Nelson fue al principio una decepción para Nathaniel, que esperaba algo muy diferente. También le resultaron decepcionantes la gastada casaca del uniforme y la descuidada melena de cabello gris, pero Drinkwater empezó a perder la sensación de anticlímax cuando el almirante interrogó a Griffiths sobre los cargamentos del *Hecuba* y el *Molly*. En su forma de hablar había una ausencia de formalidad, una confianza ávida que resultaba contagiosa de inmediato. Aquel hombre poseía delicadeza. Aparentaba mucha más edad que sus treinta y nueve años; su piel era fina, casi transparente sobre los huesos. Su nariz grande y su boca amplia y expresiva estaban en desacuerdo con el tamaño de su cuerpo. Pero su único ojo sano

expresaba inteligencia y atención, como una ventana a alguna motivación interior, y su manga vacía daba testimonio de su intrépido coraje.

—¿Sabe usted el paradero de mis fragatas, capitán? —preguntó a Griffiths—. La falta de fragatas me vuelve loco. Los franceses se me han escapado, y solo tengo un bergantín a mi disposición para buscar a toda una flota.

Drinkwater percibió la frustración que sentía aquel diligente oficial del barco insignia, percibió su mortificación al verse privado de sus ojos a causa de la galerna que había desmantelado al *Vanguard*. Pero el barco se había reequipado sin demora, y la línea de batalla era lo bastante impresionante para inspirar terror a los franceses, si aquella dinamo de un solo brazo era capaz de alcanzarlos.

—Está el *Hellebore*, sir Horatio —ofreció Griffiths.

—Sí, capitán. Ojalá el paradero de la escuadra francesa fuera mi única preocupación. Pero sé que su flota, además de navíos de línea, fragatas, cañoneros y todo lo demás, lleva también trescientos transportes de tropas; un ejército que zarpó de Sicilia con un buen viento del oeste. Está claro que su destino está en el este. Creo que su objetivo es apoderarse de algún puerto en Egipto, para establecerse a la entrada del mar Rojo y llevar un ejército formidable a la India, donde actuarían en alianza con Tipoo Sahib. No, capitán, no puedo permitirme el lujo de retener al *Hellebore…* —El almirante hizo una pausa y Drinkwater esperó con aprensión. Nelson tomó una decisión—. Tal vez sacrifique mi reputación, pero esta debe subordinarse siempre a mi celo en el servicio al Rey, que exige que informe al oficial al mando de la plaza del peligro que puede correr. Ya he escrito al señor Baldwin, nuestro cónsul en Alejandría, para que averigüe si los franceses tienen barcos preparados en el mar Rojo. Hasta el momento no he recibido respuesta. Por lo tanto, mi querido Griffiths, deseo que se aprovisionen ustedes de madera y agua sin demora y me envíen un bote a buscar las órdenes escritas en cuanto estén listos para poner rumbo al mar Rojo.

Drinkwater sintió que se le secaba la boca. El mar Rojo significaba un viaje de un año, como mínimo. Y Elizabeth le había dicho que esperaban un hijo para el verano.

Capítulo 3

Julio-agosto de 1978

Un bergantín de guerra

El teniente Drinkwater miraba a proa, observando cómo el agua corría por debajo de la cuaderna de babor del bergantín, elevándolo y empujándolo hacia delante, añadiéndole algo de velocidad hasta adelantar al barco, que se hundía lentamente en el siguiente surco. El *Hellebore* había izado todo el velamen hasta los juanetes mientras avanzaba al suroeste empujado por los alisios, con la costa de Mauritania a veinticinco millas al este.

Drinkwater había observado cómo el señor Quilhampton alzaba la barquilla, y había escuchado el informe del muchacho, solicitado por el piloto, según el cual avanzaban a siete nudos. Algo le impedía volverse y lo obligaba a seguir contemplando la estela, que burbujeaba verde y blanca bajo la popa y se alejaba tras ellos en una cinta irregular, deformada por los bandazos del barco y los golpes de las olas. Aquí y allá, alguna de las aves marinas que los seguían se sumergía de repente en las agitadas aguas.

Se había sentido desdichado al cruzar el estrecho de Gibraltar y despedirse del cabo Espartel, pues le había sido imposible enviar ninguna carta a Elizabeth, tan rápida había sido la partida de Siracusa del *Hellebore*, y tan explícitas las órdenes del almirante. Ya era seguro que estaría separado de ella hasta después del

nacimiento de su hijo, y lamentaba su incapacidad de suavizarle el golpe de aquel aparente abandono.

Se dio cuenta de que había alguien a su lado, y se irritó por aquella intromisión en sus reflexiones privadas.

—Perdone, señor. —Era Tregembo. Diez años mayor que Drinkwater, el veterano marinero se había apegado a él mucho tiempo atrás con una lealtad conmovedora y no solicitada. Había cementado la relación proporcionando una cocinera a Elizabeth en la persona de su esposa Susan, convencido de que trabajar para los Drinkwater significaba seguridad. El lazo personal que los unía gratificaba a Drinkwater, pero en aquel momento le mortificaba.

—¿Qué ocurre? —espetó con irritación.

—Su espada, señor, solo falta medio reloj hasta el acuartelamiento, señor.

Drinkwater miró con remordimiento al reloj de arena que marcaba el paso de cada media hora junto a la pequeña bitácora, y tomó la espada. Cuando dejaron atrás el Mediterráneo, Griffiths había adoptado el sistema de tres guardias. Era más ligero para los hombres y más apropiado a la larga travesía que les esperaba. No había guardias cortas, pero a las cinco de la tarde, hora del barco, tenía lugar un acuartelamiento general para recordar a todo el mundo la seriedad de su misión.

Drinkwater se volvió y contempló la cubierta del *Hellebore*. Era un hermoso barco, perteneciente a una nueva clase de bergantines corbeta diseñados para misiones generales, una doncella para todo, capaz de hacer de transbordador, barco correo, escolta de convoy o corsario. Se encontraba en una pequeña toldilla elevada que protegía la cabeza y la caña del timón. Inmediatamente delante de la toldilla, los cabos de la caña pasaban por los motones hasta la rueda con su bitácora, ante la cual se encontraba la claraboya y el tambucho que descendía a los camarotes de los oficiales. Bajo la claraboya estaba la pieza que servía de cámara de oficiales para ambos tenientes, contramaestre, cirujano, artillero jefe y sobrecargo, y a la que daban sus camarotes. Griffiths también comía allí, a no

ser que lo hiciera solo en su camarote, situado en la misma popa y al que se accedía desde la cámara de oficiales. Por delante del tambucho que daba a esa pieza se elevaba el palo mayor, rodeado de pernos y rollos de cuerda de manila, bombas de agua y baúles. Entre el palo mayor y el trinquete, el combés estaba cubierto de enrejados, que proporcionaban una pobre ventilación a los alojamientos de abajo, y que se cubrían con lonas al primer indicio de mal tiempo. Allí también estaba el cabestrante. Justo pasado el trinquete se elevaba la chimenea de la cocina, junto al tambucho que conducía al espacio donde los cien hombres de la dotación del *Hellebore* colgaban las hamacas en un espacio abarrotado y sofocante. El resto de suboficiales se alojaban junto a sus efectos bajo el triángulo del castillo de proa. Una pequeña cubierta servía de castillo, proporcionando solo el espacio suficiente para manejar los foques y las serviolas.

El barco tenía veinte portas de cañón, pero iba tan abarrotado que las delanteras estaban desocupadas. Las dieciocho restantes tenían un cañón de seis libras cada una. Aquellos cañones eran todavía un tema de frecuente controversia entre los oficiales. Muchos barcos de similar tamaño llevaban carronadas, de barriles más chatos, armas de alcance corto pero devastador, y que proporcionaban a una corbeta pequeña una artillería lo bastante pesada en las distancias cortas para rivalizar con una fragata de sexta clase. Pero el *Hellebore* había sido armado por un tradicionalista, y conservaba los cañones largos, cada uno con su pequeña llave de chispa protegida por una lona. Las únicas carronadas que llevaba eran las de los botes, de doce libras y que se encontraban trincadas bajo el castillo de proa.

Drinkwater descendió de la toldilla cuando Griffiths apareció en cubierta. Se giró el reloj y se dio la señal de acuartelamiento. Los hombres aparecieron de bastante buena gana, mientras los ayudantes del contramaestre azotaban ligeramente algún trasero con sus bastones, más por mantener las formas que por necesidad. Pero Drinkwater no prestaba atención a aquello; contemplaba cómo

cobraba vida la organización que le había costado tantos esfuerzos imponer. Las dotaciones de los cañones corrieron a sus piezas para quitar las protecciones y bajar las bocas hasta las portas, cuyas tapas se levantaron mientras caían los tapabocas y los hombres apoyaban su peso en los raíles. De forma irregular pero no discordante, las cureñas rodaron por la cubierta. Uno a uno, cada jefe de pieza levantó el brazo derecho mientras las dotaciones se arrodillaban en posición de disparo. No era como en una fragata. No había particiones ni mamparos que retirar, ya que el *Hellebore* llevaba su artillería en la cubierta superior, ni había ningún tambor de infantería que tocara el *rafale*; tampoco quedaron muchos oficiales recorriendo la cubierta cuando el jefe artillero hubo desaparecido en la santabárbara y Lestock y Drinkwater hubieron ascendido al alcázar. Había un cabo de cañón para cada sección, y un contramaestre asistente en cada batería. El teniente segundo Rogers estaba al mando del lado combatiente, con el señor Quilhampton (que nominalmente era un «criado» según los libros del barco, pero que hacía las funciones de guardiamarina) como mensajero. Dalziell, el único guardiamarina oficialmente asignado al bergantín, estaba al mando de los bomberos, dos hombres de cada cañón que se ayudaban unos a otros a extinguir cualquier incendio que pudiera provocar el enemigo. El propio Drinkwater estaba al mando de las partidas de abordaje, mientras Lestock se ocupaba de las velas. Al mando del primer teniente estaban los hombres de arriba, los encargados de las cofas y un destacamento de tiradores, marineros seleccionados a partir de una competición celebrada semanas atrás en los Downs, sobre todo hombres sin larga experiencia en el mar, antiguos voluntarios de la reserva o que habían tenido conflictos con los guardabosques locales.

Drinkwater miró arriba, donde Tregembo, como responsable de la cofa, le saludó tocándose la frente, y un hombre llamado Kellet indicó que su sección del trinquete estaba alerta. Se descubrió ante Griffiths.

—Batería principal lista, señor. Voy a comprobar abajo.

—Muy bien.

Solo era una formalidad. En la cubierta inferior, los alojamientos, almacenes y bodega consistían en «plataformas» situadas a varios niveles, según la anchura del casco disponible en cada punto. El espacio para literas, bajo la bodega principal, medía menos de dos metros de altura. En la penumbra entre las hamacas encontró al carpintero con sus dos asistentes, sus herramientas y una bolsa extra de munición.

—¿Todo correcto, señor Johnson?

El hombre sonrió. Sus rasgos arrugados y su acento de Liverpool hicieron pensar a Drinkwater en el *Kestrel* y en aquel mismo señor Johnson cortando el cable del ancla mientras huían de la costa francesa en una noche desesperada dos años atrás.

—Todo correcto, señor Drinkwater.

Pasó adelante, descendiendo por otro tambucho hasta donde el señor Appleby, silbando entre dientes, se erguía sobre su maletín abierto, repleto de un instrumental horrible, mientras la luz de la linterna brillaba débilmente sobre pinzas, sierras, tenazas y pequeñas hoces. Sus dos asistentes afilaban cuchillos quirúrgicos sentados sobre las jofainas invertidas destinadas a los miembros amputados. Reinaba un ambiente relajado que irritó a Drinkwater en comparación con el de la cubierta superior. Levantó una ceja mirando a Appleby, que asintió brevemente, transmitiéndole toda su hostilidad profesional hacia el ejercicio de las armas, que hacía necesaria su presencia en el hedor séptico de la bodega. Drinkwater se dirigió a popa, bajo los camarotes de los oficiales, donde se encontraba la santabárbara, una pieza de poco más de un metro de altura. El rostro de Trussel lo miró a través de la rendija en la cortina de fieltro.

—¿Listo, señor Trussel?

—Sí, señor, cuando quiera. —Su feo rostro estaba iluminado por unos ojos brillantes, amarillentos y fieros que reflejaban la luz de las linternas cubiertas, y Drinkwater recordó un comentario de Appleby sobre la fisionomía de sus compañeros de mesa. «Ese tipo se pasa

tanto tiempo a dos centímetros de la eternidad que sus rasgos han quedado afectados». La extraña cabeza del artillero, privada del cuerpo por la cortina de fieltro, se reflejaba en la terrible aprensión del cuarteto de «monos de la pólvora», niños de ocho o nueve años, agazapados y listos para transportar los cartuchos, como patatas calientes, a los cañones de arriba.

Drinkwater regresó al espacio de las hamacas, pasando junto al cocinero y su asistente, en pie entre el vapor generado por la extinción del fuego, y junto al sobrecargo, en su puesto junto a la bomba de cubierta. Parpadeó a causa de la intensidad de la luz del día tras las tinieblas de las cubiertas inferiores.

—Barco listo para la acción, señor —informó.

—Muy bien. Señor Rogers, andanada a babor, sitúen y carguen. Tres rondas de fuego rápido, una sola bala.

—A la orden, señor.

Drinkwater observó cómo Rogers desenvainaba elegantemente la espada, y cómo el pequeño Quilhampton corría al enjaretado trasero y pedía pólvora a gritos. En un barco pequeño que hacía una travesía tan larga, Griffiths se negaba a mantener los cañones cargados, considerando que las descargas matutinas practicadas en tantos barcos para limpiar la pólvora mojada de los cañones eran una extravagancia del todo innecesaria. Los dos «monos de la pólvora» que servían a la batería de babor aparecieron para correr hacia los cañones, aún en cubierta. Las cargas, rellenos y balas fueron atacados, y los jefes de pieza insertaron las plumas mientras Rogers ladraba las órdenes de rigor.

—¡Amartillen!

Las dotaciones se apartaron de los cañones mientras los jefes tendían los acolladores. Todos levantaron el brazo libre.

—¡Batería de babor lista, señor! —informó Rogers.

—Pueden abrir fuego.

—¡Fuego!

El rugido que se elevó en una línea de llamas y humo a lo largo del costado del bergantín se vio correspondido a bordo por el

chirrido del retroceso de las cureñas. La práctica diaria había convertido las andanadas en algo casi unánime.

—¡Fuego a discreción!

Durante los dos minutos que siguieron, las dotaciones, observadas críticamente por los ociosos de la batería de estribor, refrescaron, atacaron y movieron las piezas en un frenesí de actividad.

—Números dos y ocho preparados, señor —gritó Drinkwater por encima del estruendo.

—Esperaremos a momentos de más calma y probaremos contra un blanco, señor Drinkwater. Entonces querré precisión y no velocidad.

El cañón número ocho ya estaba trincado, y sus hombres correctamente arrodillados, muy tiesos pese a los jadeos de sus torsos desnudos.

Se oyó un grito en proa. En su prisa por no ser el último, el cañón número cuatro había disparado demasiado pronto. El retroceso de la cureña la había hecho aplastar el pie del marinero de la trinca trasera. Estaba en el suelo, gimiendo, con sangre manándole de la lengua mordida y el pie derecho convertido en un amasijo sanguinolento. Drinkwater corrió a proa.

—Señor Q, diga al cirujano que se prepare; usted, Stokeley, eche una mano.

Apartaron al herido del cañón, y Drinkwater le quitó el pañuelo de la cabeza, usándolo rápidamente como vendaje para el tobillo. El hombre se había desmayado cuando aparecieron los camilleros.

—¡Trinquen todos los cañones! ¡Trinquen! —gritaba Rogers, haciendo que los hombres volvieran a sus tareas. Mientras Drinkwater se ocupaba de que transportaran al herido abajo, los cañones se elevaron por completo y fueron empujados hasta las portas. Se cerraron las tapas y se colocaron las fundas.

—Las dos baterías seguras, señor —informó Rogers—. El maldito idiota tenía el pie en el medio…

—Ya basta, señor Rogers —espetó Griffiths, mientras el color le subía a las mejillas y sus cejas blancas y tupidas se unían en un gesto de amenaza por encima del puente de su gran nariz—. Acuartelamiento terminado, señor Drinkwater. —El comandante se volvió, furioso, y Rogers miró tristemente a Drinkwater en busca de consuelo.

—Viejo estúpido —dijo.

Drinkwater contempló al joven teniente y se dio cuenta de que no le caía bien.

—Continúe, señor Rogers —dijo con frialdad—. La cubierta es mía.

Drinkwater se dirigió a proa y Rogers se volvió hacia popa, donde el guardiamarina Dalziell recogía el pizarrín y el libro de señales.

—La cubierta es mía —parodió Rogers, y vio que Dalziell le sonreía con aire de conspirador.

La puesta de sol fue gloriosa. Entretanto, Drinkwater se ocupó de que los hombres de guardia revisaran los dos botes que colgaban de los pescantes recién instalados en cada uno de los cuartos por si se necesitaban durante la noche. También comprobaron las amarras de los cuatro grandes baúles de pino, fijados en el exterior entre las mesas de guarnición, ya que no había más espacio de almacenaje. Recordó brevemente el momento de depresión que había sufrido antes y descubrió que había desaparecido. Trató de adivinar la causa del alivio. Con algo de remordimiento, concluyó que el hombre herido y la falta de compasión de Rogers lo habían devuelto a su deber. Recordó las palabras del conde de Saint Vincent: «un oficial casado suele perderse para el servicio».

Aquello no podía ocurrirle a él. Tenía un deber para con el barco, Griffiths y los hombres, y especialmente para con Elizabeth y el niño que crecía en su interior. Cumpliría mejor aquel deber con atención y diligencia. Les quedaba mucha distancia que recorrer, y todavía más antes de estar de regreso.

Al sonar las ocho campanadas, Drinkwater se dirigió abajo, donde Appleby, recién lavado pero todavía oliendo a sangre, comía galletas y bebía vino.

—¿Cómo está el paciente? —preguntó Drinkwater, colgando la casaca y el sombrero en su camarote y reuniéndose con el cirujano en la cámara de oficiales—. Era Tyson, ¿no es así?

—Sí. Está bastante bien —farfulló Appleby, escupiendo migas en todas direcciones—. Como no estábamos en combate, he podido tomarme mi tiempo. —Hizo una pausa, vació el vaso y se limpió la boca con una servilleta manchada—. Le he salvado el talón. Si no se infecta, podrá andar con su propia pierna, aunque cojeará y el equilibrio le supondrá un problema.

—¿Qué me dices? Bien hecho, Harry, bien hecho.

Appleby pareció complacido por la aprobación de su amigo, y sus redondas mejillas enrojecieron.

—Debo rectificar los libros —dijo Drinkwater, tendiendo la mano hacia la estantería que contenía la media docena de legajos manuscritos sin los cuales no podía regularse ningún barco del Rey, independientemente de su tamaño.

Abrió el volumen apropiado y comprobó su lista de hombres, cuidadosamente manuscrita.

—Maldita sea, pertenecía a la partida de abordaje… ¿Cuándo estará otra vez en condiciones?

Appleby se encogió de hombros.

—Si evitamos la gangrena, digamos que un mes, pero cuanto antes tenga algo que le ocupe la mente, mucho mejor.

—Me pregunto si sabrá escribir.

—Lo dudo, pero se lo preguntaré.

El señor Trussel apareció para tomar su vaso de vino de Madeira.

—He oído que el capitán no quiere detenerse en las Canarias. ¿Es así, señor?

—Pararemos solo para aprovisionarnos de agua, señor Trussel. Por lo demás, las órdenes del almirante Nelson fueron muy explícitas

—aclaró Drinkwater—, y debemos limitarnos a un vaso de vino por noche para cada uno, para conservar el que queda.

Trussel hizo una mueca.

—¿Sabe usted que la pólvora reseca la boca de un hombre, señor Drinkwater?

—No lo dudo, señor Trussel, pero a la fuerza ahorcan, ¿eh?

—Saborearé más mi único vaso, entonces —repuso el viejo artillero con sarcasmo.

Drinkwater se inclinó sobre el legajo y volvió a escribir los horarios de guardias y acuartelamiento, haciendo su silla a un lado cuando Lestock se les unió para guardar su cuadrante y los libros.

—No lo entiendo, no lo entiendo —murmuraba.

Drinkwater cerró el tintero.

—¿Qué es lo que no entiende, señor Lestock?

—Nuestra longitud, señor Drinkwater. Me parece que, si al zarpar de Espartel estábamos realmente a tres millas al oeste de… — Drinkwater escuchó la larga explicación de Lestock sobre el problema de la longitud. El *Hellebore* no llevaba cronómetro, no lo necesitaba para la misión de convoy costero que le habían asignado. Sin embargo, los acontecimientos recientes habían revelado que necesitaban conocer su longitud para atravesar los enormes espacios desiertos del Atlántico. Lestock se había ocupado de las observaciones lunares, una tarea larga y complicada que suponía varias series de avistamientos casi simultáneos y que estaba más allá de las capacidades de navegación de muchos oficiales, incluyendo no pocos pilotos de derrota. En teoría, el método era sencillo. Pero en la cubierta inclinada de un bergantín, con el horizonte frecuentemente interrumpido por la cresta de una ola, y el cielo por las velas y el cordaje, el asunto tomaba una complejidad que estaba claramente fuera del alcance de Lestock.

Mientras escuchaba, Drinkwater comprendió los problemas del inquieto oficial. Sabía que él no lo haría mejor, pero se reprendió a sí mismo por no haber pensado en el problema en Siracusa. Con un cronómetro, el asunto hubiera sido diferente, y Nelson les había

ofrecido lo que desearan tomar de la flota. No habría tenido más remedio. En lo relativo a las cartas, el *Hellebore* iba a tener problemas al sur de las Canarias. Habían reunido el mínimo imprescindible, pero la carta del Mar Rojo era tan escasa en detalles que solo verla provocaba escalofríos en la espina dorsal del ya inseguro Lestock.

—… Y si el capitán no tiene intención de parar, tendremos más dificultades —concluyó.

—Podremos observar la longitud de los cabos e islas conocidos —dijo Drinkwater—. Tendría que bastarnos. Ah, y eso me recuerda que durante la guardia de mañana quiero un nervio sobre el combés, con una gavia de reserva desplegada encima de él, que haga las veces de toldo y recolector de agua… tenga dos barricas en cubierta durante su guardia, señor Lestock, y llénelas si tiene la oportunidad. El capitán Griffiths quiere parar solo si resulta necesario; de lo contrario, pasaremos el cabo de Buena Esperanza para evitar la corriente de Agulhas, y tomaremos agua y madera en algún lugar de la costa de Madagascar. Entretanto, ocúpese del recolector de agua, por favor.

Lestock regresó a cubierta, todavía con expresión preocupada.

—Parece que el exceso de sal marina también reseca a un hombre —observó Appleby con ironía.

—Sí, señor Appleby, y afecta al cerebro antes de tiempo —repuso Trussel.

Un día sucedió a otro mientras soplaban los alisios y la vida interna del bergantín seguía su rutina y sus variaciones diarias. Cada día, después de acuartelarse, los hombres haraganeaban durante una hora antes de que sonara la señal de instalar las hamacas. Los peces voladores saltaban de la estela y avanzaban en forma de abanico a ambos lados de la proa. Su carne, frita como la de las truchas, daba sabor frecuentemente a los desayunos. Durante el día, los delfines jugueteaban bajo el bauprés, desafiando los esfuerzos por capturarlos. El mar por la noche era fosforescente y misterioso, y las estelas de los delfines rastros de fuego pálido. La estela del

bergantín formaba un burbujeo de luz mágica. Aflojaron los nudos, izando sobrejuanetes y escandalosas cuando el viento amainaba. Incluso al llegar a la latitud de Cabo Verde y perder los alisios, el viento irregular mantuvo siempre el sonido del agua bajo la roda.

Fueron días deliciosos. Drinkwater se desprendió de los restos de su depresión y se sumergió en la comodidad satisfactoria de la rutina naval. Siempre había tareas suficientes para ocupar la mente de un oficial, pero también tenía tiempo de leer y escribir su diario, y los problemas que inevitablemente se le presentaban a un segundo de a bordo resultaron fácilmente solucionables. Pero sabía que aquello no podía durar, nunca duraba. El mismo hecho de haber cruzado el cinturón de los alisios era una indicación de ello. Finalmente, los vientos amainaron y empezó a llover. Llenaron las barricas de agua mientras Griffiths ordenaba que sacaran los remos durante dos horas en cada guardia de mañana, y el *Hellebore* avanzó impulsado a mano a través del océano en busca de viento.

—*Duw*, no puedo soportar la calma en esta zona —gruñó Griffiths a Drinkwater, mirando al este donde, invisible bajo el horizonte, se extendía la costa de Gambia—. Recuerdo el olor, *bach*. Terrible, terrible. —Durante un segundo, Drinkwater no comprendió, y luego recordó el pasado de traficante de esclavos de Griffiths.

—¿En Gambia, señor? —preguntó en voz baja.

—Desde luego… Los ríos, verdes y lentos, y las empalizadas llenas de hombres; los jefes y los traficantes mestizos, y los árabes… y nosotros —acabó en voz más baja—. Cristo, fue terrible… —Era la primera vez que revelaba algún detalle de aquella época de su vida. Habían comentado los aspectos técnicos de los barcos negreros, su velocidad y la belleza de sus líneas, pero aunque en Gran Bretaña existía una creciente aversión por el tráfico de esclavos, ni él ni Griffiths habían mencionado nunca el tema como problema moral. Sintió la tentación de preguntar por qué Griffiths se había quedado hasta llegar a segundo de a bordo de un barco negrero cuando el anciano respondió a su pregunta no formulada.

—Y sin embargo me quedé hasta llegar a segundo. Se lo estaba preguntando ahora mismo, ¿no? —No esperó respuesta sino que continuó, como un hombre en el confesionario que hubiera llegado demasiado lejos para echarse atrás—. Pero era joven, *duw*, era joven. Había dinero, dinero, negocios privados y mujeres, *bach*, mujeres como nunca ha soñado, negras como el carbón y esbeltas, complacientes y jóvenes, abriéndose como las hojas verdes en primavera —suspiró—. Hacían cualquier cosa por salir de aquella bodega apestosa… cualquier cosa.

Drinkwater dejó al anciano con su silencio y sus recuerdos. Continuaba en la barandilla cuando apareció Lestock al sonar las ocho campanadas.

Por la mañana se levantó el viento.

Capítulo 4

Septiembre de 1798

Sombras de nubes

—¡Quiero que lo azoten, Drinkwater!

Drinkwater levantó la vista de su desayuno de gachas para ver el rostro furioso del teniente Rogers.

—No le corresponde a usted decidir el castigo —dijo fríamente.

—Sé que Tregembo es su adulador particular, Drinkwater, y que usted y el capitán son amigos, pero, maldita sea, ¡lo he amenazado con unos azotes y eso es lo que va a recibir!

—Presentaré los hechos al capitán y…

—Oh, al diablo con los hechos, hombre, y al diablo con su cantinela puritana…

—Cuidado con lo que dice, *señor* Rogers. —Drinkwater enfatizó el apelativo y resistió la tentación de levantarse y cruzar el rostro colérico de Rogers con un bofetón. Su contención no fue apreciada.

—Azótelo, Drinkwater, o por Dios que presentaré cargos contra usted por no mantener el orden…

—No hará usted nada de eso —espetó Drinkwater—. Se quedará sentado y en silencio mientras examinamos qué ha ocurrido exactamente. Y, por Dios, me llamará usted *señor* cuando se dirija a mí.

—No me intimida usted, *señor* Drinkwater. Su nombramiento precede al mío en dos semanas. Esa superioridad no le servirá de

mucho en las instancias adecuadas…

Drinkwater se puso en pie de un salto y se inclinó sobre la mesa que los separaba.

—Una palabra más, señor mío, y haré que lo encadenen al instante, ¿me oye? ¡Por Dios, ha ido demasiado lejos! ¡Dos semanas bastan para hacer que lo ahorquen!

Sus rostros estaban a pocos centímetros de distancia, y permanecieron así durante un largo instante; entonces Rogers cedió, respondiendo a las preguntas de Drinkwater con monosílabos resentidos.

Al parecer, durante la guardia media, el guardiamarina Dalziell, que hacía una ronda rutinaria, había tropezado con los pies de Tregembo. El de Cornualles estaba durmiendo en cubierta. Con el sistema de tres guardias en marcha y el bergantín en los trópicos, el espacio de las literas se había vuelto insoportable y muchos hombres dormían en cubierta. Había habido un intercambio de palabras entre el guardiamarina y el marinero veterano, que concluyó con Dalziell llevando a Tregembo ante Rogers. Por lo que Drinkwater había visto de Dalziell, no le sorprendía la reacción de Tregembo. Drinkwater no estaba del todo de acuerdo con la advertencia del conde de Saint Vincent de que había que obligar a los hombres a respetar la casaca de los guardiamarinas. La matizaba exigiendo que el guardiamarina que la llevaba mereciera tal respeto, al menos en parte. Dudaba de que ese fuera el caso del señor Dalziell. Además, Drinkwater no estaba dispuesto a permitir que ni a Tregembo ni a cualquier otro hombre le abrieran la espalda a latigazos por un asunto tan trivial.

—Gracias, señor Rogers.

—Quiero que azoten a ese hijo de puta, ¿me oye? —dijo Rogers por encima del hombro mientras se retiraba a su camarote. Drinkwater se quedó sentado en la cámara de oficiales, mientras el sol que entraba por la claraboya se deslizaba adelante y atrás en seis paralelogramos a través de la mesa. Sabía que Griffiths no vacilaría en ordenar que azotaran a un hombre si era necesario. La insolencia no podía tolerarse. Pero ¿había sido insolente Tregembo?

Drinkwater no estaba seguro en absoluto, y ya había visto una vez cómo lo azotaban. Griffiths, que había colgado su hamaca sobre los cañones de la cubierta inferior de un barco de setenta y cuatro cañones, entendía la mentalidad de los hombres. Siempre había quienes desafiaban la autoridad si creían que podrían salirse con la suya, y conocía a muchos marineros que estaban a favor de los azotes. La vida en el barco ya era bastante desagradable sin tener que soportar a ladronzuelos, sodomitas, tramposos y embusteros, por no hablar de los borrachos que podían hacer caer a un hombre de una verga en mitad de la noche. No, ambas partes estaban a favor de una solución rápida.

Pero solo si era justa.

—Señor Lestock, señor Appleby, están ustedes en este tribunal para determinar la naturaleza exacta del incidente ocurrido la noche pasada durante la guardia media, y en el cual el jefe de la cofa mayor, el marinero veterano Tregembo, es acusado de haberse insolentado con el guardiamarina Dalziell.

Los dos oficiales asintieron. Lestock estaba inquieto pues había tenido que ser relevado en cubierta por Trussel y le preocupaba la observación de la altitud meridiana del sol a mediodía. Appleby parecía espléndidamente solemne pero, por el momento, guardaba silencio.

—El teniente Rogers —Drinkwater inclinó la cabeza hacia el segundo teniente, sentado frente a ellos con una pierna colgando por encima del brazo de la silla, examinándose las uñas despectivamente—, se presenta como oficial acusador. —Levantó la voz—. ¡Señor Q!

La puerta se abrió.

—¿Señor?

—Avise al señor Dalziell y haga que Tregembo espere fuera hasta que lo llamemos.

—A la orden, señor —replicó el muchacho, lanzando una mirada asustada en torno a la cámara de oficiales, que había cambiado su atmósfera habitual por un ambiente gélido y formal.

Dalziell llamó a la puerta y entró. No había tenido la prudencia de vestirse con el uniforme completo.

—Bien, señor Dalziell, esto es una investigación para establecer los hechos del incidente ocurrido esta mañana… —Drinkwater pasó laboriosamente por todo el proceso formal y escuchó la explicación de Dalziell, cuidadosamente elaborada.

Había ido a proa mientras hacía la ronda obligatoria para suboficiales o guardiamarinas a intervalos de una hora. Había encontrado al marinero Tregembo dormido bajo el castillo de proa con las piernas obstruyendo la escalerilla, y había tropezado con ellas. El hombre había despertado y habían intercambiado unas palabras. Como consecuencia, Dalziell le había ordenado ir abajo. Se produjo un nuevo intercambio, tras el cual Dalziell condujo a Tregembo a popa, a presencia del oficial de guardia.

—Y el teniente Rogers dijo que se encargaría de que lo azotaran por su insolencia, señor.

Todo era muy plausible, casi demasiado plausible, y la malicia de la última frase ponía en cuestión todo el conjunto. Llamaron a Tregembo.

—¿Qué le dijo al señor Dalziell cuando tropezó con usted? —preguntó Drinkwater, cuidando de mantener una voz y una expresión rígidamente formales.

Tregembo se encogió de hombros.

—Me habían despertado, señor. Creí que era uno de mis compañeros —gruñó.

—¿Ha sido insolente? —intervino Lestock—. Vamos, hombre, queremos la verdad.

Tregembo lanzó una mirada a Drinkwater.

—Sí, he dicho algunas cosas, señor —reconoció, pero a continuación repitió—: Creí que era uno de mis compañeros… No sabía que era el señor Dalziell, señor.

—Una tormenta en un vaso de agua —murmuró Appleby, y Rogers enrojeció. Drinkwater se sintió tentado de cerrar allí el asunto, pero Lestock continuó insistiendo.

—¿Qué dijo usted exactamente, hombre? —preguntó con obstinación.

Drinkwater suspiró. Tanto Rogers como Dalziell tenían dificultades para mantenerse callados.

—Vamos, Tregembo —dijo con aire resignado—. ¿Qué dijo exactamente?

Tregembo frunció el ceño. Sabía que Drinkwater no podía protegerlo, y levantó la cabeza con beligerancia.

—Pues, señor, lo que le diría a un compañero, que era un jodido torpe… señor.

Drinkwater reprimió una sonrisa, y vio que Dalziell y Rogers se tranquilizaban, como si su versión hubiera quedado probada.

—Eso parece una clara insolencia —dijo Lestock, y Drinkwater se sintió repentinamente furioso por aquel estúpido asunto. Sin las intervenciones absurdas de Lestock, hubiera podido darlo por acabado allí y entonces, pero tenía que pasar a la ofensiva.

—Ahora piense con cuidado, Tregembo. ¿Qué le dijeron a continuación? Recuerde, queremos la verdad, como dice el señor Lestock. —Tregembo miró a Dalziell, abrió la boca y la volvió a cerrar antes de fijarse en la expresión intensa de los ojos de Drinkwater. Llevaba con el teniente el tiempo suficiente para saber que pretendía animarlo con aquella mirada.

—Me llamó bastardo insolente hijo de puta, señor, y me dijo que me llevara mi culo sifilítico abajo, donde tenía que estar.

Drinkwater miró rápidamente a Dalziell. No hubo negativa por parte del guardiamarina, solo un leve sofoco en sus mejillas.

—¡Y me llamó cachorrito mimado, maldita sea! —estalló Dalziell.

—¡Silencio, señor mío! —espetó Drinkwater—. Tregembo, vigile esa lengua a partir de ahora cuando se dirija a un oficial. —Los dos intercambiaron una mirada y Drinkwater le ordenó que se retirara. Se volvió hacia sus dos colegas, dándose cuenta de repente de que

había cerrado el caso sin consultárselo—. Estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo, caballeros, en que las primeras palabras de Tregembo se pronunciaron por equivocación y bajo la falsa suposición de que otro marinero había tropezado con él. La forma en que el señor Dalziell lo ha enviado abajo ha sido de tal naturaleza que lo descalifica para recibir la clase de respeto que se espera de un marinero hacia un guardiamarina. —Se oyó un fuerte jadeo de Rogers, pero Drinkwater no se arredró—. Los guardiamarinas de cualquier barco donde yo sea primer oficial están obligados a comportarse correctamente. No toleraré esos comportamientos de burdel que parecen estar de moda. Al barco no le conviene azotar a Tregembo.

—Maldito sea, Drinkwater, váyase al infierno. —Rogers saltó de su silla.

—¡Silencio, señor mío! —atronó Drinkwater, repentinamente furioso con Rogers. Luego, en tono más tranquilo, se volvió hacia el piloto y el cirujano—. Bien, caballeros, ¿están de acuerdo?

—Naturalmente, Nathaniel, un asunto totalmente estúpido, si quieres mi opinión. —Appleby lanzó a Rogers una mirada de desaprobación.

—¿Es que mi persona va a ser puesta en cuestión por un matasanos lamentable que…? —No llegó más lejos. En la puerta de su camarote apareció el comandante Griffiths. Los cinco hombres de la cámara de oficiales se pusieron en pie. Era obvio que lo había oído todo a través del frágil mamparo.

—Apruebo su decisión, señor Drinkwater, tanto como desapruebo su conducta, señor Rogers. —Griffiths habló lentamente, y luego volvió su rostro lúgubre hacia Dalziell—. Y respecto a usted, solo se me ocurre un lugar donde su presencia no nos infectará a todos. Diríjase al mastelerillo del trinquete.

El comandante pasó entre Rogers y el guardiamarina de rostro enrojecido con despectiva solemnidad, y se dirigió a la cubierta superior.

Habían dejado bajo el horizonte a Polaris y las constelaciones del lejano norte sin ninguna novedad. Al sur centelleaban Canopus, Rigel Centauro y la Cruz del Sur, mientras Orión giraba sobre ellos, a caballo del equinoccio. Habían cogido los alisios del sureste a cinco grados latitud sur y avanzaban a buena marcha con el mismo rumbo. El asunto de Dalziell desapareció de la mente de Drinkwater casi tan pronto como el muchacho hubo descendido del mastelerillo. Gobernando sus vidas, enterrando sus mezquinas disputas con su ritmo tranquilizador y severo, la rutina del barco del Rey proseguía implacablemente. Habían evitado acercarse a cualquier barco, por si eran cruceros franceses. Era improbable, pero un solo accidente podía romper la delicada estrategia del imperio. Incluso un barco de igual fuerza podía poner en riesgo su misión, y lo más probable era que un barco francés en el Atlántico sur fuera una de sus fragatas rápidas y bien construidas.

Una mañana de alternancia de sol y sombra, mientras una corriente interminable de nubes de buen tiempo corría por delante del viento, y los petreles, grandes y oscuros, revoloteaban en torno al barco junto a los extraños pájaros bobos de patas rojas, el asunto de Dalziell cobró vida de nuevo.

Al salir a tomar la altitud del meridiano, el señor Quilhampton apareció con un ojo morado.

—¿Cómo demonios se ha hecho eso, jovencito? —preguntó Drinkwater, que últimamente se había acostumbrado a reunirse con Lestock en la diminuta toldilla para determinar la latitud del bergantín.

—Oh, choqué con la puerta de mi camarote, señor. —El muchacho estaba casi sollozando, y su excusa era claramente inventada. Evidentemente, no había quien se lo creyera, y fue el comentario burlón de Dalziell, «Mi altitud es de setenta grados y cincuenta y cuatro minutos, señor Lestock», el que provocó la sospecha en la mente de Drinkwater de que él podía ser el causante

de la desdicha del señor Quilhampton. La sospecha pareció quedar confirmada por el gruñido ahogado del joven guardiamarina cuando el primer teniente dio su propia altitud a un minuto de la de Dalziell. Lestock apretó los labios con desaprobación.

—El señor Q tiene una contusión en el ojo, señor Lestock. Llame al cirujano, grumete, y que le eche un vistazo. —Observó cómo el chico se alejaba y se volvió al señor Dalziell—. ¿Cuál calcula que es nuestra latitud? —Sabía que estaba desplazando a Lestock, pero se dio cuenta de que Dalziell estaba de repente menos seguro. El sol los perseguía hacia el sur, cruzaría el ecuador dentro de un día o dos, y el cálculo era elemental. Una mera cuestión de sumar y restar, pero Dalziell se echó atrás. Drinkwater sospechó que debía copiar frecuentemente del chico más joven, que mostraba cierta aptitud para los misterios de la navegación astronómica.

—Er… dieciséis grados, er… unos dieciséis grados sur, señor, er… —Frunció el ceño sobre su pizarrín mientras Lestock chasqueaba la lengua y daba su aprobación a las cifras de Drinkwater.

—Tal vez le convendría más estudiar a Robinson, señor Dalziell, que pegar a su compañero.

La mirada estupefacta de Dalziell al descender la escalerilla le hizo sonreír por dentro. Recordó haberse preguntado, cuando era guardiamarina, cómo era posible que el primer oficial pareciera siempre omnisciente. La experiencia era una profesora fantástica, y había pocas cosas nuevas bajo el sol. La referencia al último objeto de sus observaciones lo divirtió más, y estaba de muy buen humor mientras devolvía el cuadrante a su cuidadosamente atada caja de caoba. Fue solo al levantar la vista de esa tarea cuando su mirada tropezó con la pequeña acuarela del corsario americano *Algonquin*, con la enseña británica por encima de la yanqui. Había sido su primer mando. El cuadro estaba algo manchado por la humedad, y Elizabeth lo había pintado para él antes de casarse. El pensamiento de Elizabeth pasó por encima de su buen humor como uno de aquellos cúmulos. Por uno de esos mecanismos extraños de la

mente, aquello le hizo pensar en Quilhampton y en lo dura que podía ser la vida de un guardiamarina. Llamó al asistente.

—Avise al señor Quilhampton, Merrick.

Cuando el muchacho entró, resultó obvio que había estado llorando. Era afortunado, pensó Drinkwater. En el bergantín no había camareta, y los dos guardiamarinas tenían un diminuto camarote para cada uno, meras conejeras dibujadas en los planos del barco como alojamiento para suboficiales. Por lo menos no tenían que vivir en el hedor del sollado, como le había ocurrido a él a bordo del *Cyclops*. Pero la atmósfera del entorno de Quilhampton era algo relativo. Podía ser más cómoda que la de Drinkwater entonces, pero no resultaba menos desagradable para el muchacho.

—Vamos, señor Q, seque esos ojos y cuénteme qué ha pasado.

—Nada, señor.

—Vamos, hombre, el honor no es tan importante, ¿qué ha pasado?

—N… nada, señor.

Drinkwater suspiró.

—Señor Q., si yo le ordenara que dirigiera a una partida de abordaje hasta la cubierta de una fragata francesa, ¿me obedecería?

—¡Por supuesto, señor! —Una chispa de indignación volvió a prender en el ánimo del muchacho.

—Entonces, vamos, señor Q. Se lo ruego, no me desobedezca ahora.

Los músculos en torno a la mandíbula de Quilhampton se tensaron.

—Me pegó el señor Dalziell, señor. Fue en una pelea limpia —añadió apresuradamente.

—Las peleas pocas veces son limpias, señor Q. ¿Por qué pelearon?

—Por nada, señor.

—Señor Quilhampton —dijo Drinkwater con vehemencia—. No volveré a recordarle que está usted al servicio del Rey, no en una escuela.

—Bien, señor, le insultó a usted, señor… dijo algo sobre usted y el capitán, señor… algo nada apropiado, señor.

Drinkwater frunció el ceño.

—Continúe.

—Yo, esto, me pareció injusto, señor, y yo, esto, objeté, señor… —La capacidad de expresión del muchacho había mejorado considerablemente, pero lo que estaba escuchando repugnaba a Drinkwater.

—¿Sugirió que el capitán y yo teníamos cierta intimidad, señor Q? —preguntó suavemente. El alivio apareció con claridad en el rostro del muchacho.

—Sí, señor.

—Muy bien, señor Q. Gracias. Y ahora, por pelear y por no obedecer mis órdenes de inmediato, le pediré una redacción sobre el origen del bergantín corbeta, que escribirá esta tarde durante su guardia abajo y que me entregará al presentarse en cubierta a las ocho campanadas.

El chico abandonó el camarote más contento a pesar de su tarea. Pero para Drinkwater, una nube se había instalado de forma permanente sobre la luz del día, y una oscura sospecha empezaba a tomar forma en su mente.

Habló con Dalziell cuando este relevó a Rogers al finalizar la guardia de tarde. Quilhampton le había entregado un papel manchado de tinta que dobló cuidadosamente y se guardó a la espalda.

—Por pelear, señor Dalziell, quiero una redacción sobre el bergantín corbeta. Deseo que me la presente cuando me releven esta noche.

Dalziell murmuró su asentimiento y se volvió. Drinkwater volvió a llamarlo.

—Dígame, señor Dalziell, ¿qué relación tiene usted con lord Dungarth? —La cara de Dalziell se relajó en una mueca burlona mal disimulada. Drinkwater esperaba que el guardiamarina lo creyera

demasiado asustado para castigar al protegido de un conde de forma flagrante. Aquella mirada felina parecía indicarle que tenía razón.

—Soy pariente de su difunta esposa… señor.

—Comprendo. ¿Cuál era la naturaleza del parentesco?

—Era primo segundo de la condesa. —Se pavoneaba, como si ser primo segundo de una condesa muerta lo absolviera de las formalidades de la cortesía naval. Drinkwater no continuó por aquel camino; el señor Dalziell no necesitaba saber que lord Dungarth había sido el director de las operaciones clandestinas del cúter *Kestrel*.

—Es usted muy afortunado en sus relaciones, señor Dalziell —dijo, mientras el muchacho volvía a hacer una mueca.

Estaba a punto de volverse y dedicar su atención al barco cuando Dalziell añadió:

—Tengo un primo por parte de madre que lo conoce a usted, señor Drinkwater.

—¿De veras? —dijo Drinkwater sin interés, consciente de que Rogers no había aflojado los brioles del juanete, que estaban tensos y probablemente desgastados—. ¿Y quién es?

—El teniente Morris.

Drinkwater se paró en seco. Se volvió lentamente y lanzó a Dalziell una mirada gélida.

—¿Y, señor Dalziell?

De repente, Dalziell pensó que podía haberse equivocado tratando de ganar ventaja sobre el segundo de a bordo tan poco tiempo después del juicio. Comprendió que el señor Drinkwater no se arredraría por meras insinuaciones, ni podía emplear con él las obscenidades que habían disgustado a Quilhampton.

—Oh, n… nada, señor.

—Entonces vaya abajo y prepare su redacción. —Drinkwater se volvió y empezó a recorrer la cubierta, olvidándose de los brioles del juanete. Odiaba la precocidad de Dalziell y los de su calaña. Le habían arruinado el día, y todo el viaje del *Hellebore* había sido

envenenado por Dalziell, un recuerdo viviente de los horrores de la fragata *Cyclops* y Morris, el tirano sodomita de la mesa de los guardiamarinas. Muchos años atrás, durante la guerra americana, Drinkwater había tenido un papel principal en hacer que echaran a Morris de la fragata. Morris tuvo suerte de escapar con vida: había un Artículo de Guerra que castigaba su crimen con la horca. En aquel momento le volvió a la mente una amenaza de borracho, pronunciada por Morris antes de abandonar la fragata. Al parecer, Morris había seguido su carrera, podía haber estado detrás de la petición de Dungarth de encontrar una plaza para Dalziell, aunque era seguro que el conde no sabía nada del asunto. Algo en la actitud de Dalziell parecía confirmar aquella sospecha. Durante media hora, Drinkwater paseó furiosamente de la escalera de la toldilla al palo mayor y vuelta. Su mente se había llenado de miedos oscuros e irracionales, miedo por Elizabeth y su hijo no nacido en Inglaterra, pues tiempo atrás Morris había descubierto su amor por ella y la había amenazado. Gradualmente se calmó y se obligó a pensar de modo más racional. Pese a la influencia que parecía tener en el Almirantazgo gracias a los talentos carnales de su hermana, Morris no había pasado de teniente, y habían transcurrido muchos años desde aquel encuentro en Nueva York. Tal vez, fuera lo que fuera lo que Dalziell sabía sobre los sucesos a bordo del *Cyclops*, su conocimiento no iría más allá de que Morris y él eran enemigos. Seguro que Morris había ocultado la razón de su enemistad. Era extraño que hubiera metido en la cabeza del guardiamarina la idea de que Drinkwater tenía el mismo vicio que había estado a punto de destruir al propio Morris. O tal vez no era tan extraño. El mal solía representarse como una serpiente, y los giros de la mente humana para justificar sus conductas más repugnantes resultaban, cuando se examinaban objetivamente, casi increíbles.

Sin embargo, transcurrieron dos horas antes de que Drinkwater recordara los brioles del juanete. Descubrió que el señor Quilhampton ya se había encargado de ellos.

Capítulo 5

Septiembre-octubre de 1798

El *Mistress Shore*

A la mañana siguiente, Drinkwater encontró un momento para estudiar los esfuerzos literarios de los dos guardiamarinas. Estaba claro que el ensayo del señor Dalziell se había visto perjudicado por haber sido escrito después del señor Quilhampton. Era cierto que la caligrafía era más pulcra y mejor formada que la escritura torpe y manchada del señor Q, pero la información contenida en la redacción era una copia del *Diccionario marino* de Falconer, con unos cuantos adornos de lo que el señor Dalziell consideraba claramente que era estilo literario.

… Y así el bergantín corbeta, llamado así para indicar que estaba comandado por un comandante o capitán de corbeta, en oposición al bergantín cañonero, al mando de un mero teniente, llegó para ocupar su lugar en las listas de la flota y cumplir las tareas de un pequeño crucero con no poca satisfacción por parte del Almirantazgo…

¿Había una burla en la larga frase? ¿O eran prejuicios indebidos de Drinkwater? Ciertamente, había poca información.

En contraste, el trabajo errático y manchado de Quilhampton, pese a su escasa pulcritud, revelaba su entusiasmo.

… El bergantín naval se desarrolló a partir del bergantín y la goleta mercantes, ambos barcos de dos palos. En el primero, el palo

mayor llevaba una vela cuadrada y una de cuchillo que normalmente iba suelta. Su grátil se fijaba a un pequeño mástil, o caballo, instalado a popa del palo mayor. El bergantín mercante no llevaba vela mayor, y la del mastelero se fijaba a una verga inferior de menores dimensiones, parecida a la de mesana. La vela mayor estaba normalmente diseñada como vela de cuchillo, mayor que la de la goleta y provista de un botalón, extendiendo sus componentes a popa y resultando un impulsor muy eficaz para un barco con viento favorable…

Drinkwater asintió, satisfecho de la claridad de la redacción del señor Quilhampton, pero el muchacho ya estaba disparado y no vaciló en intentar desentrañar aquella confusión etimológica y naval.

El bergantín naval se divide en dos clases, el cañonero, normalmente de menor calado y comandado por un teniente, y el bergantín corbeta, bajo un comandante. El término «corbeta» en este contexto (al igual que ocurre con la goleta) indica su estatus como barco al mando de un capitán o comandante; la corbeta de veinte cañones es el navío más pequeño comandado por un capitán. El capitán de un bergantín corbeta siempre recibe el apelativo de «capitán» por cortesía, pero en realidad se llama «patrón y comandante» ya que hubo un tiempo en que no había patrón a bordo que se ocupara de la navegación. El término «corbeta» empleado en estos contextos no debe confundirse con el barco de un solo palo que tiene la apariencia superficial (había varios intentos de escribir aquella palabra) *de un cúter. Esos tipos de corbeta se usan raramente hoy día en el servicio naval, pues han sido reemplazados por el cúter, mucho más rápido. Se diferencian del cúter por tener menos superficie de vela, un bauprés fijo y un saltillo de proa…*

Drinkwater soltó aquel formidable documento con admiración. El joven señor Q había tocado varios puntos interesantes, particularmente el de patronos y comandantes. Sabía que varios tenientes jóvenes y ambiciosos habían objetado a someterse al examen de navegación en la Trinity House para conseguir plenos

derechos al título, y que los múltiples ascensos otorgados en puestos del extranjero a causa de las exigencias de la guerra habían vuelto el sistema impracticable. La norma de que un guardiamarina tuviera que ascender a suboficial antes de poder pasar a un barco capturado era más ignorada que otra cosa. Como resultado, el Almirantazgo había decidido destinar suboficiales o suboficiales en funciones a la mayor parte de bergantines para evitar desastres causados por una mala navegación. En el caso del señor Lestock, Drinkwater consideraba que el nombramiento era más una carga para el barco que una salvaguarda.

El trabajo del Quilhampton reflejaba el debate de la cámara de oficiales sobre el armamento del bergantín, repitiendo los argumentos de las carronadas contra los cañones largos, y concluía diciendo en tono didáctico:

Cualquiera que sea el armamento de la cubierta, el bergantín de guerra de dieciocho cañones es, según las regulaciones de 1795, el barco de guerra más pequeño que lleva carronadas en los botes.

Drinkwater estaba doblando los papeles cuando un grito lo envió corriendo a cubierta.

—¡Ah de la cubierta! ¡Vela a barlovento!

Se apartó del tambucho para permitir que lo precediera Griffiths, cojeando dolorosamente pero con evidente prisa. Cuando los dos hombres aparecieron en cubierta, los silbatos empezaban a sonar en las escotillas. Lestock saltó de la barandilla de barlovento y ofreció su catalejo a Griffiths.

—Un crucero francés, a mi juicio.

Griffiths blasfemó mientras Drinkwater sacaba del bolsillo su propio catalejo. Era una fragata, sin duda, y de las rápidas, a juzgar por la velocidad con que crecía su imagen. Ciertamente, era de construcción francesa, y en aquel lugar, al sur de la isla de Ascensión en la ruta de los inchimanes que regresaban a su país, probablemente seguiría en manos francesas.

—Se ha llamado a todos los hombres, señor —dijo Lestock, muy tieso.

—Señor Drinkwater, que retiren las cuñas de los mástiles y quiero burdas de prevención en los tamboretes del juanete.

—¡A la orden, señor! —Lestock ya estaba gritando órdenes por el altavoz, y los masteleros corrían arriba a tender los botalones de las escandalosas. Drinkwater se adelantó hasta donde Johnson, el carpintero, se ocupaba de las velas delanteras, izando un foque volante y tendiendo la lona para atrapar el viento que pudiera quedar a sotavento de los trinquetes mientras se colocaban las vergas a través del casco.

—Señor Johnson, que sus ayudantes quiten las cuñas del mástil para darle algo de juego; queremos toda la velocidad posible. Luego haga que bombeen la sentina y manténgala seca mientras esto dure. —Drinkwater señaló a popa con la cabeza.

Johnson asintió y llamó a sus dos ayudantes con una blasfemia irrepetible. Drinkwater se volvió y buscó a Grey, el contramaestre.

—Señor Grey, quiero dos cuerdas de cuatro pulgadas instaladas como burdas de emergencia. Use las bozas de porta. Súbalas al tamborete del juanete y asegúrelas. Las ataremos a la barandilla con una amarra de cañón.

—A la orden, señor.

—Y, señor Grey…

—¿Señor?

—No quiero desgastes en la porta. Ocúpese de ello, por favor.

Era decirle lo obvio a un hombre experimentado, pero en la excitación del momento, Drinkwater prefería no fiarse de una experiencia que podía fallar a causa de una distracción.

Al regresar a popa, Drinkwater se dio cuenta de que el sonido del viento en el cordaje había amainado. El ruido se había reducido al mínimo al quedar libre, mientras el casco estaba más erguido en el agua y era necesario mirar al horizonte y ver las crestas de las olas que todavía avanzaban ante la fuerte brisa para convencerse de que el viento no se había moderado de repente. Las escandalosas ya estaban siendo izadas desde las cofas, extendiéndose hacia delante e inclinando los delgados botalones. Lestock gritaba insultos a los

masteleros que habían fracasado en su delicada tarea de liberar a una de ellas de la telaraña de cuerdas que se extendía entre la cofa y los botalones superior e inferior. Un hombre se arrastraba por la verga del juanete y se inclinaba hacia el exterior, arriesgando la vida para deshacer el enredo.

La voz de Lestock se convirtió en un chillido agudo, y Drinkwater supo que en muchos barcos azotarían a los marineros por aquella torpeza. La diatriba vitriólica de Lestock lo enfurecía.

—Deje eso, señor Lestock, solo conseguirá poner nervioso al hombre, y no arreglará la vela ni un segundo antes.

Lestock se volvió, pálido de ira.

—¡Le ruego que se calle, maldita sea, la cubierta todavía es mía y haré que aten al pasamanos a ese hijo de puta jefe de la cofa, por Dios!

Drinkwater lo ignoró. La distracción lo había silenciado el tiempo suficiente para que la escandalosa quedara fijada, y tenía demasiada prisa por ir a popa y observar la persecución.

Se reunió con Griffiths junto al coronamiento de popa, sin decir nada pero empleando el catalejo.

—Nos está alcanzando, *bach*. No me atrevo a sacrificar agua, ni cañones… todavía no…

—Podríamos llevar a popa los cañones delanteros, señor. Levantar un poco la proa, ahora la lleva casi enterrada… —Ambos hombres hablaban sin retirar los catalejos de sus ojos.

—Desde luego. Ocúpese de ello, y que bajen las popas de los botes traseros para atrapar algo de viento. —Drinkwater plegó el catalejo y miró a Quilhampton.

—Señor Q, ocúpese de que bajen las popas de los botes traseros. No lo suficiente para que les entre agua, sino para que actúen como velas. —Dejó a Quilhampton, que asintió desconcertado, y observó con satisfacción la velocidad con que el grupo de Grey había izado las bozas de cuatro pulgadas. Habían instalado ya las trincas del cañón, y las estaban fijando laboriosamente.

—¡Señor Rogers!

—¿Sí? ¿Qué sucede?

Drinkwater le explicó lo de los cañones.

—Empezaremos con los dos delanteros y usaremos la barquilla a intervalos de media hora para determinar cuándo lleva más velocidad.

Rogers asintió.

—Nos está alcanzando, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cree que el viejo bastardo ha perdido el valor? —Hizo una pausa y se fijó en la ira en el rostro de Drinkwater—. Quiero decir, podría ser británico…

—¡Y podría no serlo! Puede que usted desee pudrirse en una fortaleza francesa, pero yo no. Le sugiero que obedezca sus órdenes.

Drinkwater se apartó de Rogers, lleno de desprecio ante el hecho de que un hombre pudiera tomarse la libertad de hacer observaciones tan mezquinas. Aunque el extraño estaba aún fuera del alcance de los cañones, solo haría falta un disparo afortunado para detener su huida. Y les aguardaba la implacable fortaleza de Bitche. Drinkwater impidió que su mente siguiera vagando y empezó a organizar el traslado a popa de los cañones delanteros.

En el combés, el siseo del mar junto al costado se vio pronto aumentado por los gruñidos simultáneos de los hombres que tiraban de las trincas y arrastraban con cuidado la resistente artillería hacia proa. Dos pesados motones tiraban hacia delante y dos hacia atrás, para controlar el avance de los cañones mientras el barco se movía debajo de ellos. De vez en cuando, los hombres del grupo de Grey, provistos de picas, facilitaban el paso de las pesadas ruedas de las cureñas sobre algún cáncamo. Tras cuatro horas de esfuerzos, tuvieron cuatro cañones a popa del palo mayor, y las sucesivas tiradas de la barquilla indicaron un aumento de la velocidad de un nudo y medio. Pero todo aquel movimiento de cañones no solo había privado al *Hellebore* de cuatro de sus dientes, sino que dificultaría

seriamente el manejo de los cañones traseros, ya que los delanteros ocupaban su espacio de retroceso.

Cuando el cuarto cañón quedó trincado, los dos tenientes se irguieron. Hacía rato que Drinkwater había olvidado la anterior actitud de Rogers.

—Espero que el muy bastardo no nos alcance ahora, o nos rendiremos como cobardes; nos superan en fuerzas —murmuró Rogers malhumorado.

—Déjelo, Rogers, ya es más de mediodía, es posible que aguantemos hasta que oscurezca.

—Es usted un maldito optimista, Drinkwater.

—No puedo elegir; además, dicen que la fe mueve montañas.

—¡Y una mierda!

Drinkwater se encogió de hombros y regresó a popa. Pese al trabajo de las últimas horas, fue como si hubiera dejado a Griffiths pocos momentos antes. El anciano galés parecía no haberse movido, sino más bien haberse encogido sobre sí mismo, casi como medio dormido, hasta que uno se fijaba en aquellos ojos de halcón que observaban la popa incansablemente.

No había duda de que estaban perdiendo la carrera. El casco de la gran fragata era claramente visible desde la cubierta, y empezaba a hacer disparos de prueba. Por el momento, estos caían a popa de modo inofensivo. Drinkwater expresó su sorpresa cuando una pluma blanca apareció en su estela a ocho cables de distancia.

—Lleva media hora haciendo lo mismo —dijo Griffiths—. Creo que tenemos dos horas antes de sentir la espuma de esos surtidores en la cara, y puede que una hora más antes de que empiecen a hacer saltar astillas de la barandilla.

Sus manos apretaron el coronamiento con más fuerza, como si pudieran proteger el maderamen de lo inevitable.

—Podríamos disparar uno de los cañones de persecución de proa, hacia atrás, a través de la popa, señor —sugirió Drinkwater. Griffiths asintió.

—Como hizo aquel *cyhral* de Santhonax el día que derribó el mastelero del *Kestrel* de un cañonazo, ¿no es eso?

—Sí.

—Veremos. De momento, no serviría de nada. ¿Ha apagado Lestock el fuego de la cocina por un exceso de celo?

—No tengo ni idea, señor. —A la mención de la cocina, Drinkwater recordó de repente lo hambriento que estaba.

—Vea lo que puede hacer, *bach*. Que los hombres coman algo. Venga lo que venga, será mejor esperarlo con la barriga llena.

Media hora más tarde, Drinkwater estaba devorando un cuenco de gachas. Una atmósfera irreal reinaba en la cámara de oficiales donde él, Lestock y Appleby tomaban una colación improvisada. Por todo el barco, los hombres se movían con silenciosa expectación, temerosos de la captura o esperanzados de poder huir. Hasta qué punto se inclinaran por una u otra opción dependía sobre todo del temperamento de cada uno, y existían almas lúgubres que ya habían abandonado toda esperanza.

Drinkwater no podía permitirse pensar demasiado en la derrota. Tanto sus miedos como su orgullo profesional exigían que aparentara confianza en la salvación final.

—Se lo digo yo, Appleby, si esos bribones no hubieran metido la pata con las escandalosas de estribor, estaríamos media milla por delante —farfulló Lestock a través de las gachas y revelando todo su nerviosismo.

—Eso es una tontería, señor Lestock —dijo Drinkwater en tono tranquilizador, reacio a reabrir el tema—. En ocasiones como esta, es muy frecuente que haya cosas pequeñas que salen mal; si no hubiera sido la escandalosa, probablemente habría sido cualquier otra cosa. Tal vez algo ha ido mal en el barco que nos persigue, y ha hecho que se retrase un minuto o dos. En cualquier caso, no sirve de nada preocuparse por ello.

—Pero podría ser el clavo de la herradura, ¿eh, Nat? —intervino Appleby, irritando aún más a Drinkwater.

—¿Qué quiere decir?

—La que hizo que se perdiera la batalla, estoy parafraseando…

—Conozco bien la rima infantil…

—Y es normal que la conozca, querido amigo, está usted más cerca de los niños que yo…

—Oh, por el amor de Dios, Harry, no empiece. Tenemos al señor Lestock como Job sobre un montón de estiércol, a Rogers en cubierta con una cara tan larga como la chimenea de la cocina…

—¿Y qué vamos a hacer, muchacho?

—Esperar que podamos aguantar hasta que oscurezca —dijo Drinkwater levantándose.

—¡Ah! —Appleby levantó los brazos en un gesto de burlona revelación—. La hora del crepúsculo…

—Y tengan un poco de fe en Madoc Griffiths, por el amor de Dios —espetó furioso Drinkwater.

—Ah, el mago galés.

Drinkwater salió de la cámara de oficiales con la risa nerviosa de Lestock en los oídos. Había momentos en que Harry Appleby podía resultar irritante con sus bromas. Drinkwater sabía que ello procedía de la inherente desaprobación de Appleby por el derramamiento de sangre y las ilusiones de gloria. Pero en aquel momento no tenía paciencia para los sentimientos nobles del cirujano, y se dio cuenta de que no le gustaba, como a Rogers, la idea de una rendición abyecta.

Regresó a cubierta para encontrar a la fragata perceptiblemente más cerca. Blasfemó entre dientes y se acercó a Griffiths.

—¿Ha comido, señor?

—No tengo estómago para comer, *bach*. —Griffiths se volvió, y una mueca de dolor le cruzó la cara cuando el movimiento devolvió la circulación a sus piernas. Su pie gotoso golpeó la cubierta con más fuerza de la que pretendía al recuperar el equilibrio, y de sus labios surgió un torrente de improperios en galés. Drinkwater le proporcionó algo de apoyo.

—Estoy bien. ¡*Duw*, ser viejo es algo terrible! Hágase cargo de la cubierta durante un rato, necesito agarrar el cuello de un amiguito

verde.

Estaba en cubierta cinco minutos después, oliendo a vino de sercial pero con más color en las mejillas. Observó las velas con ojo crítico y asintió con satisfacción.

—Puede ser que el viento amaine al ponerse el sol. Eso podría darnos algo de ventaja.

Podía ser, pensó Drinkwater, pero no era seguro ni mucho menos. Una hora más tarde pudieron sentir en las caras la espuma levantada por los disparos que caían en su estela.

Y el viento no mostraba signos de amainar.

La hora del crepúsculo de Appleby se acercó por fin, y con ella la primera señal de que tal vez no estaba todo perdido. La puesta de sol llegó acompañada por nubes del oeste que prometían abreviar el período de media luz y presagiaban un empeoramiento del tiempo. El bergantín seguía avanzando a toda vela y Lestock, tan ansioso anteriormente por izar las escandalosas, empezaba a desear arriarlas, pensando con acierto que aquella operación llevada a cabo en la oscuridad podía entrañar peligro. Un enredo de cuerdas en un momento como aquel podía significar un desastre, y Lestock expresó sus dudas a Griffiths.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Lestock, pero ahora no me preocupan las escandalosas. —Griffiths llamó a Drinkwater y Rogers. Los dos tenientes y el contramaestre se le unieron para mirar a proa.

—Nos verán todavía durante un rato en el resplandor del ocaso. También esperarán que hagamos algo. Voy a dirigirme hacia ellos… —Hizo una pausa, dejando que comprendieran las implicaciones de lo que había dicho. Rogers silbó por lo bajo. Drinkwater sonrió, en parte por alivio de que hubieran acabado las horas de pasividad, y en parte por la mirada de horror apenas visible en el rostro de Lestock.

—El señor Lestock tiene razón sobre las escandalosas. Con las burdas de prevención, no temo por los mástiles. Si los botalones se parten o las velas se rompen, al diablo con ellos, por lo menos tenemos toda el agua y toda la artillería… Respecto a esto último,

señor Rogers, quiero que todos los cañones del combés que podamos manejar se carguen con munición doble y elevación máxima. No dispararán sin que yo dé la orden, bajo pena de muerte. Eso ocurrirá solamente, repito, solamente, si sospecho que nos han visto. Señor Drinkwater, quiero silencio absoluto en todo el barco. Azotaré a cualquier hombre que se tire un pedo. Y los masteleros han de tener los cuchillos listos para cortar cualquier cosa que pueda enredarse. ¿Comprendido, caballeros?

Los tres oficiales murmuraron su asentimiento. Una bala golpeó la popa y levantó una lluvia de astillas.

—Muy bien —dijo Griffiths impasible—. Esperemos que dentro de cuarenta minutos ya no puedan vernos. Hagan sus preparativos, por favor.

—¡Abajo el timón!

El bergantín empezó a virar a babor, las vergas girando cuando se ciñó al viento. Fueron conscientes de la fuerza del viento inmediatamente, y las láminas de espuma empezaron a azotar la amura de barlovento del barco.

—¡En buena vela, amura de babor, señor! —anunció Lestock, irguiéndose en la oscuridad mientras el *Hellebore* avanzaba bajo la presión de la lona.

Drinkwater se unió a Griffiths en la barandilla, estudiando la oscuridad en la amura de babor donde la fragata debía hacerse visible en cualquier momento.

—Allí está, señor —siseó tras un momento de pausa—, y por Dios que está virando…

—*¡Myndiawl!* —Drinkwater percibió la tensión del comandante mientras Griffiths observaba las tinieblas—. También se está ciñendo al viento; ¿cree que nos han visto?

Drinkwater no respondió. Era imposible decirlo, aunque parecía probable que el extraño hubiera anticipado la maniobra de Griffiths pese a no poder verlos.

—Tiene que vernos…

Los dos barcos avanzaban a unos nueve cables de distancia uno de otro, moviéndose en rumbos casi paralelos. Drinkwater estudiaba al enemigo, pues ya estaba convencido de que la fragata era francesa. Había dos cosas evidentes a partir de la imagen invertida en el catalejo nocturno. El *Hellebore* era superior en velocidad, pues el otro barco estaba arriando las escandalosas. La confusión provocada por la operación lo había ralentizado momentáneamente. También se estaba haciendo más grande, indicando que no estaba tan ceñido al viento como su presa. Si el *Hellebore* conseguía cruzar su proa aún era posible que escapara, y aquel rumbo parecía indicar que el capitán francés era cauteloso. Y entonces a Drinkwater se le ocurrieron varias ideas simultáneamente. Podía imaginar la escena en la cubierta del crucero francés. Las escandalosas serían manejadas con cuidado, y la atención de los hombres estaría concentrada a bordo durante unos diez minutos. Y el francés trataría de cruzar el viento y reducir vela hasta que amaneciera, calculando que, hiciera lo que hiciera el *Hellebore*, seguiría siendo visible con la luz del día, con horas por delante para completar lo que había empezado aquel día.

Murmuró sus conclusiones a Griffiths, que las consideró durante lo que pareció una eternidad.

—Si ese es el caso, lo mejor sería rodearlo por la popa…

—Pero eso significa que podríamos encontrarnos con él de nuevo mañana, ya que no avanzaríamos —añadió Drinkwater—, mientras que si mantenemos el rumbo podríamos deslizamos a barlovento de ellos y escapar.

Oyó que Griffiths suspiraba.

—Muy bien —dijo por fin.

Había media milla entre los dos barcos y la distancia seguía disminuyendo. Tendrían que verlos en cualquier momento. Drinkwater miró arriba ansiosamente, y distinguió un borrón blanco que era el rostro de Lestock. Junto a él estaban Dalziell y el señor Q.

El palo mayor del *Hellebore* se acercaba a la popa de la fragata, y Drinkwater pudo ver que sus juanetes se hinchaban donde empezaban las velas mientras recogían los brioles antes de arriarlas. Se sintió seguro de que su idea era correcta. Pero le asaltó otro pensamiento: era inevitable que uno de los vigías de aquellas vergas distinguiera al bergantín, tan cerca de ellos a sotavento.

Un minuto más tarde se oyó claramente el grito de alarma a través de las trescientas yardas de agua que separaban a los dos barcos. Drinkwater trató de ver si sus portas de sotavento estaban abiertas, y esperó una fuerte andanada con el corazón palpitante. Dudaba de que ninguno de sus cañones pudiera abrir fuego. Vio que Rogers miraba a popa, deseoso de dar la orden de disparar. La inquietud de Lestock se estaba volviendo insoportable mientras en toda la cubierta los hombres observaban en silencio la forma fantasmal negra y gris que era el enemigo.

Se oyeron varios gritos procedentes del extraño, y eran inconfundiblemente franceses. Un murmullo bajo recorrió la cubierta del *Hellebore*.

—¡Silencio! —advirtió Drinkwater en voz baja, confiando en que su posición a sotavento haría que sus palabras no llegaran a la fragata—. Señor Q. Que icen una enseña holandesa.

Por encima del agua se oyó un grito seguido por un disparo que les pasó por encima, abriendo un agujero en la escandalosa inferior de sotavento. Un segundo más tarde, esta se desgarró y saltó de sus amarras.

Las franjas horizontales de la enseña holandesa provocaron un pequeño retraso, un momento de indecisión en el alcázar enemigo que no duró demasiado tiempo. Las inconfundibles bandas verticales de la tricolor francesa ascendieron al peñol, y sus cañones delanteros ladraron desde el cuarto de estribor. Tres de las balas dieron en el blanco, rompiendo el casco bajo el alcázar y destrozando el camarote de Rogers, pero nadie resultó herido y para entonces el bergantín se había alejado lo suficiente para salir del

alcance de los cañones enemigos. A ochenta yardas desde la proa, el *Hellebore* atravesó el bauprés del crucero.

—Está orzando, señor…

—Para enviarnos una andanada, el muy bastardo. —Griffiths contempló su propia cubierta—. Manténgalo a buena vela, señor Lestock. No quiero perder ni una pulgada.

Drinkwater observó cómo el barco francés viraba hacia el viento y vio una hilera desigual de destellos donde había abierto fuego la batería de estribor. Por encima de su cabeza, las cuerdas se partieron y en varias velas aparecieron agujeros, pero ni una sola verga resultó afectada.

—¡Ja! —rugió Griffiths exultante—. ¡Mírelo, maldita sea!

Drinkwater volvió su atención del velamen del *Hellebore* a la fragata. Oyó débiles gritos de alarma o rabia cuando el barco francés orzó demasiado y perdió el rumbo, vio que sus velas temblaban y los destellos de una segunda andanada. No notaron la caída de las balas. Griffiths dirigió una amplia sonrisa a Drinkwater.

—Mantengan las escandalosas arriba, aunque al amanecer estén hechas trizas; no tendremos otra oportunidad como esta.

—Desde luego que no, señor. ¿Puedo trincar los cañones y enviar a los hombres abajo?

Griffiths asintió y Drinkwater lo oyó murmurar para sí:

—Qué suerte, maldita sea.

—¡Señor Rogers! Trinquen los cañones y den la señal de que los hombres vuelvan abajo. Señor Lestock, releven al timonel y al vigía, y mantengan el barco a buena vela hasta nueva orden.

Lestock asintió y Drinkwater no pudo resistirse a tomarle el pelo.

—Parece ser, señor Lestock, que era nuestro adversario quien no tenía clavos de herradura.

—Cuestión de suerte, señor Drinkwater, nada más.

Drinkwater rio, mirando a Rogers cuando este regresaba de trincar los cañones.

—O de la fe que mueve montañas, ¿eh, Samuel?

Cuando volvió a mirar a popa, había dos millas de separación entre ambos barcos. El crucero francés había empezado a perseguirlos de nuevo, pero cinco minutos más tarde desapareció cuando empezó a caer la lluvia.

El amanecer los encontró solos en un océano vacío, y a medida que transcurrían las horas resultó evidente que habían eludido a su perseguidor. Recuperaron el rumbo, arrastraron los cañones a sus posiciones originales y continuaron el viaje. Las escandalosas necesitaban ser izadas de nuevo, pues durante la noche se habían soltado tres botalones, y hubo que reparar varias velas. Una semana más tarde, la regularidad de su rutina había borrado casi por completo el recuerdo de la persecución.

Y entonces el Atlántico sur los sorprendió por segunda vez. A las cuatro campanadas de la mañana, ocho días después de su huida del crucero francés, un grito del mastelero hizo que Drinkwater acudiera a cubierta.

—¡Barco a la vista! ¡Un bote, señor, en la amura de barlovento!

Se unió a Lestock en la barandilla, fijando el catalejo en un obenque. Un minuto después, Griffiths se les acercó cojeando.

—¿Y bien? —gruñó—. ¿Pueden verlo?

Ambos oficiales respondieron de forma negativa.

Estudiaron las olas pacientemente hasta que de repente algo se recortó brevemente contra el cielo. Indudablemente, era un bote, y durante una mínima fracción de segundo pudieron ver la silueta irregular de unos brazos que se agitaban y una banda roja ondeando al viento.

—¡A proa, señor, allí! ¡Se perderá enseguida! —El bote no estaba a más de media milla de ellos, y ya había desaparecido en el surco de una ola.

—Que viren el barco, señor Lestock. Todos los hombres a cubierta.

Se dio la orden mientras Lestock se volvía para empezar a gritar por el altavoz.

—Voy a subir para vigilarlos, señor. —Sin esperar a tener permiso, Drinkwater saltó al cordaje y trepó a la cofa. La repentina excitación daba energía a sus músculos mientras ascendía con la agilidad de un guardiamarina. Avanzó sobre su espalda, arrastrándose por encima de las ligazones y los obenques del mastelero, hasta fijar una pierna en los cabos del calcés. Por debajo de él, habían recogido la vela cangreja con las escotas. El *Hellebore* había empezado a virar a estribor, y los hombres sujetaron las vergas hasta recibir el viento en la popa. Drinkwater miró a estribor. Al principio no pudo ver nada. Los ocupantes del bote podían haber sucumbido a la desesperación; no se le ocurría un suplicio peor para ellos que haber tenido un barco tan cerca y que este no los hubiera visto. Entonces distinguió un destello rojo. La desesperación se convirtió en entusiasmo cuando los náufragos vieron la maniobra del bergantín. El *Hellebore* seguía virando, y ya tenía la tela roja casi delante. A su alrededor, las vergas gimieron suavemente en los racamentos mientras las brazas las mantenían firmes.

—Mantengan el rumbo, señor, están justo a barlovento —gritó hacia abajo.

El *Hellebore* se estabilizó con el viento en la proa. Los hombres de abajo, llamados para cualquier eventualidad que pudiera surgir, se habían concentrado entusiasmados en la proa. Drinkwater vio un brazo extendido; algún hombre de abajo había distinguido el bote. Pensando en su dignidad, descendió a cubierta.

—¡Hombres de guardia! ¡A las brazas! ¡Suelten e icen! —El *Hellebore* se puso al pairo mientras la vela principal y el juanete golpeaban el mástil, frenando el avance del barco y dejándolo detenido a unas ochenta yardas del bote por la amura de estribor.

Podían verlo con claridad, mientras sus ocupantes sacaban un par de remos y movían torpemente el bote hacia sotavento.

—¡Eh, hay mujeres a bordo! —gritó alguien en proa, donde los hombres del *Hellebore* se habían apelotonado en la barandilla de

estribor. Se oyeron varios silbidos, acompañados por sonrisas entusiastas y algún gesto obsceno—. Somos unos bastardos con suerte.

—No te creas afortunado tan pronto, una de ellas está remando.

—Una ramera remera, ¿eh muchachos?

—Si hay putas, se las quedarán los oficiales.

Las bromas subidas de tono quedaron cortadas en seco por el grito de Drinkwater.

—¡Silencio! ¡Silencio ahí! ¡Déjense de tonterías!

Griffiths y él intercambiaron miradas preocupadas. Griffiths se había negado a autorizar las celebraciones en el ecuador por una buena razón.

—Vestirán a los monos de la pólvora como putas, Nathaniel, y se les ocurrirán toda clase de ideas… olvídelo.

Lo habían olvidado, pero se enfrentaban a un problema peor. Parecía haber tres mujeres en el bote, una de las cuales era una criatura enorme cuya amplia espalda se movía con el esfuerzo como la de un auténtico remero. Llevaba un trozo de tela escarlata sobre los hombros, que les había salvado las vidas al agitarlo. Menos interés provocaban los seis hombres que parecían espantapájaros y que viajaban en el bote que golpeó el costado del *Hellebore*. Los marineros del bergantín se apelotonaron junto a las cadenas y trataron de ayudar. Hubo muchos tirones impacientes y bromas bienintencionadas mientras los desdichados supervivientes eran izados a bordo.

—Eh, aquí hay un oficial herido.

Un mastelero saltó al bote, y el cuerpo inerte de un capitán de infantería ataviado con su casaca roja fue izado por encima de la barandilla.

Llamaron a Appleby, que se hizo cargo inmediatamente del hombre inconsciente; entretanto, las nueve personas restantes se alinearon torpemente en cubierta. Bebieron ávidamente de las jarras que los solícitos marineros les trajeron de la barrica. Los seis maltrechos hombres eran dos marineros y cuatro soldados. Las

casacas rojas de los soldados estaban desteñidas por la exposición al sol, y no llevaban cinturones. Tenían la mirada perdida, y la piel del rostro llagada. Los dos marineros estaban en condiciones algo mejores, pues sus pieles bronceadas les habían ahorrado las peores quemaduras. Pero fueron las mujeres las que recibieron más atención de los marineros del *Hellebore*.

La mujer grande tenía unos cuarenta años, el rostro duro y enrojecido, con unos antebrazos como jamones y una masa de cabello negro enmarañado que le llegaba hasta los hombros. Echó la cabeza hacia atrás y plantó sus pies con firmeza sobre los tablones. Junto a ella estaba una versión más joven, sorprendentemente parecida, una muchacha robusta y bien formada cuya amplia figura quedaba al descubierto por los agujeros en los restos de su vestido de algodón. Tenía la cara quemada en torno al puente de la nariz y algunas marcas de viruela.

Junto a él, Drinkwater oyó que Griffiths respiraba profundamente. «Convictos», murmuró, y Drinkwater se fijó por primera vez las marcas de grilletes en sus tobillos. La tercera mujer era una arpía de rostro afilado cuyos rasgos quedaban disimulados por la prominente nariz. Tenía unos treinta y cinco años, y sus ojos oscuros ya estaban recorriendo el grupo de hombres que las observaban.

—¿Cuál de nuestros hombres es el sastre, señor Drinkwater?

—Hobson, señor.

—Haga que prepare algo hoy mismo para cubrir la desnudez de estas mujeres; que use tela de banderas si no hay nada más, pero si mañana veo expuesto algo más que un tobillo o un cuello, le arrancaré el pellejo.

—A la orden, señor.

—Y que los dos guardiamarinas desalojen sus camarotes. Pueden colgar sus hamacas en la cámara de oficiales. Quiero que las mujeres se instalen en los camarotes. —Levantó la voz—. Ahora que han bebido, ¿quién de ustedes hablará? ¿Quiénes son y de dónde vienen?

—Venimos del transporte de Su Majestad *Mistress Shore*, capitán —replicó la mujerona, escupiendo en la impecable cubierta para aclararse la garganta. Los oficiales se sobresaltaron ante aquella grosería, por la que un marinero se hubiera ganado tres docenas de latigazos. Griffiths se limitó a levantar la voz para enviar a los hombres libres abajo y para hacer que limpiaran el esputo de la cubierta de Su Majestad.

—No vuelva a hacer eso —dijo en voz baja—, o haré que la azoten. ¿Por qué iban a la deriva?

—Pregunte a los soldados, capitán, ellos son los bribones que…

—Cállate la boca, mujer —espetó uno de los soldados, que parecía salir de un trance. Drinkwater supuso que los pobres diablos habrían estado enfermos como perros en el bote, y que había sido el indomable espíritu de la mujerona lo que los mantuvo a todos con vida. La mujer se encogió de hombros y el soldado prosiguió la narración, en posición de firmes.

—Perdone, señor, pero me llamo Anton, señor, soldado raso del Cuerpo de Nueva Gales del Sur. Formaba parte de un destacamento destinado a la bahía de Botany, señor. El oficial herido es el capitán Torrington, señor. Íbamos a bordo del *Mistress Shore*, señor, veinte hombres al mando del capitán. La guardia consistía en soldados franceses emigrados y algunos prisioneros de guerra indultados que se habían presentado voluntarios para servir al ejército. —Anton meneó la cabeza para expresar su desaprobación de una medida tan poco prudente, y se reprimió de escupir con desprecio en el último momento. Se secó la boca con el dorso de la mano.

—Perdone, señor… esos perros se amotinaron una noche, y, al mando de un caballero francés llamado Minchin arrollaron a la guardia, asesinaron a los oficiales del barco y se apoderaron de él.

—¿Quiere decir que pudieron con toda la tripulación?

—Nos pillaron por sorpresa, señor —dijo Anton a la defensiva—. Metieron a veintinueve hombres en la barcaza y a doce de nosotros en el cúter… dos de ellos murieron, señor.

—¿Cuántos días han estado a la deriva?

—Bien, señor, no sé exactamente…

—Veintidós, capitán —dijo la mujerona—, con una pequeña bolsa de galletas y una barrica de agua.

Griffiths se volvió hacia Drinkwater.

—Que los hombres se alojen con la tripulación: los soldados en la cubierta superior y los dos marineros con los artilleros. Respecto a las mujeres, mañana decidiré qué hacer con ellas, cuando estén presentables. Entretanto, señor Lestock, no tenemos más remedio que atracar en el Cabo.

Drinkwater y Lestock se llevaron las manos al sombrero y se dirigieron a cumplir sus órdenes.

«*Los deberes que pueden recaer sobre un teniente al servicio de Su Majestad son múltiples y extraños*», escribió Drinkwater en la larga carta que estaba preparando para Elizabeth y que podría enviar desde el Cabo de Buena Esperanza. Habían pasado dos días desde el rescate de los supervivientes del *Mistress Shore*, que ya habían sido absorbidos por la rutina del barco. Drinkwater había averiguado algo de su historia. La mujerona y su hija habían sido deportadas por traficar con bienes robados, y sin embargo, habían considerado que su virtud era un bien demasiado sagrado para concederlo a los traicioneros franceses. Su resistencia había sido tan denodada que monsieur Minchin había decidido prudentemente meterlas en el bote antes de que acabaran con su recién conseguida libertad. La mujer era conocida como «la Gran Meg», y su hija se llamaba Mary. Hobson las había vestido de modo muy estrafalario, y a partir de entonces la Gran Meg fue también conocida como «Número Cuatro» ya que la mayor parte de su vestido se había fabricado con la tela negra y amarilla de la bandera de señales numerales.

Tanto Meg como su hija se adaptaron alegremente a las tareas que Drinkwater les asignó para mantenerlas ocupadas. Bromeaban libremente con los hombres y parecían mantenerse al margen de cualquier relación íntima, como deseaba Griffiths. Los hombres se lo

tomaron bien. En los barcos de línea había mujeres, esposas legítimas anotadas en los libros de a bordo y de utilidad inestimable en el cuidado de los enfermos. Llegaban a ser como madres para los hombres, confesoras pero no amantes, y podían ser azotadas si transgredían las férreas normas que imperaban en el barco. Pero en el *Hellebore* se daba una situación más delicada. Aunque podía decirse que las mujeres pertenecían a todo el mundo sin ser realmente de nadie, su interacción con los hombres tuvo un efecto muy saludable. Y pese a la rudeza de su condición, la naturaleza de su delito y el destino que les esperaba, consiguieron mejorar los modales y el lenguaje de los oficiales. Rogers hacía una especie de corte distante a la señorita Mary, cuyo aspecto había mejorado mucho con una tela escarlata que había conseguido Hobson y que había sido elegantemente cosida con un trozo de cuerda desteñida. Era normal que se ganaran la simpatía de los hombres; después de todo, había espíritus afines en la cubierta inferior. Si eran culpables ante la ley, no había en ellas ni rastro de depravación.

La Gran Meg y su hija arreglaban cuerdas y limpiaban velas, pulían muebles y cosían y lavaban ropa, mientras la tercera mujer ayudaba a Appleby. Sus crímenes fueron menos fáciles de descubrir. Tenía un aire siniestro, y sus compañeras insinuaban que su sentencia de siete años de destierro podía deberse a la práctica de abortos o al asesinato, en lugar de a la prostitución que la mayoría consideraba que había sido su delito. De hecho, afirmaba haber sido comadrona, y Appleby confirmó que tenía ciertas aptitudes para la medicina.

Conociendo la desconfianza general de Appleby hacia el otro sexo, Drinkwater se sintió divertido ante la incomodidad que le causó inicialmente tener a Catherine Best como asistente. Sus ayudantes descubrieron que sus poco envidiables tareas se reducían considerablemente en la compañía casi constante de la mujer. Catherine Best se aseguró de que su presencia se hiciera indispensable, y pese a su falta de belleza, tenía una figura lo bastante atractiva para atormentar a los dos hombres, manipular a

uno contra el otro y asegurarse las atenciones de ambos. Pero todo ello sin que se dieran cuenta los habitantes de la cámara de oficiales.

—Oye, Harry, ya era hora de que los matasanos tuvierais algún pequeño inconveniente en vuestras vidas —rio Drinkwater mientras ordenaba al estupefacto Appleby que diera trabajo a la mujer.

—Me niego enérgicamente a tener a una maldita mujer enredando en mi trabajo… y si es cierto que era comadrona, tengo aún más motivos para negarme.

—¿Por qué?

—Debes entender, mi querido Nathaniel —empezó Appleby como si le estuviera explicando la lluvia a un chiquillo—, que las comadronas saben muy pocas cosas, pero como lo poco que saben es de naturaleza fundamental, tienden a considerarlo la piedra de toque de la ciencia y a sí mismas como sacerdotisas de un conocimiento arcano. Siendo mujeres, y parte de esa gran masonería que aspira a apartar a todos los hombres de cualquier conocimiento profundo de sus partes privadas, sienten repugnancia hacia el otro sexo por los sufrimientos que les causa y no pueden tolerar sin prejuicios que un hombre manifieste el más mínimo interés por el tema.

Drinkwater no comprendió los argumentos de Appleby, pero percibió que en su razonamiento estaba la causa de su misoginia. Pensó en Elizabeth y en el parto inminente. No le gustaba la idea de Elizabeth en manos de alguien como Catherine Best, y esperaba que la señora Quilhampton se portara como una buena amiga con su esposa cuando llegara el momento. Pero no podía permitir que aquellas consideraciones personales influyeran en su deber. No podía intervenir en el destino de Elizabeth y el niño, y debía confiar en la Providencia. Por su parte, Catherine Best se dedicó a atender al capitán Torrington, ganándose la aprobación reticente de Appleby.

Los hombres rescatados se volvieron pronto indistinguibles de la tripulación del *Hellebore*, los soldados como infantes de marina al mando de Anton, ascendido apresuradamente a cabo. El capitán

Torrington se recuperó de su fiebre al cabo de una semana. Tenía dos heridas de espada, en el brazo y el muslo. Por suerte, el apresurado vendaje de las heridas las había salvado de la infección, pese a las hemorragias que había sufrido.

El sol continuó persiguiendo al bergantín hacia el sur, de modo que disfrutaron de un octubre primaveral. Los hermosos y extraños albatros los rodeaban, como gigantescos fulmares, elegantes y airosos con sus enormes alas. También encontraron pardelas, avistadas por última vez en el Canal, y petreles blancos y negros, a los que los marineros llamaban «palomas del Cabo».

Avistaron tierra el segundo domingo de octubre. Las resonantes palabras del servicio divino leídas por Griffiths fueron interrumpidas por el grito del mastelero. A mediodía, Lestock escribió en su pizarrín para trasladarlo después a su diario: «*Galerna fresca, cielo nublado, con dos ritmos, avistada Table Mountain en la tierra del Cabo de Buena Esperanza. Al este y medio norte a unas ocho o nueve millas*». Por la tarde quitaron los tapones de los escobenes y arrastraron los cables para fijarlos a las áncoras. A la mañana siguiente se acercaron a tierra, sondeando mientras avanzaban, pero no fue hasta la tarde cuando soltaron anclas y fondearon en un pantano abierto de veintidós brazas de profundidad y suelo arenoso. Al norte de ellos se elevaba el espectacular macizo de cumbre plana llamado Table Mountain. Por debajo eran visibles las construcciones blancas de la ciudad holandesa. Drinkwater informó de que el barco había sido asegurado. Era evidente que la pierna del capitán le estaba causando un gran sufrimiento.

—Muy bien, señor Drinkwater. Mañana compraremos todas las verduras frescas que podamos y tomaremos agua. Si hay frutos cítricos disponibles, también compraremos. Hágaselo saber al sobrecargo. Por lo que respecta a nuestros invitados, los desembarcaremos a todos excepto a los marineros. Ellos se quedarán. Quiero mi esquife preparado mañana a las ocho en punto.

Iré a ver al gobernador; entretanto, que Rogers envíe un saludo al fuerte.

—A la orden, señor. —Drinkwater se volvió.

—Señor Drinkwater.

—¿Señor?

Griffiths se estaba sentando en su silla, con la pierna muy rígida y extendida delante de él. Su frente se había cubierto de un sudor ominoso, y su piel presentaba una palidez grisácea.

—Hay inchimanes en la costa, por lo menos tres. Estoy seguro de que uno de ellos podrá llevar nuestro correo a Inglaterra.

—Sí, señor. Gracias.

Mientras se sentaba para terminar su larga carta a Elizabeth, resonó la primera salva del saludo.

Capítulo 6

Octubre-noviembre de 1798

El Cabo de las Tormentas

Drinkwater despertó sobresaltado, alerta al instante. Contempló la negra oscuridad mientras sus oídos se esforzaban por captar el sonido que lo había despertado. El barco crujía y gemía mientras el mar se agitaba a popa y pasaba por debajo de él. Cuando había bajado a acostarse, soplaba una media galerna del suroeste, y algo lo había sacado del más profundo de los sueños. Fuera cual fuera la causa de su inquietud, no había alertado a los de cubierta, porque no había gritos de alarma ni llamadas estridentes a todos los hombres. Pensó en los diez cañones que habían estibado en la bodega antes de zarpar del Cabo una semana antes. Apenas había espacio para ellos, y estaban demasiado bien trincados y protegidos para moverse. Podían haber sido los botes. Ambos habían sido bajados de los pescantes e invertidos a cada lado del cabestrante, protegiendo parcialmente los enjaretados cubiertos de lona de la crujía, en el espacio dejado por los cañones ausentes de seis libras. Dudaba de que pudieran haber provocado un temblor a lo largo del casco como el que estaba convencido de haber percibido.

Entonces lo volvió a notar, una leve sacudida que a pesar de ello pareció atravesar todo el casco. Tenía una resonancia implacable que alarmó por completo a Drinkwater. Puso los pies en el suelo y buscó sus calzas y botas. El origen de la sacudida no estaba abajo sino en

cubierta. Algo se había movido arriba. En la ruidosa negrura de la noche, con el rugido y el siseo del mar y el viento silbando en la arboladura, los de cubierta no lo habrían percibido. Se puso el impermeable y se enrolló la cuerda de meollar en las muñecas. Se volvió a oír el golpe, en aquella ocasión más intenso, pero Drinkwater estaba casi listo. Poniéndose el sombrero de un golpe, salió del camarote.

Su ansiedad era doble, porque el mando efectivo del barco le correspondía. Griffiths padecía un ataque de malaria, contraída tiempo atrás en Gambia, y que regresaba de vez en cuando para incapacitarlo. Había estado más de un año sin ataques, pero cuando el *Hellebore* entró en el gran Atlántico Sur, descendiendo hasta cuarenta grados latitud sur para evitar la corriente de Agulhas, y procedió a doblar el Cabo con los vientos del oeste, la enfermedad había regresado para dejarlo postrado y delirante.

El viento golpeó a Drinkwater cuando salió a cubierta y volvió a tapar el tambucho detrás de él. Sosteniéndose el sombrero, levantó la vista, la desplazó hasta el pie del palo mayor y apoyó una mano en él. Percibió el temblor natural del mástil pero nada más.

Una figura apareció a su lado.

—¿Es usted, señor Drinkwater?

—Sí, señor Lestock —gritó Nathaniel—. Hay algo suelto en alguna parte, pero que me cuelguen si sé dónde.

Se volvió hacia proa mientras el mar espumeaba junto a ellos y se derramaba por encima de la borda. El primer remojón después de una temporada seca era siempre el peor. Drinkwater se estremeció bajo el repentino diluvio helado. Soltó una terrible maldición cuando llegó al palo trinquete y levantó la vista. Habían bajado los mastelerillos y vio que el mastelero se balanceaba contra el cielo. El fuerte viento hacía imposible distinguir los detalles, pero el rectángulo pálido de la vela mayor, con tres rizos tomados, era evidente. Sintió el impacto en el mismo instante en que apoyó la mano en el mástil, un poderoso temblor que sacudió la percha en silencio y que provocó una vibración que llegó a la sobrequilla.

Levantó la vista de nuevo, con los ojos llenos de espuma. Observó que Lestock había plegado la vela del trinquete desde el cambio de guardia. Drinkwater habría arriado la gavia para mantener bajo el centro de gravedad. Lestock parecía hacer las cosas como de memoria, como un oficial de la vieja escuela y mal entrenado. Volvió a sentir el temblor y entonces vio la causa.

Por encima de él, el briol de la gavia delantera se elevaba de forma curiosa, y su base formaba una hipérbole aguda en lugar de un arco elíptico. La verga que la soportaba tenía un aspecto raro; no estaba recta, sino inclinada hacia abajo.

—¡Señor Lestock! —Drinkwater se volvió a proa. En algún lugar cerca de las jarcias se había roto la verga mayor, y solo el trinquete plegado evitaba que se soltara—. ¡Señor Lestock! —Drinkwater se dirigió a popa con dificultades, tropezando con los hombres de guardia, apelotonados junto a los botes—. Creo que la verga del trinquete se ha roto cerca de las eslingas. Un extremo parece haberse metido bajo las jarcias, pero el otro está suelto y golpea el palo. Se nota desde abajo. Hemos de quitarle la gavia. Por el amor de Dios, no usen las brazas; todo el montaje se nos caerá encima. Que el barco avance con el viento en popa bajo la vela de estay y llame a todos los hombres. —Estaba gritando en la oreja de Lestock, pero alguien oyó la llamada a todos los hombres y en cuestión de segundos el segundo contramaestre de guardia estaba gritando por la escotilla. Drinkwater agarró a un marinero.

—Ah, Stokeley, que todo el mundo se reúna detrás de los botes. Si eso se viene abajo, puede llevarse a alguien consigo. ¿Quién está en el castillo de proa?

—Davies, señor.

—De acuerdo. Señor Lestock. ¡Señor Lestock!

—¿Qué sucede?

—Páseme el altavoz.

Cogió el altavoz y lo levantó.

—¡Castillo de proa! ¡Davies! ¡Venga a popa al momento!

El viento transportó su voz y el hombre se presentó en popa. Drinkwater dejó las explicaciones a Stokeley y se reunió con los hombres concentrados en torno al palo mayor.

—Escuchen con atención, muchachos. La verga delantera se ha roto. Hemos de tensar la lona y ovillar la gavia lo antes posible. Después quiero a cuatro voluntarios para subir conmigo y pasar una cuerda en torno al extremo roto de la verga, para fijarlo a la cofa hasta que amanezca.

Los hombres se movieron. Rogers apareció por la escotilla trasera y pudo ver a los dos guardiamarinas.

—Prepárense para tirar cuando sea necesario.

Dio órdenes de que los hombres se posicionaran para recoger la gavia, pero en cuanto hubieron aflojado las lonas se dio cuenta de que no funcionaría. El entusiasmo con que los hombres trataron de afirmar la gavia tirando de las escotas y brioles solo añadió más peso al del viento en la lona, empujándola hacia delante como la colada en un tendedero. Las gavias tiraban de las vergas delanteras hacia arriba, retorciendo la vela plegada de abajo. Tal vez la madera rota cortó el primer rebenque que sostenía la enorme vela, pero de repente se soltaron tres o cuatro rebenques y la vela estalló en una enorme oleada pálida. Hubo un estampido como el de un cañón, y la vela se desintegró en un millar de cintas ondeantes que temblaban junto a la verga rota. La vela se había soltado de las relingas y podía verse la magnitud del destrozo en la verga. Fue un espectáculo que todos contemplaron durante una fracción de segundo. Entonces, con una fuerte sacudida, toda la mitad de estribor de la verga se vino abajo; la gavia se tensó al máximo antes de partirse, soltarse y salir volando a sotavento en cuestión de un instante. La mitad de babor empezó a arrastrar por el agua su extremo exterior, llevándose consigo al caer poleas, jarcias y brioles que cayeron enmarañados y recorrieron la cubierta antes de caer por la borda y quedar a remolque del casco del *Hellebore*. Lo que Drinkwater había pretendido que fuera algo ordenado se convirtió en un confuso manicomio de gritos, maldiciones y órdenes.

Drinkwater soltó un juramento y empezó a gritar. Había que salvar aquellas perchas a toda costa, no por ellas mismas sino por los accesorios de hierro que no podrían reemplazar.

—¡Señor Lestock! ¡Señor Lestock! ¡Mantenga el barco ceñido al viento! ¡Señor Rogers! ¡Que un grupo asegure la verga de estribor antes de que la perdamos!

Rogers reunió a los hombres a su alrededor. Nathaniel se dio cuenta de que no había discutido; las circunstancias adversas y la fuerte disciplina unían a los hombres en la necesidad común. Drinkwater se adelantó con sus voluntarios.

Recogió una larga cuerda de cáñamo que había pertenecido a las poleas de la verga y la arrastró hasta el cordaje con ayuda de los hombres. El extremo roto de la mitad de babor de la verga se había quedado por debajo del borde delantero de la cofa, la plataforma de madera que rodeaba el punto de unión entre el mástil y el mastelero. Bajo la cofa, la driza, un gran aparejo que sostenía la verga en alto por las eslingas, se iban desgastando mientras toda la estructura se retorcía y giraba, su extremo astillado frotando y rompiendo la cofa de modo que la plataforma se estremecía bajo las fuerzas que actuaban sobre ella.

Los bordes exteriores de la cofa soportaban los obenques del mastelero. Si estos se debilitaban, todo el mastelero corría peligro, y en aquel momento la única cosa que hacía que el *Hellebore* siguiera siendo manejable era la vela de estay del mastelero delantero, con su estay fijado en torno al mástil justo encima de las jarcias dañadas. Esta también corría el riesgo de partirse bajo el rozamiento implacable de la verga rota.

Drinkwater se inclinó sobre el extremo exterior de la cofa, con el impermeable revoloteando en torno a su cabeza. Los hombres se agazaparon esperando sus órdenes. Bajo su vientre sentía las pesadas maderas de la plataforma doblándose y tensándose. Los daños causados por el extremo de la verga eran enormes, vistos de cerca. Incluso en la oscuridad podía ver el desgaste de las jarcias, y sus dedos extendidos confirmaron sus peores sospechas.

Se dio la vuelta y contempló a sus hombres. Allí estaban Tregembo, Stokeley y Kellet. Y también el señor Quilhampton, su carita convertida en un borrón con dos parches negros donde sus ojos se abrían de par en par con la excitación de la noche. Por la mente de Drinkwater cruzó la pregunta de si el muchacho sabía el peligro que corrían; un golpe de mar podía significar la muerte para todos ellos. Drinkwater recordó que el señor Quilhampton tenía una madre muy guapa y que lloraría por la pérdida de su hijo.

Se liberó de aquellos pensamientos irrelevantes, consciente de que eran un síntoma de indecisión.

—Señor Q.

—¿Señor?

—Baje a cubierta y que el señor Lestock pase algo fuerte en torno a la verga cerca de la barandilla, que la fije con uno de los aparejos de cañón sueltos y la tense bien. Después que la aten a la castañuela. Que me avise cuando lo haya hecho, y dígale que la verga tiene que caer a cubierta, pero que las jarcias están muy debilitadas. ¿Me ha comprendido?

Quilhampton repitió las instrucciones.

—Bien. Puede irse.

—¿Quiere que luego vuelva a subir, señor?

—No. —Era todo lo que podía hacer por la hermosa viuda. El asentimiento del muchacho fue triste—. Oh, maldita sea, sí. Pero dese prisa y dígame cómo le va al señor Rogers. —Quilhampton desapareció por encima de los genoles y Drinkwater volvió su atención a la verga.

—Tendremos que pasar un cabo de esta cuerda —señaló la manila—, en torno a la verga para que ceda un poco. Tregembo, coja aquel motón de allí. —Señaló a uno de los motones, suelto por la polea rota y que golpeaba la parte superior metálica del torno. Sacando su pica, Tregembo se dirigió a aflojar el aparejo.

—Stokeley, corte un par de pulgadas y haga un estribo.

—A la orden, señor.

Drinkwater miró por encima del borde de la cofa mientras esperaba a que los hombres terminaran sus tareas. El rozamiento empeoraba. Tenían muy poco tiempo antes de que la pesada verga se estrellara en la cubierta. Miró abajo. El grupo de Rogers era una confusa masa de hombres tirando, cortando y esforzándose, pero podía ver el vago contorno de la mitad de estribor de la verga. Se preguntó cuánto daño habría hecho al caer; por lo menos, era la sección menor, y no llevaba equipamiento pesado fijado a las eslingas.

—Ya está, señor. —Stokeley tenía el estribo y Tregembo el motón. Drinkwater empezó a deslizarse sobre el borde de la plataforma.

—Espere, señor. Lo haré yo —dijo Tregembo indignado. Drinkwater lo ignoró. Era su trabajo. Tal vez si hubiera subido al barco semanas antes de zarpar, como era la obligación de un buen segundo de a bordo, hubiera detectado el defecto en la percha. No había sido justo dar por sentado que Griffiths podía hacer el trabajo tan bien como él mismo. Aquella noche pagaría a la Providencia la deuda contraída por aquellos días extras con Elizabeth.

Descargó suavemente su peso sobre la verga en movimiento, soltándose gradualmente. Se agarró al motón de las jarcias inferiores; el movimiento de la estructura era alarmante, con su vida dependiendo de él. Tendiendo la mano, cogió el extremo del estribo y empezó a agazaparse, deslizándose hasta encontrarse a horcajadas sobre la verga, con las piernas enrolladas en torno a ella. Soltó el motón de las jarcias para coger el estribo con ambas manos. Su cuerpo descansaba totalmente sobre la verga, que se inclinaba en un ángulo alarmante. El movimiento era exagerado, y lo balanceaba de lado a lado con una sacudida al final de cada oscilación que amenazaba con hacerlo caer.

Hubo una sacudida repentina y violenta. Drinkwater pasó los brazos en torno a la verga, conservando la presencia de ánimo necesaria para no soltar el estribo. Durante un segundo, la ausencia de movimiento hizo que creyera que estaba en caída libre.

Entonces le llegó un grito desde cubierta.

—¡Extremo asegurado, señor! —La sacudida se había debido a que los hombres de Lestock habían fijado el extremo inferior, sin ver que el primer teniente estaba agarrado a la parte superior. Drinkwater pasó el estribo por la percha, lo tensó con firmeza y lo levantó. Stokeley lo cogió y, mientras Drinkwater trepaba de nuevo a la cofa, le aseguró el motón. Tregembo había pasado la cuerda por el motón y había fijado un extremo al mastelero. Solo quedaba pasar por otro motón vacante el extremo suelto. Tregembo había traído el motón de un briol y lo fijó para tener un descenso directo a cubierta. En cuestión de minutos habían preparado un aparejo improvisado.

El señor Quilhampton reapareció.

—El señor Rogers ha asegurado la mitad de estribor, señor.

—Bien. Todos abajo. Yo me quedaré aquí. Que el señor Lestock se ocupe de las jarcias y que las bajen despacio. Que apoye el peso en esta cuerda de manila. Asegúrese de que le ha dado una vuelta antes.

—A la orden, señor.

Drinkwater observó cómo se iban, apoyándose en el mastelero, sintiéndose acalorado y nervioso mientras la galerna aullaba a su alrededor. Tenía la boca seca y sabía que empezaría a temblar pronto debido al esfuerzo. Gracias a Dios, había un hombre competente al timón; el barco no se había desviado de su rumbo ni un instante. Tenía que acordarse de averiguar quién era; el hombre merecía una felicitación.

—¡Mastelero preparado! —gritó alguien abajo.

—¡Tensen la cuerda! —respondió Drinkwater, tumbándose sobre su vientre para observar la maniobra. El estribo se tensó.

—¡Bajen las jarcias!

La plataforma tembló debajo de él. Mientras el *Hellebore* se inclinaba hacia delante y volvía a ascender, la verga se movió un pie hacia abajo y seis pulgadas hacia delante. Mientras la ola pasaba bajo el barco, el bauprés apuntó al cielo y la verga giró hacia popa, golpeando y sacudiendo el mástil. ¡Maldición! ¡Había debido pensarlo! Necesitaban una cargadera.

—¡Esperen! ¡Dejen de bajarla! —Miró abajo mientras la verga se balanceaba adelante y atrás. De nuevo la sacudida le recorrió el cuerpo. Entonces la cogió. Tendió la mano hacia abajo. Uno de los motones del gancho de escota tenía una cuerda a su alrededor. Si pudiera alcanzarla…

Sus dedos fallaron por una pulgada. Pensó en hacer que los hombres tiraran del aparejo, pero ello podía provocar una tensión excesiva. Volvió a la cofa, volviéndose de modo que las piernas le quedaran colgando. Enganchó un extremo de la cuerda a su pie, inclinó la pierna y agarró la cuerda extendiendo un brazo, arrastrándose de nuevo hacia la cofa. Rápidamente hizo un nudo en forma de ocho y soltó la cuerda.

—¡Señor Lestock! Cojan el gancho de escota de estribor, está colgando sobre la barandilla, ténsenlo y llévenlo a la serviola.

¡Úsenlo como cargadera para que la verga no golpee contra el mástil!

—¡A la orden!

Hubo una pausa interminable mientras Lestock deshacía la maraña de cuerdas. Luego un grito informando de que todo estaba listo. Drinkwater volvió a asomarse por el borde de la cofa. Su nudo se había tensado en el bloque y la cuerda iba bajando.

—¡Bájenla despacio y mantengan la cargadera tensa!

La verga empezó su descenso. Las jarcias se partieron, girando hacia sotavento en una nube de polvo y provocando la confusión cuando los hombres de cubierta, liberados repentinamente del peso, cayeron al suelo. Las oscilaciones de la verga aumentaron a medida que descendía, pero el gancho de escota, tenso como un hilo, impedía el contacto con el mástil. Mientras el ángulo de la verga disminuía, los hombres de la castañuela aflojaban las ataduras y se oyó un golpe sordo cuando la segunda parte de la verga rota descansó finalmente sobre cubierta. Como si estuvieran furiosos con un animal salvaje, los hombres le saltaron encima para trincarla. Drinkwater descendió, agotado. Dirigiéndose a popa, se reunió con el contramaestre.

—Bien hecho, señor Lestock. ¿A quién tenía al timón?

—A Gregory, señor.

—Transmítale mis felicitaciones por haber mantenido el rumbo tan firmemente. Cuando todos los aparejos estén asegurados, puede enviar a los hombres abajo. ¿Qué hora es?

—Dos campanadas de la guardia media.

—Dios mío, no tenía ni idea…

Sus esfuerzos habían durado tres horas. Si le hubieran preguntado, Drinkwater habría respondido que no había trascurrido más de una hora. Agotado, se dirigió abajo donde encontró a Appleby sentado en la cámara de oficiales, con una expresión lúgubre en la cara y una jarra de vino frente a él.

—¿No podía dormir, Harry? ¿Es que los pobres marineros hacíamos demasiado ruido dando golpes en cubierta? —Su tono era irónico, porque estaba demasiado fatigado para emplear el sarcasmo —. Si eso es vino, por el amor de Dios, deme un poco. ¿Harry? ¿Qué sucede?

Appleby miró a Drinkwater como si lo viera por primera vez.

—Mujeres —dijo en voz baja—. Tenemos a una maldita zorra a bordo.

Capítulo 7

Noviembre de 1798

La maldición de Vanderdecken

Tras haber solucionado un problema, Drinkwater no tenía ganas de enfrentarse a otro. Estaba muy cansado y las implicaciones del comentario de Appleby tardaron varios segundos en penetrar en su cerebro. El vino le acarició el vientre y le irradió calor por todo el cuerpo, relajándole los tensos músculos. Pero le estimuló la mente, y se volvió hacia Appleby.

—¿Una mujer? ¿A quién diablos se refiere? Las dejamos a todas en el Cabo.

Appleby sacudió la cabeza, con las mejillas moviéndose vigorosamente.

—Eso es lo que usted cree.

Drinkwater pasó las piernas por encima del asiento y apoyó ambos codos en la mesa.

—Mire, hombre, yo mismo vi cómo el maldito bote se separaba del costado del barco. La Gran Meg me sonrió y saludé a la señorita Mary. Su ayudante ya estaba en el bote cuando llegué a la barandilla.

—¡Exactamente! ¿Levantó la vista?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? No iba a emprender exactamente un viaje de placer. Supongo que les pusieron grilletes en cuanto llegaron a tierra.

—No lo dudo, amigo, pero ese no es el tema. ¿Quién escribió el recibo?

—Yo —dijo Drinkwater levantándose para coger el libro de cartas del barco. Rebuscó entre las páginas—. ¡Aquí está! —Dio la vuelta al libro para que Appleby lo viera. El recibo pegado al libro llevaba las palabras «Tres convictas, procedentes del *Mistress Shore*, transporte del gobierno, mujeres».

—¿Y bien?

—¡Oh, por el amor de Dios, Harry, deje de tomarme el pelo! Si tiene a una mujer a bordo, déjeme verla.

Pero Appleby, furioso y desalentado por el giro que habían tomado los acontecimientos, aún no quería presentar su evidencia.

—Eso no demuestra nada, cualquier idiota puede garabatear una firma y decir que es la de un suboficial de la guarnición. Solo hay que tener el papel preparado y tirar el original por la borda en el camino de regreso al barco.

—Pero eso implicaría una conspiración. Maldita sea, Griffiths había informado al gobernador de tres convictas; Torrington y sus hombres sabían que eran tres. Vamos, traiga a la mujer, estoy harto de jugar con las palabras. —Tomó un trago de vino.

—Mire, Nat, no creo que Torrington pensara en ello dos veces, y me atrevo a decir que los soldados estaban implicados. Por lo que respecta al gobernador, ¿quién sabe qué le dijo nuestro capitán? El viejo ya estaba delirando, y sabemos que Su Excelencia se molestó porque Griffiths no fue a verlo inmediatamente después de llegar… ¿Quién sabe qué se acordó de decir cualquiera de ellos durante o después de su entrevista? Apostaría a que Su Excelencia estaba demasiado obsesionado por la falta de protocolo de Griffiths para preocuparse de si había informado de dos o tres convictas. Y zarpamos al día siguiente… Pero una última pregunta. ¿Quién llevó el bote a tierra para desembarcar a esas fulanas?

La testarudez de Drinkwater era un mero síntoma de su fatiga. Ambos sabían que Appleby no estaba mintiendo, pero Drinkwater

trataba de retrasar lo inevitable con la lógica. Era una discusión absurda.

—Rogers —dijo con resignación.

—¡Ja! Ahora, para recompensar su ejemplar paciencia, presentaré la prueba.

Appleby se levantó y salió de la cámara de oficiales. Drinkwater vació la jarra de vino en su vaso. La puerta se abrió y entró Appleby. Drinkwater levantó la vista. Apoyada en la puerta cerrada estaba Catherine Best. Su delgado rostro era casi atractivo, entrevisto a la oscilante luz del farol. Una media sonrisa insolente curvaba su boca, mientras una cadera provocativa se adelantaba con aire tentador.

Drinkwater cerró la boca, consciente de que se había sonrojado. También era consciente de que la mujer conocía el poder que tenía sobre todos ellos. No era difícil imaginar una conspiración entre los hombres; una mujer fácil entre ellos les parecería la respuesta a las plegarias de cualquier marinero.

—¿Dónde ha estado viviendo?

—En el pañol de las jarcias —informó Appleby.

—Eso es competencia de Lestock.

—Pero delega las rondas de la bodega a uno de sus ayudantes.

—Pero yo mismo estuve allí ayer… no, anteayer…

—Por muy eficiente que sea usted, Nathaniel, es un oficial de hábitos regulares. Es fácil avisar con tiempo de su llegada.

Drinkwater asintió. Todo ello era cierto, una horrible pesadilla. Miró a la mujer y de repente se puso furioso.

—¡Haré que la azoten! —espetó iracundo—. ¡Vuelva a echar a Dalziell de su camarote y encierre a esta fulana por esta noche!

Appleby se volvió para llevarse a la mujer. Ella se resistió un instante a la mano que el hombre le había apoyado en el brazo, mirando fijamente a Drinkwater. Este volvió a notar que el color le subía a las mejillas.

—¡Salga de aquí, maldita sea! —rugió, furioso por su propia debilidad.

Como de costumbre, Drinkwater tenía la guardia de mañana, de cuatro a ocho. Despertó con la sensación de que algo iba muy mal, y las dos horas escasas de sueño de que había disfrutado le pusieron de un humor de perros al llegar a cubierta y recordar la naturaleza de sus problemas. Quilhampton le trajo café, pero no le sirvió para aligerar el ánimo. Los hombres lo evitaron, sabedores todos de que el absurdo intento de llevarse con ellos a su propia prostituta había sido descubierto por el cirujano y el señor Drinkwater.

Mientras la guardia saliente desaparecía y los del grupo de Drinkwater buscaban ocupación por la cubierta, el primer oficial paseaba arriba y abajo. Pasó una hora antes de que se diera cuenta de que había amanecido; el sol estaba sobre el horizonte, revelando un mar verde y gris, irregular y tembloroso por la fuerza de la galerna de la noche anterior. Las crestas de las olas, separadas por media milla, empezaban a perder su rabia a medida que la galerna amainaba, para convertirse lentamente en suaves montículos.

Paseó la mirada por el desastre de la cubierta. La suerte les había acompañado de nuevo la noche pasada. Esperaba que más tarde pudiera encontrar a Griffiths en un momento de lucidez para contarle lo que había ocurrido. Pero entonces tendría que hablarle también de Catherine Best, y ello no le hacía ninguna ilusión. Maldijo para sí. No podía azotar solo a la mujer, ya que todos eran culpables, todos aquellos marineros de aspecto inocente que se movían a hurtadillas por la cubierta fingiendo comprobar las amarras sobre los trozos de verga. Tregembo pasó junto a él y Drinkwater se sintió presa de una sensación de abandono.

—¡Tregembo!

—¿Señor?

—¿Sabía lo de esa mujer? —preguntó en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Y no me dijo nada?

Tregembo levantó la vista con aire torturado.

—No podía, señor, no podía delatar a mis compañeros… además, señor, había oficiales implicados.

Drinkwater se mordió el labio. Era tan imposible para Tregembo convertirse en delator como lo hubiera sido para él favorecerlo abiertamente durante el ridículo asunto de los azotes. Sin embargo, aquella aparente deslealtad le dolió.

—¿Se ha acostado con ella?

—¡No, señor! —repuso Tregembo indignado—. Tengo a mi Susan, señor.

—Claro… Lo siento.

—No pasa nada, señor. Tiene razón en enfadarse, señor, si me perdona que se lo diga. —Hizo ademán de alejarse. Drinkwater lo retuvo.

—Solo dígame quién me engañó.

—¿Señor?

—¿Quién iba en el bote disfrazado de mujer en el Cabo?

—El señor Dalziell, señor.

Drinkwater cerró la boca de golpe.

—Qué interesante —dijo al fin en un tono gélido que llenó de alegría a Tregembo—. Gracias, Tregembo, puede continuar.

Tregembo se llevó la mano a la frente y se dirigió a popa, pasando junto al timón.

—¿Qué te ha preguntado? —gruñó el timonel con aprensión.

—Solo quién se disfrazó de mujer en el Cabo, Josh. Y creo que ahora veremos saltar chispas. Está furioso.

Drinkwater dio dos vueltas más por la cubierta y luego giró sobre sus talones.

—¡Señor Quilhampton! ¡Llame a todos los hombres!

Aquello iría bien para empezar. Los hombres de la guardia media estarían profundamente dormidos, y los de la primera guardia llevaban demasiado rato acostados. Si creían que podían tomar el pelo a Nathaniel Drinkwater, iban a aprender una lección; y si no podía azotarlos a todos, los haría trabajar hasta que oscureciera.

Aparecieron los hombres, muertos de sueño. Lestock se le acercó, seguido por Rogers.

—Ah, señor Lestock, no deseo su presencia, muchas gracias. —El hombre se alejó rezongando por lo bajo—. Señor Rogers, quiero que se ponga al mando de los hombres y desaten la verga rota, limpien los escombros, suban a cubierta uno de esos pinos corsos y lo conviertan en verga de emergencia para instalar la gavia de repuesto sin demora. El viento amaina cada vez más. Cuando hayan terminado, suban otro árbol y que un grupo de hombres al mando del señor Johnson empiece a trabajar con las sierras para fabricar una nueva verga. Que Johnson escoja las perchas. A continuación trasladaremos los accesorios de hierro y lo pintaremos todo antes de subirlo. Su experiencia en el *Hecuba* debería serle de utilidad.

Todavía aturdido por el sueño, Rogers no comprendió al principio qué estaba ocurriendo. Se dio cuenta de que pasaban pocos minutos de las cinco de la mañana, y de que apenas había dormido. No estaba claro si conocía ya el descubrimiento de Catherine Best y del papel desempeñado por el propio Rogers en la conspiración por parte de Drinkwater.

—Maldito sea, Drinkwater, si cree que…

Drinkwater dio un rápido paso al frente y acercó el rostro al de Rogers.

—Antes se decía que todas las deudas se pagaban cuando se amarraban las drizas de la gavia mayor, Rogers, pero no es así. La tercera ley de Newton dice que cada acción tiene una reacción igual y opuesta. Y voy a demostrárselo. ¡Ha tenido usted sus buenos ratos, maldito canalla, y por Dios que ahora va a pagar por ellos! ¡Cumpla sus órdenes!

Drinkwater se alejó despectivamente y llamó a Quilhampton.

—Traiga el cuadrante y el cronómetro de mi camarote, y tómese su tiempo, señor Q. Haga dos viajes. Si deja caer el cronómetro, será peor para usted.

El chico se alejó apresuradamente. Drinkwater empezaba, solo empezaba, a sentirse mejor. Se pasaría un buen rato tomando una serie de altitudes solares y luego calcularía su longitud con el cronómetro. Estaba muy orgulloso de aquel cronómetro. El recién

curado capitán Torrington había desembarcado con sus hombres en el Cabo. El oficial estaba muy agradecido al comandante y oficiales del *Hellebore*, y había preguntado si podía prestarles algún servicio. Por casualidad, su hermano, un funcionario al servicio de la Compañía de Indias Orientales iba a embarcar rumbo a Inglaterra en uno de los inchimanes de la bahía, y Torrington tenía intención de regresar con él. Su hermano había avanzado al capitán una considerable suma de dinero para cubrir sus gastos mientras el inchimán permanecía en el Cabo, y el hombre estaba dispuesto a hacer lo posible por adquirir algunos regalos para sus benefactores.

Drinkwater, que no había podido conseguir un cronómetro en Siracusa, sabía que los barcos de la «Compañía John» los llevaban.

—Señor, si tuviera la amabilidad de pedir un cronómetro al comandante de uno de los inchimanes, le estaríamos eternamente agradecidos. Conoce usted la naturaleza de nuestra misión, y sabe que fuimos enviados aquí de forma algo precipitada; un cronómetro nos sería de gran utilidad.

—Me consideraría un ingrato si no le comprara uno, mi querido Drinkwater; unas cuantas heridas y un reloj son un precio muy pequeño por evitar Bahía Botany.

Se habían reído de buena gana mientras descendían al bote al cortés capitán.

—Sabe que no me gusta la venta de nombramientos del ejército, pero cuando te toca tratar con un tipo generoso y rico como ese, el sistema no me parece tan malo —había dicho Griffiths irónicamente.

A la mañana siguiente, el instrumento había llegado a bordo en un estuche de teca de aroma exótico. Drinkwater se había hecho cargo de él, pues no confiaba en que Lestock le diera cuerda diariamente a la hora señalada. Había confirmado la longitud de la bahía de Table con una precisión de siete minutos de arco, y aquella mañana era la primera que veían el sol desde que pusieran rumbo al este en los «Cuarenta Rugientes». El resultado daría origen a un interesante debate cuando Lestock bajara a cenar.

Cuando Lestock lo hubo relevado al dar las ocho y Drinkwater permitió que los hombres hicieran una pausa en su trabajo para desayunar, el primer oficial mandó llamar a la mujer. Se sentó a la mesa de la cámara de oficiales e hizo que ella ocupara la silla de enfrente mientras Appleby pasaba en dirección al camarote de Griffiths para atender al comandante.

Apenas se había cerrado la puerta tras el cirujano cuando Drinkwater sintió en su pierna una caricia suave y seductora. La noche anterior, cansado y algo bebido, había corrido el peligro de sucumbir. La atracción del cuerpo usado de Catherine lo había llenado de deseo. Pero aquella mañana era diferente. Su posición no podía permitirse semejante licencia mientras sus hombres trabajaban para expiar sus faltas encima de su cabeza. Además, pese a su fatiga, su espíritu se sentía reparado, y su cuerpo ya no anhelaba el placer que podía brindarle la pobre, fea y desesperada Catherine. La luz del día no la favorecía.

—Anoche la amenacé con azotarla. He decidido no hacerlo, pero si trata de seducirme a mí o a cualquiera de los hombres, sentirá el látigo sobre su espalda. —Vio que la decisión desaparecía de los ojos de ella—. ¿Ha visto alguna vez azotar a alguien, Catherine? —preguntó fríamente.

Ella asintió. Drinkwater abrió el libro de reclutamiento, destapó el tintero y tomó la pluma.

—Voy a inscribirla en el libro del barco como asistente del cirujano. Recibirá comida y ropa. Si cumple las normas del barco y demuestra que puede desempeñar sus tareas, haré todo lo posible para que deduzcan de su sentencia el tiempo que haya servido a bordo de este barco. Tengo algo de influencia con un par del reino, y es posible, si sus servicios son lo bastante meritorios, que incluso podamos hablar de la remisión completa de la condena.

No sabía si lo que decía era remotamente posible, pero sirvió para encender una luz de esperanza en los ojos de Catherine. Era

una criatura de la jungla, una oportunista, más amoral que inmoral, pero que poseía la suficiente personalidad para haber embaucado a toda la dotación del barco. Aquello demostraba cierta determinación encomiable, pensó Drinkwater. Su plan podía funcionar.

—¿Está de acuerdo con mis condiciones? La alternativa es encadenarla de forma indefinida.

—Sí, señor. —Bajó la mirada.

—Míreme, Catherine. Debe comprender que cualquier infracción de las normas del barco destruirá nuestro acuerdo. —Ella lo miró, y luego a Appleby, que había salido del camarote de Griffiths meneando la cabeza por el estado del capitán—. El señor Appleby será testigo de su compromiso.

—Lo comprendo, señor, pero…

—Pero ¿qué?

—Bueno, señor —dijo ella ingenuamente—. Son el señor Jeavons y el señor Davey, señor.

—¿Los asistentes del cirujano?

Ella asintió.

—Son mis clientes regulares, señor, y esperan que… ya sabe… —Volvió a bajar la vista mientras Drinkwater contemplaba a un Appleby rojo de ira.

—¡Los malditos, corruptos…!

Drinkwater levantó una mano.

—Yo me encargaré de ellos, Catherine. No volverán a molestarla. —Dio la vuelta al libro y le tendió la pluma—. Trace aquí su marca.

Le señaló el sitio, pero ella dijo indignada:

—Ya lo sé, señor. Sé leer y escribir.

Escribió su nombre con cierta seguridad.

—Muy bien, Catherine. Ahora, mientras le leo los nombres de los hombres, usted me dirá con quiénes se ha acostado.

Empezó a leer. Ella no conocía todos los nombres, pero el porcentaje de la tripulación que la había visitado era grande. Aunque no era sorprendente. Hasta era posible que aquella torturada

criatura poseyera una ternura ausente de la vida de los marineros, y que estos hubieran acudido a ella por algo más que deseo.

—Esto debe acabar, Catherine.

Ella asintió, mientras Appleby decía con segunda intención:

—Voy a investigar este asunto.

Drinkwater despidió a Catherine y mandó llamar a los ayudantes de Appleby. Era seguro que habían tenido un papel principal al sugerir a Catherine que engañara a los oficiales del barco para su propio provecho. Su plan se había estropeado cuando descubrieron que muchos más hombres iban a tener que enterarse, y que esos hombres acudirían pronto a reclamar su parte del trofeo. Además, había que encontrar una ocupación supervisada para Catherine. Appleby era la única persona de confianza que no tenía que hacer guardias, y, dado que la mujer había mostrado cierta aptitud para las labores médicas, lo mejor sería darle empleo con él.

Fue cuestión de poco tiempo degradar a los asistentes del cirujano. Ellos alegaron que sus nombramientos procedían del Colegio de Cirujanos, y que eran caballeros no habituados al trabajo de los marineros. Pero estar solos en el Atlántico Sur tenía sus ventajas. No había cortes de apelación ni Colegio de Cirujanos al sur del ecuador, y los dos hombres se encontraron pronto en cubierta, donde los bastones de los ayudantes del contramaestre empezaron a azotarles los traseros con una saña espoleada por la gradual comprensión de que el hecho de que los marineros estuvieran trabajando como perros se debía a la presencia a bordo de cierta dama de costumbres ligeras. Que sus dos proxenetas tuvieran que trabajar como ellos les produjo algo de satisfacción.

Drinkwater concluyó su trabajo de aquella mañana nombrando a Tyson cirujano asistente. Habían descubierto que también sabía escribir, y Drinkwater se sintió divertido al encontrar a Appleby gruñendo por los cambios radicales en su departamento.

—Mi querido amigo —dijo Drinkwater, llamando a Merrick para que les trajera algo de vino de la despensa—, siempre se ha considerado usted un filósofo. Y va a tener el departamento más

alfabetizado del barco. Podrá moverse entre personas cultivadas. Ahora, tenga la amabilidad de permitirme calcular esta longitud antes de que baje Lestock.

A mediodía, Drinkwater llamó a los hombres a popa y les dirigió una alocución breve y precisa. Informó de que la mujer, Catherine Best, había sido capturada. El engaño, en franca violación de las Regulaciones por el Buen Orden de la Armada de Su Majestad a bordo del bergantín de guerra de Su Majestad Británica *Hellebore*, había terminado. Aunque era una ofensa que rozaba el amotinamiento por su propia naturaleza de «conspiración», en la ausencia efectiva del capitán, había decidido que no podía azotar a la mujer sin infligirles el mismo castigo a todos ellos. Los consideraba culpables, de todos modos, y los castigaría a todos con un racionamiento de ron indefinido hasta que se convenciera de su buen comportamiento. El gemido que acogió aquel anuncio convenció a Drinkwater de que era la medida correcta. La privación de ron era un castigo incomprensible en tierra. Respecto a la mujer, continuó, formaba parte a partir de entonces de la dotación del barco. Cualquier hombre al que se encontrara acostado con ella recibiría el mismo castigo que el prescrito por los Artículos de Guerra por el acto antinatural en el que un hombre tenía conocimiento de otro. No necesitaba recordarles que la sodomía se castigaba con la muerte.

Cuando hubo acabado los envió a comer.

—Por todos los santos, Nathaniel, ha sido una buena idea —murmuró Appleby con admiración—. Una triquiñuela legal espléndida. Digna del Lincoln's Inn.

Drinkwater sonrió débilmente. Estaba pensando en la mucha distancia que les quedaba aún por recorrer y en lo poco que habían conseguido hasta el momento.

—¿Qué piensa hacer con Dalziell y Rogers?

—Deje que sufran un poco, Harry, deje que sufran.

En la longitud cuarenta y cinco este encontraron viento del norte, que los azotó hasta amainar gradualmente y empezar a aflojar por el oeste. Entraron en el gran cinturón de variables al sur de Madagascar y avanzaron al norte ajustando las vergas frecuentemente. En dos ocasiones avistaron velas, pero no trataron de aproximarse. Los hombres empezaron a quejarse. La privación de ron continuó durante varios días después de que hubieran instalado la verga provisional y luego su sustituía permanente. La falta de bebida empezaba a irritarlos. Como el tiempo seguía mejorando, Drinkwater había hecho subir los mastelerillos. El primer día de vientos ligeros habían subido los botes y los instalaron en los pescantes de cada lado. Griffiths se había recobrado lo suficiente para ser informado de los acontecimientos de aquellos días. Se había enfurecido tanto que Appleby temió una recaída, pero el anciano se calmó para ordenar que Drinkwater continuara con la privación de ron justo en el momento en que el primer oficial se estaba planteando eliminarla.

—¡Desde luego que no! El tiempo está mejorando, los hombres no lo necesitan para aguantar arriba. Que sufran un poco más.

Catherine Best parecía haberse reformado, y Appleby era el blanco de continuas bromas sobre la redención de mujeres caídas. Aunque al principio se resistió, Griffiths había permitido por fin que la mujer lo atendiera. Al presentarse a ver al comandante una mañana, Drinkwater había hecho un comentario sobre la mujer.

—Hay algo bueno incluso en el peor de nosotros —citó Griffiths con algo más que un deje de religiosidad galesa, pensó irónicamente Drinkwater—. *Duw*, es bastante mejor que esas montañas de manteca llenas de ginebra de Haslar… o que los destripadores de arenques que tenían en el hospital de Yarmouth…

Griffiths empezaba a disfrutar de su convalecencia, y si los hombres creían que su capitán se había quedado con la mujer, no

importaba, pensó Drinkwater. Lo pensarían de todos modos, y por lo menos consiguió que Griffiths cediera en el asunto del ron.

Oyó el rumor por primera vez mientras observaba Venus después de oscurecer. Bajo la toldilla había dos hombres sentados en la penumbra mientras el *Hellebore* avanzaba al nordeste en buena vela.

—Somos un barco maldito con una mujer a bordo —dijo una voz.

—Eso es una tontería. Los inchimanes llevan mujeres y curas, y parece que les va bien. De todos modos, tú trataste de tirártela.

—Que no.

—Desde luego que sí, tú mismo dijiste que si hubieras llegado abajo antes que la rata de Jenkins, le hubieras dado lo que se merecía. Te oí.

—De todos modos, estamos malditos. ¿Has oído hablar del Holandés Errante? ¿El que merodea por estas aguas? ¿Has oído hablar de él?

Drinkwater hizo que el planeta descendiera hasta el horizonte, girando suavemente el cuadrante. Satisfecho, lo balanceó ligeramente de lado a lado de modo que el brillante disco cortara apenas el horizonte, ajustando siempre el índice para seguir el movimiento del astro.

—¡Ahora! —gritó a Quilhampton, que medía el tiempo con el cronómetro. No prestó más atención a la estupidez que había oído. Lestock subió poco después a relevarlo, y miró con desconfianza la longitud que Quilhampton había escrito en el pizarrín.

—Vamos, vamos, señor Lestock, la Oficina de Longitudes consideró que este problema valía veinte mil libras esterlinas. Todo lo que le pido es que tenga algo de confianza en su inversión. —Pero no quería verse implicado en una discusión, de modo que continuó —: Ya es hora de sacar los cañones de la bodega. Estamos llegando a Île de France, incluso ustedes los marineros de latitud deben saberlo, y es el momento de montar toda la batería antes de que nos encontremos con un barco francés. Si mañana hace buen tiempo, haré que los saquen. Por el momento, vamos en buena vela,

norte nordeste, vela normal y sin novedad. A la una la barquilla marcaba seis nudos y cinco brazas. Timonel y vigías relevados. Buenas noches, señor Lestock.

—Buenas noches, señor Drinkwater.

Mientras desayunaba al día siguiente, cuando un viento ligero les ofrecía perspectivas favorables para instalar los cañones, volvió a oír las palabras «Holandés Errante». Hizo venir a Merrick de la despensa.

—Vamos, ¿de qué va todo esto?

Merrick tenía una expresión avergonzada pero claramente confusa. Explicó que por el bergantín corría el rumor de que estaban condenados a ir a la deriva eternamente, como el Holandés Errante. Era por culpa de la mujer.

—No son más que tonterías, señor, pero… bueno, yo…

Drinkwater sonrió. Sonaba ridículo, pero conocía el poder que podían tener las supersticiones en la mente de aquellos hombres. No era que fueran simples, sino que su entendimiento era limitado. No tenían idea de dónde estaban, y soportaban horas de trabajo implacable sin propósito aparente. La paga más alta era de veintinueve chelines y seis peniques, menos las deducciones para el Fondo de Chatham, tratamiento médico, ropa y los pocos placeres que pudiera venderles el sobrecargo, como el tabaco. Sus vidas estaban condenadas si violaban las férreas normas de conducta, y sometidas a una autoridad arbitraria completamente despótica, por ilustrada que fuera. Los acontecimientos recientes la habían hecho aún más molesta, y entre ellos había hombres con la suficiente teología para asegurar a sus compañeros más crédulos que estaban sufriendo un castigo por sus pecados carnales. No era sorprendente, por tanto, que sus mentes reaccionaran ante una historia tan vívida como la de Vanderdecken, el legendario Holandés Errante. La cuestión era, ¿quién habría iniciado el rumor?

—¿Dónde oyó la historia por primera vez, Merrick?

—Aquí, en la cámara de oficiales, señor —dijo el hombre tras considerarlo—. Perdone, señor, no es que estuviera escuchando,

pero oí…

—Bien, ¿quién lo estaba contando, hombre? —dijo Drinkwater con impaciencia, sabiendo perfectamente que Merrick escuchaba a hurtadillas e informaba de la conversación de los oficiales al cocinero que, desde su bien situada cocina por donde pasaba todo el mundo al cabo del día, trasmitía a los hombres los chismes que le convenían.

—Creo que fue el señor Quilhampton, señor.

—El señor Q, ¿eh? Gracias, Merrick. Por cierto, a usted no le preocupaban estas cosas a bordo del *Kestre*, ¿no es así?

—Desde luego que no, señor. Pero no estábamos lejos de casa, señor. Ushant, Texel… esos son lugares apropiados para los marineros británicos, señor, pero aquí… —señaló al saltillo de proa—, nadie conoce las estrellas, y hasta el maldito sol está al sur a mediodía, señor. Uno de los hombres dice que hay tierras de hielo a no muchas millas al sur. Todo esto no parece normal, señor, es alarmante…

Drinkwater mandó llamar al señor Quilhampton.

—Merrick dice que le oyó a usted contando la historia del Holandés Errante. ¿Es cierto?

—No, señor. En realidad, estaba escuchando. La había oído antes, pero no quise decirlo, señor.

—¿Quién contaba la historia?

—Oh, era solo para pasar el rato, señor. Yo estaba escuchando, con Dalziell.

—Pero ¿quién la contaba?

—El señor Rogers, señor.

—No hay viento, señor Lestock.

—Nada, señor Drinkwater.

—Bien, carguen todas las velas y cuadren las vergas. Un aparejo en las inferiores, uno en el estay del mastelero mayor y una cuerda

en el cabestrante. Que se encarguen los de guardia y luego llame a todos los hombres.

Volvió a considerar el problema. Desde el descubrimiento de Catherine Best, Rogers había permanecido en silencio. Drinkwater ignoraba si había tenido algo que ver con la mujer. Tampoco le importaba. Appleby le había dicho que la mujer se consideraba estéril, y no parecía haber más complicaciones. Sin embargo, Rogers había formado parte de la conspiración. Drinkwater esperaba que ello se hubiera debido más a una chiquillada mal entendida que a un acto calculado. Pero no estaba seguro. Rogers podía haber buscado vengarse, demostrar que era más listo que el primer oficial. Pero aquello tampoco sonaba verosímil. Rogers era un oficial impetuoso y apasionado, aunque con pocos escrúpulos, ciertamente capaz y probablemente valiente. El servicio estaba lleno de hombres como él; eran indispensables en el combate. Pero Rogers no era un hipócrita. Su debilidad recaía en su temperamento impetuoso. Cuando Dalziell le había llevado a Tregembo para que lo azotara, Rogers había actuado sin pensarlo dos veces. ¿Estaría Dalziell detrás de aquel rumor estúpido? La idea tenía lógica. No se trataba de que la historia fuera amenazadora de por sí, pero la persistencia de su poder para causar inquietud y desorden era real, muy real. Cuanto antes montaran los cañones, mejor. Volvían a estar en latitudes templadas, y podrían continuar con su rutina de acuartelamiento general, suspendida desde el Cabo a causa del mal tiempo de los «Cuarenta Rugientes». Drinkwater sabía que no bastaba con leer los Artículos de Guerra una vez al mes para mantener a los hombres en su sitio. Solo podía conseguirlo el satisfactorio atronar de la brutal artillería.

—Todo listo, señor Drinkwater. Hombres a los aparejos, escotillas abiertas y cañones aflojados.

—Muy bien, señor Lestock, empecemos.

El primero en emerger fue el primer cañón de estribor. Izaron los aparejos de las vergas delantera y trasera de babor, y los empalmaron al gran aparejo del estay. Los tres empalmes fueron

bajados a la bodega. Allí se engancharon al cañón, que ya estaba preparado con un estribo en torno a los muñones.

Un segundo contramaestre dirigía el traslado de cada aparejo, y en los enjaretados esperaba el señor Grey, con su silbato colgado del cuello con una cadena de plata.

—¡Tensen! —Las cuerdas de los tres aparejos se tensaron.

—¡Tiren del estay! Despacio ahora… ¡Aflojen los aparejos de la verga!

La doble cuerda negra del estay del mastelero mayor adoptó un ligero ángulo, y el mástil gimió suavemente. El cañón de seis libras pesaba dieciocho quintales. En la bodega, seis hombres tiraban de una cuerda pasada en torno al cascabel del cañón, inmovilizando el negro barril. La siguiente orden llegó cuando el cañón alcanzó el nivel de la cubierta:

—¡Tiren de los aparejos de la verga! —Los hombres gruñeron al unísono. No se oyeron los cánticos usados en los barcos mercantes, sino un gruñido rítmico al compás del esfuerzo de cincuenta hombres, descalzos y sudorosos bajo el sol—. ¡Aflojen despacio el aparejo del estay!

El cañón, suspendido ya de los tres aparejos, empezó a moverse horizontalmente por la cubierta. La cuerda del cascabel lo seguía, suelta, y fue izada a cubierta por uno de los hombres de arriba, que se adelantó a la carrera para pasarla por un motón.

—¡Dejen de tirar de la verga! —Cuando el aparejo del estay descendió suavemente y el grupo de la verga mayor hubo terminado el trabajo, el cañón se desplazó hacia delante tirado por el aparejo de la verga delantera. Empezó a avanzar en diagonal a través de la cubierta.

—¡Grupo del cabestrante, tiren con fuerza! —Veinte hombres rodearon el cabestrante y tensaron la cuerda. Su trabajo era de ajustes, como el de los artilleros que esperaban junto a la cureña.

—¡Atrás la verga mayor! —El cañón se movió hacia delante, casi por encima de la cureña.

—¡Alto!

—¡Atrás, despacio! —De forma lenta, casi imperceptible, el cañón empezó a descender. Trussel hizo varias señas furiosas mientras el señor Grey detenía en primer lugar al grupo de la verga delantera y luego al de la mayor. El cañón se detuvo mientras los hombres de Trussel empujaban suavemente la cureña. Un minuto después, el cañón descansaba sobre sus muñones. Cerraron las coberturas. Trasladaron la cureña a su posición y la acercaron a la porta. Luego trincaron el cañón.

—Icen todo…

Los tres aparejos descendieron a la bodega a por el segundo cañón.

Terminaron a media tarde y fueron llamados a cenar, tras lo cual los llamaron otra vez y se acuartelaron. Las andanadas fueron muy desiguales, y Griffiths expresó su desaprobación desde la litera.

—Diga a los hombres —murmuró malhumorado—, que si esto es lo mejor que pueden hacer, volveré a dejarlos sin ron.

No fue una orden que Drinkwater se apresurara a obedecer. El estado de ánimo del barco era demasiado delicado, y Appleby le había dicho que la fiebre había empeorado el estado de la pierna de Griffiths, y que era probable que estuviera irritable y casi inválido durante algún tiempo.

—Dios sabe qué será de él —había dicho el cirujano, preocupado —, pero su capacidad de curación han disminuido considerablemente desde el ataque del año pasado.

El silencio del agotamiento cayó sobre el bergantín al ponerse el sol. Estaba teñido de descontento, pues, tras reaprovisionar en el Cabo, habían descubierto que parte de la carne salada estaba en malas condiciones, y no había habido tiempo de reemplazarla.

—Probablemente será un viaje largo —había dicho Drinkwater al sobrecargo de mala gana—; será mejor atenerse al racionamiento.

Bajó a las ocho, con la camisa pegada a la espalda, demasiado cansado para acostarse. Tampoco era fácil conciliar el sueño en el asfixiante camarote. En la cámara de oficiales, Appleby dormitaba sobre su vino de madeira. Drinkwater se dejó caer en una silla al

tiempo que se abría la puerta del camarote de Griffiths y aparecía Catherine Best. Se llevó un dedo a los labios, la viva imagen de la solicitud.

Al pasar junto a Drinkwater hizo una pequeña reverencia. Nathaniel apenas pudo dar crédito a sus ojos, y en su mente empezaba a formarse cierta sospecha injustificada de que la mujer debía tener algún motivo oculto cuando le llegó un fuerte grito de alarma de la cubierta.

A continuación se hizo el silencio, breve pero opresivo, lleno de un intenso terror. Entonces, en aquella pausa desconcertada, se oyó claramente a través de las claraboyas y escotillas abiertas:

—¡Es él, muchachos! ¡Es el Holandés!

El grito había sido tan potente que las palabras parecían desprovistas de sentido. Drinkwater sintió que su inteligencia era reemplazada por el miedo; luego se levantó con una maldición y corrió a cubierta. Se adelantó hasta donde Kellet, el capitán de los masteleros, tenía la boca abierta de terror y un brazo extendido.

Llegaron otros hombres y también señalaron, entre murmullos de terror; un papista o dos se persignaron y un buen protestante se arrodilló para confesar sus pecados directamente a su creador.

—Oh, Dios, perdona por haber trabado conocimiento carnal con la señora Best, una mujer impura y más puta que todas las… —Junto a él, Drinkwater vio a Dalziell. El guardiamarina temblaba como si tuviera perlesía.

Drinkwater contempló el resplandor mortecino y verdoso. La noche se había vuelto oscura y nublada, solo había una ligera brisa, y el resplandor aumentaba de tamaño. Si su teoría, según la cual Dalziell había sido el iniciador de los estúpidos rumores, era cierta, el joven estaba pagando por ello con un paroxismo de miedo.

—¡Chitón, escuchad, muchachos! ¡Escuchad! —Los murmullos cesaron y pudieron oír los gritos, gritos de almas atormentadas—. Santa María, madre de Dios, bendito sea el fruto de tu vientre…

—Jesucristo, ¿qué diablos es eso?

—Es el Holandés, muchachos, el Holandés…

Drinkwater se abrió camino hasta la popa, cogiendo sin ceremonia alguna el catalejo de Lestock de la mano paralizada de su dueño. Trepó a las cadenas de un salto.

Ciertamente, era el casco de un galeón con una toldilla muy alta. Pero el barco había sido desmantelado. Le pareció ver movimiento, sombras pálidas moviéndose a bordo. Se le erizó el cabello de la nuca. Desechó la superstición con un esfuerzo. ¿Tal vez los restos de algún antiguo naufragio, como los que supuestamente había atrapados entre las algas del mar de los Sargazos?

No, en aquellos gritos había algo familiar.

—¡Señor Lestock!

—¿Eh? ¿Qué?

—¿Tenemos salida de timón?

—¿Timón? Eh, oh, sí temamos, señor, un poco. Vamos, marineros de agua dulce, vuelvan al timón, maldita sea, ¿dónde creen que están?

—Un punto a estribor, por favor.

La orden fue recibida con un jadeo de incredulidad. Hasta popa llegaron gritos de súplica y amenaza.

—Que el diablo se lo lleve a usted, señor Drinkwater, pero a nosotros no. Mantened el rumbo, muchachos…

—¡Los de proa! ¿Qué les pasa, mis valientes muchachos? ¿Han perdido el valor? Vamos, no me lo creo. Venga, un punto a estribor…

—¿Dónde diablos está Drinkwater? —murmuró Rogers debajo de él—, páseme el catalejo.

Drinkwater se lo tendió.

—Déjeme mirar después de usted —dijo Appleby.

—Que le cuelguen, es mi maldito catalejo. —Lestock lo arrancó del ojo de Rogers con aire enfurruñado.

—Puede verlo usted mismo, Harry —dijo Drinkwater ahogando la risa.

Se estaban acercando rápidamente a la aparición. La suposición de que se trataba de un galeón había creado una distancia imaginaria. En realidad, estaba bastante cerca, y mientras pasaban a

su lado hubo un movimiento de retroceso en la barandilla y gritos de repugnancia cuando el hedor de la ballena muerta asaltó sus narices.

—¡Desde luego, huele como el infierno! —Hubo risas de alivio por toda la cubierta cuando los hombres comprendieron lo estúpidos que habían sido.

La ballena en descomposición se había hinchado y brillaba a causa de los millones de diminutos microorganismos que se alimentaban de ella. Chillando y gritando encima del cadáver, un millar de aves marinas disfrutaban del festín del enorme mamífero, mientras el agua en torno a él era agitada frenéticamente por una veintena de tiburones.

La vieron perderse a popa. Riéndose de sí mismos, los hombres regresaron abajo. Pareció que aquel hedor insoportable hubiera limpiado la atmósfera del barco. Drinkwater estaba dando las buenas noches a sus compañeros cuando vieron que un grupo se acercaba desde proa. Cuatro hombres llevaban el cuerpo inerte de un guardiamarina, con su camisa blanca y sus calzas.

—¿Es el señor Q?

—Dios mío, no, señor. Estoy aquí.

—Es el señor Dalziell, señor —dijo Tregembo, dejando al guardiamarina en tierra—. Se ha desmayado, señor.

—Bien, bien, bien —dijo irónicamente Drinkwater—. Parece que la venganza sigue siendo del Señor.

Capítulo 8

Noviembre-diciembre de 1798

Un hombre de la «compañía John»

Drinkwater estaba inclinado sobre sus libros, alarmado por el elevado gasto de cordaje debido a la pérdida de la verga, cuando oyó el grito del mastelero.

—¡Ah de la cubierta! ¡Vela a la vista! ¡Un punto a estribor!

Aceptó agradecido la excusa para salir a cubierta, sintiendo que la agradable brisa le agitaba la camisa abierta. Habían avistado las tierras altas de Ras Hafun tres días atrás, y habían doblado el cabo Guardafui bajo los fuertes vientos catabáticos que descendían de la meseta de Somalia. A la sazón, avanzaban rumbo al oeste hacia el golfo de Adén, con velas hasta los masteleros. Era mediodía, y los hombres de guardia se preparaban para comer, de modo que al oír el grito la mayor parte de marineros se agolparon en el combés del *Hellebore*. Esperaron ansiosamente a ver al extraño desde la cubierta. Drinkwater vio a Quilhampton en la barandilla.

—Suba, señor Q, y vea qué puede deducir. —El muchacho tomó un catalejo y saltó a las cuerdas. Cualquier avistamiento sería bienvenido. Habían visto varios «dhows» cerca de la costa, pero el extraño podía ser un barco de guerra, un amigo, o posiblemente un enemigo.

El *Hellebore* había disfrutado de todas las maravillas del océano Índico. Peces voladores, ballenas y delfines habían aparecido en

abundancia, tortugas y gran variedad de aves, petreles, pájaros tropicales de larga cola, y los pájaros bobo de color pardo, que les hacían pensar en polluelos de alcatraz europeo. El diario de Drinkwater estaba lleno de pequeños esbozos, junto a una descripción del «mar blanco», una erupción de fosforescencia espumosa de etérea belleza. Aquel fenómeno había impulsado a Quilhampton a hacer sus pinitos en poesía. El desprecio del señor Dalziell acabó con el empeño, aunque el señor Quilhampton refutó rápidamente la afirmación de que los poetas eran afeminados señalando que no eran las únicas personas que se desmayaban ante las maravillas naturales del mundo. Pero ninguna de aquellas imágenes les produjo tanto entusiasmo como las dos gavias blancas que pronto fueron visibles desde cubierta.

—Es un bergantín, señor, como nosotros… o puede ser una goleta, señor —informó Quilhampton con incierta precisión.

—¿Colores?

—No los lleva, señor —respondió, imitando inconscientemente el estilo abreviado de Drinkwater.

—¿No lleva colores, eh? —dijo Griffiths, cojeando sobre su pie hinchado.

—No, señor.

—Esperan a que nos declaremos nosotros, ¿eh? Listos para la acción, señor Drinkwater. ¡Señor Lestock! ¡Arríen las gavias y viren para interceptarlo!

Sonaron los silbatos en las escotillas y los hombres se quedaron sin comer cuando el cocinero apagó el fuego. Todo eran prisas. Habían mejorado la puntería mientras avanzaban desde el sur, disparando contra barriles con los «cañones grandes» y contra botellas fijadas a las vergas desde las cofas. El ron había sido reinstaurado varios días atrás y Catherine Best tenía el comportamiento de una monja. Nunca una comida fue tan alegremente olvidada. No se trataba de un crucero francés de superioridad abrumadora. El sol brillaba, la brisa era agradable, y las

sombras de las velas y el cordaje se recortaban con intensidad sobre la cubierta mientras la lijaban con arena.

—Listos para la acción, señor.

Los dos barcos estaban separados por tres millas cuando empezó la persecución. El extraño se desvió hacia el norte, presentándoles el costado.

—Es una goleta —murmuró Quilhampton, recorriendo la batería de estribor detrás del teniente Rogers.

—Es un barco curioso —dijo Drinkwater. Era como una goleta pequeña, pero con una popa muy larga, pintada de verde y con unas portas enormes.

—¡Icen la enseña!

—O los malditos juanetes, vejestorio —murmuró Rogers, que pensaba que la presa escaparía a sus impacientes artilleros.

La insignia del *Hellebore* atronó y se sacudió en el pico de la vela cangreja, desplegándose sobre la amura de estribor. Griffiths esperó la respuesta de la goleta, que se puso al pairo con la vela mayor contra el mástil. En su pico ondeaba la insignia de rayas horizontales de la Honorable Compañía de las Indias Orientales.

—Un barco de la «Compañía John» —dijo Griffiths relajándose. El *Hellebore* se acercó al extraño espumeando y se puso al pairo mientras la goleta bajaba un bote.

—Son muy colaboradores —dijo Griffiths a Drinkwater.

—Bueno, que me cuelguen… Eso no son portas de cañón, son persianas de listones.

—Celosías, señor Drinkwater. Es un barco correo de la Compañía, un barco civil que usan para trasladar oficiales y llevar despachos. Me apuesto algo a que desean vernos por ese motivo.

Griffiths tenía razón. Mientras los hombres del *Hellebore* abandonaban el acuartelamiento, consumían ávidamente los restos tibios de su comida e intercambiaban bromas incomprensibles con los sonrientes nativos del bote, un atractivo y bronceado oficial vestido con un cuidado uniforme de la Infantería de Bombay les contó las noticias.

—Teniente Lawrence, caballeros, a su servicio. —Intercambiaron saludos formales y se retiraron al camarote de Griffiths.

—El teniente Thomas Duval del barco de Su Majestad *Zealous* llegó a Bombay el veintiuno de octubre, señor, con noticias del almirante Nelson. —Griffiths y Drinkwater se miraron. El *Hellebore* se encontraba en el Cabo por aquel entonces.

—Por favor, continúe, teniente.

—Parece ser que el uno de agosto la flota británica, al mando del almirante Nelson, aniquiló a los franceses en la bahía de Aboukir. El ataque se produjo al ponerse el sol, mientras la flota francesa estaba anclada. Tengo entendido que, pese a la poca profundidad de la bahía y a que el *Culloden* embarrancó, los británicos atacaron a los franceses por ambos lados y la victoria fue completa. Su barco insignia, el *L'Orient*, voló por los aires. —Concluyó con una sonrisa, como si la desaparición de mil vidas humanas fuera un motivo de satisfacción personal.

—¿Tienen sercial en Bombay, teniente? —preguntó Griffiths irónicamente, indicando a Drinkwater con un gesto que abriera una botella. Llamó a la despensa para que Merrick trajera vasos.

—No nos falta de nada en Bombay —dijo Lawrence—, pero hacía tiempo que no probaba un madeira tan excelente.

A juzgar por su apariencia, a Lawrence no le faltaba absolutamente de nada. Brindaron por la victoria.

—¿Y de dónde vienen ahora, teniente, qué misión tienen?

—Venimos de Moca, señor, donde dejamos despachos para el comodoro Blankett. El capitán Ball del *Daedalus* era esperado cualquier día. La escuadra del mar Rojo usa Moca para aprovisionarse de agua, señor. El señor Wrinch es nuestro agente allí —hizo una pausa y añadió—: Es un hombre de mucho talento, señor, y visitarlo les resultará de gran utilidad. —Los ojos de Lawrence se posaron sobre el pie gotoso de Griffiths y siguió hablando—. Por desgracia, no pudimos quedarnos, ya que el monzón del nordeste en el mar de Arabia dificulta el viaje de regreso a Bombay.

—Y supongo que sus despachos llevaban a Blankett la noticia de la victoria de Aboukir.

Lawrence asintió por encima de su vaso.

—¿Y se mencionaba a algún ejército francés en esos despachos? ¿Alguna fuerza desembarcada en Egipto?

—¡Oh, eso! Sí, señor, hay indicios de algo parecido. Duval sugirió que podían intentar descender sobre la India, pero la idea es absurda; sus fuerzas en el mar Rojo son totalmente inadecuadas. ¡Pero nos dieron un buen susto, a pesar de todo! —Se echó a reír—. ¡No los esperábamos!

—¿Qué? —espetó Griffiths—. ¿Quiere decir que ya hay barcos franceses en el mar Rojo?

—Oh, sí; uno de ellos, una pequeña goleta, creo que las llaman corbetas, trató de echarnos de Perim hace dos días. Nos persiguió por los acantilados y nos lo quitamos rápidamente de encima.

—*Myndiawl* —gruñó Griffiths, mientras Drinkwater preguntaba:

—¿Cuántos barcos tienen los franceses ahí fuera, señor?

—No tengo ni idea, dos o tres. Los árabes no están muy entusiasmados con su llegada, pues parece que se dedican a capturar dhows. Dios sabe para qué. Puede que sea la voluntad de Alá, pero a los fieles no les gusta demasiado.

—Un auténtico corsario, por lo que parece —dijo Griffiths, meditabundo—. Dígame, ¿podría proporcionarnos una carta actualizada del mar Rojo? La nuestra está muy incompleta. — Drinkwater sacó la carta apropiada del cajón bajo el asiento. Se la mostró a Lawrence. El teniente se echó a reír.

—Buen Dios, caballeros, creo que Noé tenía una mejor. Sí, estoy seguro de que puedo complacerlos, envíen a un guardiamarina conmigo.

—Hay otra cosa —dijo Griffiths—, tenemos a una mujer a bordo, y quiero que le den pasaje hasta Bombay.

El rostro de Lawrence se ensombreció.

—¿Quién es?

—Oh, una desgraciada convicta que encontramos a la deriva en un bote en el Atlántico Sur. Consiguió embaucar a los hombres a base de fornicar…

Lawrence estaba indignado.

—Lo siento, señor, pero no puedo ayudarle con una convicta.

—Maldita sea, hombre, se lo ordeno, tengo un nombramiento de la Armada del Rey…

—¿Dice que la recogieron en el Atlántico Sur? —trató de ganar tiempo Lawrence.

—Sí.

—Pero ustedes vienen del Cabo. ¿No podían dejarla allí? —Lawrence frunció el ceño. Suponía que aquellos oficiales se habían cansado de la mujer y querían librarse de ella—. Debe comprender, señor, que llevo una tripulación de nativos; su idea de las mujeres inglesas no es lo bastante completa para poder entender la naturaleza de una prostituta y una convicta. —Cogió su sombrero y se inclinó—. Pero será un placer darles la carta. Buenos días, caballeros, gracias por su hospitalidad…

—Espere, señor Lawrence —espetó Griffiths. La negativa del hombre a llevarse a la señora Best no le había sorprendido. Había otras cosas en la mente de Madoc Griffiths—. Un momento más. Deseo que informe al gobernador de Bombay y al general al mando de las tropas de la Compañía de que existe un riesgo grande de que los franceses invadan la India. Es muy importante que traslade usted estas sospechas al almirante Nelson con más convicción que el teniente Duval. Con tal objeto, lo pondré por escrito… —El comandante se volvió a su escritorio. El rostro de Lawrence era la imagen del escepticismo; parecía incapaz de tomarse en serio aquella amenaza. Drinkwater no se sorprendió; había oído que el servicio prolongado en la India provocaba cierta euforia en los europeos, consecuencia de su posición. El altanero desprecio con que Lawrence se había referido a Catherine Best era una buena muestra de aquella actitud.

—Acompañe al señor Lawrence hasta la borda, señor Drinkwater. —Griffiths entregó al oficial de la Compañía una carta. Lawrence se inclinó, tomó el paquete y abandonó el camarote. Cuando los dos hombres salieron al brillante sol de la cubierta, Drinkwater ordenó a Quilhampton que acompañara al oficial hasta su barco.

—Lo mandaré de vuelta en mi bote, señor —sonrió Lawrence—, para que no se diga que rechacé a una mujer pero me llevé a un chico, ¿eh?

Drinkwater consideró la broma de mal gusto y decidió que Lawrence era un petulante. Pero consiguió dedicarle una breve sonrisa de cortesía.

—Tengan cuidado con esos gabachos —dijo Lawrence con ligereza—, ustedes no conocen la zona como nosotros, y ni siquiera mi carta les será de gran ayuda por encima de Jabal Zuqar; pero les llevará hasta Moca. Buenos días, señor.

—Buenos días, y gracias. Supongo que no sabrá nada más de la fuerza francesa.

Lawrence se encogió de hombros.

—Una fragata y una o dos corbetas… el nombre del comodoro era poco usual —hizo una pausa, apoyando una elegante pierna en la barandilla—. Recuerdo que Tom Duval sonaba más francés que ese villano. Algo como Santón… Santa…

—¿Santhonax?

—Exactamente, señor. Santhonax. Buenos días, señor.

—¡Por los clavos de Cristo! —Nathaniel se volvió rápidamente y descendió mientras Lawrence regresaba a su barco. Drinkwater entró en tromba en el camarote de Griffiths—. Acabo de preguntar a ese presumido quién estaba al mando de la escuadra francesa, señor.

—¿Y bien? —dijo Griffiths levantando la vista.

—¡Santhonax!

Por un segundo, Griffiths permaneció en silencio, y luego brotó de él un torrente de blasfemias galesas en una sarta de improperios que acabaron con la libación de dos nuevos vasos de sercial. Ambos

hombres miraban fijamente al frente. Ambos pensaban en el largo duelo que habían librado con Santhonax en el Canal y el mar del Norte. Habían puesto fin a sus fechorías capturándolo en Camperdown. Pero, por algún giro del destino, Santhonax les había vencido, llegando antes que ellos al mar Rojo.

—No es una coincidencia, Nathaniel, si es eso lo que está pensando. *Duw*, es la Providencia… ¡*myndiawl*, es más que eso, es una prueba de que la Providencia existe!

—Hay una cosa, señor.

—¿Eh? ¿Qué? —preguntó Griffiths, sirviéndose un tercer vaso de vino.

—No sabe que somos nosotros quienes lo perseguimos.

—¡Ja! Ese es un consuelo bien pobre.

El golpe de un bote en el costado les reveló que Quilhampton había regresado. Un minuto después, el muchacho llamó y entró. Entregó a Drinkwater la carta enrollada.

—Perdone, señor, pero era una goleta, señor, llamada *Dart*, y…

—¡Señor Quilhampton! —espetó Griffiths.

—¿Señor? —dijo el muchacho, sonrojándose.

—Diga al contramaestre que quiero que se preparen para virar y poner rumbo al estrecho de Bab el Mandeb.

—B… Babel…

—Mandeb.

—A la orden, señor.

Capítulo 9

Diciembre de 1798-mayo de 1799

La rada de Moca

El teniente Drinkwater recorría lentamente el pequeño alcázar del *Hellebore*. El cálido viento del sur casi constante que soplaba desde el Cuerno de África solía calmarse al anochecer, y Drinkwater, vestido con calzas y camisa, consideraba sus paseos al anochecer como un alivio indispensable para el tedio de aquellas semanas. Mientras el sol se hundía, rojo y enorme, con su reflejo centelleando en el mar, sintió una tristeza agridulce muy común en los marineros al caer el día lejos de casa. Se volvió hacia popa y avanzó a pasos regulares, midiendo la cubierta. Su mirada quedó atrapada por los muros rosados y las torres de Moca al oeste, a una milla de distancia. Los ladrillos de barro de los edificios de la ciudad también reflejaban la gloria menguante del sol. El esbelto minarete apuntaba al cielo como una astilla de oro, y junto a él relucía la cúpula de la mezquita. Tras la ciudad, la llanura de Tihamah se extendía hacia el este, enfriándose ya y llenándose de sombras hasta que, como una toalla enorme, se confundió con los riscos y grietas de las montañas yemeníes, que se elevaban hacia el aterciopelado cielo nocturno. No era la primera vez que lo conmovía la belleza de una noche tropical, haciéndole pensar en su hogar, en Elizabeth y en la preocupación por el parto. Luego se reprendía a sí mismo, pensando que aunque sabía mucho sobre el barco que tenía bajo los pies, tenía un

conocimiento muy limitado de los hechos más fundamentales de la vida humana. El parto habría tenido lugar semanas atrás. Se preguntó si el niño habría vivido, y se negó a pensar en la posibilidad de haber perdido a Elizabeth.

El señor Brondell se le acercó y le informó del avistamiento del bote del capitán. Drinkwater corrió abajo a por su casaca y su sombrero, y recibió a Griffiths en la entrada.

Tras el intercambio rutinario, Griffiths indicó a Drinkwater que pasara a su camarote, donde, arrojando el sombrero al sofá, ordenó al primer oficial que les sirviera a ambos un vaso de vino. Dejándose caer en su silla, el comandante se cubrió la cara con las manos.

—¿No hay noticias, señor? —inquirió Drinkwater empujando el vaso a través de la mesa.

—Sí, *bach*, pero malas, maldita sea. Es Santhonax. Wrinch está seguro de ello.

Las frecuentes visitas de Griffiths a tierra, a la magnífica residencia del señor Strangford Wrinch, se habían hecho tan habituales durante el último mes que se habían convertido prácticamente en un día de fiesta. Pero no era el placer lo que llevaba a Griffiths a la mesa del «residente» británico.

Wrinch era un mercader de café con poderes consulares, un «agente» de los intereses británicos, no todos comerciales. Drinkwater había comido con él varias veces y se había formado la impresión de que era uno de aquellos extraños ingleses expatriados que habitaban en partes remotas del mundo, ejerciendo poderes casi imperiales y escribiendo las páginas de la historia de modo anónimo. Para Griffiths y Drinkwater resultaba evidente que el hombre estaba sentado como una araña en el centro de una tela que extendía sus hilos invisibles junto a las antiguas rutas de las caravanas de Arabia, hasta las viejas colonias yemeníes en Sudán y los mares no cartografiados surcados por los dhows que comerciaban y saqueaban en el mar Rojo.

Griffiths tenía experiencia en tareas de inteligencia; había pasado la última parte de su vida trabajando para hombres importantes

cuyos nombres pasarían a la historia como conductores de la política exterior. Pero lo que ocupaba a Griffiths y Wrinch era una guerra dentro de una guerra, una implicación personal que les proporcionaba la motivación necesaria. Y para Griffiths el elemento personal había llegado al apogeo. Santhonax había sido su antiguo adversario en el Canal y el mar del Norte durante los ansiosos meses previos a la batalla de Camperdown. Santhonax era el responsable de la bárbara ejecución del mayor Brown, un hecho que había levantado todo el latente odio céltico de Griffiths. El capitán era un hombre anciano y enfermo. La presencia de Santhonax en el mar Rojo era como una burla, una tarea sin terminar.

De modo que Griffiths permanecía sentado en el patio, fresco y encalado, ahuyentando las moscas que inundaban la ciudad, y esperaba noticias de Santhonax. Lo que Drinkwater no compartía con su comandante era la paciencia de este último.

En las semanas que habían pasado anclados, Drinkwater había llegado a la conclusión de que el almirante Nelson los había enviado a una persecución absurda, y de que hubiera bastado con el viaje por tierra del teniente Duval a Bombay. Habían empleado muchos esfuerzos para llegar al mar Rojo, solo para descubrir que el almirante Blankett no estaba en Moca, que había partido en busca del escuadrón francés y podía ser que ya hubiera destruido a Santhonax. Wrinch había dicho al almirante que había una fuerza francesa suelta por la zona, y garantizaba la fiabilidad de su información sin moverse de la misma alfombrilla donde también se sentaba, ataviado con su *galabiya* y su *fadhl*, con otros mercaderes, con los emires El Hadj que conducían las caravanas, con capitanes de dhows que intercambiaban noticias por oro, perlas o hachís, o donde acariciaba a los hermosos muchachitos que se decía que prefería a las mujeres.

Fuera cual fuera la verdad sobre él, Wrinch era lo bastante astuto para saber cuándo un árabe invocaba al único Dios verdadero para verificar sus mentiras y cuándo informaba de hechos. Y Griffiths no

estaba interesado en la calidad moral de sus fuentes: para él, el mundo era como era.

Blankett también se había alarmado. Con el rostro sofocado y maldiciendo a Wrinch había zarpado hacia el norte para aprovechar la temporada de vientos del sur. Después de su partida, había llegado Lawrence, solo para ser perseguido por uno de los barcos de Santhonax, que había aparecido misteriosamente en la retaguardia de Blankett. Pese a su información, Wrinch insistió en que Griffiths no zarpara en pos de ninguno de los dos grupos. Simplemente debía esperar. Para Wrinch, esperar y «usar el *fadhl*» eran partes del encanto de la vida árabe. Para Griffiths, eran una forma tolerable de pasar el tiempo, soportar el calor y alimentar el hambre de revancha. Para Drinkwater, el retraso era insoportable.

—¿Así que seguiremos esperando, señor?

Griffiths asintió.

—Ya sé, *bach*, que el ocio es malo para los hombres, *duw*, pero no tenemos elección. Wrinch tiene razón —lo calmó Griffiths, ahuyentándose las moscas de la cara—. Estas malditas moscas son tan impertinentes como los árabes… No, la rada de Moca será el punto de encuentro. —Su cabeza canosa se inclinó mientras meditaba—. Hum, *Yr Aifft…*

—¿Señor?

—Egipto, Nathaniel, Egipto. Hay una gran actividad en Egipto. Bonaparte se ha adueñado de El Cairo. Un tal general Desaix se está abriendo camino por el Alto Egipto con ayuda de un copto llamado Moallem Jacob. —Hizo una pausa—. Creo que Nelson puede tener razón, y si tiene que lidiar con ese diablo de Santhonax… —Enarcó las blancas cejas y cerró la boca de golpe. Luego resopló—. ¡Por Dios, ojalá lo hubiera matado usted!

La inacción, igual que el calor, parecía haberse instalado permanentemente a bordo del bergantín. El alquitrán burbujeaba en las juntas y Drinkwater ordenó a la tripulación de guardia que

mantuviera las cubiertas mojadas durante el día. Inclinaron el *Hellebore* con los cañones y limpiaron la línea de flotación, bajaron el cordaje y pintaron el barco. Griffiths había prohibido usar pólvora en los ejercicios con cañones, y aquel ritual silencioso carecía de sentido para los hombres. Para distraerlos, Drinkwater envió a Lestock, sus asistentes y los guardiamarinas en los botes para explorar la rada. Aunque ello estimuló la competitividad entre los suboficiales y provocó cierto interés profesional, poniendo una vez más de relieve el talento potencial del señor Quilhampton, su atracción resultó limitada para los hombres, y pronto se volvió impopular a medida que los botes tenían que alejarse más. El letargo empezó a extender sus tentáculos por todo el bergantín, demostrando la máxima de Appleby de que la guerra era ante todo una pérdida de tiempo, dinero y energía.

A medida que se sucedían las semanas, aumentaba la frustración de Drinkwater. Lo atormentaba la preocupación por Elizabeth, una preocupación que no podía dejar de lado en favor de tareas más apremiantes, porque no había nada que reclamara su atención más allá de la rutina de la vida diaria de un barco anclado. Los millares de moscas que los visitaban los volvían locos, y la falta de permisos para los hombres exacerbaba su sensación de apelotonamiento.

Strangford Wrinch les pasó una información alarmante, obtenida de un tal Hadji Yusuf ben Ibrahim, comandante de un *sambuk*. En diciembre del año anterior, una división francesa al mando del general Bonaparte había ocupado Suez. El propio Bonaparte había aceptado el tributo de los árabes de Tor en el Sinaí, y había llegado a un acuerdo con los monjes del misterioso monasterio de Santa Catalina en el extremo sur de la península. El general Desaix había provocado una auténtica desbandada entre los mamelucos en un enérgico barrido del valle del Nilo. Egipto se había convertido en una provincia francesa, y estaba claro que, pese a la victoria de Nelson en Aboukir y el consiguiente bloqueo de la costa mediterránea al mando de sir Samuel Hood, los franceses distaban mucho de estar derrotados. Todavía podían avanzar más hacia el este, y en ausencia

de Blankett el *Hellebore* no sería más que una brizna de paja bajo los cascos del conquistador.

A finales de enero, Griffiths ordenó hacerse a la mar. Durante quince días navegaron entre Perim y Jabal Zugar, ejercitando cañones y velas. Luego regresaron a la rada de Moca y a la ensenada poco profunda de su bahía, al calor, a las moscas y al engañoso encanto de cuento de hadas de su minarete. Griffiths volvió a bajar diariamente a tierra, mientras les ordenaba sonriente que se sometieran a la voluntad de Alá, que aprendieran el *keyf*, el estilo árabe de permanecer sentados completamente inmóviles.

—Por el sagrado Cristo —blasfemó el irritable Rogers, exasperado y cubierto de sudor—, ese estúpido viejo bastardo empieza a estar senil.

—¡Señor Drinkwater! —La llamada a la puerta fue violenta y urgente. El rostro de Quilhampton se asomó al otro lado, pálido de preocupación—. ¡Señor Drinkwater!

Drinkwater recuperó lentamente la conciencia.

—¿Eh? ¿Qué ocurre?

—¡Hay dos barcos entrando por el sur, señor!

Drinkwater despertó instantáneamente.

—¡Informe al capitán! ¡Acuartelamiento general y prepárense para la acción!

El guardiamarina salió corriendo y Drinkwater oyó cómo el barco cobraba vida, escuchó la voz del muchacho reemplazada por el silbato del contramaestre de guardia en las escotillas. Cogió las calzas, se ajustó la espada y tomó la pistola cargada que siempre tenía preparada. Corrió a cubierta.

Acababa de amanecer, y el combés estaba en completo desorden, con los pasos de doscientos pies desnudos y los jadeos de un centenar de hombres aturdidos por el sueño, arrastrados a sus puestos por el adiestramiento y el miedo.

Drinkwater tomó el catalejo nocturno de su estuche e hizo los ejercicios mentales necesarios con su imagen invertida. Recorrió el horizonte y lo fijó en las dos sombras a la entrada de la rada. El

barco mayor podía ser una fragata. Algunas fragatas francesas nuevas eran barcos grandes, pero parecía demasiado alto y corto para ser un auténtico navío francés. El barco más pequeño era claramente un bergantín de su mismo tamaño.

Apareció Griffiths.

—¡Icen la insignia corsaria, señor Drinkwater!

Rogers informó de que las baterías estaban listas para la acción.

—Muy bien, señor Rogers. Hombres a la de estribor. Señor Drinkwater, tensen las bozas. ¡A tres puntos a babor!

—A la orden, señor. —Drinkwater echó un vistazo final al grupo de Quilhampton, que estaba izando la insignia corsaria al peñol de sotavento de la gavia del trinquete, donde el viento la extendió para que la vieran desde los barcos que se acercaban—. ¡Señor Grey, hombres al cabestrante!

El *Hellebore* tembló levemente cuando se tensó la boza y se apartó del viento, presentando los cañones de estribor a los barcos extraños. Drinkwater observó con aprensión. No hubo respuesta a la insignia corsaria.

—Batería de estribor lista, señor —informó Rogers. Toda la actividad había cesado ya; los artilleros estaban agazapados expectantes en torno a sus cañones, y los jefes de pieza arrodillados junto a los ralles de retroceso, con los acolladores entre las manos.

El *Hellebore* era un blanco perfecto, recortado contra la luz mientras los recién llegados avanzaban desde las sombras nocturnas.

—¡Señor Rogers! Disparen el número uno a popa de ellos, por favor.

Drinkwater levantó el catalejo y observó el barco más grande. El cañón de proa ladró. La luz del día aumentaba rápidamente, y los claros rayos del sol naciente se desplegaron desde detrás de las montañas yemeníes. Mientras el muecín llamaba a los fieles a la oración desde el distante minarete de Moca, Drinkwater vio la insignia británica ascendiendo a la cofa de ambos barcos y el humo del cañón de proa del barco mayor en respuesta a su disparo.

—Insignia británica, señor.

—Respondan, entonces.

Una hora más tarde, Drinkwater esperaba ansiosamente a que Griffiths regresara del barco de cincuenta cañones *Centurion*, al mando del capitán Rainier.

Drinkwater se pasó el dedo con disimulo por el interior del alzacuello. Era incapaz de entender por qué, en el calor del mar Rojo, la Armada Real no podía relajar la formalidad lo suficiente para permitir que los oficiales se quitaran las casacas de paño cuando cenaban con sus superiores. Después de todo, aquel momento, cuando el humidor de puros seguía a la botella de oporto en su ronda en torno a la mesa, marcaba el inicio de un permiso tácito para la informalidad.

Estaban escuchando una anécdota relativa a la vida social de Bombay narrada por el segundo de a bordo del *Centurion*. Era una historia irreverente que tenía que ver con un oficial al servicio de la Compañía de Indias Orientales, que mantenía su apetito por las mujeres dentro de unos límites estrictamente formales.

—… Y entonces, señor, cuando la bailarina lo rodeó con las piernas y mostró cierto entusiasmo por el anciano, este cejó en sus esfuerzos y la miró furioso; «otra familiaridad como esta», dijo el viejo bastardo, «y el apareamiento quedará cancelado».

La risa fácil de los oficiales del *Centurion* encontró su eco en la del joven comandante del bergantín de dieciocho cañones *Albatross*, un hombre que tendría diez años menos que Drinkwater. Parecía que todos los oficiales estacionados en la India llevaban vidas cómodas y licenciosas. De repente, Nathaniel se sintió molesto porque sus compañeros al mando de Duncan, en el gris mar del Norte, con Saint Vincent frente a Cádiz y con Nelson en el Mediterráneo tuvieran vidas tan diferentes. Pensó en la roca de Ushant y en la escuadra azotada por las tormentas que mantenía una vigilancia incesante sobre Brest y, en el denso calor del camarote del capitán

Rainier, sintió un fuerte anhelo de formar parte de aquellos paisajes ventosos, donde la lluvia caía en cortinas desde el cielo, tapando los acantilados que esperaban impasibles a sotavento de las pesadas divisiones británicas. Aquel grupo de hedonistas bien vestidos, afectados y sofocados hacía sentir incómodo a Drinkwater, ofendiendo su sensibilidad puritana. Era como si la exposición a la embriagante belleza de las noches hindúes les hubiera provocado una especie de locura.

Griffiths tampoco había olvidado sus deberes, como reveló el leve toque de sarcasmo en su voz.

—*Duw*, señor, me extraña que se hayan alejado tanto de casa con tantas maravillas esperándoles en Bombay. ¿Puedo preguntar por sus intenciones?

—Por supuesto, capitán —dijo Rainier, un hombre grande y entrado en carnes que parecía un Buda hindú rodeado por el humo azul de los cigarros—. Las noticias que tuvimos de Nelson, tanto a través de Duval como de usted mismo, fueron lo que nos llevó a emprender un reconocimiento por el mar Rojo.

—¿Para reunirse con el almirante Blankett, señor?

El capitán se encogió de hombros. No parecía impaciente por combinar sus fuerzas con las de Blankett. Pero si lo hacía, la escuadra del mar Rojo bastaría, casi con toda certeza, para bloquear el estrecho de Bab el Mandeb, y localizar y destruir cualquier barco que Santhonax tuviera a su mando.

—Ignoramos el paradero de Blankett. Mis instrucciones están claras. Debo determinar la capacidad de la acción militar francesa en Egipto desde la perspectiva de un descenso hacia la India. Eso es todo.

Para Drinkwater, estaba muy claro que los cánticos de las bailarinas de Bombay eran mucho más dulces que los de las sirenas que acechaban entre los poco conocidos acantilados del mar Rojo.

Rainier echó el humo de manera elaborada, contemplando con aire indolente y obvia satisfacción los tres anillos de humo concéntricos que ascendieron lentamente hacia el techo.

—Oh, bravo, señor —suspiró Adams, en un tono adulador que hizo comprender a Drinkwater la rapidez de su ascenso. Rainier levantó los dedos en un gesto de indiferencia que parecía equivaler a un encogimiento de hombros.

—Creo que el asunto tiene poca importancia, es como una excursión. —Se fijó en el ceño fruncido de Griffiths—. Oh, capitán Griffiths, ya sé que ustedes llegan jadeantes de los campos de batalla de Europa, cubiertos por el sudor de sus propios esfuerzos, pero su energía no es una plaga, ¿comprende? No es contagiosa. Aquí nos ocupamos del servicio del Rey de otra manera. No ignoramos que Tippoo Sahib, el sultán de Mysore —añadió para beneficio de los recién llegados de Inglaterra—, está fomentando una rebelión contra nosotros. Y hasta sabemos que el mismo Bonaparte ha estado en contacto con él. Pero no creo que este asunto suponga un riesgo cierto.

Rainier chupó su cigarro con deleite, y una oleada de satisfacción recorrió la mesa entre los oficiales de ambos barcos.

—Me gustaría compartir su confianza, señor —dijo Griffiths.

—Oh, vamos, hombre —intervino Adams—, los franceses no tienen una gran fuerza aquí. Veamos, ¿cuántos barcos tiene Blankett, eh? —Adams se volvió al único hombre no uniformado de la mesa, ataviado con ropas civiles que habían pasado de moda una década atrás.

—Tiene tres barcos de sesenta y cuatro cañones —dijo Wrinch—, el *America*, el *Stately* y el *Ruby*. Los dos primeros iban rumbo a casa, y el tercero en viaje de exploración. Tiene las fragatas *Daedalus* y *Fox*, con el balandro *Echo*, que también iba rumbo a casa.

—Ya lo ve, Griffiths —dijo Adams—, es una escuadra de buen tamaño.

—Si están todos juntos —gruñó Griffiths, sin convicción.

Al parecer, Rainier deseaba acabar con la discusión.

—Vamos, Griffiths, no es como si nos enfrentáramos a Suffren, ¿verdad? —murmuró el capitán a través de su puño mientras trataba

de quitarse un trozo de carne que se le había alojado entre las muelas de forma irritante—. ¿Eh?

—El comandante francés es discípulo de Suffren, señor. Un viejo conocido mío y de mi primer oficial, señor. Un verdadero corsario, astuto como un zorro, peligroso y lleno de recursos. No debemos subestimarlo. —La voz de Griffiths era baja y penetrante.

—¿De qué lo conoce usted, señor? —inquirió el capitán de infantería del *Centurion*.

Griffiths narró la misión asignada al cúter de doce cañones *Kestrel* durante su servicio especial en las costas de Francia y Holanda. Habló de cómo habían entrado en conflicto con las maquinaciones del *capitaine* Edouard Santhonax, cómo lo habían seguido desde las calas de Francia a las playas arenosas del norte de Holanda, y cómo Drinkwater lo había capturado por fin durante la sangrienta tarde de Camperdown. Les habló del brutal asesinato de un agente británico, el mayor Brown, capturado con ropas civiles y ahorcado públicamente sobre la batería de Kijkduin a la vista de toda la escuadra del bloqueo. A medida que su voz se elevaba y caía, uniendo las frases de su narración, consiguió que todos le escucharan y hasta que la boca del comandante Charles Adams perdiera su expresión desdeñosa.

—… De manera, caballeros, que el maldito Santhonax consiguió escapar, no sé por qué medios, y si ese ejército francés de Egipto es tan poderoso y peligroso como parecía creer el almirante Nelson, *myndiawl*, deben tener cuidado con ese hombre.

Se hizo el silencio, que finalmente rompió Rainier.

—Una narración épica, capitán, realmente épica —dijo Rainier, restándole importancia y tomando rapé.

—El capitán Griffiths tiene razón, señor —intervino Wrinch en el momento en que Drinkwater percibió que Rainier deseaba concluir el asunto—. Santhonax está capturando barcos nativos, tal vez para usarlos como transportes hacia la India, o tal vez para impedir que los fieles crucen el mar Rojo, desde Hejaz a Kosseir. Esos refuerzos procedentes de la Meca creen que solo necesitan sacudir a un

francés para que de su ropa caiga polvo de oro. Están acudiendo a reunirse con Murad Bey por la ruta de las caravanas hacia Qena. Murad —añadió con la misma condescendencia empleada para hablar de Tippoo Sahib a los no iniciados—, es un circasiano al mando de las fuerzas mamelucas en el Alto Egipto. Ahora, aunque Desaix lo haya vencido y sus fuerzas se hayan desperdigado, Murad sigue sin ser derrotado. Para acabar con él, Desaix tiene que interrumpir sus refuerzos de Arabia, ya sea capturando los dhows en el mar, o tomando Kosseir. Si eso se consigue, impondrán nuevas tarifas sobre el comercio con Arabia, como ya está haciendo Bonaparte con el comercio de Yambo y Yeddah. Se dice que el gobierno de Bonaparte en el Cairo está muy necesitado de dinero, y que recurre a toda clase de argucias para obtenerlo.

—¿Y cree usted que Santhonax y Desaix podrían concertar sus acciones hasta ese punto? —preguntó Rainier por fin, inquieto a su pesar por el giro que había tomado la conversación.

—Desde luego, señor. Ya se han hecho cosas parecidas. Egipto es ingobernable, por supuesto. Puede ser que los franceses empiecen a presionar en la India. Eso sería más prestigioso para ellos que la retirada final.

—¿Y cree que el prestigio tendría más peso que el buen sentido militar? —dijo Adams en tono burlón.

—En Francia —replicó fríamente Wrinch—, acaban de pasar por una revolución, causada por los inferiores, que se han sublevado para ser iguales. Los iguales, como Bonaparte y Desaix, capitán Adams, se sublevan para ser superiores. Ese es el estado mental que crea y es creado por las revoluciones.

—Eso es demagogia, señor —se irritó el comandante, sofocado.

—Eso es Aristóteles, señor —replicó Wrinch en tono gélido.

Un silencio incómodo cayó sobre la mesa. Luego Wrinch continuó.

—En junio, el viento del mar Rojo será casi siempre del norte. A menudo, ese viento llega hasta Perim y dura hasta agosto. Un *sambuk* avanza muy bien a favor del viento, y un *baghala* podría

transportar una batería de artillería montada o tres compañías de infantería. En el mar de Arabia, de mayo a septiembre, el monzón es favorable a una travesía rápida, aunque incómoda.

—Ah —interrumpió Adams, por fin capaz de poner un obstáculo técnico frente a Wrinch—, pero no se puede desembarcar en Bombay ni en la costa de Malabar durante el monzón del suroeste.

Wrinch enarcó una ceja.

—Incluso un francés puede rodear el cabo Comorin, capitán. Puede que aún tengan amigos en Pondicherry y no hay mucha distancia de allí a Mysore.

Rainier había tenido suficiente. Se levantó.

—Zarparemos dentro de dos días, caballeros.

—¿Debo unirme a ustedes? —preguntó Griffiths.

—No, Griffiths. Quédese aquí y espere a Blankett. Usted conoce todos los hechos y puede informar bien al almirante. Las órdenes que le dio Nelson fueron muy explícitas. Ha conseguido usted convencerme de que tal vez debo investigar un poco más este asunto, maldito sea.

De modo que el *Hellebore* siguió esperando. Después de navegar, como decía Appleby, con las alas de Hermes para dar media vuelta al mundo, necesitaban adquirir la paciencia de Job. Griffiths pasaba menos tiempo en tierra, al parecer más feliz desde que Rainier había zarpado hacia el norte. Pero no era solo aquello lo que lo había relajado. La verdadera razón salió a la luz durante una comida más frugal y menos formal que la que habían disfrutado a bordo del *Centurion*. En el camarote del *Hellebore* los oficiales del bergantín comieron cordero, muy abundante en Moca, y bebieron su madeira con café negro y dátiles dulces, mientras escuchaban el motivo del cambio de humor de Griffiths.

—Estar sin dolor, caballeros, es como volver a nacer. El señor Strangford Wrinch es un hombre de muchos talentos. Ustedes solo han visto una parte de él; la del mercader de café chismoso que tiene una especie de corte en Moca. En realidad, es mucho más que eso. Ha viajado al interior y habla de ciudades misteriosas,

abandonadas tiempo atrás por sus habitantes. Es un hadji que ha estado dos veces en lugares donde un infiel no puede poner los pies. Ha luchado en tres guerras árabes, es un experto en matemáticas, astronomía y literatura árabes, escribe versos en ese idioma y tiene unos halcones para la cetrería dignos de un príncipe… —Hizo una pausa y Drinkwater oyó que Rogers murmuraba algo relativo a muchachitos. Si Griffiths lo oyó decidió ignorarlo, mirando fijamente a Appleby—. Y tiene ciertos conocimientos de medicina.

Como si lo hubieran pinchado, Appleby resopló.

—Ahora me dirá usted que conoce la panacea, señor —dijo el cirujano maliciosamente.

—Desde luego que no. Le diré que sabe muchas cosas. Puede cauterizar una herida con aceite caliente, o quemar la espalda con hierros ardientes para curar el reumatismo. Además, para las heridas abiertas, una cataplasma de manteca rancia o estiércol de vaca…

—¿Estiércol de vaca? —Appleby levantó la cabeza con incredulidad, mientras le temblaba la papada. Rogers reía en silencio, como si aquella revelación demostrara su teoría privada de que Griffiths estaba loco. Griffiths lo ignoró, disfrutando visiblemente del escepticismo de Appleby.

—Exactamente, señor Appleby. Una cataplasma de estiércol de vaca posee ciertas propiedades que hacen que una herida se cure limpiamente.

Rogers murmuró desde detrás de su mano:

—No me extraña que haya tantas moscas… ¡mierda de vaca, en nombre de Dios!

El señor Dalziell soltó una risita, y hasta el leal Quilhampton tenía problemas para contenerse. Las risitas se convirtieron en francas carcajadas, a las que sucumbió también Appleby.

Drinkwater tosió con fuerza, pensando en el deber de un primer oficial.

—Y esa cura para su dolor, señor, ¿era uno de esos remedios… hum… extremos y… poco usuales?

Griffiths se volvió hacia Drinkwater, con una leve sonrisa de benevolencia en el rostro. Sacudió la cabeza, con los ojos resplandecientes bajo las pobladas cejas.

—Para la gota, señor Drinkwater, una aflicción considerada incurable por los mejores cerebros *ingleses* desde hace mucho tiempo, el señor Wrinch me recetó bulbos de azafrán y semillas…

—¿Bulbos de azafrán? —resopló Rogers, cuya hilaridad estaba ya más allá del control racional. Lágrimas corrían por las caras de los guardiamarinas, e incluso Appleby estaba demasiado estupefacto para ofrecer resistencia a aquel desafío a la medicina *inglesa*.

—¿Y ya no siente dolor? —preguntó Drinkwater, conteniéndose con dificultad.

—Ninguno, mi querido Nathaniel. Estoy lo bastante recuperado para completar la tarea que nos trajo aquí.

A principios de mayo, Blankett llegó a Moca tras haberse trasladado al *Leopard*, recién llegado de Inglaterra. Tenía con él al *Daedalus* y al *Fox*. Habían recorrido el mar Rojo y el golfo de Adén sin encontrar a Santhonax. Frente a Guardafui, Blankett se había trasladado al *Leopard* y había enviado a los barcos de cuarta clase de vuelta a Inglaterra. Se mostró reacio a escuchar las ominosas advertencias de Griffiths, sin admitir el argumento de que no solo no había conseguido encontrar a los franceses, sino que tampoco había visto a Rainier. Molesto, Griffiths regresó al *Hellebore*, donde rabió como Aquiles en su tienda. Luego, una semana más tarde, regresó Rainier. Había llegado hasta Suez y bombardeado la ciudad. Aunque el ejército francés estaba allí, no vieron ningún barco, y se decía que el *Centurion* era el primer barco de guerra de cierta envergadura que se avistaba frente a la ciudad.

—Eso —dijo Appleby—, no me lo creo, no me gusta. Creo que había barcos de guerra frente a Suez cuando los ancestros de Rainier aún vivían en cuevas.

—Ah, pero no con cañones de dieciocho libras en sus baterías —dijo Drinkwater riendo—. Los cañones son un poderoso argumento para revisar la historia.

—¡Bah! Es cuestión de meras comparaciones.

—Como los ingredientes de los medicamentos, ¿eh? —Drinkwater sonrió al cirujano.

Convencido de que la amenaza francesa era ilusoria, Rainier regresó a la India, dejando al *Hellebore* a merced de Blankett. Tras sus esfuerzos, el almirante no se sentía inclinado a seguir viajando. Se trasladó a casa de Wrinch para practicar el *keyf* y entretenerse con un serrallo de huríes mientras su escuadra se preparaba para esperar. Aunque nadie sabía a ciencia cierta qué era lo que esperaban.

—Se acerca un bote, señor. Parece ese Simbad. —Quilhampton interrumpió al primer oficial, que se había hecho construir por el carpintero un pequeño escritorio portátil donde, bajo el toldo del alcázar, la brisa le agitaba la camisa y volvía algo más soportable el tedioso papeleo que formaba parte de sus obligaciones.

—¿Simbad?

—¡Ese maldito árabe Yusuf ben Ibrahim, señor! —Drinkwater levantó la vista. Era una auténtica lástima que la ociosidad estuviera afectando al señor Quilhampton. El desprecio que los marineros más bajos del barco sentían por la población local parecía incomprensible a Drinkwater. Tal vez era consecuencia de encontrarse confinados a bordo, pero Yusuf ben Ibrahim tenía muy poco de despreciable. Una figura atractiva, con el rostro aguileño propio de su raza, capaz de manejar su rápido *sambuk* con una habilidad que despertaba admiración.

—Vaya a informar al capitán, señor Q. —Ben Ibrahim había asumido la responsabilidad de actuar como mensajero jefe entre Wrinch y Griffiths desde que la instalación de Blankett en casa del primero impedía la presencia de Griffiths. El árabe trepó hasta la

barandilla. Se inclinó ante Drinkwater y le entregó una carta sellada. Drinkwater se inclinó a su vez mientras la tomaba, incorporándose para ver cómo tres hombres volvían al trabajo con aire inocente mientras el señor Dalziell se inclinaba también con aire burlón.

—Segundo contramaestre —llamó Drinkwater muy serio—. Quiero que mantenga a esos hombres bien ocupados, o me veré obligado a enseñarles mejores modales. Señor Dalziell, estará usted en el mastelero hasta que se ponga el sol.

Se volvió y se dirigió abajo. Griffiths leyó la carta y se la tendió a Drinkwater.

—Léala —dijo, trasladando su atención a la carta de navegación que tenía ante él.

Mi querido Madoc (leyó Drinkwater):

Le escribo porque dudo de que ese cabeza hueca de Blankett vaya a alarmarse por lo que he descubierto. Se me ha ocurrido que, dado que no tiene instrucciones escritas del almirante, puede considerarse todavía bajo las órdenes de Nelson. Aunque mis poderes oficiales sean limitados, mi influencia no lo es. Puedo ofrecerle un grado considerable de protección en caso de problemas con sus superiores.

He recibido noticias del Alto Egipto según las cuales Desaix está por todas partes y las fuerzas de Murad se han desperdigado. Las noticias son confusas. Lo que es seguro es que el general Belliard ha tomado Kosseir, y los refuerzos de Murad procedentes del Hejaz están bloqueados. Además, el portador, Ben Ibrahim, ha avistado barcos franceses en el golfo de Aqaba y también en Kosseir. Estoy seguro de que nuestra presa está acumulando dhows en Kosseir para que Bonaparte o Desaix avancen hada la India.

Presionaré al almirante, pero le ruego, mi querido Madoc, que zarpe y se dirija al norte con el bergantín. Ahora mismo, Blankett ronca sobre mi diván, pero me propongo despertarlo y hacer que cumpla con su deber. Sé que sus barcos todavía tienen que tomar agua, y me temo que querrá retrasar la partida. Si considera peligroso a ese Santhonax, ahora es el momento de localizarlo.

La carta llevaba la firma de Strangford W.

Drinkwater miró a Griffiths.

—Se lo advertí a los dos, malditos sean. —Griffiths indicó con un signo a Drinkwater que observara el mapa. La larga manga del mar Rojo corría casi norte sur. En su extremo norte, en un gesto de vulgar desprecio, como rechazando en el último momento unirse al Mediterráneo, los dos dedos de los golfos de Aqaba y Suez quedaban divididos por las montañas del Sinaí.

Griffiths llevó su dedo hasta el golfo de Aqaba.

—Esos dos idiotas exploraron la costa egipcia mientras Santhonax permanecía oculto a la vuelta de la esquina y saltaba sobre los transportes potenciales como una zorra sobre las gallinas. *Duw bach*, qué estúpidos son los ingleses…

—No todos, señor —sonrió Drinkwater con aire melancólico—. Nelson es inglés, y lo supo ver muy claro.

Drinkwater dejó la carta, fijándose en la postdata.

> *Llévese a Yusuf y su dhow. Le he dado instrucciones de que le sirva de ojos y oídos. Aunque no habla inglés, comprende la situación.*

—Envíeme a ese árabe y ordene que quiten las bozas. Zarparemos una hora después de oscurecer. Mándeme a Lestock y que quiten las espitas de las barricas de agua.

—Con el mayor placer, señor. —Drinkwater salió rápidamente del camarote.

Capítulo 10

Junio-julio de 1799

Las alas del *Eagle*

La brisa favorable del sur los llevó hasta los dieciséis grados latitud norte, donde empezaron a abrirse paso pacientemente a través del cinturón de variables durante cien millas antes de atrapar el viento del norte. Su paso se convirtió en una larga derrota a barlovento, mientras Yusuf se reía de su torpe avance desde su elegante y manejable *sambuk*. Pero el viento, aunque contrario, era agradable y refrescante, mientras la espuma que se levantaba por encima de la proa relucía al sol y daba a la ocasión un aire de viaje de placer. Al norte de Jeddah encontraron varios dhows grandes que investigó Yusuf, obligándolos a acercarse al bergantín. Parecían estar llenos de árabes de la Meca, ataviados con sus turbantes verdes, que les saludaban con entusiasmo tras haber declarado una *jihad* contra el ejército infiel de Desaix y Moallem Jacob.

—Dicen —afirmó Griffiths observándolos con su catalejo—, que Murad Bay los utiliza como vanguardia de su caballería de mamelucos. Que los hombres dediquen tres hurras a los pobres diablos.

Con aire avergonzado, los hombres del *Hellebore* dedicaron una ovación a sus aliados prescindibles. El entusiasmo guerrero de los «mecanos» les dejó una impresión indeleble de la importancia de los acontecimientos que tenían lugar al otro lado del horizonte

occidental, así como de la fuerza del Islam, capaz de convertir a los hombres en entusiasta carne de cañón, y de la energía del republicanismo francés, que había suscitado aquel fermento revolucionario en una parte del mundo tan remota.

Siguieron hacia el norte, pasando junto al arrecife descubierto por la fragata *Daedalus* para la Armada británica, pero no vieron ningún rastro de la insignia tricolor francesa. Griffiths se negó a anclar en Kosseir hasta el viaje de vuelta hacia el sur, dando por sentado que Santhonax y su fragata podían estar allí con una fuerza muy superior.

—No, señor Drinkwater, primero reconoceremos el golfo de Aqaba, luego cruzaremos a la orilla oeste desde Ras Muhammad, y pasaremos junto a Kosseir con un viento favorable. No tengo ganas de encontrarme con nuestro amigo en una situación de inferioridad.

Ambos se preguntaron cuál sería el resultado si Santhonax estaba en otro lugar.

Dos días después se encontraron frente a Ras Muhammad, en el extremo sur de la península del Sinaí. La tierra se cerró en torno a ellos, el paisaje de color pardo elevándose en hilera tras hilera de picos que se alzaban impasibles bajo el cielo azul y el sol de mediodía, y que al amanecer y al oscurecer se transformaban en espinas escarlata y barrancos de color púrpura. Entre aquella abrupta barrera se abría el Golfo, un canal profundo y azul de mar de espuma blanca por el que pasaba el viento como por un embudo con la fuerza de una galerna.

Reflexionando sobre aquella cuna de religiones, Appleby comentó pensativo:

—Uno puede imaginarse a Moisés golpeando esas rocas y a Dios Todopoderoso entregando los mandamientos desde un lugar así…

Privado de su habitual pomposidad, Appleby parecía reducido a un estado de admiración silenciosa.

Pero si aquel severo paisaje no consiguió impresionar a la mayoría de hombres del *Hellebore*, el impacto traído por la luz del día siguiente fue algo distinto. Desde el mastelero llegaron noticias

de varios barcos a barlovento, junto a la información de que uno llevaba las velas redondas de un barco europeo. No había duda de que había un barco francés cerca, aunque aún tenían que descubrir de qué fuerza.

—Vaya arriba, Nathaniel —gruñó ansiosamente Griffiths, y Drinkwater ascendió y trepó hasta los obenques del trinquete. En torno a él, la cubierta del *Hellebore* hervía de actividad mientras los hombres se preparaban para la acción.

En el mastelerillo y de cara al viento, hacía mucho frío. Stokeley era el vigía, y le señaló a los recién llegados. Agarrándose bien contra el exagerado movimiento del bergantín, Drinkwater dirigió el catalejo a babor y captó la imagen de un dhow en la lente. Había cinco dhows de tamaño similar remolcados por un barco de guerra. Nathaniel lo estudió en busca de detalles que le permitieran determinar su tamaño. Contó los mástiles: había tres. ¿Un barco con aparejos de corbeta o una fragata? Trasladó su atención al casco. Desde aquel ángulo, era difícil determinarlo mientras el enemigo se acercaba, levemente inclinado, con un hueso de fruta entre los dientes, pero la simplicidad de su proa hizo que Drinkwater descartara sus peores temores. Descendió a cubierta.

—Creo que es una corbeta, señor, digamos que de veinte cañones.

—Muy bien. —Griffiths hizo una pausa y estadio los dhows que se acercaban—. ¿Cree que van armados, o en convoy hacia Kosseir o Suez? —No esperó respuesta, sino que miró a proa, hacia el *sambuk* aliado de Ben Ibrahim—. Entablaremos combate. Señor Drinkwater, arríen los juanetes e icen la insignia francesa.

Drinkwater asintió y se volvió mientras Griffiths gritaba hacia delante para que lo oyeran todos.

—¡Señor Rogers! ¡Carguen metralla sobre las balas, lleven los cañones de babor a las portas y trínquenlos! Mantengan las portas cerradas y que los hombres saluden mientras pasamos junto al

barco francés, todos excepto los jefes de pieza, que deben apuntar al horizonte y disparar al recibir la orden. —Bajó la voz—. Señor Lestock, que un cabo esté listo para izar los colores británicos en cuanto lo ordene, y quiero hombres en las brazas bajo las amuradas. Viraremos a estribor y cruzaremos su popa. —Griffiths se situó junto a los hombres del timón. Drinkwater regresó de la crujía, levantando la vista hasta donde las gavias se agitaban impotentes en los brioles. Los masteleros se deslizaban por las vergas. El *Hellebore* empezó a interpretar su farsa, arriando tranquilamente los juanetes mientras esperaba a que su «amigo» se acercara—. *Duw*, Nathaniel, dígales a los de arriba que no corran tanto.

Drinkwater sonrió y levantó el altavoz.

—¡Los del juanete, tómense su tiempo, se supone que son franceses! —Pudo ver, por la actitud de los hombres de arriba que gritaban comentarios a sus compañeros en el juanete mayor, que la situación los divertía. El evidente buen humor y la exagerada pantomima que siguió a aquella orden revelaban una moral alta entre los hombres ante la perspectiva de entrar en acción. La batalla, entablada en aquel estado de ánimo y con aquella brisa y aquel sol brillante, no dejaba de resultar emocionante.

—Así está mejor —asintió Griffiths con aire aprobador—. Ocupe su lugar en la toldilla, señor Drinkwater; cuando esté de través abriremos fuego y luego viraremos a sotavento. Eso significa exponer la popa, pero dudo de que se aprovechen de ello. Salude con el sombrero cuando pasemos, *bach*, haga lo posible por parecer francés.

Rogers se acercó a popa e informó de que la batería de babor estaba preparada.

Drinkwater se preguntó si la escuadra francesa incluiría un bergantín como el suyo. Si no era así, empezarían a parecer decididamente estúpidos en cuestión de un cuarto de hora. En su popa, Yusuf ben Ibrahim se estaba situando en la estela del *Hellebore*. Sus maniobras lo habrían desconcertado, a no ser que hubiera deducido la verdad por la bandera tricolor que ondeaba

sobre la aleta. Yusuf podía arruinar su treta, pero también podía mejorarla, si adoptaba frente al barco francés la apariencia de un dhow capturado. Drinkwater, en mangas de camisa, se estremeció levemente. Esperó impaciente la orden de abrir fuego. Hizo una señal a los hombres de los cañones de estribor traseros.

—¡Preparados para calzar la escota de la vela cangreja!

Vio que los hombres sonreían, alegrándose de tener algo que hacer mientras sus compañeros de la batería de babor entraban en acción.

Los dhows se habían quedado atrás mientras la corbeta francesa se acercaba con desconfianza, llevando una insignia corsaria en el palo trinquete. Drinkwater vio que el señor Quilhampton recibía órdenes de izar una serie de señales sin sentido. Como la insignia enemiga estaba casi directamente frente a ellos, se les podía permitir cierta confusión. Los dos barcos estaban separados por una milla, con los cañones franceses frente a la amura de babor del *Hellebore*. El bergantín había aflojado la velocidad tras arriar los juanetes, y permanecía a la espera de su oponente, con los cañones aún ocultos y varios hombres apoyados en la barandilla, saludando con aire ocioso.

Para los franceses, el bergantín estaba frente a la proa, arriando las velas superiores, con los marineros congregados en cubierta mientras se acercaban por delante del viento para pasar muy de cerca por debajo de la popa del extraño, donde podrían dispararle si finalmente resultaba ser un enemigo. Pero ningún enemigo, y menos aún un capitán británico, permanecería tan pasivo frente a un enemigo a barlovento. Fue una treta a la que añadió interés lo apartado de su situación y la creencia, cierta por breve tiempo, de que Egipto era una posesión francesa.

Drinkwater vio que la corbeta arriaba sus propios juanetes, como si se preparara para virar y saludar a su «compatriota». El corazón le latía de excitación. Sabía que en cuestión de un momento, todas las semanas de espera, de navegación difícil desde el Cabo, de escuchar los gemidos sudorosos de la cámara de oficiales, de resolver los

problemas de los hombres, de Dalziell y Catherine Best, se disolverían en la intensidad embriagadora del combate. También existía la posibilidad de encontrar el destino definitivo: la muerte. Se sintió terriblemente expuesto mientras el miedo y la excitación luchaban por apoderarse de él. Recordó su antigua promesa a Elizabeth de ser prudente y no correr riesgos innecesarios. El recuerdo trajo una sonrisa triste a su rostro.

Los hombres del cañón que esperaban sus órdenes en la barandilla intercambiaron codazos y también sonrieron, animados por la aparente impaciencia de Drinkwater, viendo en su ensimismamiento un reflejo de su propio alivio al entrar en acción. Para ellos, la batalla significaba una interrupción en la rutina incesante de trabajar, tirar y bombear que era su vida, una oportunidad para olvidar el miedo al látigo, blasfemar y matar hasta hartarse.

—¡Cacen la escota de la cangreja! —Drinkwater hizo una seña a los hombres que lo observaban. Empezaron a extender la enorme vela, que se hinchó, se sacudió y se pegó al mástil. Junto al timón, Griffiths corrigió el rumbo para compensar la pérdida de presión en la popa. Drinkwater se quitó el sombrero y lo agitó con fingido entusiasmo galo por encima de su cabeza.

—Bajen la insignia —ordenó, y el cabo de las drizas del peñol bajó la tricolor una braza. Tal vez, con aquel refinamiento, si el capitán enemigo no esperaba ver un bergantín francés en aquella zona, podrían hacerle creer que se trataba de un recién llegado presentando sus respetos a un veterano del mar Rojo.

El barco enemigo estaba ya muy cerca. Podían ver a los hombres en las vergas del juanete observándolos con curiosidad, y Drinkwater oyó un débil grito de «*Bonjour mes enfants*».

Desde el juanete mayor oyó que el siempre astuto Tregembo gritaba en respuesta:

—*Vive la Republique!*

El vítor que se elevó en el barco enemigo fue coreado por los hombres del *Hellebore*, cuyo alborozo por haber conseguido un

engaño tan completo confirió a sus gritos una imitación muy verosímil del fervor revolucionario.

—A las brazas —gruñó Griffiths en voz baja y penetrante. Drinkwater vio que un oficial francés en la barandilla lo saludaba con una inclinación. Se pasó su propio sombrero por delante del pecho en respuesta.

—*Bonne chance!* —gritó a través de la distancia cada vez menor que los separaba. Había un ángulo de sesenta grados entre los barcos, con todos los cañones del *Hellebore* apuntado a la abarrotada barandilla.

—¡Colores!

Griffiths se quitó la máscara.

Por encima de sus cabezas, la Vieja Gloria sustituyó a la tricolor a media asta. Las portas se abrieron de golpe.

—¡Fuego!

Los jefes de pieza sacudieron los acolladores mientras las dotaciones saltaban a la cubierta y tomaban atacadores, esponjas y cubos. Las chispas que habían prendido en las portas fueron rápidamente extinguidas mientras los hombres trabajaban para recargar.

—¡Timón arriba! ¡A las brazas! ¡Hay que virar!

El *Hellebore* viró, presentando su vulnerable popa a los franceses, pero evitando la ignominiosa posibilidad de fracasar en la maniobra. Griffiths había apostado por su plan, y, si este no hubiera funcionado, solo hubiera tenido que mantener el rumbo y huir rápidamente del alcance del enemigo. Pero una sola mirada a popa les indicó que el éxito del engaño había sido completo. Los detalles resultaban invisibles, pero en la crujía, la barandilla de la corbeta era una ruina hecha astillas. Era fácil imaginar el coste en vidas humanas de aquel maderamen destrozado.

—¡Hombres de arriba, suelten la vela! ¡Suelten vela! —Tregembo y sus compañeros soltaron los rebenques de los juanetes y las velas cayeron en pliegues.

—¡Suelten brioles y palanquines! ¡Coloquen la vela!

El *Hellebore* tenía el viento en la popa y siguió virando hasta recibirlo en la amura de estribor. Drinkwater descendió de la diminuta toldilla.

—La ventaja de la sorpresa, señor —dijo.

Griffiths asintió, disimulando una sonrisa de satisfacción.

—Haga a los otros, señor Drinkwater, lo que no quiera que le hagan a usted… Calcen el trinquete, quiero hacer un barrido.

—A la orden, señor. ¿Tiene intención de abordarlos?

Griffiths sacudió la cabeza.

—Hay un riesgo demasiado alto de perder muchas vidas. Las heridas serán dificilísimas de curar en este clima. No, nos mantendremos apartados y le dispararemos. —Griffiths señaló con la cabeza al distante Ben Ibrahim—. Se mantiene a la espera.

Arriaron el trinquete mientras se preparaban para pasar ante la popa de la corbeta. Esta seguía avanzando con el viento en popa aunque muchas de las cuerdas habían quedado cortadas en los pernos de la cubierta. De sus cañones brotó humo mientras trataba de detener a la némesis que se cernía sobre ella sin piedad. De repente se encontraron muy cerca, cruzando su popa, tapándole el viento. Rogers gritaba y corría hacia popa, ordenando a cada cañón que disparara en cuanto tuviera a su alcance la popa de la corbeta. Drinkwater pudo leer *La Torride* un segundo antes de que el nombre volara en pedazos, vio cómo saltaban las ventanas del camarote en el coronamiento y cómo las hermosas tallas de madera de la popa se convertían en astillas. Una hilera de hombres con pistolas y mosquetes disparó contra el barco británico cuando este pasó junto a ellos, y el sombrero que había agitado con tanta despreocupación minutos atrás le fue arrancado de la cabeza. Apuntó sus propias pistolas, con una mueca en el rostro. Pero Griffiths puso enseguida al *Hellebore* en un rumbo paralelo al del francés.

—¡Hombres a babor! —rugió Drinkwater. Como si hubieran esperado la orden con impaciencia, los frustrados hombres de los cañones de estribor saltaron ágilmente a través de la cubierta para

descargar su peso en los aparejos de las piezas de seis libras de babor.

La Torride abrió fuego con su batería de estribor mientras el bergantín la alcanzaba, y una tormenta de munición se abatió sobre la cubierta del *Hellebore*. Los hombres salieron disparados hacia atrás, agarrándose cabezas y vientres. Uno se quedó mirando el hueco vacío de su axila, mientras desde arriba caía un cuerpo sobre la cubierta con un impacto obsceno.

Pero la sorpresa de la maniobra del *Hellebore* había privado a los franceses de la ventaja de su armamento superior. La repentina aparición de un crucero británico los había sorprendido por completo, especialmente porque no sabían que la escuadra de Blankett incluyera un bergantín. A aquella ventaja psicológica, los británicos habían añadido aquella primera andanada demoledora. La letal lluvia de metralla combinada con las balas redondas había producido un efecto aterrador. El poder destructivo de la munición se vio aumentado por las astillas que causó, mientras que el estar a poca distancia había aumentado su efecto devastador. La resistencia francesa perdió empuje. La mitad de cañones de *La Torride* habían quedado inutilizados, la rueda del timón destrozada, la caña partida y su comandante mortalmente herido en cuestión de pocos minutos.

El *Hellebore* adelantó a su adversario mientras *La Torride* viraba a estribor, entrando en el surco de las olas, fuera de control. El *Hellebore* también viró para evitar ser barrido y se situó a estribor, cambiando de amurada, y una vez en la de babor, volviéndose una vez más hacia su víctima. Cuando se hubieron asegurado las vergas, hubo una precipitada carrera por la cubierta mientras los artilleros de babor regresaban a sus cañones.

—¡Elevación máxima! —gritó Drinkwater, calculando el ángulo de la quilla cuando el bergantín recibía el viento en la popa.

—¡Destrócelos, Rogers! —rugió Griffiths, y Drinkwater saltó hacia los cañones traseros para retirar las cuñas. Dando la vuelta, agarró a un diminuto «mono de la pólvora»—. ¡Muchacho! Que el señor Trussel nos envíe munición de barra.

Pero *La Torride* se había recuperado ligeramente; sus hombres aún no estaban acabados. Al mando del primer oficial, habían tenido tiempo de preparar otra andanada para los británicos.

—La quilla está demasiado baja, señor —gritó Drinkwater, enderezándose después de mirar desde la altura del barril de un cañón—. ¡Suelten los juanetes!

La presión en los masteleros disminuyó levemente, y el bergantín se acercó más a la vertical mientras pasaba junto a *La Torride*. Los dos barcos dispararon sus andanadas al unísono. En la crujía, un cañón saltó en pedazos en el momento de disparar con un estrépito horrible. Los hombres salieron disparados hacia atrás, y la sangre brotó de una docena de heridas mientras las astillas volaban en todas direcciones. Griffiths fue empujado por una bala de mosquete que dejó su única charretera colgando inerte de su hombro. Drinkwater fue herido por una astilla que pasó frente a su cara, esquivando su ojo y su mejilla y haciéndole un corte en la oreja derecha. Finalmente, el *Hellebore* pasó de largo y se preparó para virar de nuevo. En el breve respiro, Drinkwater supervisó la tarea de retirar a los heridos de cubierta, mientras Lestock izaba las vergas. Era consciente de que había un gran número de heridos, de que la sangre manchaba los tablones enarenados del combés, pero también de que había un grupo de hombres intactos pugnando por preparar su artillería brutal y mortífera para otra andanada.

La Torride había tenido suficiente. Un grito de alegría, primero desde la dotación de un cañón y luego desde otra, se extendió por la cubierta del *Hellebore*. Levantando la vista, Drinkwater vio la insignia tricolor yaciendo sobre la destrozada barandilla de la cubierta. Su palo trinquete había caído por la borda.

—Tome posesión, señor Drinkwater. Señor Lestock, ponga el barco al pairo. —Drinkwater fue a inspeccionar los botes y encontró que el cúter aún podía usarse. Griffiths se le acercó.

—No quiero prisioneros ni botín, Nathaniel. Arroje sus cañones por la borda y ordene que un oficial suyo venga a bordo como

rehén, en prenda de su buena conducta. Que sigan rumbo a Suez, si es que pueden.

—A la orden, señor.

—Creo que hemos dejado al águila sin alas, Nathaniel —añadió con confianza. Drinkwater le devolvió la sonrisa.

—Desde luego, señor, creo que tiene razón.

Drinkwater pasó una pierna sobre la barandilla para descender al cúter que se mecía junto al costado del barco.

—Le hemos cortado los huevos a ese gabacho, ¿eh, Drinkwater? —dijo Rogers con una amplia sonrisa; su tendencia a la crítica acallada por el momento.

—Ahora quizá dejará usted de pensar que nuestro comandante está tan senil como le gusta afirmar.

Drinkwater y su grupo treparon por el costado de la corbeta entre el inquietante estrépito de los mosquetes y los gritos y chillidos de un combate intenso. El espectáculo que los recibió era increíble. Entre los escombros de la cubierta superior, casi oculta por la ruina del palo trinquete, las perchas rotas y las velas destrozadas, entre los trozos de cuerda enredada, entre los cuerpos de los muertos y el sufrimiento de los heridos, los supervivientes de *La Torride* libraban un furioso combate cuerpo a cuerpo contra Yusuf ben Ibrahim y sus hombres. El *sambuk* del árabe se había mantenido al margen, esperando el resultado de la batalla, pero a la sazón se encontraba junto a la corbeta derrotada, que sus hombres habían abordado en busca de botín. Viendo a los británicos, un joven *aspirant* agitó frenéticamente los pliegues de la insignia tricolor caída sobre la popa.

—*M'sieur… J'implore… m'aidez…* —El chico miró nerviosamente a su alrededor, viendo la hoja desnuda del sable de Drinkwater, desenvainado para defenderse de lo que pudiera encontrar a bordo del barco capturado. El joven oficial había caído a sus pies, aterrorizado, y Drinkwater le apoyó una mano tranquilizadora en el

hombro, pero así y todo transcurrieron varios minutos antes de que las órdenes y amenazas combinadas de Drinkwater y sus hombres hubieran aplacado la furia de los árabes.

El propio Yusuf pareció furioso por la negativa de Drinkwater a permitir a sus hombres que masacraran a los franceses.

—*In'sh Allah* —dijo, encogiéndose de hombros, con la mirada perdida por los efectos del hachís—. Es la voluntad de Alá.

Drinkwater sacudió la cabeza.

—*Bism'Allah* —dijo, en el único árabe que sabía—. En el nombre de Dios, emir Yusuf, los dhows… —Trató de comunicarle con gestos dramáticos el regalo de los dhows capturados, sabiendo que Griffiths no estaba interesado en hacer capturas tan lejos de Inglaterra. Dios sabía que había suficientes franceses a bordo de dichos dhows para satisfacer la sed de sangre de Yusuf sin pasar a cuchillo a la tripulación de la corbeta—. Usted —dijo, señalando el pecho de Yusuf—, tomar dhows. Esto —dijo, apuntando con el dedo a la cubierta de *La Torride* y al cadete francés—, esto es mío… —Extendió el brazo en un movimiento circular que terminó señalando a su propio pecho.

Para sorpresa de Drinkwater, Yusuf se columpió sobre sus talones y se echó a reír. Varios miembros de su tripulación, que habían acudido a apoyarle en la discusión con aire amenazador, se unieron a las risas después de que Yusuf les dirigiera un discurso en árabe. Yusuf hizo un gesto agresivamente sexual con el antebrazo, alborotó el cabello del cadete y dio un golpe amistoso en la espalda del estupefacto Drinkwater. Luego, todavía riendo, se alejó, seguido por sus hombres, que dirigieron una serie de gestos obscenos y bienintencionados en dirección a Drinkwater.

Nathaniel se sonrojó bajo su piel bronceada ante aquella implicación.

—Sucios bastardos, señor —murmuró Tregembo con lealtad, pero Drinkwater no iba a escapar tan fácilmente. Para aumentar su azoramiento, el joven francés, que trataba de sonreír mientras las

lágrimas trazaban surcos por su rostro sucio de pólvora, se levantó y lo abrazó.

Drinkwater se lo quitó de encima.

—*Vôtre capitaine? Où est vôtre capitaine?* —preguntó. La réplica fue un torrente de francés, incomprensible para Drinkwater pero que contenía lo que supuso que serían nombres, todos ellos seguidos por la palabra *mort*, de lo cual dedujo que la mayor parte de oficiales de *La Torride* estaban muertos o moribundos. Ciertamente, no apareció ninguna otra figura uniformada. Dejando que el *aspirant* reuniera a la tripulación y elaborara una lista de víctimas, Drinkwater hizo una breve inspección del barco antes de regresar al *Hellebore*.

—Es la corbeta *La Torride* de la escuadra de Rochefort, señor. Tiene el casco roto en varios lugares y es ingobernable con el timón roto… —Siguió enumerando los destrozos que había encontrado. Cuando terminó, Griffiths apretó los labios y pensó un momento.

—Si conseguimos que Ben Ibrahim nos ceda un dhow, los dejaremos zarpar hacia Suez, *bach*, bajo palabra de honor. Quíteles la pólvora, toda la munición útil, las provisiones, el agua y la cuerda. Supongo que querrá cuerda. De hecho, saqueen el barco, aunque ningún hombre debe tocar ni una sola de las pertenencias personales; dejaremos el pillaje a nuestros amigos árabes. Vamos, regrese a bordo, aprisa. Enviaré a Rogers con el otro bote a requisar un dhow si ese pirata ya se ha apoderado de todos. Traiga al cadete, puede resultar más cooperativo que un oficial con ideas propias sobre el honor.

Siguió un día de esfuerzos agotadores, durante los cuales Drinkwater, con el entusiasmo propio de los primeros oficiales cuando disponían de provisiones ilimitadas, se ocupó de casi todas las necesidades del *Hellebore*. Con la excusa de que no había oficiales supervivientes que pudieran hacerse cargo de las provisiones, se apropió de una cierta cantidad de vino que provocó en Trussel una mirada de entusiasmo comparable a la que dirigió a la pólvora francesa. Trussel pidió a Drinkwater un par de cañones de persecución de cobre, pero la condición de los botes y el estado de

la mar impidieron su traslado. El transporte de artículos se llevó a cabo pese a los tiburones que empezaban a congregarse en torno a la flotilla.

Al caer la noche, cuando el agotado grupo de Drinkwater regresó por fin al *Hellebore*, en *La Torride* no quedaban objetos útiles transportables; era un cascarón vacío de cuyas escotillas brotaba humo y que contenía pólvora suficiente para destrozarlo. Estalló y se hundió una hora más tarde, pero para entonces el *Hellebore*, junto a los dhows que lo acompañaban, ya estaba a cinco millas al sur, en dirección al estrecho de Tirán y al mar Rojo.

Dejando la cubierta a Lestock, Drinkwater se dirigió abajo exhausto, y llamó a Merrick para que le trajera un vaso de ron. Empezaba a relajarse cuando entró Dalziell, empujando cruelmente al cadete francés delante de él. Pareció incomodarse ligeramente al encontrar a Drinkwater en la cámara de oficiales.

—Er, órdenes del señor Rogers, señor, el capitán desea interrogarlo. —Señaló con la cabeza al maltrecho joven francés, que parecía aterrorizado.

—Puede dejarlo aquí, señor Dalziell, y al regresar a cubierta informe al señor Rogers de que deseo que escriba una lista de víctimas y me la traiga al acabar.

Dalziell tomó el libro de reclutamiento de la mano tendida de Drinkwater, que indicó al cadete francés que se sentara y le sirvió algo de ron. Vio que el muchacho se atragantaba con la bebida y luego tomaba otro trago. Gradualmente, sus mejillas adquirieron algo de color.

—*Nom, m'sieur?* —preguntó Drinkwater en su terrible francés con toda la amabilidad que pudo reunir.

—*Je m'appelle Gaston, m'sieur, Gaston Bruilhac, aspirant de la première classe*.

—*Comprenez-vous anglais, Gaston?*

Bruilhac meneó la cabeza. Drinkwater gruñó, se terminó el ron y tomó una decisión. Se inclinó a través de la mesa.

—*Mon capitaine, Gaston, il est très intrepide, n'est pas?*

Bruilhac asintió. Drinkwater continuó.

—*Bon. Mon capitaine…* —vaciló, sin conseguir encontrar las palabras para lo que deseaba comunicar. Tomó la pistola que había retirado de su cinturón y la amartilló. Cogiendo la mano de Bruilhac la situó con la palma sobre la mesa y le extendió los dedos—. ¡Bang! —dijo de repente, apuntando con el arma al dedo índice. Repitió el melodrama con los otros tres dedos. El color desapareció del rostro de Bruilhac y Drinkwater volvió a llenarle el vaso de ron—. *Courage, mon brave* —dijo, y luego añadió, mientras el muchacho lo miraba con los ojos muy abiertos por encima del tembloroso borde del vaso —: *Ecoutez-moi, Gaston: vous parlez, eh? Vous parlez beaucoup*.

Como si lo hubieran ensayado, Griffiths entró seguido de Rogers, que llevaba el libro de reclutamiento. Drinkwater se levantó y gritó:

—¡Atención! —Bruilhac se puso en pie de un salto, rígido y obediente—. Creo que hablará, señor —dijo Drinkwater, entregando tranquilamente la pistola a Griffiths—. El ron le aflojará la lengua y le he dicho que usted le dispararía a los dedos si no hablaba. —Las cejas blancas de Griffiths se elevaron, y un brillo malicioso apareció en sus ojos mientras se volvía al cadete, y la oscilante luz de la linterna le iluminaba el arrugado rostro. Para Bruilhac resultó una personificación muy convincente de las amenazas de Drinkwater.

Nathaniel indicó al joven que siguiera a Griffiths al camarote. Mientras cerraba la puerta, oyó que el capitán empezaba el interrogatorio. El asustado muchacho empezó a balbucir un torrente de palabras. Drinkwater sonrió; a veces era necesario ser cruel para ser amable. Se volvió a Rogers.

—Bien, Rogers, ¿a cuánto asciende la cuenta del carnicero?

—Oh, no está demasiado mal, lástima que hayamos hecho estallar la presa por los aires. Habríamos sacado bastante dinero.

Drinkwater reprimió el impulso de embarcarse en una charla sobre lo imposible que hubiera sido poner a *La Torride* en condiciones, y se conformó con decir:

—Estaba destrozado. Bien, ¿a cuántos hemos perdido?

—Solo hay once muertos.

Drinkwater silbó.

—¿Solo? ¡Por el amor de Dios…! ¿Y cuántos heridos?

—Dieciocho leves: heridas superficiales, astillas, lo habitual. Yo he recibido una astilla en la mejilla. —Se volvió de modo que la luz reflejara la horrible línea mellada, parte hematoma, parte herida, que se estaba cubriendo de una gruesa costra—. Veo que usted ha salido ileso.

Drinkwater miró a Rogers a la cara, volviendo a sentir una fuerte repugnancia hacia aquel hombre. Se descubrió frotándose la herida coagulada de su oreja derecha.

—Casi —dijo en voz baja—. He tenido suerte. ¿Y los casos graves?

Rogers consultó el libro de reclutamiento.

—Siete, seis marineros y Quilhampton.

—¿Quilhampton? —preguntó Drinkwater mientras una imagen de la hermosa madre del muchacho pasaba acusadora por su mente—. ¿Qué le ha pasado?

—Oh, una bala lo ha dejado sin mano… hey, ¿qué ocurre?

Drinkwater corrió abajo, donde Appleby tenía su camareta en el extremo trasero de la bodega. El hedor era ya insoportable. Al crujido del casco y los turbios chapoteos del agua de la sentina se añadían los gemidos de los heridos y el parloteo del delirio. Pero no fue solo aquello lo que hizo que Drinkwater tuviera ganas de vaciar su estómago. Percibía una ironía enfermiza en la cruel broma que le había gastado la Providencia.

Se detuvo para permitir que sus ojos se habituaran a la penumbra. Pudo ver cómo se erguía la figura pálida de Catherine Best, con una jarra en la mano. La mujer se acercó a popa al ver al segundo oficial.

—¿Señor Drinkwater? —preguntó en voz baja, y a la trémula luz de la linterna su cara se transfiguró una vez más. Pero no era una belleza provocativa. Por primera vez se dio cuenta de que, fuera lo

que fuera lo que la vida había hecho a aquella mujer, en sus ojos se reflejaba la compasión que le causaba el sufrimiento.

—¿Dónde está el señor Q? —preguntó con voz ronca. Catherine lo condujo junto a Tyson, inclinado sobre un hombre al que Drinkwater identificó como Gregory, el timonel que había sostenido el bergantín contra el viento la noche en que habían tenido que lidiar con la verga rota. Tyson le aflojaba un torniquete con un movimiento de cabeza apesadumbrado. La mujer pasó delicadamente por encima de los cuerpos que yacían como formas grotescas en la pequeña y baja estancia.

Quilhampton estaba tumbado sobre su capa, con la cabeza apoyada en la casaca de paño. Tenía las calzas manchadas de sangre y orina. Su brazo izquierdo medía nueve pulgadas por debajo de su codo y terminaba en un fajamiento de vendajes manchados de sangre. Sus ojos se agitaban mientras movía la cabeza inquieto en un leve delirio. Catherine Best se inclinó para tocarle la frente, pálida y sudorosa. Drinkwater se arrodilló junto al chico y le puso la mano en el muñón. Estaba muy caliente. Miró al otro lado del cuerpo. Los ojos de Catherine eran acusadores.

Drinkwater se levantó y se dirigió a popa, repentinamente necesitado del aire fresco de cubierta. En el tambucho se encontró con Appleby. El delantal del cirujano estaba acartonado por la sangre coagulada. Se estaba secando las manos con un trapo y apestaba a ron. Pero estaba sobrio.

—Otra gloriosa victoria para las armas de Su Majestad… ¿ha ido a ver a Quilhampton? —Drinkwater asintió aturdido—. Creo que vivirá, si la herida no se pudre. —Appleby escupió la última palabra, como si las palabras «infección» o «putrefacción» fueran demasiado sofisticadas para malgastarlas en un carnicero como Drinkwater.

Nathaniel trató de pasar, pero Appleby no se apartó.

—Envíe a dos hombres para que se lleven eso… señor —dijo, señalando. Drinkwater se volvió. Entre las sombras al pie del tambucho había un gran recipiente de madera. En su interior,

Drinkwater pudo ver los muñones y extremidades destrozadas amputadas a los pacientes de Appleby.

—Muy bien, señor Appleby. Me ocuparé de ello.

Appleby respiró lentamente.

—Hay una botella en la cámara de oficiales. Me reuniré con usted dentro de un momento. —Drinkwater asintió y trepó por la escalera.

En la cámara de oficiales encontró a Griffiths y a Rogers, que servía ron para ambos.

—La teta del consuelo, *annwyl* —dijo Griffiths suavemente al ver la expresión de los ojos de Drinkwater—. Santhonax está en Kosseir.

—Ah —replicó Drinkwater con indiferencia. El ron llegó a su estómago y le aflojó un poco la tensión. Extendió las piernas y notó que encontraban algo blando. Mirando bajo la mesa, vio a Bruilhac enroscado como un cachorro y profundamente dormido.

—Aún tiene todos los dedos.

Drinkwater miró a Griffiths y se preguntó si el comandante sabía hasta qué punto su broma era de mal gusto. Griffiths no podía haber visto la lista de víctimas.

—Ha tenido suerte —fue toda su respuesta.

Capítulo 11

Agosto de 1799

La bahía de Kosseir

Por la tarde del diez de agosto, pareció que Santhonax los había sorprendido. Unos catalejos ansiosos observaban hacia atrás a los dos barcos que espumeaban al sur mientras el *Hellebore* luchaba bajo toda su vela, en una carrera desesperada hacia barlovento y la seguridad. El perseguidor de vanguardia era indudablemente una fragata. Los optimistas afirmaban que era el *Fox*, pero el precavido Griffiths se puso en lo peor. Bruilhac les había hablado de un tercer barco en la escuadra de Santhonax, con el que los oficiales de *La Torride* habían confundido al *Hellebore*. No quería que lo atraparan con la misma añagaza.

—Que los naufragios de los demás sean su guía, señor Drinkwater —dijo, sin apartar el ojo del largo catalejo.

—Está virando. —Observaron cómo el barco de vanguardia recibía el viento, vieron cómo se aplanaban las velas del trinquete y giraban las vergas. Mientras viraban a sotavento, los penoles hicieron lo propio, y en sus masteleros aparecieron los colores brillantes de las banderas de señales.

—Insignia británica y la señal privada del almirante Blankett, señor —informó Rogers. Su costado expuesto revelaba que se trataba del *Fox*.

—Parece que tenía usted razón, señor Drinkwater —dijo Griffiths secamente. Manteniendo a sus hombres acuartelados, el comandante del *Hellebore* puso el viento en popa y corrió hacia sus perseguidores. Resultaron ser el *Fox* y el *Daedalus*, enviados al norte por el vicealmirante Blankett, al que Strangford Wrinch había alarmado lo suficiente para despachar a los capitanes Stuart y Ball sin ver la necesidad de acudir en persona, abandonando así los deleites carnales de la hospitalidad del señor Wrinch.

Griffiths fue convocado a bordo para celebrar una reunión, cuyo acuerdo fue atacar Kosseir, destruir a Santhonax y abrir el puerto al comercio desde el Hejaz. La derrota francesa no solo significaría más facilidades para los mecanos que consiguieran reunirse con Murad Bey, sino que permitiría a los británicos evitar cualquier intento francés sobre la India al año siguiente. Al regresar de la reunión, Griffiths también traía noticias personales.

Un sustituto del *Echo* se había unido a la escuadra. El balandro *Hotspur* había traído correo, noticias y órdenes. Estas últimas incluían instrucciones terminantes para que el *Hellebore* regresara de inmediato a Inglaterra. Nelson, el causante de su situación actual, se encontraba al parecer en desgracia. Su eufórico regreso a Nápoles después de Aboukir había quedado empañado por el asunto Caraccioli, al que había seguido un lento regreso a Inglaterra por una tortuosa ruta a través de Europa, durante la cual su comportamiento con la esposa del embajador británico en la corte de las Dos Sicilias resultó escandaloso.

Drinkwater prestó poca atención a aquellos chismes, deprimido al ver que el *Hotspur* no le había traído cartas de Elizabeth. Entonces Griffiths lo hizo regresar súbitamente al presente.

—Oh, por cierto, Nathaniel, el *Hotspur* ha traído a dos tenientes a sus destinos. Uno está asignado al *Daedalus*, y me ha pedido que le diera recuerdos suyos. Ha insistido mucho en que le transmitiera su enhorabuena.

En su mente se formó una imagen del colorado y diminuto White. ¡Tal vez White tenía noticias de Elizabeth! Pero ahogó aquella

repentina esperanza al recordar que White no cambiaría el alcázar del *Victory* por una oscura fragata en un rincón del mundo todavía más oscuro sin una charretera en el hombro.

—¿El nombre del caballero, señor?

—Un nombre galés, *bach*. Morris, si mal no recuerdo.

Un fuerte presentimiento se apoderó de Drinkwater. Desde el momento en que había sugerido en broma disparar a los dedos de Bruilhac y se había encontrado con Quilhampton sin mano, la Providencia parecía haberlo abandonado. El cansancio de tantos meses de servicio se manifestaba en aquel sentimiento. Su preocupación por Elizabeth exacerbó su propia añoranza. Esta era una enfermedad endémica entre los marineros, y el destino la empeoró con el recuerdo de las palabras que le había dirigido Morris años atrás.

Drinkwater había tenido un papel crucial en la expulsión de Morris de la fragata *Cyclops*, donde era el líder de una banda de matones y sodomitas. Morris lo había amenazado con vengarse de él, aunque fuera al otro extremo del mundo. De repente, Drinkwater se sintió atrapado en una telaraña de la que no podía escapar. El descubrimiento, meses atrás, de que Dalziell estaba emparentado con Morris, le pareció un presagio de su actual miedo.

La mañana del catorce de agosto de 1799, y con una brisa ligera, el bergantín de guerra *Hellebore* guio lentamente a la escuadra del capitán Henry Lidgbird Ball hasta el interior de la bahía de Kosseir. La silueta de la costa estaba formada por una península, un pequeño fuerte y un malecón que protegía a un gran número de barcos nativos congregados en el interior. En la rada había más dhows anclados. Por encima del fuerte ondeaba indiferente la bandera tricolor. No había rastro de la fragata de Edouard Santhonax.

Griffiths blasfemó mientras paseaba por el alcázar, con una oreja inclinada para oír el cántico del sondador en las cadenas. Mientras la captura de los dhows y el fuerte revestía gran importancia para Ball,

Griffiths solo se daría por satisfecho con la destrucción de Santhonax.

Los hombres esperaban en torno a los cañones, y los encargados de las velas en sus puestos. Lestock estudiaba una carta rudimentaria que había copiado de las del *Fox* mientras el *Hellebore* avanzaba lentamente hacia la costa. Drinkwater contempló la ciudad con su catalejo. Era más de mediodía, y el sol los abrasaba casi por encima de sus cabezas. Drinkwater señaló los dhows.

—La flota de transporte de Santhonax, según creo, señor.

Entregó el catalejo a Griffiths. El comandante recorrió con la mirada la costa amarilla que centelleaba al sol. Asintió.

—Pero a ese *cythral* de Santhonax no se le ve por ninguna parte. Que icen el número cinco cuando el sondador encuentre seis brazas; cuanto más nos adentremos, mayor será el riesgo de arrecifes de coral.

Como para justificar la preocupación de Griffiths, el *Hellebore* tembló levemente. Griffiths y Drinkwater se miraron, pero ni siquiera el inquieto Lestock parecía haber notado el temblor. El sondador aquietó sus miedos.

—Siete en la marca… ocho… ocho menos un cuarto.

El *Hellebore* siguió avanzando.

—¡Seis!

—¡Icen el número cinco! ¡A las brazas! ¡Gavia mayor al mástil! —La bandera numeral a cuadros rojos y blancos subió a cubierta, y el bergantín perdió velocidad cuando las vergas giraron para tirar de las velas. El movimiento hacia delante cesó.

—¡Suelten ancla! —El ancla cayó con un chapoteo mientras sonaba el primer disparo de cañón del fuerte. Sin apresurarse, los tres barcos británicos pusieron bozas en los cables y se situaron de través para presentar los cañones a la desdichada ciudad. El fuego del fuerte cesó, como si los artilleros, tras haber comprobado el alcance, se hubieran detenido para ver qué hacían los británicos.

A bordo del *Hellebore* esperaban a que Ball diera la señal de abrir fuego, mientras su cabestrante daba una última vuelta a las bozas

para alinear los cañones a plena satisfacción de Griffiths. Drinkwater escuchó los susurros de los artilleros más próximos.

—¿Por qué no nos disparan esos bastardos, Jim?

—Porque están cagados de miedo, muchacho. Los gabachos son todos iguales.

—No seas estúpido. Quieren ahorrar su maldita pólvora hasta que los peces gordos dejen de perder el tiempo y decidan dónde quieren que sirvamos de diana.

—Es solo un fuerte pequeño y ridículo, compañeros. Nada de que preocuparse.

—Pero igualmente tienen que ahorrar pólvora y municiones, Tosher, maricón estúpido.

—¿Cómo diablos sabes tú eso?

—Mira, si tú hubieras tenido que cargar con las malditas piezas por encima de las montañas de detrás de ese montón de mierda, no querrías desperdiciar la pólvora, ¿o sí, viejo cabrón?

Aquel debate se vio interrumpido por el primer disparo del *Daedalus*. Sus consortes lo imitaron. Había empezado el bombardeo de Kosseir.

Durante una hora, los hombres se esforzaron en los cañones bajo un sol abrasador. Los continuos disparos acabaron con el viento, y cuando Ball izó la señal de alto el fuego, los hombres se dejaron caer exhaustos junto a sus piezas o se tambalearon hacia el cucharón encadenado a la barrica de agua. Se quitaron las cintas del pelo y sacudieron las cabezas para detener el zumbido de los oídos y secarse el sucio sudor de las frentes. En su hamaca, a dos pies por debajo de los cañones ya en silencio, el guardiamarina Quilhampton se retorcía, torturado por el calor, la inflamación y la fiebre. De vez en cuando, Catherine Best le limpiaba el denso sudor de la frente y abanicaba levemente su cuerpo desnudo. Appleby esperaba a las nuevas víctimas en la camareta, refrescándose con ron e ignorando los gemidos de los heridos que habían sobrevivido al primer encuentro y que se retorcían en el calor sofocante y hediondo de las entrañas del *Hellebore*.

En mangas de camisa, Drinkwater estudiaba la costa de color pardo, esperando una respuesta a la bandera de tregua que ondeaba en el mastelero del trinquete del *Daedalus*. Pero aunque los cañones del fuerte habían enmudecido, la bandera tricolor seguía colgando inerte de su palo. No se veía ningún movimiento en la ciudad tras la primera y aterrada evacuación de los dhows del puerto. Drinkwater sintió una fuerte sensación de desasosiego. El fuerte parecía débil, con no más de media docena de cañones.

—Cañones antiguos, instalados por los turcos —observó Lestock.

—Este sitio parece un montón de mierda de camello —murmuró Rogers. Todos, incluyendo a Griffiths, se sentían afectados por la sensación de estar participando en un combate indigno.

—Una acción muy poco gloriosa, desde luego —dijo el capitán, con la boca seca y llena de repugnancia. Y Drinkwater sabía que el anciano consideraba aquello de importancia muy secundaria en comparación con la tarea de destruir al propio Santhonax.

—El comodoro solicita a un oficial, señor —informó Dalziell.

—*Duw*… Encárguese de ello, señor Drinkwater.

Tras trepar al *Daedalus*, Drinkwater fue escoltado hasta el alcázar por un guardiamarina de aspecto tranquilo. Allí encontró a un teniente del *Fox* que ya había llegado, junto a una figura a la que conocía bien.

El tiempo no había sido amable con Augustus Morris. Los años le habían dejado rastro en el cuerpo; tenía la piel tensa sobre una carne prematuramente envejecida, y su postura era fláccida, con un aire apático que no podía atribuirse por completo al calor. En la cara tenía las marcas del bebedor habitual, y un tic le agitaba el ojo derecho. Pero aunque el paso del tiempo era patente en su persona, y se veía acentuado por el desgaste de su uniforme de teniente, sus ojos, bajo los pesados párpados, centelleaban con una malicia intensa.

No había tiempo para formalidades. El capitán Ball interrumpió una conversación con su piloto de derrota y se dirigió a los tres tenientes.

—Caballeros, dentro de una hora me propongo izar la insignia de la Unión en el mastelero. Al ver esa señal, quiero que cojan los botes de sus barcos y ataquen las embarcaciones nativas expuestas en la rada exterior. Deben dirigir los botes respectivos a las embarcaciones más cercanas, y luego concertar esfuerzos del modo que les parezca más conveniente. Eso es todo. —Ball se volvió, dando por finalizada la reunión.

—¿Cuál es la fecha de su nombramiento, Drinkwater? —preguntó Hetherington, del *Fox*, un hombre pequeño, de rostro delgado y orejas prominentes.

—Octubre del 97.

—Eso significa que usted es el más antiguo, Morris.

—Así es —dijo Morris con satisfacción, sin apartar los ojos de Drinkwater—. El señor Drinkwater fue mi superior una vez, Hetherington. Una cuestión temporal, ¿sabe? Es justo que ahora sea mi mano la que empuñe el látigo.

—Bien, ¿qué vamos a hacer? —inquirió el ansioso Hetherington, que no estaba muy interesado en la autobiografía de Morris.

Morris apartó los ojos de mala gana de su antiguo enemigo y dirigió a Hetherington una mirada opaca que Drinkwater recordaba muy bien de veinte años atrás.

—Bueno, exactamente lo que nos han dicho, Hetherington. Capturar los dhows, por supuesto. El señor Drinkwater dirigirá el ataque… —Drinkwater volvió a mirarlo, leyendo con claridad las intenciones de Morris. Este se volvió a Hetherington—. Puede volver a su barco. —Extendió la mano y detuvo a Drinkwater, que pensaba marcharse también.

—Usted no, mi querido Nathaniel —dijo Morris con fuerte sarcasmo, aferrando el brazo derecho de Drinkwater, y retorciéndole el músculo herido años atrás por Edouard Santhonax—. Hemos de recordar viejos tiempos.

—Creo que no, Morris —dijo Drinkwater fríamente mientras el otro dejaba caer su mano.

—Ah, pero le ordeno que se quede, tenemos muchas cosas que comentar. Su esposa, por ejemplo…

Drinkwater se detuvo en seco, repentinamente ansioso y observando la cara de Morris, en busca de la verdad.

—Oh, sí, la he visto, Nathaniel. Y esperando un hijo, además. Veo que ha superado usted su puritanismo. A menos que fuera de algún otro. —Morris se echó a reír groseramente mientras la mano de Drinkwater se dirigía a su daga. Morris meneó la cabeza—. Eso sería muy imprudente. —Drinkwater apretó el puño con impotencia—. Su esposa no parecía encontrarse muy bien.

Drinkwater vio en la expresión de Morris una alegría cruel, comparable a la de Yusuf ben Ibrahim al masacrar a los franceses de *La Torride*.

Drinkwater abrió la boca para replicar pero sus palabras se perdieron en el repentino rugido de los cañones del *Daedalus*. Ball había arriado la bandera de tregua y el bombardeo continuaba. Girando sobre sus talones, Drinkwater regresó al bote y al *Hellebore*.

—¡Cuidado delante! ¡Avancen juntos! —Drinkwater tomó el timón y apartó el cúter de la popa del *Hellebore*. Tras cruzar la proa del *Daedalus*, se dirigió al dhow más próximo. Mirando a estribor, vio al bote de Hetherington delante del *Fox*, y luego apareció Morris desde detrás del *Daedalus*.

—Remen, marineros de agua dulce. ¡Acabemos rápido con esto! —La tripulación del bote estaba ya cubierta de sudor por haberse turnado en el manejo de los cañones, pero se aplicaron a los remos de buena gana. Por encima de sus cabezas volaban los disparos en el tranquilo aire. Drinkwater miró hacia Kosseir. La ciudad estaba quedando en penumbra, púrpura y ocre, mientras el sol avanzaba hacia el oeste por detrás de las montañas de Sharqiya.

Llegaron a la primera embarcación, una gran *baghala*, abandonada por la tripulación. Drinkwater condujo a sus hombres a bordo y en cuestión de pocos momentos la hubieron incendiado.

Mientras regresaban al cúter se les acercó el bote del *Daedalus*, comandado por un guardiamarina.

—El señor Morris le ordena que ataque aquel dhow, señor. —El joven señaló una embarcación anclada justo frente al derruido malecón. Drinkwater se volvió para mirar al siguiente dhow a popa de ellos. Pudo ver a Morris en la cubierta. Todavía no salía humo de la embarcación, aunque el blanco que le habían asignado a él estaba ya en llamas. Una oscura sospecha cruzó por la mente de Drinkwater mientras daba su conformidad al guardiamarina.

—Muy bien.

—Adelante… —Rodeando la proa de la *baghala* en llamas, Drinkwater se dirigió al malecón. No estaban a más de doscientas yardas del ruinoso rompeolas, y su nueva víctima se encontraba a mitad de camino.

—¿Está bien esa mecha? —El artillero asistente a cargo de las municiones sopló sobre la mecha lenta y asintió.

—Sí, señor.

—¡Remen, maldita sea! —gruñó Drinkwater, viendo por primera vez a hombres con uniformes azules corriendo por el malecón y cayendo de rodillas. Eran tiradores franceses, los *trailleurs* de la vigésimo primera *Demi-Brigade*. Los remos se hundieron en el agua con fuerzas redobladas.

El cúter llegó junto al dhow y los marineros saltaron a bordo. En cuanto estuvieron en cubierta, los tiradores abrieron fuego. Era una distancia larga para los mosquetes, pero Drinkwater sintió inmediatamente un dolor abrasador en el muslo y miró abajo, donde una bala lo había acertado, tiñéndole las calzas de rojo. Junto a él, un hombre cayó como muerto, pero se levantó un momento después, con la mano sobre las costillas, magulladas por una bala de mosquete. Drinkwater y sus hombres se arrastraron por la cubierta, reuniendo el suficiente combustible para incendiar el dhow, avanzando de espaldas mientras el pequeño barril de pólvora negra dejaba un reguero por la cubierta. Drinkwater hizo una señal y el artillero asistente sopló sobre la mecha y la acercó al reguero de

pólvora. La llama chispeó y avanzó por la cubierta, por encima y por debajo de la brazola. De la bodega del dhow empezó a brotar humo.

—¡Regresen al bote! —gritó con fuerza por encima del hombro, aventurando una última mirada a las pobres defensas de Kosseir, construidas con ladrillos de arcilla. Por encima de ellos, el rugido de los cañones revelaba dónde concentraba el fuego la escuadra, mientras nubecillas de polvo y ladrillos volantes mostraban el proceso de destrucción. Estudió la playa que se curvaba a la izquierda de la ciudad. Había unos cuantos botes pesqueros varados en la arena, y el verde apagado de la vegetación revelaba una explotación agrícola, pobre y trabajosa. Junto a un pequeño estanque crecía un grupo de palmeras. Mientras volvía a agacharse y se disponía a arrastrarse de nuevo hacia el bote, Drinkwater observó algo más, algo que lo hizo ponerse en pie y saltar rápidamente hacia el cúter. Desde detrás del extremo del malecón, un bote avanzaba hacia ellos a toda velocidad.

El cúter se apartó del dhow en llamas y se alejó de él. Las balas caían a su alrededor, y una breve mirada a popa mostró que el bote enemigo no estaba a más de treinta yardas.

—Está alcanzándonos, señor —murmuró uno de los remeros, señalando a popa. Drinkwater sintió que su espalda estaba expuesta. Miró por encima del hombro y se encontró contemplando el barril de un cañón verso o giratorio. La nube de humo que siguió hizo que el corazón le diera un vuelco mientras sentía cómo la bala golpeaba en el yugo. Drinkwater miró abajo para ver el oscuro torbellino de agua.

El crepúsculo se intensificaba por momentos, y no tenían ninguna esperanza de llegar al bergantín antes de ser alcanzados o hundirse. Solo tenían una posibilidad.

—¡Alto! ¡Remos y machetes!

El bote enemigo se acercó y Drinkwater sacó una pistola del cinturón. Apuntó con el arma a uno de los artilleros y vio que el hombre se tambaleaba, con una mano en el hombro. Un segundo después, los dos botes chocaron.

Con la frialdad de la desesperación, Drinkwater agarró la regala del bote enemigo. Bajo sus pies, el cúter del *Hellebore* parecía torpe y lento mientras la tripulación se agolpaba en popa detrás de él. Con una estocada hacia arriba de su machete, Drinkwater saltó al bote francés. Había tres artilleros del ejército de Desaix manejando el verso. Sus ojos estaban llenos de pus por la oftalmía, y uno de ellos se agarraba un hombro herido. Un segundo hombre se había recobrado de la estocada de Drinkwater mientras se erguía. Drinkwater lo empujó con el hombro, derribándolo hacia atrás y golpeándole la cabeza con el pomo de la espada.

El ímpetu del bote francés había frenado al cúter, de modo que su tripulación pudo saltar con facilidad de la embarcación, que ya empezaba a hundirse. Drinkwater observó a un grupo de hombres blasfemando y luchando cuerpo a cuerpo a su derecha mientras, por encima del verso, el tercer artillero se enfrentaba a él, con una pesada bayoneta en la mano.

Drinkwater vio la muerte en aquellos ojos y en la boca apretada bajo el negro bigote. Se tambaleó mientras el bote se agitaba violentamente por el asalto. Un hombre, que había caído por la borda durante la pelea, chilló cuando lo encontró el primer tiburón, atraído por la sangre. Sus gritos frenéticos les provocaron a todos una furia repentina.

El artillero golpeó a Drinkwater mientras este recuperaba el equilibrio. Desesperadamente, Nathaniel recibió el impacto de la pesada hoja en su espada y la hizo girar hacia arriba, llevándose consigo la gran bayoneta. Entonces, en una torpe maniobra, consiguió obligar a la bayoneta a desplazarse a la derecha. Hizo el movimiento con desesperación y con todas sus fuerzas. En ese aspecto, la ventaja era suya. El artillero, debilitado por la enfermedad y la malnutrición, con la visibilidad reducida y poco acostumbrado a los botes, perdió el equilibrio mientras trataba de evitar la hoja mucho más larga del inglés. Drinkwater sintió que la presión cesaba y vio, con una curiosa mezcla de alivio y compasión, un par de suelas maltrechas cuando el hombre cayó por la borda.

Aquel sentimiento se vio rápidamente reemplazado por una satisfacción salvaje mientras se volvía a la derecha para mezclarse en el combate que aún se libraba en el bote. Y a continuación todo hubo terminado; de repente el bote era suyo, y los hombres estaban agarrando los remos y arrojando sin piedad a los franceses por la borda. En cuestión de unos tres minutos, los británicos habían destruido a sus perseguidores y habían empezado a dirigir el bote hacia donde los tres barcos de guerra británicos todavía bombardeaban la ciudad. Casi había oscurecido. Los resplandores de los disparos se reflejaban en la superficie aceitosa del mar, y los dhows en llamas ardían como antorchas. Solo había cuatro; de modo que ni Morris ni Hetherington habían quemado más de un dhow, y todavía quedaban dos intactos. Para Nathaniel estaba claro que se había librado de una muerte cierta a manos francesas. Los acontecimientos de la hora anterior parecían haber durado toda una vida. Se sentía muy cansado.

Tras informar a Griffiths, Nathaniel fue a descansar. Los británicos permanecieron acuartelados durante la noche, durmiendo cuando podían junto a sus cañones mientras los refrescaba el frío de la noche en el desierto. De vez en cuando, disparaban algún cañón para intimidar a los franceses. Envolviéndose en su impermeable, Drinkwater se instaló a dormir bajo la pequeña toldilla. Apenas había cerrado los ojos cuando alguien lo sacudió.

—Señor —susurró suavemente Tregembo—. Señor Drinkwater, señor.

—¿Eh? ¿Qué ocurre, Tregembo?

—¿Sabía que el miserable de Morris estaba a bordo del *Daedalus*, señor?

—Claro que lo sabía. Estaba al mando de su bote durante el ataque. —Un repentino deseo de compartir sus miedos se apoderó de él. Entre los dos hombres había un vínculo que iba más allá de las amuradas del bergantín, hasta la pequeña ciudad de Petersfield, en Hampshire. Aquel vínculo superaba las barreras sociales que los separaban—. Creo que esta tarde ha intentado matarme.

Drinkwater oyó silbar a Tregembo.

—Eso lo explica todo, señor. Hemos visto que el bote del *Fox* avanzaba hacia ustedes cuando los han atacado. Tras pasar junto al bote del *Daedalus*, ha dado marcha atrás. Entonces han izado la señal de la retirada, según he oído, señor. También he oído mencionar al señor Dalziell que conocía al teniente que acababa de enrolarse en el *Daedalus*, y cuando le he oído decir al señor Lestock que era un tal señor Morris… bueno, lo he adivinado, señor.

La mente de Drinkwater regresó a un día, veinte años atrás, en que aquel mismo hombre había proporcionado a un asustadizo guardiamarina el valor necesario para enfrentarse a Morris.

—Si algo le ocurre a usted, señor, iré a por el bastardo.

—No, Tregembo —dijo Drinkwater con fuerza—. Si algo me ocurre, regrese a casa con su Susan y avise a lord Dungarth. Appleby le ayudará. Es una orden.

Tregembo vaciló.

—Maldita sea, Tregembo, descansaré más tranquilo si sé que ha muerto tras un proceso legal.

Tregembo suspiró. Aquellos refinamientos eran el precio que tenía que pagar por sus contactos con «los de arriba».

—Sí, señor, lo haré. Y cuidaré de su señora.

Una oleada de puro miedo asaltó a Drinkwater, pero la ahogó bajo la gratitud por la lealtad de Tregembo.

—Sí, hágalo, Tregembo. Y muchas gracias. Cuanto antes nos marchemos de esta maldita bahía, mejor será. Tenemos órdenes de volver a Inglaterra en cuanto… —Se interrumpió. Había estado a punto de decir «en cuanto el capitán se haya librado de su obsesión». Pero esa era una confidencia excesiva, incluso para Tregembo. La reflexión lo tranquilizó y Tregembo se alejó, jurándose a sí mismo en silencio que el teniente Drinkwater no tenía nada que temer si de él dependía.

Pero Drinkwater no consiguió conciliar el sueño. Se levantó y fue abajo. Los arañazos de sus heridas le molestaban, y en la cámara de oficiales las limpió con los restos de una botella de ron. Por encima

de su cabeza chilló un cañón, y el estruendo de una bala de seis libras desgarró la noche. El señor Rogers estaba claramente dispuesto a hacer saber a los franceses que estaba en cubierta, guardia media o no. Drinkwater se dirigió a proa a ver a Quilhampton.

La aparentemente infatigable Catherine Best todavía lo estaba cuidando, lavando el pequeño cuerpo con agua y vino para que la evaporación refrescara al muchacho.

—¿Cómo está?

—Algo más fresco, pero sigue con fiebre. ¿Lo han herido, señor?

—No es nada.

—Pero puede infectarse en este clima.

—No. Lo he lavado con ron. Sobreviviré. —Le quitó el trapo y la empujó suavemente a un lado—. Descanse un poco. Yo me quedaré un rato con él.

Se sentó junto al guardiamarina y olfateó los vendajes del muñón. Gracias a Dios, por el momento no se notaba ningún mal olor. Finalmente, su cabeza cayó hacia un lado y se durmió.

A las cinco en punto de la mañana, los tres cruceros británicos reemprendieron el bombardeo de Kosseir. Duraría siete horas.

A mediodía, cuando el bombardeo se interrumpió, los ansiosos artilleros informaron de la preocupante disminución de la cantidad de munición, y Ball llamó a los otros capitanes. A las cuatro de la tarde, los botes del *Daedalus* consiguieron incendiar los dos dhows que quedaban anclados en la rada interior.

Al caer el día, se levantó algo de oleaje en la bahía de Kosseir, agitando los botes del escuadrón y haciéndolos chocar unos con otros mientras se reunían en torno al *Hellebore*. El bergantín era el que estaba más al sur de los tres barcos británicos, y era un punto de partida lógico para la siguiente fase de la discutible estrategia del capitán Ball. Se habían montado carronadas en todos los botes, y los botes de la fragata llevaban piezas de dieciocho libras. La expedición

debía desembarcar al sur de la ciudad. Su objetivo era destruir los pozos usados por los franceses, situados en el miserable oasis que Drinkwater había observado anteriormente. Unos ochenta marineros y soldados de infantería se reunieron con tal propósito, al mando del capitán Stuart, del *box*. Sus segundos eran los tenientes Morris, Hetherington y Drinkwater.

—Cuidado con las olas de la playa, *bach* —dijo Griffiths al separarse, y Drinkwater asintió. El servicio en el Kestrel y los barcos balizadores de Trinity House lo habían vuelto agudamente consciente del estado del mar.

La noche caía de nuevo mientras se alejaban del bergantín. El bote de Stuart iba en cabeza, y los otros lo seguían. En el último momento, Drinkwater había ordenado a Tregembo regresar a bordo con un mensaje para Lestock. En cuanto el hombre de Cornualles hubo desaparecido, Drinkwater ordenó zarpar.

El sol tocaba ya los distantes picos de Sharqiya, pero entre las sombras se podía ver a las tropas corriendo por el camino en dirección al oasis. Drinkwater hizo virar el bote, que era el que habían capturado a los franceses tras perder el cúter, en la estela de la lancha de Stuart. Al acercarse a la playa pudieron sentir cómo el oleaje les golpeaba los fondos, y vieron cómo las olas avanzaban por delante de ellos para romper pesadamente y convertirse en espuma.

—¡Señor Brundell! —Drinkwater llamó al segundo contramaestre al mando del esquife junto a ellos—. Hay cachones. ¡Use el ancla desde proa, y suéltela cuando esté a mi altura!

Vio que Brundell asentía. El esquife no llevaba cañón, era demasiado ligero para las piezas de seis libras adjudicadas a los botes que no tenían carronadas. Dando gracias de que en el *Hellebore* hubiera hombres del *Kestrel*, conocedores de la técnica, Drinkwater observó con aprensión el lugar donde, por delante de ellos, el bote de Stuart estaba echando el ancla por la popa.

—¡Los de delante! —Se incorporó para recabar la atención. El artillero asistente miró a popa.

—¿Señor?

—Solo tendrá tiempo para una descarga. Asegúrese de disparar cuando la ola suba. ¡Preparado!

Drinkwater podía ver la playa, que se volvía monocroma en el ocaso. Había tropas desplegándose, lejos del borde del agua. Drinkwater soltó el timón y echó un vistazo a popa. El tamaño de las olas era considerable. Encaró el bote hacia la playa.

—¡Remos! —Los hombres dejaron de remar—. ¡Fuego! —La carronada ladró—. ¡Alto a estribor! —El bote aminoró la marcha—. ¡Suelten! —El ancla cayó con un chapoteo y el bote se puso de lado —. ¡Atrás a estribor! ¡Atrás todos! —El bote viró y con el rabillo del ojo vio que Brundell hacía virar el esquife.

—¡Drinkwater! ¿A qué demonios cree que está jugando? —La voz de Morris les llegó por encima del rugido de las olas. Drinkwater lo ignoró.

—¡Comprueben a proa! —Un tirón en el cable indicó que el ancla aguantaría—. ¡Atrás todos! —repitió Drinkwater, de espaldas a la playa, observando cómo el bote se levantaba con los cachones, cuya fuerza crecía a medida que el agua era menos profunda. Estaban rodeados de crestas de olas que se desmoronaban. Miró rápidamente a popa—. ¡Aguanten! ¡Remos al bote!

Hizo una señal al cabo del destacamento de infantería del *Fox*. Juntos, los dos hombres dirigieron a la tripulación del bote por encima del yugo. Por un instante flotaron en el agua; luego sus pies encontraron el fondo y avanzaron hacia la orilla. Drinkwater echó un vistazo al bote, para comprobar que los guardas estuvieran en sus puestos.

A derecha e izquierda, los británicos se acercaban a la orilla.

Los hombres de Stuart ya se estaban desplegando, con los infantes en el centro, pero su bote tenía problemas; la quilla golpeaba la arena dura, y su yugo plano presentaba a las olas un impedimento mayor que el afilado borde del yugo del *Hellebore*.

Los soldados de infantería habían empezado a disparar, una andanada cerrada destinada a impedir el paso de cualquier contingencia desde la ciudad mientras los marineros atacaban los

pozos. El grupo empezó a avanzar por la playa mientras llegaban los últimos botes. Dos de ellos habían seguido el ejemplo de Drinkwater; los demás habían echado el ancla por la popa, desde donde, teóricamente, las carronadas o cañones cubrirían el desembarco. En la práctica, la violencia del oleaje impidió hacer nada más que algún disparo afortunado, mientras los artilleros eran golpeados y sacudidos por el movimiento.

Drinkwater situó a su destacamento en el flanco de los soldados de infantería. Los hombres se adelantaron a la carrera, golpeando la arena con los pies desnudos mientras los machetes centelleaban en sus manos bronceadas.

El zumbido como de un millar de abejas los obligó a detenerse. Una compañía de infantería francesa se había atrincherado en los arbustos bajos frente a ellos, y los recibía con una furiosa andanada de fuego de mosquete. Los marineros estaban ya en la arena blanda. Varios dispararon sus pistolas, mientras los oficiales les ordenaban avanzar. Apenas podían ver los uniformes oscuros del enemigo, que se confundían con los arbustos, y los destellos de sus mosquetes eran demasiado breves para apuntarlos con una pistola. Los hombres empezaron a caer, y la carrera hacia delante quedó interrumpida.

Entonces atacaron los franceses y se entabló un combate torpe; los marineros golpeaban con sus armas improvisadas, alegrándose de la proximidad del enemigo, impresionados por el fuego que los había recibido en la playa. Drinkwater pensó que tenían una posibilidad. Miró a su alrededor, esperando ver a los hombres de Morris avanzando tras él. Morris y sus hombres se habían detenido a setenta yardas. A su izquierda, Stuart sufría un severo castigo. Un movimiento al borde del agua captó la atención de Drinkwater. El cable de popa de uno de los botes se había partido. Vio cómo el bote zozobraba y era arrastrado por las olas, para acabar partiéndose como un melón. Pagó caro su momento de distracción cuando un francés le golpeó en el vientre con la culata de su mosquete. Jadeó y sintió náuseas, vagamente consciente de que la

culata de la pistola de Brundell golpeaba el rostro del hombre, y luego se encontró de rodillas, luchando por respirar.

No oyó la orden de retirada de Stuart. Una especie de oscuridad se estaba apoderando de su mente. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba medio agachado, tratando de correr, con Brundell a un lado y un marinero en el otro. No sintió la caída del marinero, con una bala de mosquete en el corazón, ni sintió que otro brazo lo levantaba, ni oyó la orden de Morris.

—Yo me encargo, es un viejo amigo. Usted hágase cargo del destacamento del bergantín.

—A la orden, señor. —Brundell se alejó, inseguro. Entre los hombres de la escuadra corrían rumores muy desagradables sobre el teniente Morris.

Por todas partes, los hombres corrían hacia los botes, primero los marineros para tomar los remos y levar el ancla. Los infantes se retiraron en una línea vacilante, deteniendo el avance de los franceses justo lo suficiente para permitir el embarque de los británicos.

Fue una suerte que la guarnición francesa fuera poco numerosa y con problemas de salud. Su comandante, el *adjutant* Donzelot, no podía permitirse perder hombres. Haber hecho retroceder a los británicos hasta los botes y conservado los pozos era suficiente. La guerra en el desierto le había enseñado a no intentar lo imposible.

En la oscura confusión de la maniobra de embarque, a Morris le resultó fácil hacer girar el cuerpo semiinconsciente de Drinkwater mientras vadeaban dentro del agua, golpear con la rodilla la ingle de Drinkwater y dejarlo caer como si le hubieran disparado. Morris miró a su enemigo una sola vez. Al caer, Drinkwater se había cortado la pierna con la hoja de la espada que llevaba colgada de la muñeca.

Morris sonreía al subir a su bote. Entre las últimas olas que barrieron la playa de la bahía de Kosseir, estaba el cuerpo de Nathaniel Drinkwater.

Capítulo 12

Agosto de 1799

Hedor a pescado

La precaución del *adjutant* Donzelot no le impidió permitir a sus hombres usar las bayonetas con los británicos heridos y moribundos. Los que no murieron durante la noche serían asesinados por los árabes a la mañana siguiente, y devorados por los buitres de cuello amarillo que volaban en círculos por encima de la ciudad. Drinkwater no fue uno de aquellos desdichados por un simple capricho de la fortuna. Fue arrastrado hasta los restos del bote naufragado, otro bulto negro sobre la arena pálida bajo las estrellas. Los hombres de Donzelot que se aventuraron hasta el borde del agua se conformaron con el hallazgo del cuerpo gimiente de un muchacho de dieciocho años, un marinero del *Fox*, cuya tarea de vigilar el cable de la lancha lo había llevado a ser aplastado por el pesado bote. Las bayonetas de los soldados solo añadieron más perforaciones a los pulmones del muchacho.

Drinkwater no supo nada de todo aquello. Recuperó el sentido mucho después de que los franceses hubieran regresado a sus alojamientos, mucho después de que hubiera muerto el joven marinero. Griffiths y Appleby ya empezaban a echarlo en falta, y Tregembo a pensar en la venganza. Y mientras Brundell se extrañaba de su desaparición, Morris ya estaba medio borracho celebrándola. Incluso a bordo del *Hellebore* hubo cierta satisfacción

por parte de algunos. Para Lestock significó el placer mezquino de ver confirmado que «el señor Drinkwater era demasiado listo», mientras que la carrera de Rogers solo podía verse beneficiada con la muerte de Nathaniel.

Cualquiera que fuera la causante de su supervivencia, ya la fortuna, ya la Providencia en la que creía, ya las plegarias que Elizabeth ofrecía diariamente por su salvación, fue el dolor, y no la vida, lo primero que se presentó a su consciencia.

Oleadas de dolor ascendían desde los hematomas de su abdomen, donde sus piernas terminaban en bultos enormes y poco naturales. Transcurrió una hora antes de que el dolor remitiera lo suficiente para permitirle recuperar sus facultades. Una hora antes de que su mente, registrando los hechos a partir de la observación casual, pudiera darles el significado de causa y efecto. Su mente comprendió que lo que bloqueaba su visión de las estrellas eran los restos de un bote, que estaba tumbado sobre la arena, empapado y tiritando, y que alguna ola ocasional todavía pasaba por encima de él. El miedo a una soledad terrible reemplazó lentamente al miedo a la muerte. Y la comparación de las dos condiciones significó el primer despertar de su voluntad de vivir. Se dio cuenta de que los restos del bote lo ocultaban, de que no podía mover el brazo derecho solo porque su muñeca estaba fijada a la martingala de la espada, sobre la que yacía el peso inerte de su cuerpo. Se movió, en aquella ocasión por un esfuerzo consciente, luchando contra el dolor de sus hinchados testículos. Podía explicar el dolor de su vientre, pero el de la ingle era un misterio.

Murmuró una retahíla de blasfemias sin sentido mientras flexionaba las rodillas y trataba de levantarse. Igual que la destrucción del bote había provocado su incapacidad pero le había salvado la vida, el frío lo aturdió al mismo tiempo que lo revivía lo suficiente para hacer un esfuerzo. El mar del Norte le había enseñado los peligros de sucumbir al frío. El frío era un enemigo, y aquel pensamiento lo ayudó a ponerse en pie a duras penas.

Mientras jadeaba y respiraba rápidamente, esperando a que pasara la náusea, se dio cuenta de que necesitaba un plan. Recordó dónde estaba. Lentamente, volvió la cabeza. La ocasional llamarada y algún que otro estampido desde el mar mostraban los puntos desde donde la escuadra volvía a disparar sus diminutos cañones como había hecho la noche anterior. A menos de dos millas de distancia estaba todo lo que consideraba sagrado. Su carrera, el talismán de su amor, su deber; el bergantín *Hellebore*. Como una visión de la Ciudad Santa llamando al peregrino, aquel fuego de artillería cauterizó su desesperación.

Consciente de que el claroscuro en movimiento del borde del agua facilitaría su propio avance, empezó a arrastrarse hacia el norte, a lo largo de la curva de la bahía, hacia la propia ciudad de Kosseir.

Al principio fue fácil. Desarrolló un paso simiesco que minimizaba su dolor, pero a medida que se acercaba a la ciudad, el sentido común le exigió precaución y aminoró su avance. No tenía ni idea de dónde habían situado los franceses a sus vigías. Tenían que tener a alguien vigilando la playa. Descansó bajo la protección de un pequeño bote de pesca que habían arrastrado hasta más arriba de la línea del agua. Lo asaltó un fuerte olor a pescado, y aquel aroma ofensivo le dio una idea. Arrastrándose en torno al bote, encontró una red que yacía muy cerca. Con cuidado, tratando de evitar el menor destello de luz en la hoja, utilizó el machete para cortar un trozo del tamaño de una manta, poniéndoselo sobre los hombros como una capa. Si un centinela le daba el alto, podría envolverlo con la red y ocultar su cuerpo, de modo que en la oscuridad pareciera un viejo montón de redes como los que podían encontrarse en cualquier playa del mundo usada por los pescadores.

Animado, continuó con su avance cuidadoso y paciente hacia el pequeño puerto que se extendía tras el malecón. No podía arriesgarse a tratar de alcanzar la escuadra a nado. La presencia de los tiburones convertía aquella idea en una ocurrencia suicida. Pero podía robar un bote. Se acercó al primer edificio y oyó el tintineo

apagado del equipamiento militar. Sobre el tejado plano, un centinela bostezó, y el olor de su tabaco se mezcló con el hedor que llenaba las ofendidas narices de Drinkwater mientras avanzaba bajo su red.

Pasaba de medianoche cuando pudo ver todo el puerto. Estaba acalorado por el esfuerzo, y el dolor se había reducido, hasta afectarle solo a las partes más dañadas. La esperanza le había dado el valor de emprender el camino, y el éxito obtenido hasta el momento lo animó a continuar. Se sentó y recobró el aliento. Los estallidos ocasionales revelaban dónde caían las balas de los cañones británicos. En una ocasión oyó un chillido y gritos. El chillido era de mujer, y los gritos eran juramentos inconfundibles en francés.

El puerto presentaba un espectáculo fantástico. Estaba lleno de barcos nativos de todos los tamaños. En el centro, los grandes cascos de un grupo de *baghalas* eran apenas discernibles, elevándose por encima de las cubiertas de los *sambuks* y dhows pesqueros. Era un testimonio de la energía de Edouard Santhonax. Pero también era un testimonio del poder naval británico. Pues aunque a los observadores a bordo de la escuadra les pareciera que Kosseir era capaz de absorber una cantidad infinita de embarcaciones, el ojo de marinero de Drinkwater vio inmediatamente las irregularidades en aquel apretado montón de barcos. Mástiles rotos, cuerdas arrancadas, agujeros oscuros en las cubiertas y algunos botes que ya descansaban en el fondo revelaban los resultados del fuego de artillería.

Drinkwater avanzó, seguro de que en algún lugar encontraría una balsa o bote pequeño que pudiera llevarlo de vuelta al *Hellebore*.

Aquella esperanza estuvo a punto de significar su muerte. Un perro apareció de la nada. La sorpresa fue mutua, pero el perro ladró, no solo una vez sino con la persistencia propia del paria. Por encima de él, Drinkwater oyó una blasfemia, y se dobló como un insecto. El perro olfateó a su alrededor, su hambre casi audible. Entonces empezó a ladrar de nuevo. La piedra golpeó el suelo a una pulgada de su cabeza, y el perro chilló y se alejó corriendo.

Drinkwater se quedó quieto, mientras imaginaba a un centinela mirando hacia abajo. ¿Habría estudiado el terreno antes? ¿Provocaría sus sospechas la presencia de una red vieja? Drinkwater permaneció inmóvil durante tanto tiempo como sus nervios pudieron soportarlo. Luego empezó a avanzar, impaciente por alcanzar una pendiente que descendía hasta el ruinoso muelle que corría por todo el interior del puerto. Llegó allí sin contratiempos, y ya se estaba moviendo rápidamente por el muelle abierto, cuando oyó una conmoción en la ciudad.

Supo instintivamente de qué se trataba, una discusión que atraería el interés de cualquier centinela en la vecindad. La voz aguda de una mujer gritaba indignada por la proposición de alguno de los «mostachos», y el hombre respondía a gritos. De aquel modo, la pasión francesa sirvió para camuflar su huida. Una vez junto a los primeros botes, las sombras y los aparejos le proporcionaron cobertura. Todos los botes estaban desiertos, y se movió entre ellos con cautela, buscando ansiosamente uno pequeño. Encontró varios, pero ninguno que pudiera arrastrar hasta el extremo exterior de los botes fondeados y el mar abierto. Se quedó tendido, jadeando y maldiciendo tras un último intento de desamarrar un bote.

Debió dormirse, pues notó que había transcurrido algo de tiempo cuando volvió en sí. Si no había botes disponibles, tal vez, solo tal vez, podría llamar la atención al amanecer desde el extremo del malecón. Sabía que Griffiths estudiaba la ciudad con la primera luz, y recordaba unas piedras sueltas en el extremo donde podría permanecer oculto a la vista de la ciudad. Alcanzó el malecón media hora después, y encontró un escondrijo entre un montón de redes y vasijas. Se quedó dormido.

Despertó al amanecer, pero no fue la luz lo que le sobresaltó. El ruido de pasos iba acompañado por disparos de mosquetes, gritos y órdenes. Reconoció la voz de Stuart y se asomó, para ver que un grupo de infantes pasaba al trote junto a él. Entonces apareció Stuart, al mando de un grupo de marineros armados en tierra. Vio al

señor Brundell y a la tripulación del bote del *Hellebore*, y le pareció que llevaba cien años ausente.

—¡Señor Drinkwater!

Se puso en pie tambaleándose y se inclinó ante la sonrisa de Brundell, consciente de que aún llevaba la red sobre los hombros.

—Tenga la bondad de ordenar a un bote que me lleve al barco, señor Brundell.

—Por supuesto. ¡Eh, vosotros! Ayudad al primer oficial hasta el bote. Y tratadlo con cuidado.

Drinkwater aceptó el tosco brazo, consciente de que frente a él aparecía un rostro desfigurado por la estupefacción.

—Buenos días, Morris —dijo, tambaleándose al pasar mientras el grupo de desembarco del *Daedalus* asaltaba el malecón.

—¿Cómo se encuentra, señor?

—¿Eh? —Drinkwater miró a su alrededor en la oscuridad. El hedor del sollado lo ayudó a identificar por fin su ubicación. Se volvió. Quilhampton yacía junto a él, un Quilhampton apoyado en el codo bueno—. Creo que estoy bastante bien. —Se sentó y se detuvo en seco. Sus moratones, severos desde el principio, se habían agudizado con los esfuerzos de la noche, y el corte de su pierna se había infectado por el contacto con la sucia red.

—Me alegro mucho de verle, señor, pese al tufo a pescado que hay por aquí. —La seguridad y la impertinente broma del joven ahuyentaron las sombras del miedo del espíritu de Drinkwater. Ya no estaba solo.

—Me alegro de oírlo, señor Q. Mis disculpas por mi maloliente condición.

—No pasa nada, señor. El capitán y el señor Appleby se han alegrado mucho de su vuelta.

—También me alegro de oír eso —observó secamente Drinkwater.

—Me gustaría poder decir lo mismo del teniente Rogers.

—Ah. —Drinkwater podía imaginar la rapidez con que Rogers se habría hecho cargo de sus tareas—. No debería usted criticar, señor Q. Comprendo los motivos del señor Rogers, como los comprenderá usted algún día. Confío en que fuera el único.

—El único, que yo sepa, señor. Por supuesto, exceptuando a Gaston.

—¿Gaston? Oh, sí, ya recuerdo. El chico francés. ¿Qué pasa con él? ¿En qué lo he ofendido para que me quiera tan mal?

—Por algún motivo que no puedo imaginar, señor, es de la opinión de que, o bien usted o bien el capitán, me dispararon en la mano. Por lo menos, creo que quiso decir eso, a no ser que lo entendiera mal. —El chico se encogió de hombros y sonrió con expresión desconcertada.

—Es fantástico verle sonreír, señor Q. Algún día le contaré toda la historia.

Catherine Best apareció como de la nada, con un cuenco de agua en las manos. Al mismo tiempo, por encima de sus cabezas resonó el estampido de una andanada del *Hellebore*.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Drinkwater tratando de levantarse, y sintiéndose culpable de repente porque el silencio hubiera apartado de su mente cualquier idea del deber.

Sintió la mano firme de Catherine en el pecho.

—Acuéstese, señor. El señor Appleby ha ordenado que no debe usted moverse; hay que limpiarle la pierna, o podría perderla.

Se tumbó mientras la vibración de los cañones se extendía por todo el casco. Cerró los ojos, volviendo a sentir los latidos del dolor en las partes bajas.

—El ataque a la ciudad ha sido rechazado, señor. —La voz de Catherine parecía provenir de muy lejos. De modo que el combate por Kosseir había terminado.

Y las manos de Catherine estaban increíblemente frescas sobre su piel ardiente.

Capítulo 13

Agosto de 1799

Y môr coch

—¿Cuánto, maldita sea?

—Tres pies, señor —replicó Johnson, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol, recién amanecido.

—¡Por los clavos de Cristo! —maldijo Drinkwater con rabia contenida, recordando algo de repente—. Eche un vistazo delante, proa a babor, hacia abajo. —Despidió al carpintero, que se volvió con expresión desconcertada. El teniente empezó a recorrer la cubierta cojeando, con la pierna izquierda todavía rígida a causa de la despiadada cura de Appleby, con el abdomen y las ingles todavía magullados y doloridos. Pero su mente ya no se ocupaba de aquellos asuntos. Se debatía entre un montón de problemas que revoloteaban por su cabeza como murciélagos buscando dónde posarse. Era consciente de estar de malhumor, pues la torturante presencia a bordo de Augustus Morris afectaba a todos los temas. Morris estaba entre los heridos de la escuadra, todos embarcados a bordo del *Hellebore* después de que Ball se retirara de Kosseir.

Morris había sido herido en el ataque al malecón; una astilla de piedra se le había clavado en el hombro, rompiéndole la clavícula.

—Es más por librarse de la evidencia de la derrota que por compasión —había dicho Appleby en referencia al capitán Ball, con una amargura nacida de la perspectiva de un aumento del trabajo,

mientras los oficiales observaban la silenciosa procesión de los botes.

En cumplimiento de las órdenes llegadas de Inglaterra, Ball había enviado al *Hellebore* al sur; debía detenerse en Moca y desembarcar a los enfermos o llevarlos a Inglaterra según decidiera el vicealmirante Blankett. El almirante no estaba satisfecho con la partida del *Hellebore* de Moca, un hecho que había aprovechado Ball para llevarse a quince de los hombres del barco de Drinkwater como sustitutos de las bajas sufridas por las fragatas. Aquella pérdida fue solo una de las consecuencias del lamentable asunto de Kosseir. Pero el asunto de la vía de agua reclamaba la atención de Drinkwater. Recordaba el leve temblor sufrido por el *Hellebore* al entrar en la bahía de Kosseir. Probablemente había chocado con un arrecife de coral y el revestimiento de cobre se había desgarrado. El daño era sin duda leve, y no había provocado una entrada de agua significativa mientras permanecían al pairo y bombardeaban Kosseir. Pero unas cuantas horas de avanzar por el mar habrían arrancado trozos de cobre, tensionando en exceso los tablones.

Drinkwater volvió a blasfemar mientras el primero de los heridos aparecía en cubierta para el paseo matutino. Los hombres de guardia estaban acabando con el ritual del baldeo de la cubierta y notó que uno o dos de ellos arrugaban la nariz. Se dio cuenta de que un olor levemente repulsivo había invadido el barco desde la noche anterior, por encima del hedor de la sentina y el tufo a humanidad amontonada. Sabía lo que era: gangrena.

Durante un momento le preocupó que pudiera ser Quilhampton, deseando al mismo tiempo que fuera Morris y que la Providencia jugara un poco a su favor. Pero los rasgos de Appleby no estaban más animados que de costumbre cuando apareció en cubierta y se tocó el sombrero en dirección a Drinkwater.

—Buenos días.

—Buenos días, Harry. ¿Quién ha sucumbido a la gangrena?

—Gregory. No puedo amputar otra vez, el shock lo mataría. Ahora lo suben.

Incluso con el viento, el hedor era ofensivo, causándole una contracción involuntaria de las fosas nasales. Los hombres que llevaron a Gregory a cubierta desempeñaron la tarea con una mezcla de apresuramiento y amabilidad tosca. Appleby se dirigió a proa para ordenar que instalaran una hamaca en el castillo, donde el desdichado fue suspendido apresuradamente. Volvió a popa, con aire de anciano fatigado, según le pareció a Drinkwater, pero una luz repentina y sorprendente apareció en los rasgos del cirujano cuando Catherine Best apareció en cubierta, apartándose un rizo grasiento de la frente, y claramente tan exhausta como el mismo Appleby.

Drinkwater sonrió cuando el cirujano hizo ademán de adelantarse y luego retrocedió como conteniéndose.

—La señora Best nos ha sorprendido a todos, ¿eh, Harry? —dijo en voz baja. Mirándolo a los ojos, Appleby se sonrojó y Drinkwater volvió a sonreír. Algo había alterado al viejo Harry Appleby, y no era su irritación habitual por el desperdicio del combate o las locuras de la humanidad.

—¿Cómo está hoy el señor Quilhampton, Catherine? —preguntó Drinkwater en voz más alta.

Ella clavó sus ojos fatigados en el primer oficial, apartándolos del distante horizonte.

—Esta mañana se ha levantado, señor Drinkwater. Creo que está desayunando en la cámara de oficiales. —Miró astutamente a Appleby—. Creo que el señor Appleby quiere probar las ligaduras esta mañana.

Appleby asintió.

—Es un chico sano y se está curando bien, gracias a los cuidados de Catherine. Ojalá todos mis pacientes pudieran recibir el mismo tratamiento.

—No es culpa suya… —empezó la mujer, interrumpiéndose tras mirar a Drinkwater. Estaba claro, incluso para la mente preocupada de Nathaniel, que allí existía una intimidad, profesional y cada vez más personal. Era curiosamente conmovedor; se sintió extrañamente avergonzado, y se dirigió al timón, donde el timonel

se había desviado medio punto del rumbo. Catherine Best los afectaba a todos, pensó, repentinamente irritable de nuevo.

—Timonel, se ha desviado medio punto. Le arrancaré el pellejo por negligencia si no presta más atención.

—A la orden, señor.

Drinkwater se dirigió a proa y fijó la vista en el trinquete, giró sobre sus talones e inspeccionó el palo mayor.

—Ahora serán los brioles de las gavias, muchachos —murmuró el timonel a sus asistentes, mascando tabaco con disimulo.

—¡Señor Brundell!

—¿Señor? —El cabo acudió a popa.

—¿Es que no conoce su oficio, señor mío? Hay que tensar esos brioles de las gavias. ¡Encárguese al momento! —No se fijó en la mirada de reproche de Brundell.

Drinkwater volvió a popa, mirando furioso a los hombres del timón, cuyos ojos bajos estudiaban atentamente las marcas de la brújula.

La pálida silueta del teniente Morris surgió de la escotilla. Morris llevaba la casaca de uniforme sobre los hombros, y el brazo izquierdo en cabestrillo por encima del pecho. La fiebre agudizaba el brillo malévolo de sus ojos, curiosamente cubiertos, y Drinkwater se sintió de nuevo perturbado por la amenaza casi tangible que emanaba de aquel hombre.

—Buenos días, mi querido Drinkwater —siseó, mientras pequeñas gotas de saliva se acumulaban en las comisuras de sus labios.

—Buenos días, Morris —consiguió decir Drinkwater por cortesía, y pasó de largo.

Drinkwater calculó que el sol estaba lo bastante alto para observar la longitud, ignorando a Morris, que se había apoyado en la barandilla con aire negligente y sin apartar los ojos de Drinkwater. En mitad del cálculo, garabateado apresuradamente en un pizarrín, un carpintero de aspecto preocupado regresó al alcázar.

—¿Y bien, señor Johnson? —dijo Drinkwater mientras hojeaba la tabla de senos.

—Tenía usted razón, señor. He retirado dos hileras de barricas bajo el armario de velas a babor de los cables y he encontrado una vía, señor. Creo que el cobre ha saltado en el exterior.

—Hum, ¿puede hacer algo al respecto?

Johnson se frotó la barbilla, azulada por una barba incipiente que le crecía con rapidez.

—Creo que si empleo unos cuantos barriles más podré bloquearla desde dentro, por el momento, señor.

Drinkwater asintió.

—Ocúpese después del desayuno, señor Johnson. Haré que el señor Rogers le envíe al cabo de la guardia al dar las ocho campanadas para que le ayude con los barriles. —Volvió a ocuparse de sus cálculos.

—Perdón, señor.

—Sí, ¿qué ocurre?

—¿Cómo ha sabido que era en la aleta de babor?

Drinkwater sonrió.

—Me pareció que chocaba con algo cuando estábamos entrando en la bahía de Kosseir, señor Johnson. Probablemente golpeó un arrecife de coral y se rompió.

Johnson asintió.

—Por el tamaño, seguro que fue eso, señor.

Drinkwater lo observó alejarse, saltar al castillo de proa y echar una ojeada a la hamaca de Gregory, para alejarse después, meneando la cabeza.

—De modo que sigue siendo un maldito sabelotodo, mi querido Drinkwater —siseó Morris. Drinkwater miró a los hombres del timón. Sus expresiones concentradas mostraban que lo habían oído, y Drinkwater fue presa de una furia repentina.

—No se fíe de nuestra «amistad», Morris, y controle su lengua en mi cubierta.

Pero Morris no reaccionó; se limitó a sonreír y a volverse para bajar. Drinkwater miró hacia delante. Moca estaba a ochocientas

millas al sur, y el bergantín no podría recorrer aquella distancia con la suficiente velocidad.

—¡Señor Brundell!

—¿Señor?

—A las ocho campanadas, que las dos guardias icen las escandalosas.

—A la orden, señor.

Esperó con impaciencia al cuádruple tañido doble y a la llegada del señor Lestock, que debía relevarlo.

La cámara de oficiales estaba abarrotada cuando descendió. Se habían montado camastros en las dos esquinas traseras, uno para Dalziell, desplazado de su camarote por Catherine Best, y el otro, una adición apresurada, para Morris. Gaston Bruilhac aún dormía bajo la mesa. Appleby estaba saliendo del camarote de popa cuando Drinkwater se sentó a tomar su cuenco de gachas.

El cirujano señaló con la cabeza por encima del hombro al captar la mirada interrogante de Drinkwater.

—Se ha acostado —explicó Appleby—. Otra vez la enfermedad de Gambia.

Drinkwater suspiró. Griffiths se había tomado muy mal la debacle de Kosseir. Nunca era pródigo con las vidas de sus hombres, muchos de los cuales procedían del *Kestrel*, voluntarios de los días de paz, ya casi olvidados. Las bajas del combate contra *La Torride* y el ataque a Kosseir habían sido excesivas. Con el estrépito de los cañones mudos resonándole en las orejas mientras se retiraban de la maltrecha pero desafiante cuidad, Griffiths había sucumbido a un nuevo ataque de malaria.

Al terminar el desayuno, Drinkwater entró en el camarote de popa. El olor dulzón a sudor llenaba el sofocante espacio. Griffiths estaba tumbado en el camastro, con los ojos cerrados, pero los abrió cuando Drinkwater se inclinó sobre las retorcidas sábanas.

—¿Cómo está, señor?

—Mal, Nathaniel, *bach… duw*, pero deme algo de beber, deme algo de beber.

Drinkwater encontró una botella y sirvió el vino.

—Vigílelos a todos, Nathaniel, vigílelos a todos. Usted es el único en quien he confiado. —Había en él un aire frenético, una desesperación que Drinkwater encontró aterradora de repente, pues le recordó la posible muerte de Griffiths. La idea de quedarse sin él era impensable. Como si adivinara la sensación de abandono de Drinkwater, Griffiths preguntó de repente—: ¿Dónde estamos? ¿Cuál es nuestra posición, demonios?

—Latitud…

—No, ¿dónde? ¿Dónde, por el amor de Dios? —Griffiths se había incorporado y tiraba de la manga de Drinkwater, como un hombre que se hubiera dormido en un lugar extraño y, al despertar, no pudiera recordar dónde se encontraba.

—El mar Rojo, señor —lo tranquilizó Drinkwater.

Griffiths volvió a tumbarse, como satisfecho.

—Ah, así que es *Y Môr Coch, Y Môr Coch*… —Su voz se perdió en un murmullo de galés incomprensible. Durante un rato, Drinkwater permaneció con él mientras parecía quedarse dormido.

Entonces Griffiths se incorporó, arrugando el ceño en la frente perlada de sudor.

—¿El mar Rojo, ha dicho? Sí, sí, claro… y vamos al sur, ¿eh?

—Sí, señor.

—No se olvide de que el sol está por delante de usted, y nunca ignore al vigía… —Interrumpió su vehemente advertencia. Drinkwater salió del camarote y fue a reunirse con Johnson y su grupo en la bodega.

La advertencia de Griffiths resultó muy oportuna. La parte central del mar Rojo era profunda, pero la ruta hacia Moca era peligrosa por la presencia de muchos arrecifes de coral. Navegando hacia el norte, siempre habían tenido el sol detrás, facilitando el avistamiento de los arrecifes desde el mastelero. Pero la situación se había invertido y la fuerza del viento favorable confería cierta impetuosidad al avance hacia el sur. Drinkwater recordó la orden de izar las escandalosas con algo de aprensión, pero tranquilizó sus miedos con la reflexión

de que aquella parte del mar Rojo estaba libre de arrecifes, exceptuando la isla baja del banco de Dédalo a unas sesenta leguas al sureste.

Encontró a Johnson muy ocupado en la oscuridad, agazapado entre dos cuadernas; la vía de agua reflejaba la luz de las linternas, que ardían débilmente en el aire viciado, sostenidas por grumetes. Johnson tenía un montón de estopa apretado contra la vía para cubrirlo con madera y lona alquitranada. Drinkwater miró a su alrededor en la oscuridad.

—Ha sido difícil mover los barriles, ¿eh, señor Johnson?

—Sí, señor. Creo que Josh Dirby se ha herniado, si me perdona, señor.

Drinkwater suspiró. Otro cliente para los bragueros de Appleby. El duro trabajo físico a bordo de los barcos de guerra de Su Majestad provocaba frecuentes hernias, una condición debilitadora para cualquier hombre, y mucho más para un marinero. Drinkwater sabía de muchos oficiales que también las sufrían, y después de la adicción al alcohol era la dolencia más común sufrida por los hombres de mar de todos los estratos.

Al regresar a popa visitó al señor Quilhampton. Cuando abrió la delgada puerta del camarote encontró al chico sentado en una silla, leyendo en voz alta el *Diccionario marino* de Falconer. Drinkwater notó un movimiento repentino cuando Gaston Bruilhac lo empujó para pasar junto a él, al parecer presa del pánico.

—Buenos días, señor Q. ¿A qué diablos se estaba dedicando ese cachorro, para que parezca tan culpable?

—Buenos días, señor. —Quilhampton frunció el ceño—. Que me aspen si lo sé, señor. Es bastante raro, pero pese a todo lo que le digo, todavía tiene pánico a todos los oficiales, señor, especialmente al capitán, a usted y a su amigo el señor Morris.

Drinkwater resopló.

—El señor Morris, señor Q, es un viejo conocido del Almirantazgo con el que nunca he tenido nada en común. Puede usted olvidarse de cualquier idea de amistad con él.

Quilhampton pareció complacido.

—¿Qué está leyendo? —preguntó Drinkwater, consciente de que no tenía que hablar ni siquiera sobre Morris con un guardiamarina—. ¿Se comunica con el muchacho francés?

—Sí, señor —dijo Quilhampton con entusiasmo—. El Falconer tiene un glosario francés en el apéndice, como usted sabe, señor, y estamos haciendo algunos progresos. Si no estuviera tan nervioso…

—Bien, me alegro de verle tan contento, señor Q. —No mencionó las ligaduras. Si Appleby se precipitaba al dibujarlas, Quilhampton sufriría terriblemente. Aquello era competencia del cirujano.

A mediodía, Drinkwater y Lestock observaron su latitud. Ambos expresaron su sorpresa de que el bergantín no estuviera más al sur, pero sus consideraciones se vieron interrumpidas por un extraño grito del mastelero.

—¡Ah de la cubierta! ¡Mar Rojo a la vista!

Un grito tan poco habitual hizo que todo el mundo subiera a cubierta. El mar había perdido su brillante apariencia azul y blanca, y al principio pareció adquirir el color del barro; luego, de repente, el *Hellebore* se encontró abriéndose paso entre olas escarlata. Aquella extraña novedad hizo que en los rostros de los hombres aparecieran expresiones de ingenuo asombro, y Drinkwater recordó el murmullo de Griffiths. «*Y Môr Coch*». Bajaron un cubo y recogieron una muestra. Visto de cerca, era un fenómeno decepcionante; un polvo rojizo flotaba encima del agua, los cadáveres de millones de organismos diminutos que, al morir, adquirían aquel tono brillante. En menos de una hora habían salido de aquella zona y los hombres regresaron a sus cenas riendo.

Aquel espectáculo, que ocasionó una larga entrada en el diario de Drinkwater, apartó de sus mentes cualquier reflexión sobre la extrañeza de la latitud.

Cuando volvió a cubierta a las ocho campanadas, basó la observación de la longitud en la latitud medida al mediodía. No

podía saber que la refracción del horizonte quitaba todo el sentido a los cálculos del día. Se encontraban muy al sur y al este de su supuesta posición, y para algunos aquel iba a ser un error fatal.

Pero fue el teniente Rogers quien cometió el error que significó el desastre para el bergantín. Habían experimentado el mágico e inquietante fenómeno del «mar de leche» varias veces desde aquella primera erupción fosforescente al sur del océano Índico. Las conversaciones con otros oficiales en Moca, expertos en la navegación por los mares orientales, les habían llevado a perder el miedo instintivo a embarrancar que a menudo ocasionaba aquella circunstancia. Habían oído explicar a los hombres de Blankett cómo se había hecho acudir a cubierta a capitanes y a todos los hombres, y cómo se habían perdido anclas preciosas en varias ocasiones en que un oficial había temido la inminente pérdida del barco en un bajío en mitad de la noche. Los sondeos subsiguientes habían mostrado una profundidad mayor que la que podía determinar la barquilla, y la «espuma de las rompientes» resultaba no ser otra cosa que el movimiento fosforescente del mar abierto.

Pero aquel conocimiento, en la mente de un hombre del temperamento de Rogers, sirvió para aquietar sus temores naturales, y el teniente decidió ignorar con aire despectivo el aviso del vigía.

Y así, a las tres y diez minutos de la madrugada del diecinueve de agosto de 1799, el bergantín de guerra *Hellebore*, de Su Majestad Británica, embarrancó en tierra en uno de los extremos de Abu al Kizan, que irónicamente era conocido en la Armada Real como el arrecife de Dédalo.

Capítulo 14

Agosto de 1799

La voluntad de Alá

Drinkwater salió despedido de su litera a causa del impacto. En la oscuridad pudo oír gritos, blasfemias y chillidos. Todo el casco pareció doblarse mientras un fuerte golpe fue seguido por el sonido de perchas y motones al caer, el deslizarse de la lona y el peculiar zumbido de las cuerdas al caer inertes sobre la cubierta. En paños menores, se abrió camino a través del montón de hombres confusos que se dirigían a la cubierta superior. Al salir se dio cuenta de que la majestuosa arboladura de mástiles, cuerdas y velas había desaparecido, y el poderoso arco del cielo se abría ininterrumpido por encima de sus cabezas. El teniente Rogers estaba petrificado y con la boca abierta, negándose a creer la evidencia de sus ojos.

Drinkwater saltó a la barandilla y al instante vio la franja de agua blanca que rompía en torno a la isla a babor, y advirtió los trozos inmóviles de negrura en la noche que marcaban la presencia de salientes de roca. Alrededor del *Hellebore*, las olas y remolinos de agua al romper sobre los bajíos le confirmaron lo que sus nervios ya le habían anunciado. Bajo sus pies, el casco del bergantín estaba perdido.

Se volvió hacia Rogers. No tenía sentido hacerle reproches. Rogers sería necesario durante las horas siguientes, y en cualquier caso, el agudo sentido de la responsabilidad de Drinkwater le había

comunicado ya que él tampoco estaba libre de culpa. El arrecife era sin duda el de Dédalo; su supuesta posición había sido lastimosamente errónea y, aunque todavía ignoraba por qué, le remordía la conciencia.

—Bien, señor mío —dijo a Rogers con la voz más firme que pudo conseguir—, parece que *hemos* embarrancado el barco… y por el amor de Dios, cierre la boca.

Drinkwater fue consciente de pronto de muchos rostros en la noche, todos pidiendo su atención. También había miedo, revelado por los movimientos frenéticos en torno a la barandilla. Vio a Catherine Best, con la cara pálida y un chal de cuerdas trenzadas en torno a los hombros. El desorden se apoderó de la cubierta.

—¡Silencio ahí! —gritó Drinkwater, saltando encima de un cañón y sin pensar en su semidesnudez—. ¡No vamos a hundirnos, maldita sea, apártense de los botes! ¡Señor Rogers! Pase lista, por favor. ¡Señor Lestock! Sondeen en torno al casco; señor Johnson, la sentina. Señor Trussel, compruebe hasta qué punto se ha dañado el casco… llévense grupos de hombres… —Su voz se interrumpió. Saliendo del tambucho como un fantasma, con el gorro de dormir caído a un lado de la cara, y vestido con un voluminoso camisón azotado por el viento, apareció el comandante Griffiths. Los hombres callaron y se apartaron de su camino.

—*Myndiawl!* En el nombre de Dios, ¿qué le han hecho a mi barco?

La poderosa voz de Griffiths retronó angustiada por toda la destrozada cubierta, que tenía el aspecto de una escena infernal. Los extremos puntiagudos de los mástiles se erguían en cubierta, mientras los restos colgaban de la borda, castigados por el movimiento del mar. Delante de la chimenea de la cocina, el barco estaba sepultado bajo vergas, cordaje y lona que se elevaba como convulsionada. Como por azar, el palo mayor se había inclinado a babor, dejando un trozo de cubierta libre en la crujía que bullía con los hombres del barco.

Drinkwater sintió una fuerte contracción en las tripas, una repentina certeza, horrible en su intensidad, de que había traicionado a Griffiths. Su desnudez le pareció al mismo tiempo vergonzosa y penitente. Miró a Griffiths, cuyos ojos brillaban de lágrimas y fiebre, y luego su mirada pasó a otro rostro, que lo observaba desde la penumbra con burla y satisfacción. La desnudez de Drinkwater se reflejaba en la expresión de Morris. La ira vino en su ayuda; encontró las palabras.

—Cumplan sus órdenes, caballeros. Señor Grey… —El timonel se adelantó—, reúna a un grupo y empiecen a sacar provisiones de los almacenes. Cabo, ponga un guardia en el peñol del ron… y si me encuentro a un solo hombre borracho, estará en el enjaretado y llamando a su madre antes de que salga el sol. —Se volvió a Griffiths—. Señor… yo… estamos perdidos, señor… el arrecife de Dédalo… los cálculos estaban equivocados, señor, yo, er… —Se sentía también a punto de llorar, con un cobarde deseo de rendirse a los abrumadores sentimientos de frustración que asediaban su espíritu. Pero entonces Griffiths se adelantó, y Drinkwater lo alcanzó. El período de sobresaltada lucidez había pasado ya; la enfermedad había vuelto a adueñarse de él y había empezado a murmurar delirante en su lengua nativa. La repentina e intensa necesidad de llevarse al capitán abajo tranquilizó a Drinkwater. A su alrededor, los hombres se dirigían a sus nuevas tareas. El cabello de Catherine Best le rozó la cara.

—Llévenlo abajo, eh, ustedes, echen una mano…

—Señor, ¿puedo…? —Era el señor Quilhampton, con el muñón en el pecho y protegido por su mano derecha. Appleby había probado las ligaduras sin éxito. El señor Quilhampton no se había quejado.

—¡Vaya a buscar al cirujano! Y reúna a unos cuantos hombres para que se lleven al capitán abajo. —Luego añadió en voz más baja —: Cuide de él, Catherine, ahora nos hace mucha falta. —Llegaron dos marineros que les relevaron de su carga. La mujer se incorporó. En la oscuridad, pudo ver su sonrisa tranquilizadora.

—Lo haré, señor —dijo, y su mano se cerró por un segundo sobre la de Nathaniel. Entonces apareció Appleby y Drinkwater se volvió para atender a Johnson.

—Cinco pies de agua en la sentina, señor, pero la cuerda es corta. Creo que hemos perdido el fondo, señor.

Apareció Lestock.

—Dos brazas a popa, una escasa a proa, los dos mástiles se han caído por la borda…

—Veinte barriles de pólvora estropeados y hemos perdido algo de agua. Gran parte de las provisiones secas se han estropeado, y, a juzgar por los barriles de la bodega, hemos perdido el fondo —informó Trussel.

Drinkwater obligó a su mente a asimilar los detalles. En su mente ya se estaba formando un plan para la supervivencia inmediata. Sabía que no había ninguna posibilidad de salvar el barco.

—¿Y bien, señor Rogers?

Rogers había recobrado la compostura.

—Tres hombres muertos, señor. Gregory; el palo trinquete le ha caído sobre la hamaca; Stock, el vigía del trinquete, que ha muerto al caer el mástil, y Jeavons, que estaba en proa y ha sido golpeado por un motón. Hay bastantes heridos…

—Bien —lo interrumpió Drinkwater—, que todos los incapacitados vayan abajo. ¿Es todo?

—Dos desaparecidos —añadió Rogers.

Drinkwater podía imaginarlo, hombres de guardia arrastrados por la borda entre el caos de la arboladura al derrumbarse. Pensó durante un momento.

—Hemos de encender el fuego de la cocina y alimentar bien a los hombres al amanecer. Usen los barriles rotos para conservar provisiones. He puesto a los cabos a cargo del peñol del ron hasta que pongamos un poco de orden. Hay que evitar las borracheras. Rogers, si estos hombres se nos van de las manos, puede ser terrible.

—¿Y qué propone usted? —se burló una voz. El teniente Morris se unió al grupo.

—Esperaremos a que amanezca, Morris —replicó fríamente Drinkwater—, a menos que tenga usted alguna idea mejor, y luego llevaremos a los heridos al arrecife y rescataremos lo que podamos. Los botes, señor Grey, han de conservarse a toda costa. A sus puestos, caballeros. —Los oficiales se dispersaron, y Drinkwater se quedó solo con Morris. Volvió a pensar con incomodidad en su atuendo.

—Yo creo, mi querido Nathaniel, que esta vez ha mordido usted un bocado demasiado grande.

Drinkwater había empezado a dirigirse al tambucho en busca de las calzas y una camisa. Se giró de repente hacia su enemigo y volvió sobre sus pasos. Por un delicioso momento deseó tener la espada, pues no hubiera vacilado en hundirla en el vientre de Morris. La satisfacción, como la de reventarse un forúnculo, hubiera sido catártica. En lugar de ello, tuvo que conformarse con una réplica venenosa.

—¡Váyase al diablo!

—Cuidado, Nathaniel, recuerde que ese chivo galés es un hombre enfermo, y que yo soy más antiguo que usted… —La insinuación estaba bastante clara, e hizo que Drinkwater se atragantara con su propia bilis.

—¡Váyase al infierno, Morris!

—Usted será testigo de esa respuesta, señor Dalziell —espetó Morris en un repentino cambio de tono cuando se acercó el guardiamarina. Drinkwater se volvió, y fue a por sus calzas.

Por la tarde, Drinkwater se tomó un descanso para hacer balance de la situación en la diminuta isla. En las horas que siguieron a la conversación con Morris había trabajado sin cesar. Fue solo al mirar al oeste cuando comprendió por qué habían perdido el bergantín. Al ponerse el sol, los picos del Alto Egipto se veían claramente en el

horizonte. Drinkwater sabía que estaban a sesenta o setenta millas de distancia, mucho más lejos que el horizonte marino. La causante del error había sido la extraña refracción de aquel horizonte, y se dirigió con paso agotado hacia Lestock, para comentárselo. Pero el señor Lestock, cuyos prejuicios contra el método de navegación del señor Drinkwater eran bien conocidos, especialmente contra la técnica de determinar la longitud con el cronómetro, se limitó a fruncir los labios.

—Tal vez, señor Drinkwater, hubiera sido más prudente haberse fijado en el fenómeno antes de perder el barco… —Lestock se levantó y lo dejó con la palabra en la boca. Drinkwater se sintió aislado mientras contemplaba la espalda del piloto de derrota, tan sabio en retrospectiva, y cuya inquieta indecisión parecía haber quedado justificada.

El señor Quilhampton apareció junto a su codo.

—Perdone, señor, la señorita Best dice que debe usted beber esto y descansar un poco, señor. —Tomó la jarra de vino y sintió que la tensión de su interior se aflojaba un poco.

—Estoy continuando el diario de a bordo, señor, y he mantenido el nombre del barco.

Drinkwater miró al muchacho.

—¿Eh? Oh, oh, sí, muy bien, señor Q, muy bien.

Drinkwater contempló la isla arenosa y cubierta de arbustos, en cuya plana superficie se habían erigido media docena de toscas tiendas de campaña. Los montones de barriles de cerdo, pólvora y agua permanecían bajo la custodia de los cabos. También los de alcohol y galletas.

Habían luchado por llevar a tierra todas las provisiones disponibles, instalando un estay desde el trozo restante del palo mayor a un punto de anclaje en tierra, sobre el que giraba un motón que trasladó bulto tras bulto. Habían construido refugios con las vergas y restos de velas del *Hellebore*; habían instalado una cocina; habían atendido a los heridos y enterrado a los muertos; habían apartado los botes del naufragio sin contratiempos, para trasladarlos

a una pequeña ensenada que serviría como puerto aceptable en el lado de sotavento de la isla, y Drinkwater se sentía satisfecho por los esfuerzos y sus resultados. Tal vez debería ser más caritativo con Lestock.

—Se parece un poco al mercado de Petersfield, ¿no es así, señor Q? —dijo, consiguiendo sonreír. El chico le devolvió la sonrisa.

—Sí, señor. Un poco.

—¿Cómo está su brazo, señor Q?

—Oh, bastante bien, señor. Puedo escribir, señor —añadió con entusiasmo—, de modo que me encargaré de los diarios, señor, y he llevado a tierra su cronómetro, junto con su cuadrante y sus libros.

—Es usted un gran tipo, señor Q. Yo no había pensado en ellos para nada.

—Tregembo ha llevado su espada y los uniformes. —Drinkwater comprendió que estaba rodeado de buena gente. Que colgaran a Lestock—. Gracias, señor Q.

—Están todos en la tienda camareta, señor.

Drinkwater ahogó una sonrisa. Era inconcebible que fuera de otro modo, pero todos los espacios de la isla ya tenían su nombre náutico. La bodega era donde almacenaban las provisiones, la camareta donde se alojaban los oficiales y las literas donde la vela trinquete hacía las veces de tienda sobre su verga para acomodar a los hombres.

Drinkwater se terminó el vino y entregó la jarra vacía a Quilhampton.

—Será mejor que haga lo que me ha dicho la señora Best —dijo irónicamente.

—Muy bien, señor. Es una mujer excepcional —dijo precozmente el muchacho.

—Desde luego que sí, señor Q, desde luego que sí.

Durante los dos días siguientes, añadieron un alcázar a la corbeta de piedra de Su Majestad *Hellebore*, izando la insignia en la verga de

una gavia instalada verticalmente. Destruyeron unos cuantos salientes de coral del canal de los botes y buscaron otro puerto para ellos por si cambiaba el viento. Hicieron pedazos las barandillas del bergantín para convertirlas en leña para cocinar; construyeron un faro en la parte más alta del arrecife, para encenderlo si se avistaba algún barco, y erigieron una torre de vigilancia desde donde se montaba guardia con toda formalidad, con la presencia continua de un oficial, un cabo y un suboficial. Arrastraron los cañones a tierra con planes para construir una auténtica batería a su debido tiempo, pues Drinkwater comprendía que era necesario mantener ocupados a los hombres, aunque también estaba preocupado por el agua potable y el aumento del consumo que provocaría su política. Pero la moral era alta, pues se esperaba al *Daedalus* y al *Fox* durante aquel mes. La preocupación mayor de Drinkwater era por Griffiths. El comandante había sufrido un golpe muy severo con la pérdida del bergantín. Su ataque de malaria fue, como él mismo había predicho, muy agudo, y se vio exacerbado por el naufragio. Appleby estaba preocupado por él, pero consolaba a Drinkwater, sabedor de que el teniente tenía otras cosas por las que preocuparse. Que el anciano estaba muy enfermo era obvio, y la irritante presencia del teniente Morris, que se negaba a trabajar, tenía toda la apariencia de un buitre esperando la muerte de su presa.

La mañana del cuarto día vieron un gran dhow. La embarcación se acercó lentamente al arrecife, con visible curiosidad por los nuevos habitantes de la isla. Pero, pese al disparo de un cañón y a los saludos amistosos de un centenar de brazos, el dhow se alejó hacia el este. La moral continuó siendo razonablemente alta, sin embargo, pues se afirmaba con toda seguridad que ni el *Fox* ni el *Daedalus* podían dejar de verlos.

Entonces, al amanecer, doce días después, avistaron al sureste las gavias cuadradas de dos fragatas. Despertado de su sueño, Drinkwater ordenó encender el faro y trepó al puesto del vigía. En la cofa, ajustó el catalejo. Estaba mirando hacia la parte trasera de dos

gavias de mesana; el *Daedalus* y el *Fox* habían pasado de largo durante la noche.

Durante veintiocho horas, los hombres del *Hellebore* y sus huéspedes de las dos fragatas ya distantes fueron presa de la desesperación. Incluso Drinkwater parecía haberse quedado sin ideas, pero finalmente decidió preparar el bote árabe que habían capturado en Kosseir para hacer una travesía. El bote, demasiado grande para izarlo a bordo del *Hellebore*, iba a remolque del bergantín cuando este embarrancó. Aunque dañado, podía ser reparado, y a la mañana siguiente Drinkwater hizo que lo arrastraran hasta la playa y le dieran la vuelta para repararlo. Recurrieron de nuevo al maltrecho casco del *Hellebore* para conseguir materiales, y a media tarde el humor había mejorado considerablemente en el campamento.

Cuando los hombres se dirigían a cenar, avistaron un dhow al este. Encendieron el faro, y el dhow continuaba siendo visible al ponerse el sol. Al amanecer del día siguiente se estaba acercando a la orilla con aire resuelto, y Drinkwater se hizo a la mar en el bote del *Hellebore*. Una hora más tarde, el señor Strangford Wrinch estaba en pie sobre el suelo arenoso de Abu al Kizan.

Miró con curiosidad a su alrededor, resplandeciente con sus botas amarillas, una *galabiya* verde y un turbante blanco. Sonrió.

—Supe de la presencia de infieles en este arrecife por un dhow que los vio hace quince días. Hablaron de muchos hombres saludando y de un barco naufragado. —Hizo una pausa, y su expresión se pareció más que nunca a la de un halcón—. También supe de otro barco. Un barco francés…

—¿Santhonax? —preguntó bruscamente Drinkwater. Wrinch asintió.

—*In'sh Allah*, mi querido amigo, es la voluntad de Alá.

Capítulo 15

Septiembre de 1799

Santhonax

Drinkwater se dirigió a proa por la cubierta inclinada del *sambuk*, maldiciendo las restricciones de la *galabiya*. El turbante le resultaba todavía más incómodo de manejar pues le entorpecía la visión. Decidió prescindir de él en cuanto pudiera, y dedicó su atención a los hombres que estaban limpiando las armas menores y afilando los machetes. La tripulación árabe de Yusuf ben Ibrahim los observaba con interés, meneando la cabeza ante lo tosco de las espadas navales.

El *sambuk* cortaba el mar, dirigiéndose al este con el viento en la amura de babor, y las grandes vergas curvas de las velas latinas esforzándose por arrastrar el esbelto casco, como si estuvieran tan impacientes como Drinkwater por acabar con aquel asunto. Strangford Wrinch apareció en cubierta, con su túnica verde agitándose al viento. Saludó con la cabeza a Drinkwater y abrió la mano en un gesto de invitación mientras se sentaba sobre una esterilla. Drinkwater se unió a él.

—Relájese, Nathaniel —dijo Wrinch, con los ojos oscuros fijos en el rostro del teniente, y Drinkwater pensó que aquel hombre extraño no era mucho mayor que él mismo. Procedieron a comentar los acontecimientos de las semanas anteriores, que habían llevado a Wrinch a acudir tan oportunamente en su rescate.

Un día o dos después de que Blankett enviara al *Daedalus* y al *Fox* al norte, en pos del *Hellebore*, Wrinch había recibido noticias de que un barco misterioso había aparecido en la costa del Hejaz. La embarcación fue identificada como la fragata comandada por Santhonax, que al parecer había dejado de perseguir a los botes nativos. Por el contrario, se sabía que el capitán había distribuido grandes sumas de *baksheesh* a cambio de ayuda en el pilotaje de su barco a través de los arrecifes de Rayikhah y las islas de Umm Uruma. Wrinch había pasado la información a Blankett, pero el vicealmirante había desestimado las advertencias de Wrinch, asegurando al agente que si el «gabacho sifilítico» resultaba peligroso, Ball y Stuart «lo harían picadillo». Entretanto, su huida del mar Rojo estaba bloqueada por la presencia del *Leopard* en el estrecho de Bab el Mandeb. Al parecer, Blankett no vio la incoherencia de su afirmación, dado que el *Leopard* se encontraba cómodamente anclado frente a Moca y Su Excelencia se encontraba en tierra, sin interés en abordar nada que no fuera su pequeño serrallo de huríes complacientes.

Wrinch, sin embargo, no era víctima del mismo letargo que el almirante. En cualquier caso, había permanecido ocioso demasiado tiempo, y partió hacia el norte con un pequeño séquito. Tras un viaje por tierra de seiscientas millas que comentó con un encogimiento de hombros, Wrinch y sus camellos *mehari* llegaron a Jeddah. Allí encontró a Yusuf ben Ibrahim, viviendo con todo lujo tras la venta de las presas capturadas para él por el *Hellebore* en el combate con *La Torride*. Wrinch lo sacó de la cama a puntapiés, y ambos hombres embarcaron en el *sambuk* hacia Al Wejh, donde les esperaban noticias sobre un gran barco francés, que se encontraba fondeado al norte en un *sharm*, con los cañones en tierra. Santhonax estaba carenando su barco, preparándolo para la siguiente fase de su campaña.

—Pero lo que no comprendo, Strangford, es el motivo de carenarlo en el Hejaz. La costa egipcia hubiera sido un lugar más prudente, desde donde podía contactar con Desaix.

—Ah, mi querido amigo —dijo Wrinch, apoyando brevemente una mano en la rodilla de Drinkwater—. Usted cree que conoce a ese hombre, pero no sabe hasta dónde llega su astucia. Ciertamente, la costa egipcia parecería un lugar mejor, pero allí estaría continuamente hostigado por los mamelucos. Murad Bey nunca permitiría que lo dejaran en paz el tiempo suficiente para pasar un cómo se llame por un estay, o lo que sea que esté haciendo —concluyó Wrinch con ignorancia burlona.

—Pero Kosseir estaba en manos francesas. Podía haberlo hecho allí.

—No es así. Usted mismo fue a buscarlo allí. Ciertamente, podía haberse defendido en Kosseir, pero no dejar el barco indefenso mientras llevaba a cabo el mantenimiento necesario. No, Santhonax necesitaba el último lugar donde ustedes lo buscarían, de modo que encontró un sitio apartado en el lado árabe. Los *sharms* del Hejaz son ideales para sus propósitos; son los extremos inundados de los *wadis*, lechos de ríos secos que llegan a las bahías, a menudo bien protegidas por arrecifes de coral y rutas intrincadas que estropearían cualquier ataque sorpresa. Cualquier aldea pequeña puede proporcionarle algunas comodidades para él y sus hombres, y el jefe local puede ser sobornado con facilidad. Santhonax podría permanecer escondido durante un mes sin que nadie se enterara. —Hizo una pausa, sacando un papel de debajo de su *galabiya*—. Pues bien, esta es mi intención.

Drinkwater se inclinó sobre el mapa. Escuchó las palabras de Wrinch, sintiendo que la excitación crecía en su interior y recordando la reunión celebrada en la tienda de oficiales del «bergantín de piedra de Su Majestad *Hellebore*», una islita rocosa en mitad del mar Rojo. Sobre todo, recordaba su dramático final.

Griffiths había asistido, semiinconsciente y tumbado en su camastro. Lo peor de la fiebre había pasado, y había dormido tranquilamente durante unas horas. Wrinch había presidido, Drinkwater, Rogers, Lestock y Appleby habían asistido también. Morris también había estado allí.

Lestock estuvo en contra de la empresa desde el principio. Era incapaz de ver las consecuencias estratégicas de permitir a Santhonax que se aprovisionara y escapara después de carenar. Appleby hubiera aceptado cualquier plan que llevara a sus preciosos pacientes hasta Moca, un argumento que defendió durante un rato considerable, insistiendo en que sería mejor utilizar el *sambuk* para perseguir a Ball y Stuart y pedirles que atacaran la fragata.

—Pues —había concluido el cirujano—, es obvio incluso para un no combatiente como yo que la presencia de dos fragatas es decididamente superior a una.

—No nos sirvieron de nada en Kosseir, Appleby —dijo Rogers, con un resto de su antigua impaciencia.

Drinkwater asintió.

—Además —añadió en tono convincente—, el retraso provocará que acabemos por perder a ese elusivo francés. Y yo, por lo menos, no he venido hasta aquí para perder la partida ante Edouard Santhonax.

—Bravo, Nathaniel —dijo Wrinch—. Creo que podemos complacer a los que discrepan —dijo educadamente—. Caballeros, si dentro de siete días no hemos vuelto, envíen al señor Lestock en el bote que estaban preparando a mi llegada. Les dejaré a un hombre capaz de llevarlos hasta Moca.

Rogers aceptó con entusiasmo la idea de un ataque a Santhonax, mientras Lestock meneaba la cabeza y explicaba sus reservas a Appleby en voz baja. Morris permaneció en silencio, más correcto que hasta entonces, pero todavía con la mirada amenazadora de un hombre que espera su momento. Entonces, cuando se dividieron en grupos para seguir comentando el asunto, Griffiths se incorporó, plenamente consciente por primera vez en varios días. Parecía demacrado y más anciano, con la carne colgándole en pliegues en torno a la cara. Pero sus ojos brillaban de inteligencia, como los de un niño instantáneamente despierto tras una siesta reparadora.

—¿Wrinch? Buen Dios, hombre, ¿es usted? ¿Qué…? ¿Dónde diablos estamos? ¿Nathaniel? ¿Dónde demonios…? —Drinkwater se

adelantó y se acercó al comandante mientras Appleby pedía agua. Se arrodilló junto a Griffiths y empezó pacientemente la larga explicación. Las preguntas que le hacía Griffiths de vez en cuando dejaron claro que el anciano había recuperado el juicio, y, cuando Nathaniel terminó de hablar, apartó las sábanas y se puso en pie, vacilante—. Caballeros, no hay nada más que discutir.

—Hagan los preparativos inmediatamente. Yo mismo estaré al mando. Nathaniel, escoja a cuarenta hombres bien preparados. Señor Rogers, prepare las armas menores… Señor Lestock, tomará usted el mando en nuestra ausencia. El señor Appleby será su segundo. —Se tambaleó un poco, pero hizo un esfuerzo y se mantuvo erguido.

—Tal vez debería recordarle, comandante Griffiths, que yo ya me encuentro lo bastante recuperado para tomar el mando en su ausencia. —Morris había hablado por primera vez. Drinkwater abrió la boca para protestar, pero Morris añadió rápidamente—: Después de usted, soy el oficial de mayor rango. —Sus ojos se encontraron con los de Drinkwater, y este leyó en ellos la satisfacción de haber ganado un pequeño tanto a su enemigo.

—Oh, muy bien, señor Morris, puede usted quedarse al mando de los inválidos y tullidos. Los demás nos prepararemos para atrapar a Reynard en su guarida.

Drinkwater no se permitió pensar en las posibles consecuencias de dejar a Morris a cargo de la isla. Ya tenía la compañía de Dalziell; tal vez empezaría a ejercer su influencia sobre el conejito asustado de Bruilhac, o algo peor, sobre el convaleciente Quilhampton. También estaban los grumetes y, para mayor diversión, Catherine Best. A través de ella podría ganar cierta ventaja sobre Appleby, que también había jugado un papel importante en su caída en desgracia. Los malos presentimientos invadieron la mente de Drinkwater mientras luchaba por concentrarse en las palabras de Wrinch. Dalziell había estado extrañamente obediente desde la llegada a bordo del señor Morris. Drinkwater observó el rostro de Wrinch, sabiendo que compartía algunos de los gustos de Morris, aunque

con un grado menos perverso. Pero lo que le resultaba ofensivo en uno apenas tenía importancia en el otro, pues asociaba el pecadillo de Wrinch con su estilo de vida.

—Así pues, Nathaniel, observaremos los tres principios básicos de la guerra. En primer lugar, simplicidad de propósito; en segundo lugar, detalle en los preparativos (de ahí la *galabiya*, con la que veo que no se ha familiarizado aún); y en tercer lugar, la ventaja de la sorpresa en la ejecución.

Llegaron a Al Wejh al caer la noche y echaron el ancla. Bajaron un bote pequeño y Wrinch y Yusuf se dirigieron a tierra. Los hombres de Yusuf permanecían en grupo, fumando hachís, mientras Drinkwater informaba a los hombres del *Hellebore*, explicándoles con detalle lo que iba a ocurrir. Entre los hombres seleccionados para la empresa se encontraban Tregembo y Kellett, junto a la mayor parte de masteleros, el señor Trussel y un grupo de los mejores artilleros. También estaba allí el señor Rogers. Quilhampton había suplicado acompañarles, pero Drinkwater se lo había prohibido. En lugar de ello, había confiado un paquete de cartas al guardiamarina «por si se daban ciertas contingencias, que en aquel momento no se contemplaban».

Fue abajo y encontró a Griffiths durmiendo tranquilamente en una hamaca. En el momento del ataque final, esperaba que Griffiths permaneciera a bordo del *sambuk*, pues no sería de utilidad en ningún otro puesto, debilitado como estaba por la fiebre. Entretanto, Drinkwater se alegró de verlo dormir tan pacíficamente. Regresó a cubierta y se tumbó. Pero estaba inquieto y acabó incorporándose y apoyándose en la amurada mientras las estrellas giraban lentamente por encima de él, consciente de que los olores de Al Wejh eran increíblemente molestos. Pensó en Elizabeth y en su hijo; era curioso, pero no acabaría de creer que fuera suyo hasta que lo viera. Se preguntó si sería niño o niña, y cómo lo habría llamado Elizabeth. En la oscuridad susurró su nombre, en voz muy baja pero lo bastante fuerte para darle sustancia, para convencerse de que en algún lugar vivía realmente una dama que tenía aquel nombre

murmurado, y que la realidad no era Nathaniel Drinkwater sentado en la cubierta de un dhow y vestido de cuatrero árabe, sino una mujer de cabello castaño con un niño en brazos. Pensando así, se quedó dormido.

Lo despertó el sonido de un bote al chocar contra el costado. Wrinch había regresado, y levaron el ancla. En la calma de la noche, cuatro golpes de remo bastaron para acercar el dhow a la orilla, y pronto lo hubieron amarrado a un muelle de piedra. Tras abrir la bodega, tendieron las grandes velas latinas y se esforzaron por trasladar cuidadosamente los tres cañones de seis libras, sacarlos de la bodega y colocarlos sobre las carretas que aguardaban. Se hizo de día antes de que se hubiera ido el tercer cañón, seguido por el señor Trussel y sus artilleros, que partieron en una cuarta carreta con la pólvora y la munición.

Wrinch acudió a despedirse. Se dirigió a Griffiths, que todavía llevaba su enorme camisón.

—Todo está arreglado, Madoc. Llevaba el suficiente oro. Su artillería resultó muy convincente. Nathaniel conoce bien la naturaleza exacta de mis intenciones. Respecto a usted, Madoc, le ruego que no se haga el Quijote. Basta con que haya venido. Deje que Nathaniel dirija el ataque.

—Soy un oficial naval, no una colegiala asustadiza a la que hay que tranquilizar —gruñó Griffiths. En tono más suave, añadió—: Váyase ya. Envíenos la luz azul cuando esté listo, y no le defraudaremos. —Extendió la mano.

—Esperemos poder brindar por nuestro éxito con las provisiones del camarote del señor Santhonax dentro de muy poco. —Wrinch tendió la mano a Drinkwater.

—Buena suerte, Strangford. Espero que la voluntad de Alá esté con nuestra pequeña empresa.

Apenas había desaparecido Wrinch cuando los hombres del *Hellebore* se apelotonaron abajo y Yusuf ben Ibrahim puso orden entre su drogada tripulación. Sin problema aparente, el *sambuk* se dirigió al mar, y dos horas después de amanecer avanzaba rumbo al

norte por un mar centelleante. Sabiendo que por el momento era solo un pasajero, Drinkwater durmió como un niño.

A media mañana habían dejado la isla de Rayikhah a popa y viraron al nordeste hacia Ras Murabit. Empezaron a pescar al acercarse de nuevo a la orilla, y por la tarde se encontraron acompañados por otras dos embarcaciones nativas con la misma ocupación. Sobre las cuatro en punto, con las montañas del Hejaz bien definidas contra un cielo de un azul perfecto, y con la llanura costera baja y pálida todavía resplandeciendo por el calor, distinguieron la fragata, diminuta al principio pero creciendo a medida que se acercaban, acompañados por otros botes que regresaban al *sharm* de Al Mukhra tras un día de pesca. Al aproximarse pudieron ver que el barco estaba erguido, de cara al viento y con las vergas cruzadas. Las tareas de mantenimiento debían estar ya completadas, pues la fragata tenía toda la apariencia de estar lista para hacerse a la mar.

Cuando el viento amainó al anochecer, aminoraron la marcha. De nuevo, los hombres del *Hellebore* fueron enviados abajo, y solo se permitió quedarse en cubierta a los oficiales con vestimenta árabe. El comandante Griffiths se quedó, con aspecto pálido y agotado y los ojos fijos en la fragata enemiga.

El barco francés yacía en un *sharm* que formaba una entrada en la costa en forma de cuchara. Unos cuantos mangles enanos crecían junto a la playa, y pudieron ver las formas cuadradas de casas bajas de ladrillo agazapadas entre las palmeras. Al final del *sharm*, el cauce seco del río se adentraba en tierra, el *wadi* que usaría Wrinch para camuflar su propia llegada.

Sin ocultarse, y con el sol poniente marcando su silueta, el *sambuk* de Yusuf ben Ibrahim acompañó a los botes de Al Mukhra, y su tripulación intercambió comentarios a gritos sobre la escasez de pescado frente a Rayikhah, echando la culpa a la ira de Alá porque los infieles hubieran ocupado Egipto. Los hombres de Al Mukhra eran claramente de la misma opinión. Señalaron a la fragata francesa e

hicieron gestos obscenos. Sus mujeres, decían, estaban siendo contaminadas por los franceses paganos, que llevaban allí fondeados demasiado tiempo y que estaban siempre calientes como cabras con sus borracheras y sus juergas. Realmente Alá debía haber apartado el rostro de los fieles de Al Mukhra, que se encontraban entre los más desdichados de los hombres. Todo ello resultó perfectamente comprensible para Drinkwater, pues estuvo acompañado de gestos universalmente aceptados. Estaba claro que, aunque Santhonax podía haber comprado al jefe local con regalos y oro, la gente humilde que vivía allí no sentía ningún aprecio por los franceses.

Drinkwater trató de concentrarse en la ruta hasta el *sharm*, acumulando información para utilizarla más tarde, pero el lugar parecía bien escogido, pues la entrada era amplia y profunda, y Santhonax confiaba más en el miedo a los arrecifes que a su propia presencia. Drinkwater se descubrió pensando cada vez más en el propio Santhonax, y supo por intuición que aquello era lo que más preocupaba a Griffiths. El alto y atractivo francés, con su pálida cicatriz, al que habían perseguido por la costa arenosa de Holanda, parecía vinculado a ellos por un curioso destino. Drinkwater pensó en las extraordinarias circunstancias que los habían llevado a la tarde gris frente a Camperdown, cuando, en un yate holandés, lo habían hecho prisionero. Y también a su amante, la hermosa Hortense, de cabello caoba, que había engañado a las autoridades británicas durante meses, haciéndose pasar por exiliada en Inglaterra. Se preguntó qué habría sido de ella, si Santhonax sabría que él, Drinkwater, la había dejado escapar, soltándola en un bote frente a una playa francesa, como a una perra abandonada.

Sacudió la cabeza y sacó el catalejo de debajo de la túnica. Con cuidado de que el sol no se reflejara en la lente, lo dirigió a la fragata francesa. Media hora más tarde, habían anclado frente a la playa y se disponían a esperar a que cayera la noche.

La bodega del *sambuk* ofrecía un curioso espectáculo. Apretujados en el hediondo espacio, los hombres del *Hellebore*, con las caras ennegrecidas con hollín, se preparaban para la batalla. Los dos tenientes revisaron a los hombres y se dirigieron a popa, donde esperaba Griffiths, sentado en un rollo de cuerda. Apenas había hablado desde que zarparon del arrecife de Dédalo.

—Estamos listos, señor. Estoy casi seguro de que todavía no están armados del todo, su línea de flotación está demasiado alta y todavía hay un campamento muy grande en la orilla. Un bote se ha alejado justo después de que echáramos el ancla, pero ha regresado. Empieza a soplar la brisa de tierra, y solo necesitaremos un poco de vela para recorrer los dos cables que nos separan del enemigo.

—*Da iawn*, señor Drinkwater. Bien hecho. ¿De modo que querrá salir pronto?

—Sí, señor, dentro de un momento.

—¿Ha podido ver a nuestro amigo?

—¿Santhonax? No, señor.

—Muy bien, buena suerte —gruñó Griffiths—. Espero que Wrinch haya avisado a este moro de que no se mueva antes de ver la señal.

—Sí, señor. No creo que Yusuf se mueva sin una posibilidad clara de victoria. No es de la clase de hombres que se embarcan en causas pérdidas.

—Adelante, pues, *bach*, y tenga cuidado.

Drinkwater fue a cubierta. La pequeña balsa cabeceaba junto al costado, y Rogers esperaba para despedirlos. Yusuf ben Ibrahim también estaba en cubierta, fumando hachís con su tripulación de ojos extraviados. Había salido la luna creciente, un presagio muy apropiado, pensó Drinkwater mientras se la señalaba al árabe. Yusuf asintió con aire sagaz.

—*In'sh Allah* —suspiró con fervor, desenvainando un sable curvo de aspecto feroz que centelleó a la luz de las estrellas.

—Buena suerte, Drinkwater —dijo Rogers, ofreciéndole la mano —. Es un plan desesperado, pero si no lo conseguimos… —Dejó la frase sin acabar.

—Si no lo conseguimos, Samuel, todos podemos olvidarnos de tener un futuro próspero. —Nathaniel tomó la mano del hombre, buscando su rostro ennegrecido en la noche. Rogers estaba muy apaciguado desde el naufragio, y Drinkwater descubrió que sentía cierto aprecio por él por primera vez desde la partida de Inglaterra —. Buena suerte, Samuel.

Drinkwater descendió hasta el bote. Se situó en popa y vio que Kellett y Tregembo tomaban un remo cada uno. El tercer mastelero, llamado Barnes, se instaló en la proa. Drinkwater se quitó la *galabiya* mientras se apartaban del dhow y daban un amplio rodeo en torno a la popa de la fragata, que apuntaba a la orilla, cara a la brisa de tierra. Cuando hubieron llegado a la altura de la amura de estribor, empezaron a acercarse a ella en silencio y, tres cuartos de hora después de salir, Barnes pasó la cuerda de amarre del bote en torno al pesado cable de cáñamo de la fragata. Kellett y Tregembo metieron los remos en el bote, y los cuatro hombres permanecieron sentados en silencio bajo la proa y el mascarón del barco. Habían conseguido una sorpresa total. La perfección del plan dependía a partir de entonces de Wrinch.

Les llegaron unos sonidos débiles; el millar de crujidos de un barco en reposo, un fragmento silbado del *Ça ira* bruscamente interrumpido. Una carcajada ahogada y el tono bajo de la conversación les revelaron el lugar donde los hombres de guardia charlaban y jugaban a cartas. En una ocasión resonó una fuerte tos, y una gran expectoración fue seguida por un chapoteo en el agua cerca de ellos.

Los minutos se arrastraban, y un hombre acudió a proa para usar la letrina. Los cuatro hombres mantuvieron un silencio total bajo el arco de orina que cayó junto a ellos, acompañado por el suave canturreo del hombre del barco.

Cuando el hombre regresó a sus tareas, el cohete del señor Trussel se elevó en la noche y estalló sobre Al Mukhra con su ominoso resplandor azul.

Durante lo que pareció una eternidad, un silencio total recibió la aparición de aquel resplandor espectral; luego, sobre sus cabezas, el castillo de proa de la fragata se llenó de hombres. Se apelotonaron señalando a la orilla mientras Drinkwater hacía un gesto en dirección a Barnes. Acercaron más la balsa a la redonda proa de la fragata, destensando la larga cuerda de amarre hasta llegar al nivel del pescante. Tendrían que esperar a Griffiths y el *sambuk* para distraer la atención de los hombres del barco.

Drinkwater volvió su atención a tierra. Un destello y una explosión indicaron el lugar donde los cañones de seis libras del señor Trussel, sobre sus cureñas improvisadas, estaban entrando en acción. Los estampidos aumentaron la especulación y la inquietud en la cubierta de la fragata, y pudieron oír los gritos de jinetes árabes mezclados con los de los sorprendidos franceses y las órdenes de los oficiales. Unos movimientos entrevistos en torno a las hogueras, y en el castillo de proa encima de ellos alguien había empezado también a dar órdenes.

Una terrible explosión sacudió el aire, haciendo resonar los oídos de Drinkwater. La oleada de apestoso humo de pólvora que los envolvió les indicó que los de a bordo tenían al menos un cañón montado, una pieza de persecución en la proa, disparada más por el efecto que por otra cosa, pues era imposible saber dónde caían las balas. Dos minutos más tarde atronó de nuevo, y Drinkwater deseó haber traído un pañuelo para envolverlo en torno a sus orejas como estaban haciendo los marineros. Pero entonces les llegó otro grito. Un fuerte «*Qui vive?*» de alarma desde la crujía, y de repente el castillo de proa quedó vacío cuando los franceses se alejaron para repeler la amenaza del dhow que se acercaba.

—¡Ahora, muchachos! —La cautela ya no era necesaria. Con esfuerzo, Drinkwater saltó al pescante, quedó colgado por un instante y sintió que Tregembo lo empujaba hacia arriba. La balsa se

tambaleó peligrosamente bajo el mastelero, pero Drinkwater trepó hasta alcanzar los hediondos enjaretados de las letrinas, donde se cubrió de más porquería. Se limpió las manos en el barbiquejo del bauprés mientras sus hombres se reunían con él, y luego pasaron por encima de la barandilla hasta el castillo de proa, a la sazón desierto.

—¿Está bien el bote?

—Sí, señor —repuso Tregembo con tono ofendido. Tregembo había estado ofendido desde el día en que Drinkwater lo había dejado atrás en Kosseir, pero ello tenía poca importancia en aquel momento.

Al rodear el palo trinquete pudieron ver toda la crujía, llenándose de hombres procedentes de la cubierta inferior. Los mástiles del *sambuk* eran visibles junto al costado, y Drinkwater pudo ver a varios hombres del *Hellebore* en cubierta. El teniente Rogers estaba allí, manejando el sable, con una mano agarrada a un obenque del palo mayor. Vio las formas bajas de las carronadas del alcázar, y luego más hombres en la barandilla, británicos y árabes. Drinkwater reconoció a Yusuf y su terrible cimitarra.

—¡Arriba! —gritó a los hombres que lo seguían y se lanzó al cordaje de babor del palo trinquete. Sintió que Tregembo lo seguía; Barnes y Kellett se dirigieron al lado opuesto. Drinkwater miró abajo una vez. Pudo ver el *sambuk*, con la cubierta vacía. La crujía de la fragata era una masa de cuerpos empujando, de hojas de espada centelleando y de chispazos amarillos de fuego de pistola. Entonces, mientras se deslizaba hacia abajo hasta las ligazones, oyó, por encima de los gruñidos, blasfemias y gritos de los hombres de abajo el estampido de un cañón y los aterradores chillidos de los jinetes árabes mientras diezmaban el campamento francés al extremo del *sharm*.

Drinkwater alcanzó la verga de la gavia y avanzó por el marchapié. Buscó el cuchillo de marinero junto al acollador y empezó a cortar los nudos. Tras haber hecho lo mismo, Tregembo se ocupó de cortar los brioles y palanquines. En pesados pliegues, y

moviéndose gradualmente hacia abajo, la enorme gavia cayó de su posición arriada y quedó aplastada contra el mástil, orientada hacia atrás.

En el otro peñol, Kellett y Barnes completaron su parte de la tarea. En pocos minutos estuvieron en la cofa. Kellett y Tregembo se adelantaron por la verga, cortando las cuerdas de sus tensores y fijando los puños de escota a los aparejos. Asegurada la vela, los cuatro hombres bajaron a cubierta. En la crujía, el combate proseguía con la misma intensidad.

—¡Abajo, muchachos! —espetó, empujándolos hacia el tambucho delantero. Bajaron a la batería. Estaba desierta, y a la débil luz de la linterna del tambucho trasero, a sesenta pies en dirección a popa, pudieron ver los seis cañones montados. Las cureñas vacías en las portas restantes a lo largo de la cubierta y el desordenado montón de cuerdas, poleas, aparejos, palancas y filástica revelaba que el siguiente iba a ser un día ocupado.

—Bastardos descuidados —opinó Barnes mientras seguía a Drinkwater hasta donde el teniente había empezado ya a trabajar en el cable.

—No corte demasiado, Barnes —dijo Drinkwater—, soportará mucho peso con la gavia del revés. No ha de romperse antes de que estemos listos.

Drinkwater corrió a popa seguido por Tregembo y Kellett. Resultaba obvio por qué habían retirado las redes de abordaje. La molestia que hubieran causado al izar los cañones se habría combinado con la sensación de seguridad de Santhonax para persuadirlo de que no eran necesarias. Además, con un solo día de trabajo más, la fragata habría estado lista para hacerse a la mar y desafiar a cualquier otra embarcación del mar Rojo. Habían llegado justo a tiempo. Por encima de sus cabezas continuaba el combate en la cubierta, un montón de hombres que arrastraban los pies, pateaban y gritaban. Las piernas y cinturas de varios franceses por debajo del nivel de la cubierta estaban tentadoramente expuestas, pero los tres hombres ignoraron aquellos vulnerables traseros.

Drinkwater se dirigió a la batería inferior. Se oyó un grito ahogado procedente de las densas sombras, y Drinkwater cogió la única linterna permitida cerca del tambucho después de oscurecer. Levantándola por delante de él, continuó hacia popa. Encontraron las cuerdas del timón junto al sollado de los cadetes. Repentinamente, la mente se le inundó de recuerdos del agujero infernal a bordo del *Cyclops*. Temía encontrarse con las cuerdas del timón todavía sin instalar, pero no, Santhonax había tenido la amabilidad de colocar cuerdas nuevas.

Las cortaron junto al motón principal que conectaba con la cubierta y arrastraron la caña hacia estribor, obligando al timón a desplazarse a babor.

—¡Ustedes dos, quédense aquí! —Dejando la linterna con Kellett y Tregembo, Drinkwater corrió hacia delante hasta la batería, alcanzando finalmente a Barnes tras abrirse camino por entre un montón de franceses heridos que se tambaleaban tropezando con el cordaje.

—¡Corte el maldito cable, Barnes!

—¡A la orden, señor!

Drinkwater alcanzó la cubierta superior por el tambucho delantero, y allí tropezó con más franceses. Desenvainó el machete y gritó, repartiendo estocadas salvajes a derecha e izquierda. Los hombres se separaron ante él como mantequilla, y se dio cuenta de que los últimos restos de resistencia francesa se estaban desmoronando. Contra Griffiths, Rogers y su cuarentena de hombres, los franceses tenían una guardia de ancla de treinta y seis marineros al mando de un teniente. El oficial yacía mortalmente herido, tras haber rendido su espada al comandante Griffiths. Este jadeaba por el esfuerzo, con el cabello blanco pegado a la cabeza por el sudor y la hoja de la espada teñida de oscuro. Detrás de Griffiths estaba Yusuf ben Ibrahim, con los brazos cruzados como el guardián de un harén, y sus hombres lo rodeaban retando a los sorprendidos franceses a levantar un dedo contra sus conquistadores mientras su fragata era saqueada.

Barnes gritó triunfalmente cuando el cable se partió.

—¡Drizas de la gavia! —gritó Drinkwater—. ¡A las brazas!

Los hombres previamente asignados corrieron a las cabillas.

La gavia se elevó en la noche, con el briol pegado al trinquete. Miró por la borda. La fragata se movía hacia atrás.

—¡Señor Rogers, asegure a los prisioneros! —ordenó Griffiths.

—Tenemos cortadas las cuerdas del timón y hombres controlándolo, señor. En cuanto este grupo esté controlado las empalmaré; entretanto, nos movemos hacia atrás, con hombres en las brazas delanteras —informó Drinkwater.

—*Da iawn*. ¡Los de la cubierta delantera! ¡Brazas de babor! —La proa de la fragata giró lentamente a estribor mientras cogía velocidad hacia atrás. Las vergas giraron hacia las jaretas, y el barco aumentó la velocidad del viraje. Ya podían ver desde el costado el fragor y las llamas de la batalla en tierra. La relinga de barlovento de la gavia revoloteaba con fuerza.

—¡Suelten y tiren! —gritó Griffiths, y luego añadió, volviéndose hacia Drinkwater y en voz más baja—: Muy bien, arregle el timón y devuelva la gobernabilidad al barco.

Drinkwater corrió abajo y ordenó a Tregembo y Kellett que tiraran de la enorme caña del timón hasta el otro extremo, y luego dirigió el recorte y fijación de las cuerdas. Entretanto, situó a varios hombres en cadena para pasar órdenes. Con la verga de la gavia fijada, la fragata quedó mirando al mar.

—¿Tiene la luz azul, señor Rogers?

Encontraron el cohete, todavía en el *sambuk* que cabeceaba y rechinaba contra el costado. Lo apoyaron en el coronamiento, y tras ciertas dificultades, finalmente lo encendieron. Se elevó siseando, estalló con un resplandor azul por encima del *sharm*, y fue respondido con un segundo cohete que se elevó desde las manos del señor Trussel en algún lugar de la orilla.

—Así que por eso llaman al artillero «el de las luces azules» —bromeó Rogers con animación, y Drinkwater soltó una risita, dirigiéndose a la brújula para vigilar el pilotaje. Toda había salido

bien, realmente muy bien. Vio que los franceses habían sido congregados en la proa, y que habían dado la vuelta a una de las carronadas del alcázar para vigilarlos. El mastelero Barnes estaba sentado sobre la pieza con aire negligente, con una mecha lenta en la mano mientras se hurgaba la nariz con la otra. Tregembo también montaba guardia, observando a Yusuf ben Ibrahim con evidente desconfianza.

Drinkwater limpió su espada y la envainó dirigiéndose a popa para reunirse con Griffiths.

—Enhorabuena, señor.

—Gracias, Nathaniel. Su grupo ha cumplido su parte a la perfección.

—Gracias, señor… —Iba a añadir algo pero se alarmó súbitamente al ver la expresión de Griffiths.

—¡Detrás de usted, *bach*!

Dando la vuelta vio a un hombre en pie en la barandilla, a unos seis pies de él. Cuando chispeó la pistola que llevaba en la mano, Drinkwater vio quién era. El resplandor de la llave de chispa iluminó por un instante los rasgos de Edouard Santhonax, desfigurados por la furia y la sorpresa.

Capítulo 16

Septiembre de 1799

El precio del almirantazgo

Resultó sumamente irónico que la astuta inteligencia de Santhonax fuera la responsable de salvar la vida de Drinkwater. Pues el brillante oficial, siempre rápido en sus reacciones, reconoció instantáneamente a Nathaniel Drinkwater, incluso en la oscuridad. Y el segundo de distracción antes de descargar su pistola le hizo errar el tiro. Cuando se encendió la llave de chispa, Drinkwater levantó el brazo izquierdo para cubrirse el rostro, y la bala pasó a una pulgada de distancia de sus costillas.

—*Vous!* —aulló el francés furioso, arrojando la pistola a un lado y saltando a la cubierta para desenvainar la espada. El arma de Drinkwater salió de su vaina. Otras figuras aparecieron en la barandilla por detrás de Santhonax. Delante hubo movimientos amenazadores cuando el grupo de franceses reconoció a su comandante. Drinkwater oyó la voz de Griffiths tranquilizando a los hombres del timón mientras él y Santhonax giraban cautelosamente uno en torno al otro.

De repente rugió la carronada cuando los franceses capturados se abalanzaron hacia popa. Barnes había aplicado la mecha y, mientras varios caían chillando en la cubierta, Drinkwater sintió el raspar del acero contra acero. Yusuf ben Ibrahim estaba junto a él,

avanzando hacia los tres oficiales y la media docena de marineros armados que habían abordado el barco con Santhonax.

Percibió una figura de cabello blanco en su otro flanco, y una pistola extendida hacia Santhonax. Entonces Drinkwater paró salvajemente una estocada de Santhonax, atacando y respondiendo mientras la vibrante cimitarra de Yusuf se movía sin piedad a su derecha. No supo qué ocurría, pero de repente Santhonax cayó hacia atrás, contra la barandilla, con la espada colgando inútilmente de su martingala y apretándose el hombro con la mano izquierda. Drinkwater se volvió a tiempo para ver que Griffiths también caía, con una mancha oscura en el pecho. A seis pies de él, un oficial francés todavía tenía una pistola humeante en la mano. Privado de Santhonax, y presa de una fría sed de sangre, Drinkwater se volvió a la izquierda, con su espada francesa en la mano. La hoja mordió el hombro del oficial, golpeando clavícula y costillas y abriéndole una enorme y sangrienta herida en el pecho. Drinkwater siguió usando la hoja salvajemente; a su alrededor, más hombres se habían echado sobre el grupo de Santhonax. La batalla iba a convertirse en masacre, pues en su fuero interno sabía ya que Griffiths estaba muriendo. Pero en aquel momento su conocimiento se limitaba a la necesidad de usar la espada, y su aumento de la presión sobre el arma consiguió atravesar las costillas del oficial, que cayó destripado, con los músculos del estómago desgarrados.

Drinkwater levantó la vista de su acto de venganza viendo a Yusuf ben Ibrahim tendido sobre el maderamen, con la cabeza y el pecho abiertos por las espadas de tres franceses, hombres que pronto sucumbieron a la superioridad numérica de los seguidores de Ben Ibrahim. Todo el incidente había durado unos cinco minutos, cinco minutos durante los cuales se habían reparado las cuerdas cortadas del timón y la fragata había empezado a alejarse de tierra, conducida desde la rueda.

—*Attendez votre capitaine!* —espetó Drinkwater a uno de los acobardados franceses, y se volvió para averiguar el alcance de las heridas de Griffiths.

Tregembo ya había aflojado la camisa del comandante, y encontraron el agujero encima del corazón. De la boca del anciano brotaba una sangre oscura, y tenía que hacer enormes esfuerzos para respirar. A duras penas consiguieron apoyarlo en la culata de una carronada. Rogers se acercó.

—¿Está mal?

Drinkwater asintió.

—¿Qué rumbo desea, Nathaniel?

—Oeste, directamente al oeste. Icen la gavia mayor y luego la del estay del trinquete… y, por el amor de Dios, llévense abajo a esos malditos gabachos.

—No han quedado muchos después de que Barnes los mandara al infierno. —Rogers se alejó a toda prisa y comprobó el rumbo; luego llamó a todos los hombres a reunirse al pie del palo mayor. Drinkwater se volvió de nuevo a Griffiths. Los ojos del anciano estaban muy abiertos, y sus labios formaron la palabra «¿Santhonax?».

Drinkwater echó una ojeada al capitán francés. Todavía seguía inconsciente, contra las amuradas. Drinkwater sacudió la cabeza en dirección al herido.

—Tregembo, prepárese para vigilar a ese hombre cuando recobre el sentido.

—¿Es el capitán que capturamos una vez, señor?

Drinkwater asintió, exhausto.

—Hágalo, Tregembo. —Llamó pidiendo agua pero Griffiths solo se atragantó con ella, apartándola débilmente a un lado.

—Es inútil, *annwyl* —susurró con un esfuerzo—, es demasiado tarde para todo eso… he cumplido con mi deber…

Uno de los marineros se acercó con una capa que habían encontrado abajo y colocaron a Griffiths en una posición más confortable, pero al moverlo escupió más sangre. Había vuelto a cerrar los ojos, y chorreaba de sudor como una esponja empapada en agua.

Nathaniel le pasó un brazo alrededor de los hombros, levantándolo para aliviarle la tensión en los músculos del pecho. Sintió el paroxismo final cuando Griffiths se atragantó, ahogándose en su propia sangre, y se dio cuenta de que la voluntad de vivir lo abandonaba al fin. Griffiths abrió los ojos una vez más. En la oscuridad, eran como agujeros negros en la palidez de su rostro, agujeros negros que perdieron gradualmente su intensidad, y que finalmente no fueron más que marcas en la penumbra.

Recogieron al señor Trussel y sus hombres en Al Wejh aquella tarde. Cuando Wrinch se reunió con ellos, la fragata estaba totalmente controlada. Los franceses habían sido obligados a asegurar la batería y almacenar los aparejos sueltos, mientras arriba reparaban las cuerdas cortadas. Trussel pasó los ojos por la fragata con cómica alegría.

—¡Hemos mejorado mucho, señor Drinkwater!

—Desde luego, señor Trussel —dijo Drinkwater gravemente—. Y hemos pagado un precio muy alto perdiendo al capitán.

—Le ruego que me perdone, señor. No tenía ni idea…

—No importa, señor Trussel. ¿Y sus cañones?

La nube que había aparecido en el arrugado rostro se intensificó.

—Todos destruidos, señor, todas mis preciosidades destruidas, pero supongo que aquí tendremos con qué reemplazarlas.

—No, solo estamos armados *en flûte*, señor Trussel, con estas carronadas y media docena de cañones de batería principal abajo. Los gabachos los tenían todos en tierra. Pero ¿y los suyos? ¿Qué pasó con los cañones de seis libras del *Hellebore*?

—Esas malditas carretas árabes se han roto después de media docena de descargas, aunque las hemos empleado como artillería de campo. —Interrumpió la explicación, recordando las circunstancias en que se encontraban—. He dejado a mis bellezas en el desierto, señor, y bastante lo lamento.

—Muy bien, señor Trussel. —Drinkwater bajó la voz—. Encontrará una botella de clarete en el camarote principal. Úselo con prudencia.

Los ojos de Trussel brillaron de alegría. Drinkwater volvió su atención a Wrinch.

—Un momento, señor Wrinch, si me hace el favor. ¡Los de proa! ¡A las brazas! ¡Todo a estribor, rumbo oeste noroeste!

—Rumbo oeste noroeste, a la orden, señor.

Fijaron las vergas y subieron más lona, izando las gavias y bajando la vela del trinquete. La fragata se deslizó por el agua cada vez más aprisa. Aquello hubiera debido dar a Drinkwater una sensación de triunfo completo. Se volvió a Wrinch.

—Quise informar a Griffiths y… Lo siento. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha recibido un balazo en los pulmones. Trataba de salvarme de Santhonax.

—¿Han capturado a ese francés, entonces?

—Sí —asintió Drinkwater—. Griffiths le ha disparado y le ha destrozado el hombro. Está muy débil, pero vive. Nos había perseguido en un bote. Nos ha abordado cuando ya habíamos tomado el barco. Ben Ibrahim ha muerto en la pelea.

—Lo sé, me lo han dicho sus hombres.

—¿Y qué hay de su parte? El plan ha funcionado a la perfección.

Wrinch consiguió reír secamente.

—Bueno, casi; pero los cañones nos daban más miedo a nosotros que al enemigo, aunque los estampidos en la oscuridad han sembrado la confusión que esperábamos. Los dos jefes a cuyos jinetes comandaba tenían un asunto pendiente con el hombre a quien Santhonax había comprado para protegerlo en Al Mukhra. Cuando les ofrecí oro, cañones y la distracción que ustedes podrían proporcionar, les resultó más tentador que un par de pura sangres. Aunque los malditos cañones nos costaron mucho trabajo, conseguimos tenerlos en posición sin que los franceses se enteraran. El viaje había castigado mucho a las carretas, que se han hecho pedazos, pero dudo que, pese al excelente manejo del señor Trussel, hubieran durado mucho más tiempo. Pero mi caballería ha estado

soberbia. Nunca ha visto a los jinetes árabes, ¿verdad? Son fluidos y móviles como la misma arena. Los franceses han salido de las miserables tiendas y cabañas en que estaban alojados, y los hemos perseguido entre los arbustos… —Hizo una pausa, al parecer sin acordarse de su amigo muerto, reviviendo el momento de pura excitación como un hombre disfrutando de un recuerdo apasionante. Drinkwater recordó la sensación de pánico que se había apoderado de los hombres del *Cyclops* al verse atrapados en tierra por la caballería enemiga.

—Hemos perdido a cuatro hombres, Nathaniel, cuatro hombres que ahora están con Alá en el paraíso. Dios sabe a cuántos habremos matado. No queda un solo francés vivo en el *wadi* de Al Mukhra.

En la mirada de Wrinch había un brillo extraño y despiadado mientras describía la masacre de un enemigo derrotado como la purga de la tierra sagrada del Hejaz después de su profanación por el infiel. Drinkwater comprendió que Wrinch era un creyente de la única fe verdadera. El Islam y el patriotismo eran lo que mantenía a aquel extraño hombre en su exilio autoimpuesto entre los jinetes salvajes y su barbarie extrañamente civilizada. Mientras escuchaba, se le ocurrió que su propia vida estaba llena de paradojas y anomalías: brutalidad y honor, muerte y deber. Como para enfatizar aquellas inquietantes contradicciones, Wrinch terminó con un toque de compasión.

—¿Quiere que me ocupe de ese Santhonax?

—Si me hace el favor —asintió Drinkwater—. Ojalá hubiera estado aquí antes, para que sus habilidades hubieran servido de algo a Griffiths.

—La muerte, mi querido Nathaniel —dijo Wrinch, apoyando la mano familiarmente en el hombro de Drinkwater—, es el precio del Almirantazgo.

Capítulo 17

Septiembre-octubre de 1799

Un cúmulo de circunstancias

Drinkwater miró a popa, donde el arrecife de Dédalo formaba una pequeña mancha en el horizonte. Se sentía vacío y sin emoción tras la pérdida de Griffiths, consciente de que el impacto llegaría más tarde. Lo habían enterrado entre las raíces de la hierba baja de la isla, a pocas yardas del cascarón quemado de su bergantín. Durante el breve funeral, varios hombres habían llorado abiertamente. Era una circunstancia curiosa, pensó Drinkwater, considerando que él mismo, que había sido el más cercano a Griffiths de toda la dotación, apenas podía sentir nada. Catherine Best también había llorado, y fue el hombro de Appleby el que la consoló.

Drinkwater suspiró. La mancha del horizonte había desaparecido. Griffiths y el *Hellebore* habían abandonado el presente para entrar en el pasado. Aquel cambio, pese a lo abrupto y cruel que resultaba, formaba parte de la vida en el mar. El Señor daba y quitaba, tan seguro como que el día seguía a la noche, pensó Drinkwater mientras se volvía hacia proa y recorría la espaciosa cubierta de la fragata. El viento cambiaba y uno tiraba de las brazas; así eran las cosas, y detrás de Griffiths había llegado Morris.

Habían tardado dos días en embarcar las provisiones del arrecife de Dédalo, dos días de duro trabajo y de hacer sudar a los hombres sin cesar, de maniobrar con la gran fragata, todavía poco familiar,

mientras manejaban los botes, llenos de barriles y bultos, y los izaban a bordo. La escasez de su número había resultado muy patente, y los oficiales se habían quitado las casacas para trabajar codo a codo con los hombres.

Morris había asumido el mando debido a su rango superior. Era un hecho indiscutible. Drinkwater no estaba resentido, aunque maldecía su mala suerte. Aquello era algo que les ocurría diariamente a los oficiales navales, pero tenía la esperanza de que Morris regresara a su propio barco en Moca.

Drinkwater se consoló con su trabajo, pues había mucho que hacer. Mientras paseaba arriba y abajo, el sol de poniente iluminó el lado de estribor de la fragata, haciendo brillar la madera. Era un hermoso barco, cuyo nombre, según habían descubierto por fin, era *Antigone*. Era idéntico al *Pomone*, capturado por la escuadra de fragatas de sir John Warren en la batalla del día de San Jorge de 1794. Aunque solo tenía montados seis de los cañones grandes, las carronadas del castillo de proa y del alcázar estaban en su sitio, al igual que unos cuantos torniquetes instalados a lo largo de los portalones. Todo con lo que podían contar era con los restos de la tripulación del bergantín.

Drinkwater se agarró las manos a la espalda, irguió los hombros y miró arriba, a las pirámides de vela enrojecidas por el ocaso. Sin duda, el barco sería adquirido para el servicio. Todo lo que tenían que hacer era llevarlo a Inglaterra de una pieza. Inevitablemente, su mente pasó a pensar en el dinero de la captura. Debería sacar un buen beneficio de la venta de un barco tan espléndido. Y Griffiths podría… Se contuvo. Griffiths estaba muerto. Mientras el sol desaparecía y un destello verde se elevaba brevemente en el horizonte, Drinkwater añoró de repente a Madoc Griffiths.

La travesía hasta Moca en el barco extraño, tan grande después del *Hellebore*, tuvo un efecto curioso. Como si aquella comunidad compacta que había encajado tan bien a la hora de manejar el

bergantín se encontrara en un espacio demasiado grande, sujeta de repente a nuevas influencias. El cambio de mando, con la naturaleza del carácter de Morris convertida ya en un hecho conocido por todos, sirvió para minar la disciplina. Los hombres obedecían las órdenes de su nuevo comandante con una perceptible falta de entusiasmo, mostrando una preferencia obvia por Drinkwater. La presencia a bordo de Santhonax y Bruilhac también era inquietante, aunque uno estaba todavía debilitado por su herida y el otro demasiado aterrado para ser una amenaza.

Pero fue Morris quien ejerció la influencia más siniestra sobre ellos, como era su prerrogativa. Dos días después de zarpar del arrecife, el viento había arreciado y Rogers hizo recoger los juanetes. Morris había subido a cubierta. Durante la maniobra, un palanquín se había enganchado en un motón, como resultado del descuido provocado por tener que hacer un trabajo tan pesado a toda velocidad y con un número tan reducido de hombres. Rogers había cubierto de insultos al cabo del mastelero mientras la vela se agitaba, azotando la verga y haciendo temblar el mástil.

—¡Tome el nombre de ese marinero, señor Rogers! ¡Por Dios que lo haré chillar llamando a su madre! —Morris acudió a proa temblando de rabia y apestando a ron—. ¿Dónde está el primer oficial? ¡Llamen al primer oficial!

Un Dalziell burlón acompañó apresuradamente a Drinkwater hasta donde se encontraba el enfurecido Morris. La cuerda había sido desenredada, y los masteleros estaban ya trabajando en la verga, asegurando la vela.

—¿Señor? —dijo Drinkwater llevándose la mano al sombrero ante el comandante en funciones.

—¿Qué diablos ha hecho con estos hombres, señor Drinkwater? ¿Eh? ¡Los malditos torpes no saben ni recoger un maldito juanete sin estropear los aparejos! —Morris lo miró fijamente—. ¿Qué me dice, eh? ¿Qué me dice?

Drinkwater miró a Rogers y luego hacia arriba.

—Supongo que aún no se han familiarizado con los aparejos, señor, yo… —Se detuvo al ver el brillo de triunfo en los ojos de Morris.

—En ese caso, señor Drinkwater, llame a todos los hombres y adiéstrelos. ¡Los de arriba! ¡Suelten! ¡Suelten! —Se volvió a Rogers —. Ahí los tiene, señor mío, que lo vuelvan a quitar, a desplegar correctamente y a plegarlo de nuevo. ¡Y esta vez háganlo correctamente, malditos sean!

Morris se dirigió abajo y Rogers miró a Drinkwater. Rogers también tenía muy mal genio, y estaba claro que le costaba contenerse.

—Tranquilo, Samuel —dijo Drinkwater en voz baja—. Es el teniente más antiguo…

Rogers resopló.

—Y una antigüedad de dos semanas basta para colgar a un hombre… ya lo sé. —Se volvió y gritó a los hombres del combés—: ¡Una vuelta más a las brazas de sotavento, malditos inútiles, o sentirán el chasquido del látigo!

Solo fue un incidente trivial como los que ocurrían cada día en muchos barcos, pero tuvo su secuela abajo cuando Drinkwater fue llamado al gran camarote que hasta entonces había ocupado Edouard Santhonax. A la sazón apestaba a ron y Morris estaba desparramado en una silla, con la camisa abierta y un vaso en la mano.

—Quiero que todo se haga correctamente, Drinkwater. Ahora estoy al mando, y por Dios que he esperado esto durante mucho tiempo. Demasiadas veces usted y los de su calaña me han quitado lo que es mío, y no voy a tolerar ni la menor torpeza en las maniobras. Intente perjudicar mis posibilidades de confirmación en Moca, Drinkwater, y lo arruinaré…

—Señor, si cree usted que deliberadamente…

—Cállese y obedezca las órdenes. No trate de hacerse el listo o el inocente, porque por Dios que esta vez no se saldrá con la suya. Si

me lleva la contraria en lo más mínimo, me vengaré de usted. ¡Ahora váyase!

Drinkwater salió y evitó la compañía de Appleby y Wrinch durante aquella tarde para pensar en su situación.

—Muy bien, mi querido Wrinch, un episodio brillante se mire como se mire, y la pérdida del *Hellebore* queda más que compensada por la adquisición de una fragata tan hermosa como la *Antigone*. Lástima que el *Daedalus* y el *Fox* dejaran al bergantín *Annette* tan maltrecho que ya no sirve ni para leña, ¿eh? —Blankett resopló, refiriéndose a la captura de la tercera embarcación de la escuadra de Santhonax, llevada a cabo por las dos fragatas en su ruta hacia el sur.

—Creo que la fragata es mucho mejor, Su Excelencia —dijo Wrinch secamente. El almirante Blankett se secó los labios y eructó discretamente detrás de la servilleta.

—Un final bastante irónico, ¿no cree? Considerando que el *Hellebore* no estaba bajo mi mando… Supongo que puedo decir que en este asunto estaba actuando bajo mis órdenes, aunque usted se excedió en su autoridad cuando lo envió al mar.

Wrinch se limitó a sonreír mientras el almirante sopesaba la impertinencia del agente contra los beneficios que podía obtener de la situación. Pareció tomar una decisión.

—Bien, su maldito comandante ha muerto, y parece que le debo un favor a ese presumido de Nelson después de todo, ¿eh?

Wrinch asintió.

—El poder francés ya no es un factor a tener en cuenta en el mar Rojo, señor.

—¿Qué consiguió sacarle a ese maldito Santhonax? —preguntó el almirante, recordando sus deberes junto al hecho de que Wrinch había interrogado al oficial francés.

—Se mostró muy franco. No tenía opción, pues habíamos capturado todos sus papeles. Tenía que llevar una división a la India

durante este año. Luego Bonaparte invadió Siria, Murad Bey atrapó a Desaix en el Alto Egipto, y le ordenaron esperar. Decidió carenar en la costa del Hejaz, como sabemos, y estaba en el proceso de reunir a su escuadrón antes de venir a por Su Excelencia. De haber llegado nosotros dos días más tarde, podía haber logrado su propósito. Después de todo, había tomado Kosseir, y el intento de Ball de desalojar a sus hombres fracasó estrepitosamente, según creo… —Wrinch no continuó, sabiendo que al almirante le habían presentado el asunto de Kosseir de un modo bastante más favorable.

—Ajá. Bueno, nuestros esfuerzos nos han conseguido una hermosa presa, ¿eh, Strangford? —Wrinch volvió a sonreír. El almirante recibiría una buena cantidad de dinero por las capturas, pese a la pérdida del *Annette*. Percibiría una octava parte del valor del *Antigone* si este era adquirido por la Armada Real.

—Lo mejor será llevar al *Antigone* a Inglaterra sin demora, ¿eh? —Wrinch inclinó la cabeza en señal de acuerdo—. Y daremos a esos árabes algo más de lo que usted ha pedido, son famosos por su rapacidad. —El almirante sonrió como un niño travieso—. Usted y yo nos partiremos la diferencia, ¿qué le parece?

Wrinch se encogió de hombros, como si se sintiera impotente.

—Lo que usted diga, Su Excelencia.

—Bien. —Blankett parecía complacido, y Wrinch pensó que con razón. Sin moverse de su fondeadero en Moca, se había enriquecido considerablemente con la captura del *Antigone* y el desfalco de dinero público que oficialmente serviría para gastos. Además, sus subordinados habían eliminado toda amenaza de una expansión francesa hacia la India y, al menos a juzgar por la versión del capitán Lidgbird Ball, su escuadra había tomado parte en un meritorio bombardeo de Kosseir. Que la importancia de todo ello se debiera más a la captura de Santhonax y su barco que a las seis mil balas recogidas por los franceses en la costa no tenía ninguna importancia para el almirante. Mientras tenían lugar aquellos episodios, él había estado disfrutando del voluptuoso placer de dos mujeres

complacientes. En general, la situación de Blankett era plenamente satisfactoria.

—¿A quién designará para llevar la presa a Inglaterra, señor? —inquirió Wrinch.

El almirante arrugó el rostro.

—Bien, está ese joven cómo se llame destinado a Bombay al que se debe un ascenso, pero creo que uno de mis propios oficiales… er, Grace, el comandante del *Hotspur*, podría ser destinado a ese barco; pero ¿no se encuentra *en flûte*?

—Solo tiene seis cañones grandes montados, señor —asintió Wrinch.

—Hum, dudo que Grace me lo agradeciera si lo enviaba a un barco diana para cualquier crucero gabacho… —Blankett se frotó la barbilla rasposa que sonó en el aire inmóvil y cálido—. No, daremos un ascenso a comandante a algún teniente que lo merezca. Si pierde la presa de camino a Inglaterra, habrá un indigente menos en la lista de la Armada. Bien, déjeme ver…

—¿No debería recaer el honor en el oficial cuyos esfuerzos capturaron la presa? ¿No es esa la tradición?

Blankett rechazó la idea con un gesto.

—Bueno, es la tradición, desde luego, pero a veces hay que hacer algo por los amigos… usted lo sabe bien, Strangford.

—Cierto, señor, pero yo creo —dijo Wrinch, poniendo algo de énfasis en el pronombre personal para indicar que era una persona de cierta influencia—, que el oficial que más lo merece es Drinkwater. Sus esfuerzos han sido considerables. —Wrinch miró al almirante a los ojos—. Estoy seguro de que estará usted de acuerdo conmigo, señor, y de que ahora que Griffiths ha muerto, veremos las cosas del mismo modo. —La voz de Wrinch tenía un tono acerado que pasó bruscamente a uno de complicidad—. Igual que hemos estado de acuerdo en tantas cosas últimamente; su alojamiento en mi casa con todas las comodidades, el asunto del pago a mis amigos árabes de Al Wejh… —Se interrumpió para permitir que el significado de sus palabras quedara claro.

Pero Blankett no quedó convencido y se encogió de hombros.

—Tal vez, Strangford, pero el señor Morris es un buen candidato, tiene cierta influencia con los lores, aunque no sé por qué todavía es teniente. Lo consultaré con Ball. En cualquier caso, tengo que abrir una investigación sobre la pérdida del *Hellebore*, con más motivo ahora que Sus Señorías no dejan de gritar pidiendo su rápido regreso.

El tribunal se reunió a bordo del *Leopard* el primero de octubre de 1799 bajo la presidencia del vicealmirante. Los miembros del tribunal eran el capitán Surridge del *Leopard*, Ball y Stuart del *Daedalus* y el *Fox*, y el comandante Grace del *Hotspur*, el balandro que había traído a Morris de Inglaterra.

En su capacidad de agente consular británico, Strangford Wrinch, que tenía ciertos conocimientos legales, desempeñaba el papel de abogado asesor. Se había vestido con ropa europea para la ocasión.

En ausencia de su comandante, Drinkwater fue llamado en primer lugar. Se leyó su declaración sobre la pérdida del bergantín. En ella destacaba sus propios recelos respecto a la exactitud de la posición que habían calculado. La declaración fue seguida por la del señor Lestock, un documento cauteloso y prolijo que decía mucho del carácter del señor Lestock y muy poco de sus habilidades. Provocó un comentario *sotto voce* del almirante, según el cual el piloto de derrota se parecía mucho a «su maldito tocayo», refiriéndose a cierto almirante Lestock que no había acudido en apoyo de su superior durante una batalla medio siglo atrás.

A continuación leyeron la declaración de Rogers ante los miembros del tribunal, que para entonces empezaban a encontrar excesivo el calor en el camarote del *Leopard*, abarrotado como estaba con tantos oficiales vestidos con sus casacas de paño azul. Llamaron a Rogers al estrado.

—Bien, señor, er…

—Rogers, señor.

—… Rogers —dijo el almirante, que llevaba la peluca torcida sobre su rostro sofocado—. Este no es un delito capital, pero parece que usted dio muchas cosas por sentadas, ¿eh?

A cada lado del almirante, tres capitanes y el comandante asintieron con aire sagaz, como si los hombres de su importancia nunca cometieran errores de juicio.

—No se puede atribuir a la «mala fortuna» que hubiera rompientes sobre un arrecife, ¿verdad, señor mío? Que me cuelguen, ¿dónde esperaba encontrarlas si no? Si se hubiera puesto al pairo para encontrar doscientas brazas, aunque eso lo hubiera convertido en el hazmerreír de toda la escuadra, nadie podría criticarlo. Ciertamente, hubiera tenido más sentido.

Drinkwater observó que el color ascendía a las mejillas de Rogers y sintió compasión por él. Sabía que la pérdida del bergantín había supuesto un gran golpe para Rogers. Había servido para convertir sus aires de suficiencia en algo totalmente distinto. Blankett susurró algo a los oficiales de cada lado. Drinkwater observó que el comandante Grace parecía afirmar algo y miraba en dirección a él. Blankett se pasó una servilleta por el empapado rostro y se dirigió al tribunal.

—Muy bien, caballeros, veo que hay circunstancias atenuantes. El capitán Grace me ha recordado las observaciones del señor Drinkwater sobre la refracción, y ha añadido que él mismo ha estudiado el fenómeno. Dadas las circunstancias, el tribunal tomará en cuenta esos factores, aunque estos no se relacionan directamente con la conducta del señor er, er, la conducta del teniente durante la noche en cuestión.

Miró a los demás jueces, y estos asintieron.

—La opinión de este tribunal de investigación es que la pérdida del bergantín de guerra de Su Majestad Británica *Hellebore* durante la noche del diecinueve de agosto se debió a una serie de circunstancias desafortunadas. Pero desea imponer una moción de censura al teniente…

—Rogers —intervino Wrinch amablemente.

—Rogers, respecto al cuidado que es necesario emplear cuando uno se encuentra al mando de la guardia de un barco de guerra de Su Majestad. —El sudor corría por el rostro de Blankett, que se lo limpió solemnemente—. Creo que con esto hemos terminado.

El almirante se levantó pesadamente y se retiró mientras el tribunal se disolvía. Drinkwater tuvo que hablar con Grace, que deseaba ver sus cálculos sobre la refracción, mientras Rogers esperaba inquieto. Cuando Grace hubo quedado satisfecho, Drinkwater se volvió a Rogers.

—Bien, Sam, no ha ido demasiado mal, ¿eh?

—¿Eso es todo? ¿Significa eso que no habrá consejo de guerra?

—Creo que no. Griffiths ha muerto, y la navegación por el mar Rojo es lo bastante complicada para calmar a este tribunal. Cuando el secretario del almirante haya estudiado los pormenores de este proceso para que los examine algún chupatintas de Londres, y cuando los engranajes del Almirantazgo empiecen a chirriar, me apuesto algo a que no volverá a oír hablar de este asunto.

Salieron a la luz cegadora del alcázar para despedirse de Wrinch.

—Dudo que volvamos a vernos, Nathaniel —dijo Wrinch, extendiendo la mano, que surgía de un puño excesivamente cubierto de encaje cosido a una sobria manga negra—. Ahora que ha concluido el asunto de la pérdida del bergantín, Blankett estará ansioso por verlos zarpar. Le he prestado un pequeño servicio. Creo que al ponerse el sol tendrá usted una charretera. —Wrinch sonrió mientras Drinkwater tartamudeaba su agradecimiento—. No lo mencione, querido amigo. Que Dios le acompañe, y cuidado con ese maricón de Morris; en la escuadra nadie lo aprecia y creo que los acompañará a Inglaterra.

Lo observaron mientras descendía hasta la enorme barcaza del almirante, y estaban a punto de llamar a su propio bote cuando un guardiamarina se acercó a Drinkwater.

—El almirante desea verle en el camarote, señor.

Drinkwater regresó a presencia del almirante. Se habían retirado los papeles de la mesa cubierta de tapiz verde, para sustituirlos por

un vaso y una botella. El almirante estaba sentado en mangas de camisa, con la corbata floja.

—Ah, señor, er, señor…

—Drinkwater, señor.

—Ah, sí, eso es. Yo prefiero el vino —rio el almirante sirviéndose un vaso. Se bebió la mitad y levantó la vista—. El asunto del *Antigone*. Tengo intención de ascenderlo, a la espera naturalmente de la confirmación de Sus Señorías. Recibirá su nombramiento junto a las órdenes de dirigirse inmediatamente a Spithead. También llevarán despachos míos. Tenga la bondad de enviar a un oficial una hora antes de oscurecer. Creo que la fragata está bien aprovisionada…

Drinkwater expresó su gratitud.

—Respecto a las provisiones, señor, solo le faltaban los cañones cuando la capturamos. Los franceses habían salado una buena cantidad de cordero robado a los árabes, y pudimos rescatar muchas cosas del *Hellebore*.

—Bien, bien, ahora, señor, er, señor Drinkwater, respecto al dinero de la presa. Tengo entendido que el comandante Griffiths no tenía ningún acuerdo con Stuart o Ball sobre el posible reparto del dinero, ¿es así? —La voz de Blankett se había vuelto repentinamente confidencial.

—Creo que ese es el caso, señor.

—Bien. Sacará usted un buen beneficio de esta empresa si consigue llevar la fragata a Inglaterra de una pieza. —El almirante fijó en Drinkwater una mirada acerada.

—Creo que su octava parte estará segura, señor —dijo este al fin, mientras en su mente se formaba la sospecha, astuta y acertada, de que el vicealmirante había puesto sus ojos sobre la parte del dinero procedente de la batalla con *La Torride*, además de su parte sobre el valor del *Antigone*. Blankett se rascó la cabeza por debajo de la peluca.

—Necesitará otro oficial; mejor que se lleve consigo a ese Morris. Ball no lo quiere a bordo del *Daedalus*. Ese tipo tiene influencias en

Inglaterra, pero Ball dice que es un sodomita. Prefiero enviarlo a casa a tener que colgarlo.

Drinkwater se quedó con la boca abierta. Estaba claro que Blankett no quería a Morris entre sus hombres, y que lo sabía todo sobre él, hasta el punto de recordar su nombre.

—Eso es todo, señor, er… sí, eso es todo, y asegúrese de que cuida bien de esa fragata. Vaya con cuidado al sondear. No quiero que mi dinero acabe sirviendo de leña en la cabaña de algún sucio campesino de Cornualles.

Drinkwater se retiró, presa de sentimientos encontrados. Se detuvo ante el camarote del capitán para ponerse el sombrero.

—Comandante Nathaniel Drinkwater —murmuró entre dientes. Luego se sonrojó cuando el rígido soldado centinela, con su grueso cuello sofocado por el calor, tosió discretamente. Salió al alcázar del *Leopard*.

—Nada serio, espero —preguntó ansiosamente Rogers, todavía dolido tras la censura del tribunal. Drinkwater sonrió.

—Eso depende de ti, Samuel.

—Lo siento, no entiendo.

—Ese viejo pecador y vicioso… —Drinkwater refrenó su euforia por haber conseguido su ascenso al fin—. Su Excelencia el vicealmirante John Blankett ha tenido la bondad de ascenderme a comandante.

—¡Bueno, que me cuelguen! Quiero decir, maldita sea, enhorabuena, señor Drinkwater.

—Es muy amable por su parte, Samuel. Pero no nos alegremos todavía. La noticia sentará muy mal a Morris.

—¿No tiene que volver al *Daedalus*… señor?

—No, lamento decirle que no. Por una terrible ironía, va a ser mi primer oficial. Lamento que no sea usted, Samuel, pero son las cosas.

Llamaron a su bote, tras decidir mantener el asunto en silencio hasta que Drinkwater tuviera el nombramiento en la mano y pudiera ver su nombre en él.

Esperó con impaciencia a que concluyera aquella tarde interminable. A las dos campanadas de la primera guardia corta, pidió a Rogers que enviara un bote al *Leopard* a por las órdenes. Rogers envió al señor Dalziell.

Drinkwater se sentó en su camarote, tomó su diario y empezó a escribir. «*Con gran satisfacción he visitado al vicealmirante esta mañana y he sido informado de que voy a ser nombrado capitán y comandante. Tengo treinta y seis años, y llevo veinte en el servicio naval. Este ascenso acabará con muchos recelos e imaginaciones vanas que tenía en la mente*». Hizo una pausa y añadió: «*Doy gracias a Dios por ello*».

Era un escrito al mismo tiempo piadoso y pomposo, pero sentía que podía permitirse un momento de vanidad en la intimidad de su diario, aunque Elizabeth se lo reprocharía. Se quedó dormido, soñando con su hogar.

A bordo del *Leopard*, el señor Dalziell aguardaba en el camarote del secretario del almirante, mientras el funcionario, un hombre llamado Wishart, escribía con dolorosa lentitud.

—Aquí están sus órdenes. —Le tendió cuidadosamente un paquete sellado, y siendo amante de las formas, insistió en que Dalziell firmara el recibo antes de entregarle otro—. Y aquí están los despachos del almirante. Encárguese de que su comandante los guarde en lugar seguro. —De nuevo llevaron a cabo el ritual de firma e intercambio—. Y ahora —dijo el señor Wishart, tomando un papel—, el almirante tiene una memoria terrible para los nombres, ¿cómo se llama su teniente de mayor graduación, eh?

Mojó la pluma y la mantuvo en el aire, expectante.

—Morris, señor. El señor Augustus Morris, emparentado por matrimonio con el conde de Dungarth, y conocido del conde de Sandwich, señor —lo engatusó Dalziell con aire lisonjero.

—¿De veras? En eso caso —dijo el señor Wishart, esparciendo arena sobre el nombre del destinatario—, parece un hombre muy

adecuado para hacerse cargo de una fragata tan hermosa. Aquí está el nombramiento de comandante del señor Morris.

Capítulo 18

Octubre de 1799

Morris

Drinkwater no escuchaba las palabras embarulladas del servicio divino murmuradas por Morris. Su voz no tenía la sonora convicción ni la dicción espléndida de Griffiths, y la repugnancia que sentía Drinkwater por la evidente inutilidad de Morris convertía la lectura del Libro de Plegarias en una parodia. En lugar de escuchar, Drinkwater miró hacia delante, más allá del semicírculo de oficiales y suboficiales uniformados, con las manos en las empuñaduras de las espadas y los sombreros bajo el brazo, en dirección a los marineros concentrados en el combés. Había unos ochenta hombres para tripular la fragata hasta Inglaterra; serían escasos para el trabajo, e insuficientes en la batalla.

Pero no era la cantidad de hombres lo que preocupaba a Drinkwater. Sus sentidos percibían el estado de ánimo de los marineros, y en la calma del océano Índico, que esperaba el primer aliento del monzón del nordeste, se percibía una fuerte tensión. Era como si la quietud expectante del mar ejerciera cierta influencia sobre las mentes de los hombres, parecida a la de la luna sobre el propio mar.

Drinkwater descartó aquella trillada metáfora, consciente de que su descontento crónico lo estaba amargando. La apresurada partida de Moca, y su aturdida incredulidad cuando se había encontrado en

aquel mismo lugar escuchando a Morris leer su nombramiento a la dotación del barco, habían disparado su depresión y lo habían enviado a su camarote, para deplorar su mala suerte y, por fin, la pérdida de Griffiths.

En realidad, aquel episodio de depresión lo había salvado de alguna acción precipitada. Más tarde, Rogers había hablado con él sobre el asunto, solo para revelarle que había sido él mismo quien había enviado a Dalziell a buscar el nombramiento. Rogers, que ya había sufrido mucho por la pérdida del bergantín y la censura del almirante, se había encerrado en su propio resentimiento. Con los dos tenientes pensando en sus desgracias, Morris había triunfado y el *Antigone* había salido del golfo de Adén antes de que Drinkwater dejara de lado sus «demonios azules» y resolviera sacar el mejor partido de las circunstancias.

Pero sabía que era demasiado tarde. Mientras los oficiales permanecían encerrados en sus depresiones, los hombres habían sido muy maltratados. Morris los azotaba salvajemente por cualquier mínima ofensa que le comunicara su cuadrilla de aduladores. Entre estos se encontraba un hombre llamado Rattray, el asistente de Morris enviado desde el *Daedalus*, un hombre delgado y sucio que se movía en silencio por el barco, y que rápidamente recibió el predecible sobrenombre de «la Rata». Y estaba Dalziell, por supuesto, ascendido por Morris a teniente en funciones, que se dedicaba a aterrorizar a los hombres hasta sacar de quicio a Drinkwater; y estaba Lestock, cuyo inquieto temperamento parecía seducido por el estilo de Morris de comandar el barco por medio del terror. Aquellos hombres formaban la guardia pretoriana en torno al nuevo comandante, un grupo de rastreros supervivientes que tenían una influencia enorme y llenaban el libro de castigos con ofensas triviales.

La boca de Drinkwater se frunció en una línea al pensar en las ocasiones, cada vez más frecuentes, en que él mismo había tenido que hacer entradas en aquel libro. La encuadernación ya no chirriaba como ocurría cuando Griffiths estaba al mando. Por

supuesto, las entradas guardaban las apariencias. Insolencia para un hombre que había reído demasiado fuerte cuando el capitán estaba en cubierta; ensuciar el barco para un hombre que había dejado caer su comida por accidente; conducta impropia cuando alguien colgó mal una cuerda en la barandilla. Todos eran asuntos triviales que terminaban con el culpable atado a los enjaretados.

Morris cerró bruscamente el Libro de Plegarias, haciendo que Drinkwater regresara a la realidad de sus deberes.

—¡Cúbranse! —Con un gesto rutinario, Drinkwater se tocó el borde del sombrero mientras Morris se dirigía abajo.

—¡Contramaestre! ¡Llame a los hombres a comer! —Se volvió para ver a Rattray a su lado, como si hubiera estado allí todo el tiempo, escuchando en silencio los pensamientos de Drinkwater.

—Los respetos del capitán, señor, y le gustaría que se uniera usted a él para comer a las cuatro campanadas.

Drinkwater estudió el rostro del hombre en busca de algún motivo para aquella cortesía inesperada. No encontró nada más que unos ojos huidizos y replicó:

—Muy bien. Dé las gracias al capitán.

Volvió a mirar hacia delante para ver a Appleby y Catherine Best cruzando la cubierta. Habían intimado mucho desde que Morris tomara el mando, y Drinkwater creía que la presencia de la mujer ejercía cierta influencia calmante incluso sobre el propio Morris. Drinkwater se descubrió ante ella.

—Buenos días, señora Best. Veo que la promesa del señor Wrinch de conseguirle algo más adecuado para vestirse no fue en vano.

Catherine le sonrió, con una especie de felicidad tímida en los ojos, mientras su mano derecha agitaba su falda de algodón árabe con un leve movimiento de coquetería.

—Desde luego, señor Drinkwater, no lo fue. —Drinkwater miró a Appleby, que se había sonrojado furiosamente. Sonrió, se tocó el sombrero de nuevo y se volvió al cabo.

—Bueno, que me cuelguen —murmuró para sí, y luego, en voz más alta—: Llámeme si se levanta viento. —El cabo asintió y Drinkwater se dirigió abajo para cambiarse la camisa.

La comida, a la que no asistió nadie más, se celebró en silencio. Rattray se movía por detrás de sus sillas y, aun con las persianas traseras bajadas, el aire en el gran camarote resultaba viciado y sofocante. Cuando se retiraron los platos, se sirvió una botella de oporto con la cristalería personal de Santhonax, y Drinkwater se dio cuenta de que Morris no le ofrecía cada vez que se servía. La botella desempeñaba su tarea en el vaso de Morris tres veces antes de ser empujada de mala gana hacia Drinkwater. Este bebió muy poco, consciente de que Morris se estaba comportando muy groseramente.

—¿Ha visto eso? —Morris señaló hacia donde, medio escondido tras la puerta del camarote, había un retrato de mujer colgado del mamparo blanco. Empezaba a tener problemas para hablar—. Supongo que es la puta del gabacho. —Drinkwater encontró el retrato increíble. Los ojos grises de Hortense lo miraban desde el lienzo; su largo cuello estaba desnudo, y llevaba el llameante cabello recogido sobre la cabeza, atado con perlas. Una gasa fina cubría la hinchazón de sus pechos. Recordó a la mujer en el camarote del *Kestrel* y tropezando por la playa de Criel, donde la habían soltado. El retrato le pareció inquietante y se volvió a mirar a Morris. El hombre lo observaba por debajo de sus pesados párpados.

—Es su esposa —dijo Drinkwater, mirándolo también a los ojos.

—¿Y qué pasa con la puta de Appleby, Nathaniel? ¿De veras es lo que me han dicho, una convicta?

No tenía sentido negarlo, pero tampoco era necesario confirmarlo.

—Creo que se ha redimido con sus servicios al barco. Respecto a su relación con Appleby, creo que está usted equivocado.

Morris descartó la compasión de Drinkwater, que para él no era más que el discurso pomposo de un liberal.

—¡Bah! Es la puta de Appleby —repitió Morris, volviendo a hundirse en su silla.

Drinkwater se encogió de hombros, consciente de que Morris estaba actuando con cautela, dando rodeos antes de abordar el tema de su intención al invitarlo a comer. Deseó poder llegar a una tregua, sin saber que Morris lo había abandonado en la playa de Kosseir. Había pasado mucho tiempo desde su enemistad a bordo del *Cyclops*, y ambos eran ya hombres adultos. Fueran cuales fueran sus tendencias privadas, no las manifestaba abiertamente.

—Se está preguntando por qué lo he invitado a comer, ¿eh? Usted, que se cruzó en mi camino hace años, que tuvo la culpa de que me echaran del *Cyclops…*

—No hice nada de eso, señor.

—¡No me lleve la contraria, maldita sea! —Morris se contuvo, y Drinkwater se sintió cada vez más preocupado por la razón de aquella agradable conversación. Drinkwater había tenido un pequeño papel en la caída en desgracia de Morris, que se había debido principalmente a su propio carácter. El capitán de la fragata llevaba largo tiempo muerto; el primer oficial, a la sazón lord Dungarth, estaba fuera del alcance de la venganza de Morris. Pero Drinkwater volvía a estar a su merced, y Morris había tenido intención de arruinarlo, pues había alimentado su deseo de venganza durante veinte años; veinte años que habían convertido el deseo despechado en una obsesión.

El odio puro y vengativo que había llevado a Morris a dejar caer el cuerpo inconsciente de Drinkwater en la playa de Kosseir se había visto frustrado por la supervivencia de este último, y había encontrado una nueva complicación en su necesidad de confiar en el hombre al que había tratado de matar.

—Ahora tengo mi propio mando, Drinkwater —dijo, con los labios caídos y la barbilla sobre el pecho, como un dibujo siniestro de Rowlandson—. Si vuelve a hacer algo que me perjudique, lo veré en el infierno.

—Cumpliré con mi deber, señor —dijo Drinkwater cautelosamente, pero de un modo demasiado estirado para el gusto de Morris.

—¡Sí, por Dios que lo cumplirá! —De la boca de Morris salieron gotitas de saliva.

—Entonces, ¿por qué supone…?

—Porque corre el maldito rumor por este barco de que la insignia que llevo —indicó con un gesto la estropeada charretera que llevaba al hombro, y que había sacado de las pertenencias de Griffiths—, debería haber sido suya. —No era el único motivo, pero si era un argumento con el que Morris podría hacer reaccionar a Drinkwater, al que observó muy de cerca, con la mente intoxicada y concentrada en el foco de su obsesión.

Pero Drinkwater no lo percibió; simplemente vio que aquel era un asunto que tenían que dejar claro entre los dos, otro fantasma al que dejar descansar en paz.

—El almirante Blankett me dio a entender que deseaba que yo tomara el mando del barco apresado, desde luego. Fuera cual fuera el motivo de su cambio de opinión, eso ya no es asunto mío. —Hizo una pausa, incorporándose con la esperanza de terminar la entrevista—. Pero entretanto cumpliré con mi deber de primer oficial como lo hice para el comandante Griffiths, señor. —Y añadió, irritado por haberse visto cuestionado—: A menos que tenga usted la intención de ascender al señor Dalziell por encima de mí.

—¿Qué diablos quiere decir con eso? —se sulfuró Morris, y Drinkwater sintió que había tocado un nervio. Dalziell. Su pariente, tan callado últimamente. ¿Su amante? Drinkwater miró fijamente a Morris. La mirada del comandante no había cambiado, pero su rostro estaba cubierto por una película de sudor.

De repente, todo estuvo claro para Drinkwater. Morris había conseguido su mando por fin. Incapaz de conseguirlo por sus propios méritos, un giro del destino se lo había entregado inesperadamente. Un nuevo giro de las circunstancias había convertido a Drinkwater en su inconsciente benefactor y primer

oficial en cuyas habilidades debía confiar para sacar provecho de aquella nueva oportunidad. No sacrificaría la posibilidad de un ascenso a capitán ni siquiera para vengarse de Drinkwater, pero Drinkwater conocía su pasado y podía ser que conociera su presente. Morris, impulsado por la venganza durante tanto tiempo, no podía imaginar que alguien dejara pasar aquella oportunidad. Ni siquiera un liberal puritano como Drinkwater. Y Morris era culpable de delitos contra natura específicamente prohibidos por las Ordenanzas de Guerra.

Pero aquella némesis potencial era un consuelo demasiado pequeño para Nathaniel. Simplemente, le resultaba curioso que aquella maraña de alambre dorado al que no tenía derecho pudiera domar el espíritu torturado de Augustus Morris.

—Ha sido una broma, señor. Estoy seguro de que sabrá usted mantener al señor Dalziell en su sitio. —Drinkwater se levantó. No había sido una insinuación deliberada, pero Morris continuó mirándolo con desconfianza—. Gracias por la cortesía de su invitación. —Se volvió hacia la puerta, y sus ojos cayeron sobre el retrato de Hortense—. Por cierto, señor, el cirujano me ha dicho que a Santhonax le sentaría bien algo de aire fresco. ¿Tengo su permiso para dejarlo salir a cubierta mañana?

—Velando por los prisioneros, ¿eh? —balbuceó Morris, mientras los ojos se le nublaban y empezaban a cerrársele—. Haga lo que considere oportuno… —Despidió a Drinkwater con un gesto de la muñeca, y tomó la botella. A solas contempló, con la percepción de la embriaguez, el par de ojos grises que lo observaban desde el mamparo. Parecían acusarlo del desastre de su vida. Furioso, buscó con la mano un tenedor que el descuidado Rattray había dejado sobre la mesa. Con ira repentina, lo arrojó contra la lona. Sus puntas vibraron, haciendo que Morris recordara el pasado, los buenos viejos tiempos en que los guardiamarinas mayores clavaban un tenedor en un bao de la cubierta como señal para enviar a los jóvenes a la cama mientras ellos «se divertían». Aquel eufemismo englobaba muchos pecados. Las cosas habían cambiado mucho en la Armada

de Su Majestad desde los motines de 1797. Desde entonces, los malditos bastardos puritanos como Drinkwater, con sus ideas liberales, estaban arruinando el servicio. Echó la cabeza hacia atrás y rugió:

—¡Rattray!

—¿Señor?

—Llame al señor Dalziell.

Drinkwater llenó los pulmones de aire. Después de la calma, el vigoroso viento del nordeste era como el champán. Por encima de su cabeza, los hombres de guardia acababan de recoger los sobrejuanetes y estaban descendiendo por las burdas. Las de barlovento estaban tensas y vibraban suavemente mientras una lluvia de espuma ascendía por encima de la barandilla. Se dirigió a la bitácora.

—Movimientos suaves, un buen rumbo nos llevará a casa antes.

Continuó su paseo, libre de los efectos de sus lesiones y del corte cauterizado de su pierna, que no le dejaría ni una cicatriz digna de mención. Pasó junto a las culatas negras de las carronadas del alcázar, tan cerca de sentirse satisfecho como lo permitían sus circunstancias. Tras la comida con Morris había percibido un aflojamiento de la tensión entre ellos, sabiendo que sus tareas lo mantenían ocupado mientras Morris, en la soledad del mando, meditaba en su camarote. Pese al ascenso de Dalziell a teniente en funciones, Drinkwater no había disminuido su vigilancia. Podía haberse tomado los privilegios que le otorgaba la tradición de los barcos grandes, pero aquella idea, con una tripulación tan pequeña, le parecía un alarde de presunción contrario a su naturaleza. No tenía ninguna confianza en las habilidades de Dalziell, y consideraba su ascenso un vergonzoso abuso del sistema, un ejemplo de amiguismo que no creía que durara mucho una vez en Inglaterra. Se había quedado con la tranquilidad de sus guardias del amanecer y el ocaso, mientras que los pobres diablos de proa tenían que trabajar

guardia tras guardia. No había otro remedio. Así era el mundo, y el servicio naval en particular.

Unas figuras poco familiares aparecieron en cubierta, y Drinkwater recordó sus propias órdenes. Gaston Bruilhac ayudaba a la alta silueta de Edouard Santhonax, cuyo brazo seguía en cabestrillo bajo su casaca. Los marineros observaron con curiosidad cuando Santhonax levantó la vista, fijándose en la disposición de las velas.

—Buenos días, señor. —Drinkwater se tocó el sombrero por cortesía formal. La larga enemistad le había provocado un sentimiento de respeto por el francés, y Drinkwater esperaba que su presencia como prisionero satisficiera al fantasma de Madoc Griffiths.

—Buenos días, Boireleau… —Hizo una mueca y recuperó la posición contra el movimiento del barco—. Tal vez debería llamarle Drinkwater, ahora que el barco es suyo.

—Sería un honor, señor. Es un hermoso barco.

—Eso es un cumplido, ¿no?

—Esa era la intención, señor, y el único que puedo ofrecerle, dadas las circunstancias.

Santhonax entrecerró los ojos.

—No tiene muchos hombres para manejarlo.

—Los suficientes, señor.

—Está contento de su éxito, *hein?* —Se mordió el labio cuando le asaltó una oleada de dolor—. ¿Contento de que sea su prisionero?

—*C'est la guerre*, señor, la fortuna de la guerra. Preferiría que Griffiths siguiera vivo, en eso lo aventaja usted.

—Le salvó la vida. —Santhonax bajó la vista hacia su hombro.

—Pero usted no está muerto, *capitaine*.

Santhonax sonrió.

—Griffiths quiso matarme.

—Quería vengarse.

—¿Vengarse? *Pourquoi?*

—El mayor Brown —dijo Drinkwater en tono gélido—, pudriéndose en una horca sobre los cañones de Kijkduin.

Santhonax frunció el ceño.

—Ah, el espía inglés que capturamos…

Drinkwater recordó al afable mayor que Santhonax había capturado en Holanda. Griffiths y él habían sido amigos, hermanos de armas.

Santhonax se encogió de hombros.

—Si algo es seguro, teniente, es que todos somos mortales. Mi esposa aún no le ha perdonado esto… —Levantó la mano y se palpó la herida de la cara—. Dudo que lo perdone alguna vez.

Por un momento Drinkwater pensó en subirse la manga y revelar deforme cicatriz en su brazo derecho, pero se dio cuenta de la puerilidad de semejante acción. Permaneció en silencio.

—Vamos a Inglaterra, ¿sí? —continuó Santhonax. Drinkwater asintió—. Todavía falta mucho, ¿eh? —Santhonax se volvió y empezó a recorrer la cubierta, apoyado en el hombro de Bruilhac.

—¡Señor Drinkwater! —La voz de Morris resonó por el alcázar cuando este emergió del tambucho.

—Buenos días, señor. —Drinkwater volvió a descubrirse.

—Señor Drinkwater, que los hombres se reúnan a las cuatro campanadas para presenciar un castigo.

—¿Un castigo, señor? No se me ha informado de ningún…

—Insolencia, señor Drinkwater. Se me informó de la insolencia a las seis campanadas de la primera guardia, la guardia del señor Dalziell.

—¿Y el ofensor, señor?

—Su lacayo, Drinkwater —dijo Morris con evidente satisfacción—. Tregembo.

Drinkwater se obligó a mirar a Tregembo a la cara. Sus ojos estaban fuertemente cerrados, y sus dientes mordían la almohadilla de cuero que impedía que el de Cornualles se mordiera su propia lengua al estremecerse con cada latigazo. Al duodécimo golpe, los asistentes del contramaestre se relevaron. El segundo hombre pasó las

ensangrentadas colas del gato por su mano mientras plantaba los pies en el suelo. Vaciló.

—¡Vamos, maldita sea! —espetó Morris, y Drinkwater percibió la oleada de resentimiento que recorrió a los hombres reunidos en el combés. La «insolencia» de Tregembo, según había averiguado Drinkwater con las preguntas sutiles que sabía utilizar un buen primer oficial para determinar la verdad de los hechos, no había consistido en otra cosa que en ser el último en llegar a cubierta tras estar trabajando arriba durante la guardia de Dalziell. Cuando se vio acusado de pereza, Tregembo había murmurado que siempre habría alguien que llegaría el último a cubierta, y que normalmente sería el hombre que había subido primero, y que habría estado trabajando en el peñol.

Tregembo se había ganado el castigo por aquel alarde de lógica. Los asistentes del contramaestre volvieron a relevarse. Drinkwater recordó el anterior intento de Dalziell de hacer que azotaran a Tregembo, y la mueca del rostro del joven confirmaba plenamente su satisfacción. Morris también *tenía* un motivo para azotar a Tregembo. El de Cornualles había sido testigo de su caída en desgracia a bordo del *Cyclops*; de hecho, Tregembo había intervenido en la desaparición, durante la noche, de un miembro de la cuadrilla de Morris.

Drinkwater se sintió complacido al ver que el teniente Rogers parecía muy disgustado por un hecho que en otro tiempo podía haberle complacido, mientras Quilhampton, Appleby y el resto permanecían mudos, con la mirada apartada. Al concluir la tercera docena, cortaron las ataduras de Tregembo. Drinkwater despidió a los hombres con voz inexpresiva.

Aquella noche regresó la calma. El mar estaba completamente liso, y el barco rodaba sobre un perezoso oleaje. El sol se había puesto, rojo como la sangre, dejando un resplandor escarlata que llegaba casi hasta el zenit, a través del cual empezaban a asonar los primeros puntos fríos de las estrellas. Venus relucía sobre África, a ochenta leguas al oeste. Drinkwater recorría la cubierta; le quedaba

una hora y media de guardia. La casaca del uniforme se le pegaba a la espalda, un molesto ejemplo de la tiranía de Morris, pues el comandante se había negado a permitir que sus oficiales aparecieran en el alcázar en mangas de camisa, como habían hecho con Griffiths.

Las sombras empezaban a intensificarse en la cubierta. La segunda guardia corta se hacía interminable. Drinkwater cogió el cuadrante que había traído Quilhampton.

—¿Listo, señor Q?

—Todo listo, señor —replicó el guardiamarina, sentándose en cubierta junto a la caja del cronómetro y plantando el pizarrín entre las rodillas cruzadas, en la posición que le resultaba más cómoda para anotar, con solo una mano, las observaciones del primer oficial. Drinkwater sonrió a la figura pequeña y agazapada. El muchacho frunció el ceño con concentración mientras observaba el girar de la segunda manecilla, con el lápiz preparado en su única mano.

—Muy bien pues, primero Venus. —Drinkwater fijó el índice a cero y atrapó el planeta entre los espejos, girando la muñeca y rotando el instrumento en torno al índice. Sus largos dedos hicieron girar el tornillo mientras situaba el disco del planeta exactamente sobre el horizonte, con un movimiento suave de las manos mientras seguía su perceptible descenso y hacía oscilar el disco en la tangente del horizonte—. ¡Ahora!

Quilhampton anotó la hora mientras Drinkwater leía la altitud del arco y comunicaba las cifras al guardiamarina. Quilhampton las repitió dócilmente.

Drinkwater tomó una segunda observación de Venus y cruzó la cubierta.

—¡Ahora Canopus!

—¡Arriba, mocoso! —Drinkwater se volvió al oír aquella interrupción. Morris estaba mirando al guardiamarina que, en su concentración, no había visto la llegada del comandante a la cubierta —. ¿Es que no le han enseñado a respetar a sus superiores, maldito hijo de puta?

Quilhampton extendió el brazo izquierdo para ayudarse a ponerse en pie, olvidando que no tenía mano. El muñón, todavía tierno, cedió bajo su peso y el chico cayó de rodillas, con el rostro completamente blanco.

—Yo, yo lo siento, señor, estaba mirando el cronómetro… —Morris movió el pie y envió la caja del cronómetro rodando por la cubierta. Chocó con un cáncamo, se cayó y el cristal se hizo añicos.

Drinkwater cruzó rápidamente la cubierta.

—Gire el reloj —espetó al cabo junto a la bitácora. Tal vez el daño no había sido excesivo; podría compensar el tiempo que el reloj había estado parado, bajar luego y enterarse de la hora exacta con el reloj de Appleby. Morris había empezado a gritar al aterrado guardiamarina. Era evidente que estaba ebrio.

—Creo, señor —intervino Drinkwater—, que se equivoca al suponer que Quilhampton ha querido faltarle al respeto. La pérdida de su mano requiere que…

—Cállese, Drinkwater —balbuceó Morris—, y que esta escoria suba al mastelero del trinquete al momento.

Drinkwater contempló la figura tambaleante de Morris.

—Arriba, señor Q —dijo en voz baja, guardando el cuadrante en su estuche. Los ojos de Quilhampton se estaban llenando de lágrimas. Drinkwater movió la cabeza imperceptiblemente y el chico se volvió hacia proa. Drinkwater se inclinó sobre el estuche del cronómetro.

—¡Señor Drinkwater! ¡Estoy hablando con usted! —Drinkwater recogió el estuche.

—¿Señor? —Observó los anillos deformados. La segunda manecilla ya no se movía.

—No toleraré esta falta de respeto en mi alcázar… —Morris estaba muy bebido. Resultaba obvio que aún no sabía qué era lo que había enviado al otro lado de la cubierta de un puntapié.

—No creo que vuelva a ocurrir, señor —dijo Drinkwater, contemplando el cronómetro destrozado.

—Mejor será que no, maldita sea. —De repente Morris sufrió una arcada, tragó saliva y se dirigió abajo. La oscuridad se apoderó del barco. Había pasado el momento de hacer observaciones estelares. Drinkwater no sabía exactamente dónde estaban y, de hecho, tampoco le importaba mucho.

—No se preocupe, señor Drinkwater —dijo Lestock, al parecer complacido por la destrucción del aparato—. Su navegación teórica nos costó un bergantín, y el capitán ha tenido el buen sentido de privarlo de su juguete antes de que pueda causar más daño.

—¡Váyase al diablo, viejo estúpido! —espetó Drinkwater.

Bajaron a Quilhampton al amanecer, llamando al cirujano para que lo envolviera en mantas calientes y le administrara alguna bebida alcohólica. El interior de su codo izquierdo estaba en carne viva, a causa de haberlo empleado como gancho durante la laboriosa ascensión. Al terminar la guardia, Drinkwater fue a ver al cirujano y lo encontró atendiendo todavía al muchacho, en compañía de Catherine Best.

—¿Cómo está?

—Vivirá, pero está helado hasta los huesos y agarrotado.

—Sí, se ha levantado viento durante la guardia media, y ya es una media galerna. Desde luego, el monzón ya está aquí.

—Al diablo el monzón, Nat. ¿Tendremos que aguantar a ese bastardo cruel hasta llegar a Inglaterra? Oh, no se preocupe por Catherine —añadió, viendo la mirada disimulada de Drinkwater hacia la mujer—, conoce bien mis sentimientos respecto al maldito señor Morris.

—Ya sabe usted la respuesta a su propia pregunta, Harry.

—¿De modo que arriaremos velas y aguantaremos la galerna, aunque dure tres o cuatro meses más, eh?

—Es una buena metáfora.

—Es una lástima que no se ponga enfermo como el pobre Griffiths, así podría dejar que usted tomara el mando del maldito

barco.

—No creo que lo permitiera —sonrió Drinkwater con resignación.

—Bueno, si sigue bebiendo ron a este ritmo se destrozará los intestinos, o acabará con todo y lo tendremos rabiando con el *delirium tremens*. —Appleby se puso en pie mientras Quilhampton abría los ojos—. Entonces usted tendría que tomar el mando, ¿no?

—Si otra persona me hablara así, lo consideraría sedición —dijo Drinkwater muy serio—. Le ruego que no sea tan libre con sus opiniones.

—¡Bah! —dijo Appleby con desprecio mientras Catherine Best dirigía una extraña mirada a los dos hombres.

Capítulo 19

Octubre-noviembre de 1799

Un toque femenino

Appleby contempló con disgusto a su nuevo paciente. El comandante Morris yacía exhausto en su camastro, empapado de sudor, con la tapa de la bacinilla de su camarote levantada y un cubo rebosante de vómito a su lado. Appleby se acercó a la ventana abierta de popa en busca de algo de aire fresco. El *Antigone* avanzaba hacia el sur, con su limpio casco cortando las aguas azules del océano Índico, y sus pirámides de velas abriéndose lateralmente con las escandalosas aumentando la velocidad. Bajo su elegante bauprés y su blanco mascarón, los delfines saltaban y jugueteaban, adelantando al barco con facilidad mientras docenas de peces voladores se elevaban continuamente a cada lado. Octubre se estaba convirtiendo en noviembre, y se acercaba el punto álgido del verano en el hemisferio sur.

El siseo del mar, elevándose verde y azul bajo el empuje de la popa, el crujido de las cadenas y cuerdas del timón en la cubierta inferior y el movimiento de las aguas le parecieron un antídoto purificador contra el hedor del camarote. Appleby se volvió hacia dentro.

—La diaforesis es muy severa, señor, y el flujo anormal. ¿Cuántas veces se ha purgado durante la noche?

—No me venga con su jerga médica, Appleby. Me he pasado casi toda la noche cagando, y cuando no hacía eso estaba echando las tripas en el cubo. ¡Le digo que alguien me está envenenando!

—Vamos, vamos, señor, no sea ridículo. Esos no son síntomas de envenenamiento. ¿Dónde iba a conseguir alguien veneno en un barco? Mi baúl está cerrado, y llevo las llaves encima, mire. —Hizo tintinear el manojo de llaves colgado de la cadena de su reloj.

—Appleby, maldito idiota, usted podría envenenar a alguien.

—Señor —interrumpió Appleby con vehemencia—, le aseguro que no le están envenenando. Esa idea es ridícula. Tiene usted síntomas de gastritis crónica. Su dependencia del alcohol le ha ulcerado la membrana mucosa del estómago y, como consecuencia, no puede usted retener alimento en el vientre. La reacción natural del cuerpo es vaciarse. Si no confía en mi diagnóstico, señor, me complacerá pedir el traslado a otro barco en el Cabo. Entretanto, enviaré a Tyson para que lo atienda y limpie un poco esta porquería. Buenos días.

Appleby dejó al comandante para visitar a Santhonax. Su herida no se curaba bien, debido a un continuo proceso de exfoliación que impedía a los tejidos unirse correctamente. Entre el francés y el cirujano se había desarrollado la confianza que suele existir entre un hombre y su médico.

—¿Dónde aprendió a hablar inglés, señor? —preguntó Appleby quitándole el vendaje.

—Mi madre era medio inglesa, señor Appleby, hija de un inglés cabeza de chorlito que apoyó al rey Jaime III.

—Ah, el Viejo Pretendiente, ¿eh? —dijo Appleby con ironía—. Pero ustedes no son muy aficionados a los reyes desde la Revolución.

—No son famosos por su gratitud, ni siquiera hacia sus partidarios más leales.

—Lo hemos notado en la Armada del rey Jorge.

—¿Traición, señor Appleby?

—Verdad, capitán Santhonax.

—Sería usted un revolucionario excelente.

—Tal vez, si valiera la pena salvar algo, pero dudo que ni siquiera los suyos puedan lograr un cambio significativo este mundo viejo y cansado. ¿Acaso no pretendía usted mismo esclavizar a los hindúes?

Santhonax sonrió, una sonrisa amarga y lobuna.

—Si no hubiera tenido encima a Drinkwater y a Griffiths, podría haberlo conseguido.

—Olvida usted, capitán, que yo también estaba en el *Kestrel…*

—*Diable*, lo había olvidado. Sí, fue usted quien me suturó la cara. Es una extraña coincidencia que nos hayamos encontrado librando esta guerra personal, ¿verdad?

Appleby terminó de colocar el nuevo vendaje sobre un apósito limpio.

—Griffiths decía que era una prueba de la existencia de la Providencia, capitán. ¿Cómo lo llamaría su nuevo culto a la Razón?

—Probablemente del mismo modo, señor Appleby… gracias.

—Se encontrará bien muy pronto. Creo que la exfoliación casi ha terminado. Llevaremos a un hombre sano a la cárcel de Portsmouth.

—Todavía tienen que pasar frente a Île de France con su barco robado, Appleby. Tal vez seré yo quien le visite a usted.

—Bien, ¿qué le pasa? —preguntó Drinkwater, levantando la vista de la carta extendida sobre la mesa de la cámara de oficiales—. Dice que cree que lo están envenenando. ¡Maldita sea, creo que se le ha pasado por la cabeza que yo he sido el instigador! Morris acaba creyendo lo que le pasa por la cabeza, que Dios nos ayude, y si hay algo de cierto en una alegación tan aparentemente monstruosa…

—Oh, por el amor del cielo, no empiece, Nat. Permítame el lujo de conocer mi propio oficio. Usted no querría mi consejo respecto a la medición de las altitudes. Le digo que el hombre sufre una gastritis provocada por el alcohol.

—Muy bien, Harry, confío en su opinión. —Drinkwater cortó la larga disertación que sabía que llegaría si permitía a Appleby que se

explayara sobre los síntomas de Morris.

Rattray arañó la puerta de la sala.

—Los respetos del capitán, señor Drinkwater, y quiere que vaya a su camarote.

Drinkwater lanzó una mirada significativa al cirujano, recogió el sombrero y siguió a «la Rata».

Estuvo a punto de retroceder por el hedor del camarote. Morris tenía un aspecto terrible, débil y pálido, con el rostro empapado de sudor y las sábanas del camastro enredadas. Hablaba ahorrando esfuerzos.

—¿Me envenenaría usted, Drinkwater? —El hombre estaba claramente desesperado.

—¡Desde luego que no! —La ira de Drinkwater no era fingida. Se contuvo. Fuera lo que fuera Morris, también era un enfermo—. Por favor, tranquilícese. El cirujano está seguro de que sufre usted un trastorno gástrico, señor. No dudo que si cambia usted de dieta…

—Váyase, Drinkwater, váyase… ¡Rattray! ¿Dónde diablos está ese inútil?

Al salir, Drinkwater se fijó en el desgarrón en el retrato de Hortense.

La botella que Rattray llevó al camarote de Drinkwater aquella tarde para que la tomara con las galletas en la cámara de oficiales fue toda una sorpresa. Drinkwater quitó el tapón y olfateó con desconfianza. Estaba solo en la habitación; Rogers se había acostado y Appleby estaba cambiando el vendaje de Santhonax. Se sirvió el oporto que había llegado, de manera sorprendente, con los respetos del capitán, y levantó el vaso para inspeccionarlo a la luz de la linterna. Lo olfateó y, encogiéndose de hombros, tomó un sorbo.

Si se suponía que aquel vino estaba envenenado, pensó Drinkwater, era una completa tontería, y la generosidad de Morris no era más que una manifestación de su fobia. Vació el vaso y no sintió otra cosa que una confortable calidez en su interior. Olvidando el asunto, se sentó, tomó el libro de provisiones y destapó el tintero.

Merrick le trajo una pluma nueva de su camarote; Drinkwater le permitió retirarse para la noche y extendió las piernas.

Las galletas estaban en muy buen estado, pensó, cogiendo la tercera. Se puso a trabajar y se sirvió un segundo vaso de vino.

El amanecer encontró a Drinkwater violentamente enfermo, con una pálida película de sudor sobre el rostro. Envió a buscar a Appleby, que acudió pensando que lo habían llamado para atender al capitán.

—¿Qué ocurre, Nat? —Drinkwater hizo una seña al cirujano de que lo siguiera a barlovento, donde no podrían oírles los hombres del timón ni el cabo timonel.

—¿Qué opina de mi aspecto, Harry?

—¿Eh? —Appleby hizo una pausa y miró al teniente—. Una leve diaforesis.

—Y llevo una hora vomitando. También me he purgado durante la guardia media…

Appleby frunció el ceño.

—Pero no es posible… no, quiero decir que…

—Esto significa que puede ser que alguien esté envenenando a Morris. Anoche me envió una botella de oporto… debía tener la intención de que la probara, para ver si me hacía algún efecto. ¡Me la bebí entera!

—Por el amor de Dios, Nat, claro que lo están envenenando. El ron y los vinos fuertes aturden el cerebro y corroen las entrañas. Intente usarlos para limpiar cobre. —La exasperación de Appleby era completa. Luego se calmó, volviendo a mirar a su amigo—. Perdóneme, eso ha sido inexcusable. Yo atribuiría su condición a una botella en mal estado. Tal vez Morris ha estado bebiendo una caja de vino malo. Eso le provocaría los síntomas que sufre y le agravaría la úlcera péptica que estoy seguro de que padece.

—Pero el vino tenía buen sabor, no parecía en mal estado.

Appleby no escuchaba. Incluso en la vehemencia de la defensa de su diagnóstico, una pequeña duda se había infiltrado en su mente. Los síntomas eran los causados por los sudoríficos, que él

mismo había utilizado para provocar los ataques de sudor que aliviaban la malaria de Griffiths. Y aunque la llave del botiquín nunca lo abandonaba, se preguntó quién poseía los suficientes conocimientos para incapacitar a Morris.

—… y se dice que es un arma de mujer —murmuró para sí.

—¿Perdón?

Appleby sacudió la cabeza.

—No es nada. —Se volvió y luego regresó, pues había pensado en algo—. Nathaniel, hágame el favor de ocultar su indisposición… al menos por el momento.

Desconcertado, Drinkwater asintió débilmente.

—Como usted quiera, Harry. —Luchó contra un espasmo de náusea y miró hacia el mar. Fuera lo que fuera, no era letal. Solo muy incómodo.

—¡Ah de la cubierta! —El grito procedía del mastelero—. ¡Barco en la amura de sotavento!

—¡Por los clavos de Cristo! —blasfemó Drinkwater entre dientes, buscando en el bolsillo su catalejo Dollond.

Capítulo 20

Noviembre de 1799

La fortuna de la guerra

En la cofa de mesana, Drinkwater luchó contra un ataque de náuseas, con la sensación de que el efecto del vino en mal estado empezaba a debilitarse. En realidad, aquel cuadrado azul del horizonte lo distraía de su dolencia. Bajó el catalejo, se agachó y lo apoyó en un obenque. Era difícil ver nada con aquel ángulo, aunque la vela se recortaba contra el amanecer, pero parecía un barco con el viento en popa, igual que ellos. Tampoco había demasiado viento, y el día no prometía mejorar. Se secó el ojo, volvió a mirar y, todavía inseguro, decidió hacer lo que haría cualquier oficial prudente en un barco tan mal armado como el *Antigone*: ponerse en lo peor.

Tras descender a cubierta se dirigió a Quilhampton.

—La cubierta es suya, señor Q. —Lo que tenía que hacer no podía confiarse a un guardiamarina. La estupefacción del señor Quilhampton se convirtió en orgullo y luego en determinación.

—¡A la orden, señor! —Pese a su preocupación, Drinkwater no pudo evitar sonreír. Quilhampton se había convertido en un buen marinero, competente y con el toque de lealtad que definía al buen subordinado. Drinkwater recordó que había sido el señor Q quien se había encargado de sus efectos personales al zarpar de Abu al Kizan. Fue conmovedor descubrir sus libros y diarios pulcramente colocados, el estuche de su cuadrante bien atado y la pequeña

acuarela que Elizabeth había pintado para él en el camarote a bordo del *Antigone*. Pero había pasado mucho tiempo. En aquel momento, tenía preocupaciones más urgentes.

Drinkwater llamó rápidamente a la puerta y entró en el camarote de Morris. Automáticamente, sus ojos se dirigieron al retrato de Hortense Santhonax.

—¿Qué diablos quiere? ¿Por qué ha dejado la cubierta?

—Un enemigo, señor. A babor. —Drinkwater luchó contra el deseo de vomitar. Se había olvidado de su propia enfermedad, y le repugnó oler la de Morris—. Creo que es un crucero francés de Île de France.

Morris digirió la noticia. Tragó saliva y frunció el ceño.

—Pero… ¿un crucero francés, dice? ¿Qué le hace estar tan seguro?

—¿Importa eso, señor? Si es británico y huimos no perdemos nada, pero si es francés y nos quedamos, tal vez…

—Tal vez… ¿qué? —Morris volvió a fruncir el ceño; su lentitud para comprender era un síntoma de su debilitada condición. De repente, Drinkwater sintió compasión por él.

—Tal vez lo perderemos todo, señor. Recomiendo la huida, señor, poner el barco un punto más al viento y ver qué hacen ellos. —Hizo una pausa—. No tenemos batería principal, señor —recordó a Morris.

La responsabilidad del mando hizo reaccionar un poco a Morris. Asintió.

—Muy bien.

Drinkwater se dirigió a la puerta.

—¡Drinkwater!

Nathaniel se detuvo y volvió a dirigir la mirada al camarote. Arrastrando sus sucias sábanas tras él, Morris estaba tratando de ver al enemigo por las ventanas de popa.

—¿Sí, señor? —Morris se volvió, con el rostro gris y demacrado bajo la piel.

—Yo… nada, maldita sea. —Morris parecía terriblemente solo. Y asustado.

—De veras, señor, se sentirá mejor si se abstiene de tomar alcohol y bebidas fuertes. —Se alejó a toda prisa, casi aliviado por poder concentrar la mente en el problema de la huida.

—¡Hombres a las brazas! —El grito fue coreado por todo el barco.

—¿Llamo a todos los hombres, señor? —preguntó ansiosamente Quilhampton—. ¿Acuartelamiento?

—Todavía no, señor Q —dijo Drinkwater levantando la vista—. No tenemos tambor de marina que haga los honores. Además, para huir no hace falta tanta ceremonia. —Drinkwater tuvo la sensación de haber revelado algo vergonzoso al muchacho, como si no hubiera ocasiones en que hasta los marineros británicos tenían que huir si el enemigo los superaba en armas y número—. ¡Icen y tensen un poco, ahí! ¡Medio punto a barlovento, maldita sea! —Miró arriba mientras los hombres de guardia izaban las vergas contra las jaretas; cada una de las vergas, cada vez mayores, formaba un ángulo con el viento ligeramente más agudo que su superior.

—¿Sobrejuanetes, señor?

—Sobrejuanetes, señor Q.

La persecución se prolongó hasta la tarde, y el viento se volvió cada vez más variable. Con una brisa tan ligera, el ambiente a bordo dejó de ser dramático para convertirse en siniestro. Drinkwater permaneció en cubierta, estupefacto por las miradas de indignación que le lanzaba el teniente en funciones Dalziell. Morris apareció varias veces, tomando el catalejo de Drinkwater y murmurando la aprobación de su conducta antes de regresar abajo para continuar con su debilitante flujo.

Drinkwater se preguntó qué habría hecho Appleby con la información de que él también había estado enfermo, y entonces se dio cuenta de que ya no era así; solo estaba hambriento, y había un tema más urgente que ocupaba su atención.

—Señor Dalziell, tenga la amabilidad de traerme el cuadrante de mi camarote.

—Señor Drinkwater, debo recordarle que tengo un nombramiento en funciones…

—¡Usted puede tener un nombramiento, pero no tiene dignidad! ¡Vaya ahora mismo! —Dalziell huyó. Durante la media hora siguiente, Drinkwater midió cuidadosamente el ángulo subtendido por la verga superior del enemigo y el horizonte. Durante aquel período, el ángulo aumentó en unos doce minutos de arco.

—No sé si puedo hacer esto, señor. —Oyó la voz de Quilhampton y levantó la vista para ver al guardiamarina sosteniendo el catalejo a su espalda. Lo estaba apartando de la mano tendida del *capitaine* Santhonax.

—Permita que el capitán use su catalejo, señor Q. Tal vez tendrá la cortesía de darnos su opinión.

Santhonax esbozó su sonrisa lobuna por encima de la cabeza del señor Quilhampton.

—Ah, Drinkwater, no quiere desperdiciar ninguna oportunidad de conseguir información, ¿eh?

—Su opinión, señor. —Santhonax tomó el catalejo y trepó cuidadosamente a las cadenas de mesana de sotavento. Su herida había mejorado mucho últimamente, y Drinkwater vio, por la expresión de su boca, que sus peores miedos estaban confirmados. Santhonax descendió a cubierta—. Es un barco francés, ¿verdad, capitán?

Santhonax dirigió a Drinkwater una mirada larga y penetrante.

—Sí —dijo en voz baja—. Es francés. De Île de France.

Drinkwater asintió.

—Gracias, señor. Señor Quilhampton, avise al artillero. —Se volvió a Santhonax—. Capitán, lamento la necesidad que me obliga a confinarlo, pero… —Se encogió de hombros.

—¿Me confinará otra vez?

Drinkwater asintió mientras llegaba el artillero.

—Señor Trussel, quiero que encadenen al capitán Santhonax y al cadete Bruilhac.

—*Merde!*

—Mis disculpas, señor, pero su carácter es sobradamente conocido. —Giró sobre sus talones—. Llame a todos los hombres, señor Dalziell, y hágase cargo de la cubierta mientras hablo con el capitán.

Morris escuchó a Drinkwater, consciente de su impotencia. Un hombre al que nunca habían preocupado las consideraciones morales, que había manejado su profesión a través del abuso y el autoritarismo, y que trataba de atribuir a otros la responsabilidad de sus fracasos, encontró fácil delegar sus funciones en la competencia de Drinkwater. Aunque tenía una sensación de amarga ironía, no era debido a la posibilidad de que Drinkwater le robara la gloria y librara un combate brillante. Ocurriera lo que ocurriera, la victoria se le atribuiría a él, como comandante. Lo que corroía la mente de Morris era la idea de que Drinkwater perdiera la batalla, tal vez deliberadamente.

—Si me abandona o me deja en desgracia, pongo a Dios por testigo de que lo mataré.

No había falsedad en la respuesta de Drinkwater, aunque la pronunciara por encima del hombro.

—Nunca haría algo así, no frente al enemigo.

Drinkwater corrió a cubierta. Una mirada a sotavento confirmó sus peores temores. Podía ver ya todo el casco del enemigo. El *Antigone* estaba perdiendo la carrera. Empezó a dar órdenes.

La explosión de actividad en cubierta apenas se oía en el sollado. En el diminuto dispensario, a la luz de una punta de vela vacilante, Appleby miraba fijamente sus libros y botes. Finalmente se sentó y contempló el tarro, de cristal verdoso y turbio, cuyo contenido adquirió la apariencia de vida gracias a la llama que se agitaba incierta en el fétido aire.

Quitó el tapón del tarro y vertió unos cuantos cristales blancos en la palma de su mano. El tartrato de antimonio y potasio centelleó débilmente en la llama de la vela.

Appleby devolvió los cristales al tarro. Unos cuantos se adhirieron a su piel sudorosa. Suspiró.

—Emético tartárico —murmuró para sí, devolviendo el tarro a la estantería—, un sudorífico que provoca diaforesis. —Volvió a suspirar.

El repentino resplandor de una linterna a través de la puerta entreabierta hizo que su mano saliera disparada y apagara la vela. En la repentina oscuridad, casi rezó por haberse equivocado, pero oyó el jadeo de alarma de la mujer al descubrir el candado abierto en la barra y el pasador libre. Se detuvo, y él supo que se estaba preguntando si habría alguien allí. Tomando una decisión, acabó de abrir la puerta e iluminó la pequeña estancia con la linterna.

Él permaneció inmóvil, y la temblorosa luz puso de relieve su rostro, con sus suaves redondeces, las sombras de las mejillas caídas y la papada ennegrecida. Ella se llevó una mano a la garganta.

—¡Oh! ¡Señor Appleby! ¡Señor, qué susto me ha dado, sentado así en la oscuridad!

—Entre y cierre la puerta.

La observó con tal intensidad que ella pensó que era deseo, no enfado. De hecho, empezó a prepararse para recibir su primer abrazo mientras él se ponía en pie, encorvado contra los baos de la cubierta.

—En nombre de Dios, ¿qué es lo que está tramando? —La voz de Appleby estaba ronca por la ira. Ella se echó atrás. El cirujano tomó la linterna de donde ella la había dejado sobre el banco y la sostuvo sobre el tarro de emético tartárico.

—Le está dando esto al capitán —dijo lentamente, como enunciando un hecho.

—Entonces lo sabe…

—Lo sé. En su vino, aunque todavía no he descubierto cómo lo hace.

Durante un largo momento, ella no dijo nada. Appleby dejó la linterna y volvió a sentarse. La miró.

—Estoy decepcionado… Había esperado que…

Ella se arrodilló ante él y le tomó las manos, mirándolo con sus grandes ojos.

—No quería… Solo quería que se indispusiera, que estuviera demasiado enfermo para dirigir el barco. Usted mismo lo sugirió en una conversación con el señor Drinkwater…

—¿Yo?

—Sí, señor. —Ella había conseguido sembrar las semillas de la duda, y lo había atrapado con su postura suplicante y su rápido ingenio fruto de la vida en las calles—. Ya vio lo que hacía con los hombres, cómo los azotaba sin motivo ni piedad. Mire cómo envió al pequeño y pobre señor Quilhampton al mastelero, él que ha perdido una mano… —Apeló a su amabilidad innata y sintió que él se relajaba—. Todos sabemos lo que dijo el señor Rogers sobre lo que ocurrió en Moca, que el mando hubiera debido corresponder al señor Drinkwater.

—Eso no es motivo para…

—Y la clase de hombre que es, señor…

Pero Appleby reaccionó.

—Eso no debe decirlo usted —dijo con vehemencia y una cierta misoginia emergente—. Eso no justifica un envenenamiento…

—Pero solo le di un poco, señor, lo suficiente para que el flujo lo purgara. Muy poco más que lo que daba usted al viejo capitán para sus ataques, señor. No fue una dosis letal.

Appleby frunció las cejas, concentrado. Su sentido del deber batallaba con su curioso aprecio por aquella mujer arrodillada en la apestosa oscuridad. No quería llamarlo amor, pues se consideraba a sí mismo demasiado viejo, demasiado feo y demasiado científico para que el amor lo conmoviera. Su deseo de defenderla se mezcló con el disgusto que le inspiraba Morris. Descubrió que ya no estaba enfadado con ella. Podía entender sus motivos, como ocurre con los de un niño que se porta mal. Ello no justificaba el crimen.

—Envenenó usted al señor Drinkwater, Catherine —dijo, empleando el reproche más efectivo sin saberlo.

—¡Al señor Drinkwater, Dios mío! ¿Cómo?

—Morris le envió una botella anoche.

—¡Oh! —Fue el turno de Catherine para desinflarse. No había tenido intención de dañar a nadie más, especialmente a quien podía ofrecerle su única posibilidad de evitar ser deportada como convicta —. ¿Cómo… cómo está?

—Se pondrá bien. —Hizo una pausa—. ¿Lo lamenta?

Catherine comprendía bien a aquel hombre. Había ganado. Abriendo la linterna, sopló para apagarla. Y selló su ventaja.

En la batería, todos los hombres disponibles se habían puesto a trabajar. Drinkwater había cedido la cubierta superior a Dalziell con una advertencia al cabo de que sería azotado si el barco se apartaba del viento un punto más de lo necesario. El hombre sonrió alegremente y el primer oficial bajó para poner en marcha una idea que ya estaba provocando muchos comentarios, la mayoría desfavorables.

—Dejen de charlar y escuchen lo que tengo que decirles…

El viento aflojaba cada vez más, pero mantenía su dirección, dando ventaja al perseguidor. Este ya era claramente visible desde la cubierta, pero Drinkwater ya no se inquietaba por su proximidad. En lugar de ello, sudaba y blasfemaba, advertía y animaba, se esforzaba y maltrataba a los fatigados hombres del *Hellebore* mientras estos arrastraban los seis cañones de dieciocho libras de babor para reunir una batería de doce piezas en las portas vacías del lado de estribor.

La cubierta estaba llena de aparejos, cuerdas y bloqueadores. Después de haber pasado varias horas arrastrando una pieza tras otra, poniendo y quitando bozas, cortando cuerdas y tirando de palancas, Rogers, en mangas de camisa y limpiándose la cara sofocada con un pañuelo, se abrió paso por encima de la red de cuerdas.

—Por los clavos de Cristo, Drinkwater, este es un truco muy arriesgado, ¿no cree? Que me cuelguen si veo qué sentido tiene

poner todos los huevos en una cesta. —Hubo un murmullo de asentimiento procedente de varios hombres.

—Vaya, señor Rogers —dijo Drinkwater alegremente, dándose cuenta de pronto de que su flujo y sus náuseas habían desaparecido, y levantando la voz lo suficiente para que todos lo oyeran—. Es para lanzarlos mejor contra los franceses.

—Para que puedan hacerse tortillas…

—Y se las coman con sus malditas ancas de rana… —La broma fue recibida con una carcajada general, mientras el señor Lestock, que se había asomado desde la cubierta, chasqueaba la lengua y se alejaba hacia popa.

—¡El capitán sabe lo que estamos haciendo, señor Lestock! —gritó Drinkwater, y los hombres soltaron otra carcajada. Podía ser un peligroso indicador de indisciplina, pero ¿qué diablos? Todos podían morir durante las próximas horas. O tener que intercambiarse los papeles con Santhonax—. Muy bien; otra vuelta a ese aparejo, señor Brundell, si es tan amable.

—¡Vamos, muchachos! —rugió el cabo. Los hombres se escupieron en las manos y volvieron al trabajo. Recurrieron al grito espontáneo que habían desarrollado para los esfuerzos conjuntos: «¡*Helle… ee… bore*… Eel… meee… jor…!». La pieza de dieciocho libras avanzó por la cubierta y Drinkwater pensó que a Griffiths le hubiera gustado aquel grito.

La noche los encontró casi en calma chicha, pero el susurro del viento mantenía su dirección constante, y Drinkwater mantuvo la opinión de que no debían renunciar a su posición a barlovento, ya que tratar de volver hacia atrás y escapar solo serviría para poner a los franceses entre ellos y el Cabo. Pero el amanecer los encontró a sotavento; el viento aflojaba y arreciaba mientras, a la creciente luz, podían ver que las velas del enemigo se llenaban antes que las suyas.

Pero el disgusto de Drinkwater se vio rápidamente reemplazado por la esperanza una hora después del alba. Sin previo aviso, el viento volvió a virar al suroeste y empezó a arreciar, inclinando los dos barcos. El *Antigone* se ladeó algo menos de lo habitual pues llevaba toda su artillería en el lado de estribor, a barlovento.

Pero la irregularidad del viento había puesto al enemigo prácticamente al alcance de tiro durante la noche. Finalmente, Drinkwater tuvo que ordenar a sus hombres que se acuartelaran.

No lo había hecho antes para conservar sus energías, pero apenas había tomado la decisión y ordenado a los soñolientos hombres de abajo que acudieran a cubierta, el primer disparo cayó al agua, cerca de la amura de babor.

Los ochenta hombres del *Hellebore* corrieron a sus puestos. Rogers acudió a popa y recibió sus instrucciones. Cuando Drinkwater le explicó lo que quería hacer, Rogers le tendió la mano.

—Lo juzgué mal en el pasado, Nathaniel, y lo lamento. Solo espero que la esperanza que he recuperado no sea infundada.

—Amén a eso, Samuel —replicó Drinkwater, sonriendo tristemente. Appleby salió a cubierta.

—¿Sierras y fórceps preparados, Harry? —bromeó Drinkwater sin gracia, estremeciéndose ante la idea de perder algún miembro bajo aquellos instrumentos.

—Sí, Nat, y que Dios me ayude. —Luego añadió, con una mirada significativa a Drinkwater—: Y Kate Best también.

El cirujano desapareció en el tambucho, seguido por Rogers, de camino a hacerse cargo de la batería de cañones de dieciocho libras. Lestock tosió junto a él, fingiendo estudiar al enemigo y haciendo comentarios sobre sus disparos mientras el cañón de persecución de los franceses seguía ladrando. En el peñol y el mastelero mayor se veía ondear la bandera tricolor. Por el momento, no había ninguna insignia en las perchas del *Antigone*. El señor Dalziell paseaba nerviosamente junto a la hilera de carronadas de estribor en el alcázar. A estribor, el señor Quilhampton caminaba arriba y abajo, con el muñón a la espalda, haciendo lo posible por imitar al señor

Drinkwater. En el mastelero mayor, el señor Brundell ordenaría a los hombres del combés poner o quietar vela, según fuera necesario, mientras, con las piernas separadas en el castillo de proa, el señor Grey, con su silbato de plata colgado al cuello, estaba al mando del grupo de delante.

Apareció Rattray, portando una silla. La instaló en el alcázar y Morris, pálido y tembloroso, se dejó caer en ella. Drinkwater se le acercó.

—Me alegro de verle, señor, su presencia animará a los hombres. —Dadas las circunstancias, no podía decir otra cosa. Probablemente el valor de Morris se había juzgado mal, y tal vez la responsabilidad del mando podría darle una nueva perspectiva, igual que la culpabilidad había cambiado a Rogers.

Morris miró a Drinkwater y sacó la mano de debajo de la manta. La culata de una pistola era visible sobre su regazo.

—Ahórreme sus discursos puritanos, Drinkwater. Luche por mi barco, o lo enviaré al infierno.

Drinkwater abrió la boca, estupefacto. Luego la cerró cuando el barco recibió un golpe y una lluvia de astillas salió disparada de la barandilla de la amura de babor. La batalla había empezado. En cubierta, todos miraron a popa. A la luz del día, la fragata que se acercaba tenía un aspecto glorioso, con su casco marrón brillante y su franja color crema. Estaba a un punto de la amura de babor. Drinkwater dio gracias a Dios por la fuerza del viento mientras hablaba con Lestock.

—¡Señor Lestock! Ceda un poco de viento, que parezca una maniobra algo descuidada.

—¿Cederá la posición a barlovento, señor Drinkwater? —lo contradijo Lestock con una mirada en dirección a Morris.

—¡Haga lo que le digo, señor mío! —El cabo movió el timón un par de radios y el *Antigone* viró un par de puntos a sotavento. El fuego cesó. El movimiento mostró que los franceses cruzarían lentamente por la popa del *Antigone*. Por el momento, estarían fuera del alcance de sus cañones de persecución de proa.

—Insignia británica, señor Q. —La Vieja Gloria se agitó sobre sus cabezas, y casi inmediatamente abrió fuego el cañón de persecución de babor del enemigo. Había cruzado su popa. Drinkwater había cedido la posición a barlovento y el *Antigone* no había hecho un solo disparo.

Drinkwater se adelantó y agarró la barandilla.

—¡Señor Brundell! ¡Suelten algo de vela trinquete a sotavento! —Pudo percibir un pequeño temblor a través de las palmas de sus manos húmedas cuando apretó con más fuerza la barandilla. El *Antigone* estaba perdiendo velocidad a través de las temblorosas velas. Esperaba que el enemigo no pudiera ver las escotas agitándose bajo las velas del palo mayor. El barco francés empezó a avanzar, alcanzándolos por el lado de estribor, un barco grande y hermoso, casi idéntico al *Antigone* visto de perfil.

—¿Listo, señor Rogers? —gritó Drinkwater, y le llegó la noticia de que Samuel Rogers estaba listo. Para redimir su honor, supuso Drinkwater.

—Espero que sepa lo que hace, señor Drinkwater. —La voz de Morris sonaba más fuerte.

—Lo sé, señor —replicó Drinkwater, presa de una euforia repentina. Si los franceses retenían la andanada hasta que todos los cañones estuvieran al alcance…

—¡A las brazas de mesana, señor Brundell! —gritó con voz seca y fuerte.

—¿Qué diablos…?

—Por lo que vamos a recibir…

—Santa María madre de Dios…

Una nubecilla de humo se elevó en el primer cañón de babor de la fragata francesa. Eran sus cañones de sotavento, apuntando hacia abajo en una cubierta inclinada hacia el enemigo. Así había quedado la posición a barlovento al finalizar la maniobra. Pero esta no había terminado.

—¡Brazas de mesana! ¡Señor Rogers!

Las brazas de mesana a sotavento salieron de las cabillas, con un hombre en cada una para liberarlas, y con órdenes de cortarlas si una sola vuelta se encallaba en un motón. El cordaje enrollado cumplió su misión mientras las brazas de barlovento se izaban bajo la vociferante dirección de Brundell. A lo largo del lado de estribor, los cañones de la batería principal abrieron fuego entre humo y llamaradas, y las doce piezas de dieciocho libras retrocedieron en sus cureñas para ser refrescadas y recargadas. Drinkwater no creía que pudieran conseguir hacer más de un disparo a su adversario, puesto que, con las velas de mesana retenidas, el *Antigone* había aminorado su velocidad en el agua, y pareció pararse en seco mientras el enemigo pasaba junto a él a toda velocidad, disparando de repente por delante de su presa británica. Quilhampton estaba preparando las carronadas para disparar por segunda vez, gritando a los artilleros como un verdadero oficial naval.

—¡Vamos, hijos de puta, muévanse, aprisa con esa esponja, malditos sean!

Drinkwater estudió el efecto de su andanada. Con la elevación máxima y el barco apartándose del enemigo, tenían que haberle hecho algo de daño. Por Dios, le habían enviado toda las balas y metralla que podían meter en los cañones, todos los proyectiles destructores franceses para que los gabachos probaran su propia medicina.

Y habían fallado. Pese a su frustración, el ojo siempre observador de Drinkwater pudo leer el nombre de la fragata mientras esta pasaba junto a ellos: *Romaine*. Y, por el cielo, tenían que huir.

En el castillo de proa resonó un vítor y Drinkwater volvió a mirar. El mastelero mayor del enemigo se estaba inclinando a sotavento. Trazó una elegante curva y cayó entre una lluvia de perchas, en un descenso errático mientras los estayes lo detenían brevemente y se partían bajo su peso.

El alivio se apoderó de Drinkwater. Había gritos de alegría por toda la cubierta superior y desde la batería. Rogers había subido y le

estaba estrechando la mano. Hasta el rostro de Lestock mostraba una sonrisa enfermiza y condescendiente.

—¡Señor! ¡Señor! —Quilhampton estaba señalando.

—¡Por los clavos de Cristo!

Los restos del mástil estaban desviando al *Romaine* hacia babor, a través de la popa del *Antigone*. En la posición perfecta para hacer un barrido. Y había hombres trabajando con hachas entre los escombros. Delante, un hombre chilló cuando su pierna voló por los aires. Era el señor Brundell.

—¡Señor Grey! ¡Atrás las vergas del trinquete! —Se volvió y añadió—: Señor Dalziell, atrás las vergas del palo mayor, aprisa.

Esperó con impaciencia. El *Antigone* se había detenido. Debían retroceder, para salir de la zona peligrosa antes de que…

La andanada les golpeó, y las balas azotaron toda la longitud de la cubierta. El señor Quilhampton cayó; junto a Drinkwater, Lestock emitió un «¡urgh!» y una gran mancha de sangre apareció sobre las calzas del primer oficial. Drinkwater estaba petrificado. En el castillo de proa, con las piernas aún separadas, estaba el señor Grey. Los dos hombres permanecieron aturdidos, a cien pies de distancia, mirándose el uno al otro por encima de la tragedia humana. Como por arte de magia, algunas figuras se pusieron en pie y las cadenas mayores gimieron en los racamentos. Tras ellas sonaron las del palo trinquete. El *Antigone* empezó a retroceder. Atronó una nueva andanada. La habían disparado al subir. El mástil de la gavia delantera del *Antigone* cayó por la borda.

—¡Timón a barlovento! ¡Timón a estribor! —Pero la orden de Drinkwater llegaba demasiado tarde. La fragata ya estaba virando a barlovento, con la proa encarando el viento y cruzándolo, hasta que finalmente acabó con el lado de babor desarmado mirando al enemigo.

—¡Brazas a sotavento! —Si conseguía ajustar las vergas y pasar a la amurada de babor, todavía podrían escapar. La tercera andanada derribó el mastelero mayor, y la gavia de mesana con él. En el timón no quedaba nadie con vida.

Drinkwater miró al *Romaine*. Sabía que los cruceros franceses llevaban tripulaciones muy numerosas. Las ventajas que ello les proporcionaba resultaban aparentes. Ya habían limpiado los escombros y el barco estaba bajo control, avanzando hacia ellos.

—¡Señor Dalziell, preparen las carronadas de babor! ¡Señor Grey! ¡Carronadas de babor del castillo de proa! —Amargamente, Drinkwater se adelantó y tiró de uno de los versos de bronce del pasamanos. Lo dirigió a la fragata que se aproximaba.

—¡Señor Drinkwater! —Se volvió para ver que Morris lo apuntaba con la pistola—. Ha fracasado, señor Drinkwater…

—¡Todavía no, por Dios, Morris, todavía no!

—¿Qué más puede hacer, pedazo de mierda? Su inteligencia lo ha destruido. —El cerebro de Drinkwater se sublevó ante la actitud de Morris. Cierto, hacía un momento él mismo había estado al borde de la desesperación, pero la mente humana tiene ocurrencias extrañas cuando funciona bajo presión. En aquel momento no se le ocurrió que la acción de Morris al apuntarle con una pistola fuera irracional; ni que el aparente deleite de Morris por su fracaso acabaría con la captura del propio Morris. Pero aquel viejo insulto de los tiempos de la camareta estimuló a su cerebro a hacer nuevos esfuerzos.

—No, señor. ¡Por Dios, aún nos queda una carta que jugar! —Gritó llamando al señor Rogers mientras Dalziell se aproximaba con un bulto de tela de color en las manos.

—¿Qué diablos es eso? —gritó Drinkwater.

—Se me ha ordenado arriar la insignia —dijo Dalziell.

Capítulo 21

Noviembre-diciembre de 1799

Una cuestión de suerte

Drinkwater arrebató la insignia de la mano de Dalziell. La tela roja se derramó sobre cubierta. Se volvió a Morris, con una pregunta silenciosa en los labios. Morris inclinó la cabeza, implicando que su autoridad estaba detrás de la rendición.

La creencia de que iba a morir se había apoderado de su mente con tanta fuerza que estaba convencido de que la rendición significaba la supervivencia. El crucero enemigo era de Île de France. Como comandante de una presa que había luchado con tanto honor, sería tratado con respeto, y se recuperaría una vez apartado de quien lo estaba envenenando. Otra razón acudió a la mente de Morris, añadiendo más peso a la idea de la rendición. Mientras él disfrutaría de un cómodo arresto domiciliario en Port Louis, sus oficiales serían encarcelados. Drinkwater estaría entre rejas mientras durara la guerra. Aquello finalizaría la tarea que había dejado inacabada en Kosseir.

En la atmósfera electrificada que imperaba en el alcázar, todo aquello era patente para ambos. Su mutua antipatía había llegado al culmen.

—Los franceses envían un bote, señor —dijo Dalziell, cuyos ojos iban pasando del uno al otro. Drinkwater se volvió y devolvió la insignia a Dalziell.

—¡Esta es la insignia del *Hellebore*, por Dios! ¡No toleraré que se rinda!

Rogers llegó al alcázar y vio la insignia.

—Supongo que no nos habremos…

—¡No, por Cristo, no nos hemos rendido! —Dalziell fue empujado hacia las drizas mientras Drinkwater gritaba a Rogers—: ¡Traiga aquí a Santhonax y Bruilhac! ¡Rápido!

Drinkwater observó el bote que se acercaba, una lancha llena de hombres, a un cable de distancia.

—¡Es una orden, maldita sea! —siseó Morris furiosamente. Drinkwater se volvió y vio el cañón de la pistola.

Cruzó la cubierta en dos zancadas y le arrancó el arma de la mano.

—Usted puede pudrirse, Morris, pero yo no he acabado aún… Ice esa maldita insignia, Dalziell, inútil…

Drinkwater se dio cuenta de que estaba apuntando al joven con la pistola. Dalziell dirigió una mirada temblorosa y final a Morris y luego obedeció la orden. Izó las drizas mientras Santhonax aparecía en cubierta. El francés miró a su alrededor con curiosidad, se fijó en las perchas caídas, los cuerpos destrozados y las manchas de sangre de la cubierta. También vio cómo izaban la insignia, y su rápida mente comprendió la situación. Una ojeada a barlovento le mostró a sus compatriotas, las portas del *Romaine* y el bote, ya casi junto al barco.

—Que se acerquen a la barandilla, Rogers, los gabachos no dispararán contra su propio bote.

Pero un cañón sí disparó, y la bala les pasó por encima, una sola descarga para recordar a los británicos la etiqueta de la guerra.

Drinkwater apuntó con la pistola a Santhonax.

—Capitán, diga al bote que se detenga. Este barco no se ha rendido. Las drizas de la insignia han recibido un impacto. Si el oficial del bote lo detiene no abriré fuego hasta que haya regresado a su barco, de lo contrario lo destruiré —hizo una pausa—. Y a usted también, capitán.

El bote francés estaba a diez yardas, con su oficial en pie en la popa, contemplando estupefacto la aparición de un oficial naval republicano en pie bajo la insignia británica como Héctor sobre los muros de Troya.

Santhonax miró a Drinkwater.

—No —dijo simplemente—. Que lo desesperado de la situación y su propia conciencia decidan si me dispara o no.

El corazón de Drinkwater latía dolorosamente, y estaba cubierto de sudor. Percibió que Morris esperaba los acontecimientos. Blasfemó entre dientes.

—¡Arriba, Bruilhac! —El aterrado muchacho subió temblando a la barandilla mientras Drinkwater hacía una señal a Rogers de que bajara a Santhonax. Rogers saltó hacia delante, junto a Tregembo. Pero llegaron demasiado tarde.

Drinkwater estaba a punto de amenazar a Bruilhac con una muerte instantánea si no hacía lo que le pedía, pero aquella crueldad no llegó a ser necesaria. Una súbita explosión de fuego de cañón al este desvió bruscamente la atención de todos del pequeño drama de la barandilla del *Antigone*. Al principio pareció que el *Romaine* había disparado una última andanada para obligar al *Antigone* a rendirse. En su bote, los franceses pensaron lo mismo. Hubo un movimiento simultáneo para agachar las cabezas. Bruilhac se desvaneció de puro terror, mientras un reflejo similar llevaba a Santhonax a saltar por la borda.

Mientras Drinkwater registraba la huida de Santhonax y oía el aullido de rabia de Morris, se dio cuenta de que no había llamas en el lado de babor del *Romaine*. El sol brillaba por entre el humo de las anteriores andanadas mientras el viento acababa de empujarlo a sotavento y allí, en el brillante camino trazado por el sol sobre el mar, vieron al recién llegado.

—¡Una fragata británica, por lo más sagrado! —gritó Rogers, sacándolos de repente a todos de su estado de estupefacción. Tregembo tomó dos balas redondas de la guirnalda de la carronada y trató de arrojarlas contra el bote francés. Los franceses tomaron

los remos precipitadamente justo en el momento en que la mano del capitán Santhonax se levantaba pidiendo ayuda. Drinkwater pudo entrever su cara, desfigurada y distorsionada por el dolor del hombro, con el brazo izquierdo inerte y sus largas piernas pateando poderosamente.

Otra descarga atronadora, en aquella ocasión del *Romaine*, causó una breve pausa. Ninguna bala cayó cerca del *Antigone*; el *Romaine* estaba girando las vergas para llenar las velas de viento. Drinkwater saltó a cubierta.

—¡Rogers! ¡Tregembo!

Tomó un cartucho y lo metió en la carronada más próxima. Tregembo introdujo una bala en el cañón y se unió a Rogers en los aparejos. Drinkwater hizo girar el tornillo y vio cómo la boca de la pieza descendía. Se apoyó en el rail y sintió que la pesada rueda se movía.

—¡Listo!

A través de la porta podía ver el bote, y a un oficial y un marinero izando a Santhonax a bordo por encima del yugo. Rogers acercó el tubo de cebar al oído del cañón y sopló para llenar la ranura de pólvora. Todavía mirando por la porta, la mano derecha de Drinkwater amartilló el arma y sus largos dedos se cerraron en torno al acollador. El bote estaba a tiro.

Se le ocurrió que era más fácil matar a distancia, lejos de la confrontación de la que Santhonax acababa de huir. Solo tenía que tirar del acollador y Santhonax moriría. Pensó en los ojos grises del retrato de abajo, y en cómo Dungarth y él la habían soltado. De Hortense pasó a pensar en Elizabeth. El yugo del bote cruzó el extremo del barril. Tiró del acollador.

La carronada retrocedió en sus raíles. Drinkwater saltó a la barandilla para observar la caída de la bala. Vio un chorro de agua a un pie de la amura del bote. Le sorprendió el alivio que sintió.

—Probemos con la fragata. —Drinkwater volvió a girar el tornillo elevador, poniendo al fugitivo *Romaine* en el punto de mira mientras, con el mástil destrozado, el barco se alejaba lentamente. El viento

era leve; sus cañones lo habían machacado. Hicieron seis disparos antes de abandonar. El *Romaine* estaba fuera de su alcance.

Giraron los cuellos para ver qué ocurría. Vieron que su rescatador empezaba a virar, tratando de cruzar frente a la popa del *Romaine* para hacer un barrido. El capitán francés hizo girar el timón y siguió al barco británico, de modo que se rodearon el uno al otro como perros, con el hocico en la cola. Una terrible andanada partió del *Romaine*, y una respuesta algo más leve del otro barco. El británico también disparó. El *Romaine* empezó a desviarse al sureste. El barco extraño viró en su persecución, perdiendo por la borda al hacerlo el mastelero de mesana.

—El *Telemachus* —leyó Drinkwater, mirando por su catalejo. Los dos barcos se alejaron lentamente, dejando solo al *Antigone*. El bote había desaparecido.

Drinkwater se volvió para observar el interior del barco. Morris y él intercambiaron una mirada. Bajo sus pesados párpados, Morris tenía una expresión torturada. Se dirigió abajo.

Sin ninguna sensación de triunfo, los ojos de Drinkwater se fijaron en el cuerpo de Quilhampton. Tregembo se unió a él.

—No tiene ni una herida. Espere, no está muerto… ¡Señor Q! ¡Señor Q! ¿Me oye? —Drinkwater empezó a frotar las muñecas del chico. Sus ojos temblaron y se abrieron. Rogers se inclinó sobre ellos.

—El paso de una bala lo ha dejado sin respiración. Vivirá —dijo Rogers.

Tardaron tres días en reparar la fragata, tres días de ímprobos trabajos que la agotada tripulación pasó bregando y maldiciendo, comiendo y durmiendo entre los cañones. Pero aunque se quejaban, trabajaban de buena gana. No eran del *Antigone* sino del *Hellebore*, y la gran fragata era su recompensa, la prueba concreta de sus esfuerzos conjuntos. También sería una fuente de beneficios, y la reducción de su número aumentaba la parte individual de cada uno.

Gracias a sus esfuerzos, instalaron masteleros nuevos o improvisados, y pudieron instalar velas mayores y gavias en los tres mástiles. Más tarde, Drinkwater pensaba que podrían construir un juanete, después de haber modificado debidamente algunas de las perchas rescatadas.

Para Drinkwater, la necesidad de volver a poner la fragata bajo control era más importante que todo lo demás. Morris se retiró a su camarote, desde donde les llegaron noticias de que por fin podía retener el alimento. Desde la camareta subieron los cadáveres, amortajados con hamacas, de los que no habían sobrevivido a la cirugía de Appleby, los heridos sonriendo valientemente y las botellas de ron vacías que sostenían a Appleby durante las largas horas que pasaba dedicado a su terrible profesión.

Johnson informó de que habían recibido veintiún impactos de bala en el casco, pero solo dos lo bastante graves para provocar vías de agua.

Las bombas funcionaban regularmente mientras los hombres restantes luchaban por arrastrar la media docena de cañones de dieciocho libras de nuevo a sus portas de babor. Dieciséis hombres habían muerto y veinte resultado heridos durante la acción. El rango prácticamente había dejado de existir mientras bajo el mando de Drinkwater; los oficiales tiraban de las cuerdas y dirigían con el ejemplo. El señor Lestock meneaba la cabeza con desaprobación, y Drinkwater le dejaba la cubierta a él y a su precioso sentido del honor, recibiendo un gran consuelo del apoyo leal de Tregembo y del pobre y manco señor Quilhampton, que hacía lo que podía. Samuel Rogers se reveló como un hombre al que, si se le asignaba una tarea que cumplir, la llevaba a cabo con aquella energía indomable que lo caracterizaba.

Durante la tarde del tercer día después de la batalla contra el *Romaine*, vieron una vela a sotavento. Los catalejos la observaron ansiosos, por si resultaba ser un *Romaine* reparado que acudía a acabar definitivamente con su reciente adversario. Lo último que los del *Antigone* habían visto desde los dos barcos fue al *Telemachus* en

persecución del *Romaine*. No vieron rastro de Santhonax ni del bote francés, y se suponía que había conseguido refugiarse en el *Romaine*.

Drinkwater puso el viento en popa e informó a Morris. Recibió un gruñido en respuesta.

—Creo que es el *Telemachus*, señor —le informó Quilhampton cuando Drinkwater regresó a cubierta.

—Ice el interrogante, señor Q. ¡Señor Rogers! ¡Acuartelamiento general, por favor!

Los silbatos sonaron en las escotillas y la tripulación, lastimosamente reducida, subió a cubierta, aumentado el número de hombres de guardia. El extraño se acercaba rápidamente, navegando mucho más alto que la fragata herida. La señal de reconocimiento se elevó en su mastelero de mesana.

—Es británico, pues —dijo Lestock innecesariamente.

Drinkwater mantuvo a los hombres en sus puestos mientras el barco se acercaba. A una milla de distancia disparó un cañón a sotavento e izó la señal de ponerse al pairo.

Drinkwater dio la orden de echar atrás la vela mayor. En su actual estado, el *Antigone* no podría huir ni luchar contra un barco a sotavento.

—Envían un bote, señor —informó Quilhampton.

Drinkwater descendió para informar a Morris. Encontró al comandante observando al recién llegado desde la galería de estribor.

—Veintiocho cañones, ¿eh? Lleva un capitán confirmado. ¿Sabe quién está al mando?

—No, señor.

—Voy a subir.

El bote cabeceaba sobre las crestas de ola que los separaban.

—Hay un guardiamarina a bordo, señor —informó el señor Quilhampton, con los ojos brillantes de excitación. Se le ocurrió a Drinkwater que el señor Q se sentía repentinamente orgulloso de la pérdida de su mano. Era una compensación bastante pobre, pensó.

—Vaya a recibir a ese joven, señor Q.

Los hombres observaban con curiosidad el bote que se aproximaba, los de los cañones a través de las portas.

—Que lo miren —se dijo a sí mismo Drinkwater. Se habían merecido algo de tolerancia.

Con el uniforme en desorden, Morris salió a cubierta, extendiendo la mano para recibir un vaso. Lestock llegó antes que Dalziell. El guardiamarina pasó por encima de la barandilla. Hubo gritos burlones en las portas inferiores, y la voz de Rogers espetó:

—¡Silencio ahí!

La tripulación del bote iba vestida con camisas de rayas azules y blancas y pantalones de algodón blanco. Llevaban sombreros relucientes con cintas azules y blancas, y sus remos estaban pintados con los mismos colores. Tal despliegue divirtió a los hombres del *Hellebore* y llevó a Drinkwater a la conclusión de que el capitán era un hombre rico. Un oficial con intereses «parlamentarios», probablemente joven y probablemente con la mitad de sus años. Acertó casi en todo.

Quilhampton se aproximó al alcázar, vio a Morris y cambió su dirección, de Drinkwater al comandante.

—El señor Mole, señor.

El guardiamarina se inclinó. Su apariencia, alta, delgada y con el cabello rubio, estaba en franca contradicción con su nombre. Su acento era rural, de Norfolk, aunque cuidado.

—Mis respetos, señor. El comandante Morris, según creo. —Morris se puso muy tieso.

—Para usted, capitán, maldito mocoso. ¿Quién está al mando de su barco, eh?

El chico no se achantó.

—El capitán White, señor. El capitán Richard White, que me ha pedido que les ofrezca cualquier servicio que puedan requerir, aunque veo —dirigió el brazo hacia arriba—, que no los necesitan. Mi enhorabuena.

Drinkwater sonrió. El descaro del joven caballero era digno de admiración, particularmente porque parecía inmune a la apariencia aterradora de Morris.

Morris se quedó con la boca abierta. La cerró y se volvió despectivamente, cruzando la cubierta hacia el tambucho.

—Señor Drinkwater, supongo que el pez gordo que está al mando en ese barco querrá que obedezcamos sus órdenes. Dígale a esa mierdecilla lo que queremos, y luego eche su culo perfumado de mi barco. —Desapareció.

—A la orden, señor. —Drinkwater estudió al guardiamarina—. Y bien, señor Mole, ¿tiene la costumbre de hablar en ese tono a los oficiales superiores? —El muchacho parpadeó, y Drinkwater continuó —: Su capitán; ¿es Richard White, de Norfolk, un hombre bajo con el cabello claro?

—El capitán White no es demasiado alto, señor —dijo Mole, muy estirado.

—Muy bien, señor Mole, quiero que informe al capitán White de que tenemos pocos hombres pero podremos llegar al Cabo. Llevamos despachos del almirante Blankett, y vamos armados *en flûte*. Capturamos esta presa con un bergantín, y estamos muy agradecidos por su llegada el otro día.

Mole sonrió, como si hubiera sido personalmente responsable por la oportuna llegada del *Telemachus*.

—Oh, y señor Mole, también quiero que le informe de que el nombre del capitán es Augustus Morris, y de que mi nombre es Drinkwater. Es muy importante que le transmita esta información.

Mole repitió los nombres.

—Por cierto, señor Mole, ¿qué pasó con el barco francés?

—Se nos escapó durante la noche, señor.

—Lástima —dijo Drinkwater mirando a Quilhampton—. A nosotros no nos hubiera pasado eso, ¿eh, señor Q?

—No, señor —sonrió Quilhampton.

—Mire qué le sucedió al señor Quilhampton la última vez que entramos en combate… —Quilhampton levantó el muñón—. El señor

Quilhampton impidió que el enemigo escapara agarrando su bauprés… —Las carcajadas resonaron por el maltrecho alcázar del *Antigone*, y Mole, consciente de que él era el blanco de la broma, se tocó la frente y huyó.

—¡Ah del bote! —Lestock saludó al bote, que había regresado.

—*¡Telemachus!* —El saludo confirmaba que el capitán de la fragata iba a bordo.

—¿Cómo quiere que lo recibamos, señor Drinkwater? —preguntó Lestock con sarcasmo. Drinkwater bajó el catalejo, habiendo reconocido a la diminuta figura en la popa.

—Oh, yo diría que usted y el señor Dalziell bastarán como decoración, y el señor Grey con sus ayudantes como grumetes. No es el momento de andarse con ceremonias. ¡Señor Q!

—¿Señor?

—Informe al capitán de que el capitán White va a subir a bordo.

—A la orden, señor. —Drinkwater fue a proa para unirse al grupo de recepción. Lestock estaba furioso.

Sonó el silbato de Grey y Drinkwater se quitó el maltrecho sombrero.

—¡Que me cuelguen, eres tú! —Richard White, con galones decorados en las bocamangas y en los hombros, le tendió la mano en un saludo informal—. Me alegro mucho de verte, Nat… —Miró a su alrededor con expectación—. ¿Qué es eso que ha dicho el mocoso de Mole sobre…?

Hizo una pausa y Drinkwater se volvió. Vio que Morris estaba saliendo a cubierta.

—¡Malditos sean mis ojos, pero si es el maricón de Morris!

Capítulo 22

Noviembre de 1799-junio de 1800

El cabo de Buena Esperanza

El capitán White había sufrido muchos años atrás los sádicos abusos de Morris cuando él y Drinkwater servían en la fragata *Cyclops* como guardiamarinas. Desde aquella época, en que el aterrado White había sido protegido por Drinkwater, el servicio bajo el puntilloso Saint Vincent, seguido por el mando absoluto de su propio barco, habían convertido a White en un personaje decidido e irascible. Bajo aquella fachada, sus amigos percibían el encanto juvenil y la incertidumbre ocasional de un hombre todavía joven, pero la autoridad a la que se había habituado se combinó con un impulso irresistible de humillar públicamente a su antiguo torturador.

Hubo un momento de silencio entre los tres hombres, preñado de emociones reprimidas. Drinkwater, atrapado como una veleta entre dos superiores, esperó pacientemente a la reacción de Morris, sabiendo que White había hecho un comentario durísimo. Inexplicablemente, Drinkwater sintió una simpatía momentánea hacia Morris. Si el comandante pedía satisfacción en el Cabo, estaría justificado, dijeran lo que dijeran las regulaciones navales sobre los duelos. Por su parte, White tenía un aire impenitente y desafiante; las semanas de aquel infierno adolescente le volvían a la mente mientras se enfrentaba con su antiguo verdugo.

Morris estaba petrificado; había perdido el color del rostro en su furia por el insulto recibido en su propio alcázar. Criado en la antigua escuela de crueldad naval, protegido por sus influencias de las consecuencias de su vicio, su naturaleza brutal había estado resguardada durante mucho tiempo por los privilegios del rango. Y de repente se encontraba cuestionado por una superioridad moral que no contenía ninguna de las motivaciones mezquinas de las intrigas navales. El impetuoso candor de White lo había desarmado.

Morris lanzó a White una mirada de puro veneno, pero su reciente ascenso hizo que se callara. Se volvió y se dirigió al tambucho, medio empujando a Drinkwater, con la boca retorcida por la rabia y la humillación.

White ignoró la mirada embarazosa que dirigió Drinkwater a la espalda de Morris.

—Bien, Nat, lamento mucho haber perdido al gabacho, se me escapó durante la noche. El viento amainó, y el cielo amenazaba tormenta. Negro como boca de lobo, por Dios. Una verdadera lástima. —Pasó los ojos por las vergas y cordajes del *Antigone*. Todos ellos llevaban la marca de la diligencia de Drinkwater, en comparación con la última vez que los había visto—. Veo que has estado ocupado. Pero vamos, cuéntame qué fue del bergantín donde te vi por última vez. Me enteré de que te habían enviado al mar Rojo. Saint Vincent estaba furioso. Creo que si Nelson no hubiera enviado a Brueys al infierno en Aboukir, le habrían pedido cuentas. —White esbozó su sonrisa juvenil—. Escribí a Elizabeth y se lo dije. Pensé que no podríais enviar cartas hasta el Cabo… —Drinkwater trató de expresar su agradecimiento, pero White siguió hablando y mirando a su alrededor con curiosidad—. Diablos, es una fragata muy hermosa, desde luego. Mole me ha dicho que estáis *en flûte*.

—Sí, señor. Doce piezas de dieciocho libras en la batería principal.

—¿Y luchasteis con el *Romaine* con andanadas de seis?

—No exactamente. Montamos todas las piezas a estribor. —White enarcó las cejas y luego las bajó al comprenderlo—. ¿De modo que

la batería de babor estaba vacía?

—Sí, señor.

—Bien, que me cuelguen. Te estás volviendo tan poco ortodoxo como Nelson. Pero creímos que os habíais rendido.

—Un disparo en las drizas de la insignia —dijo oscuramente Drinkwater.

—Ah. —White dirigió una mirada desconcertada a Drinkwater—. Estábamos buscando al crucero francés desde que el *Jupiter* fue destrozado por el *Preneuse* en octubre. Creíamos que el *Romaine* era el *Preneuse*, maldita sea. —Se frotó las manos—. De todos modos, os acompañaremos al Cabo, ¿eh? Hay que ir a la bahía de Table a por órdenes, puedes decirle eso a Morris. ¿Qué me dices de venir a cenar al *Telemachus*?

Drinkwater miró tristemente hacia la claraboya del comandante.

—Será un honor aceptar, señor. Y le estoy muy agradecido por escribir a Elizabeth. Estaba embarazada, ¿comprende?

White hizo un gesto despectivo con la mano, como diciendo que él carecía de experiencia con las mujeres embarazadas. Había captado el significado de la preocupación de Drinkwater por el furioso Morris, en su camarote de abajo.

—No te habré metido en un lío, ¿verdad? Me refiero a si he complicado las cosas entre tú y Morris.

—No pueden empeorar mucho, señor.

White miró astutamente a Drinkwater.

—¿Os habíais rendido?

—*Yo* no, señor. —Drinkwater le devolvió la mirada y enfatizó el pronombre personal.

—Te veré en el Cabo, Nat. —Drinkwater observó cómo el bote de White se alejaba. El Cabo de Buena Esperanza estaba todavía a mil millas de distancia, y los marineros lo llamaban el Cabo de las Tormentas. Había sido así en el viaje de ida, y esperaba que hiciera honor a su otro nombre en el de vuelta. Drinkwater se puso el sombrero.

—Asegure las velas, señor Lestock. Rumbo al suroeste si puede aguantarlo.

Fue abajo para enfrentarse a Morris.

El comandante estaba sentado muy tieso en su silla, aferrando los brazos del mueble con las manos. Estaba paralizado por las implicaciones judiciales del comentario de White, y el temor a la horca luchaba con la furia por haberse visto humillado en su propio alcázar. El tímido White se había convertido en un capitán colérico y despreocupado, un hombre en ascenso y evidentemente peligroso para las mezquinas maquinaciones de Morris.

Drinkwater tenía la firme impresión de que Morris iba a saltarle a la garganta, incluso mientras lo veía sentado, rígido por la impresión. Tal vez Nathaniel percibió la intención del espíritu de Morris.

—Lamento el comentario del capitán White, señor. Yo no he tenido parte en…

—¡Maldito sea, Drinkwater! ¡Váyase al infierno! —Morris escupió las palabras entre sus dientes apretados, pero su furia era tan grande que acabó con su autocontrol y su discurso se convirtió en un torrente incomprensible de calumnias e insultos.

Drinkwater giró sobre sus talones. Más tarde, Rattray subió buscando a Dalziell.

Pasaron dos semanas, durante las cuales Morris no apareció en cubierta. Appleby lo visitaba diariamente, anunciando que, aunque su condición había mejorado, la recuperación no era tan rápida como había esperado. No hizo más comentarios, pero aquella observación tenía una gravedad que Drinkwater no dejó de percibir.

No llegarían al refugio de la bahía de Table sin el consentimiento del mar. El *Antigone* aprovechó la corriente favorable en torno al extremo sur de África, ignorante del hecho de que, en algún lugar frente al banco de Agulhas, donde la cornisa continental se hunde en las profundidades del Índico Sur, una combinación de vientos del

oeste, en oposición a la fuerza de la corriente, genera uno de los mares más peligrosos conocidos por el hombre.

Mientras la fragata avanzaba laboriosamente a barlovento, con la reducida tripulación empapada, agotada y hambrienta, las galernas del oeste soplaban con furia. Hasta los chistes malos sobre el verano del sur perdieron su fuerza, dando paso a juramentos entrecortados mientras los hombres pugnaban por izar los terceros puños de vela a los penoles de las gavias.

En una estruendosa madrugada, el teniente Drinkwater estaba agarrado a una burda de mesana. Las cubiertas relucían a causa del agua; todavía había charcos de la última inundación, vaciándose por las portas de sotavento. Todas las cuerdas llevaban agua, las velas estaban rígidas. A barlovento, el *Telemachus* se abría camino entre las olas.

Oyó un grito en la crujía y vio el brazo señalando a un lugar de un marinero.

—Oh, Dios mío —susurró Drinkwater, con la voz llena de pánico. Agarró el altavoz.

—¡Agárrense! ¡Agárrense todos!

Al oír el grito, el señor Quilhampton levantó la vista de la cuerda de la barquilla en su cesta. Su mirada cayó estúpidamente sobre su brazo izquierdo. Llevaba un gancho allí, construido hábilmente por el señor Trussel con un tornillo de cañón. Se situó detrás del raíl de la última carronada, y pasó el gancho por la anilla de una escota, pasándose un trozo de trinca en torno a la cintura y fijando la cuerda al cascabel del cañón. Fue su propia vulnerabilidad lo que lo salvó.

En el tambucho principal, Dalziell apareció en cubierta sin que lo llamaran, despedido por Morris al amanecer. La ola estaba a tres cuartos de milla de distancia cuando la avistaron, irguiéndose por encima de las crestas que la precedían, una combinación de fuerzas más allá de la imaginación. Su cresta estaba llegando al estado de inestabilidad crítica que provocaría su colapso en una arrolladora avalancha de agua.

La fragata cayó en el surco y sus velas crujieron por falta de viento. Incluso en las profundidades del casco, donde Appleby estaba haciendo su ronda matutina, se notó aquella pausa momentánea. Entonces la masa de agua se precipitó sobre el barco.

Drinkwater cayó de rodillas y fue arrastrado por la cubierta como los restos de un naufragio. Acabó junto a un cañón, con los pulmones vacíos de aire y la mente presa del ansia por respirar. El señor Quilhampton también yacía jadeante mientras la aparentemente eterna masa de agua pasaba por la cubierta. Delante, un temblor y un estremecimiento revelaron que el largo botalón de foque de la fragata se había desprendido del bauprés. Un cuerpo pasó junto a Drinkwater, y entonces el *Antigone* empezó a elevarse mientras el agua caía en cascada de sus cubiertas. Las olas siguientes fueron mucho más bajas, y les dieron tiempo a recuperar el aliento. Se pusieron en pie tambaleándose, tropezando con las balas descolgadas de las guirnaldas y que rodaban de lado a lado amenazando con golpear o herir a los desprevenidos.

Drinkwater escupió los últimos restos de agua de mar y ayudó al señor Quilhampton a ponerse en pie.

—¡Vaya abajo y pida a Merrick una botella de ron! —Levantó la voz—. ¡Piloto! ¡Timón arriba! Rumbo al este, delante del viento. —Tomó el altavoz, que por casualidad pasaba rodando junto a él, por una cubierta donde todavía había unas pulgadas de agua—. ¡Señor Grey! ¡Que sus hombres vayan a las brazas! Hay que izar la amura de trinquete y las velas, y poner el barco al viento. ¡Que Johnson sondee la sentina!

El barco empezaba a virar, dando bandazos, tendido en los surcos de las enormes olas y moviéndose con dificultad, a causa del agua que había entrado en las cubiertas inferiores.

—¡Escotas de la vela cangreja! ¡Arríen la vela cangreja, señor Q! —Tomó el frasco que le tendía el guardiamarina y bebió un trago.

Miró hacia delante mientras notaba el calor de la bebida. Podían haber perdido el botalón pero todavía podrían izar una vela de estay en el mastelero del trinquete. Haría que quitaran toda la lona,

dejando solo los puños de escota de la vela mayor para que la papada los pusiera por delante del viento mientras restauraban el orden y achicaban el agua. No podían permitir que el barco se desviara mucho al este, pues entonces tendrían que volver a recorrer el mismo trecho.

Lentamente colocaron al barco delante del viento, retirando los escombros de proa, desatascando los motones de arriba donde las cuerdas rotas los habían bloqueado y achicando laboriosamente el agua del Índico Sur de su sentina. Pasaron horas antes de volver a tener el viento en la popa. El *Telemachus* había desaparecido.

Solo entonces se percataron de que faltaba Dalziell.

—¿Permiso para izar las señales, señor? —pidió Drinkwater. Morris no se volvió y se limitó a asentir. Drinkwater levantó la vista hacia el peñol de la botavara. La Vieja Gloria, la roja insignia británica que habían salvado del *Hellebore* y que había ondeado brevemente sobre una diminuta isla del mar Rojo, se agitaba maltrecha en la fuerte brisa que soplaba hacia la bahía de Table. Por debajo de ella ondeaba la insignia francesa, mucho mayor, con su tela escarlata crujiendo con furia, como resentida por su posición de inferioridad.

—Puede izarlas, señor Q. —Los pequeños bultos se elevaron para abrirse al sol y extender sus colores a sotavento. El señor Quilhampton miró hacia arriba con evidente orgullo.

—Perdón, señor —dijo Tregembo atando las drizas—, pero ¿qué dicen?

—Dicen, Tregembo —explicó entusiasmado Quilhampton—, que este barco es la presa del bergantín *Hellebore*.

No era una señal muy memorable, pensó Drinkwater, enfocando con el catalejo hacia el *Jupiter*, un barco de cincuenta cañones y dos cubiertas, con un amplio pendón en el mastelero. Pero dadas las limitaciones del código, aquella era una descripción adecuada del *Antigone*. Deseó que fuera el viejo Griffiths quien ocupara el lado de barlovento del alcázar.

Morris se volvió, como si hubiera leído los pensamientos de Drinkwater. Había cierta tranquilidad en el comandante, que se manifestaba desde que se había recuperado de su enfermedad. Ello complacía a Appleby pero preocupaba a Drinkwater. Había triunfo en aquellos ojos entrecerrados.

—Que pongan proa al viento, señor Lestock —ordenó Morris. También había una nueva autoridad en él, una seguridad que inquietaba a Drinkwater. El piloto de derrota obedeció la orden con rapidez obsequiosa. Morris había aprovechado la antipatía existente entre el piloto de derrota y el primer oficial para convertir a Lestock en su protegido. Lestock tenía siempre una expresión desdeñosa, como si anticipara la inminente caída de Drinkwater. Este pensó, mientras observaba aquella nueva e inquietante alianza, que nadie había lamentado la pérdida de Dalziell.

Drinkwater tocó la carta que llevaba en el bolsillo. Si podía hacer que la entregaran a White, todo podía acabar bien, siempre que no cayera en las manos equivocadas o fuera malinterpretada. Aquella idea le llenó la mente de dudas, y, para tranquilizarse, volvió a levantar el catalejo.

El *Antigone* viraba hacia el viento, con las velas hacia atrás. A una orden del alcázar, Johnson echó el ancla. El chapoteo fue seguido por el estruendo del cable al salir del pañol.

—¡Drizas de las gavias!

—¡Levanten y recojan! ¡Levanten y recojan!

—¡Comiencen el saludo, señor Rogers!

Drinkwater pudo ver seis barcos en el fondeadero. Tres llevaban la insignia azul de la Oficina de Transportes, y tapaban parcialmente lo que parecían ser dos fragatas y un balandro. Los contempló fijamente, para asegurarse de que una de las fragatas fuera el *Telemachus*. White había llegado al Cabo antes que ellos, después de su separación durante la galerna. Lo invadió un sentimiento de alivio al ver la distante fragata.

—Bajen el bote. —Morris dirigió la escueta orden a Drinkwater, que ignoró la descortesía implícita. Habían reparado un solo bote

para usarlo en el Cabo, y Drinkwater observó cómo los aparejos de las yardas levantaban el bote del combés y lo elevaban por encima de la borda. La proximidad de la tierra había animado por fin a los hombres, pensó, mientras se preguntaba si se atrevería a despachar la carta en el bote.

Decidió no hacerlo, y se unió al grupo que esperaba para despedir a Morris cuando bajara a tierra. Sabía que Morris los haría esperar. Rogers se unió a él, tras haber trincado los cañones de señales.

—Supongo que tendremos que esperar a ese cerdo enfermo como un par de putas en una boda, ¿eh? —murmuró Rogers al oído de Drinkwater. Este sintió una extraña simpatía ante la broma de mal gusto del otro. De profesarse una fuerte antipatía, los dos hombres habían pasado a respetarse mutuamente y a reconocer las virtudes del otro. Durante las dificultades que habían compartido desde la pérdida del bergantín y la toma del mando por parte de Morris, el respeto se había convertido en amistad. Drinkwater sonrió y asintió.

Morris apareció por fin, con uniforme completo. Se detuvo frente a Drinkwater, balanceándose levemente y con el aliento oliendo a ron.

—Y ahora —dijo Morris con tranquila seguridad—, me encargaré de usted.

Mirando a Morris a los ojos, Drinkwater comprendió. La muerte de Dalziell había destruido la única prueba que podría sustentar un caso contra Morris. Dalziell era un objeto usado, y al desaparecer había liberado a Morris de su pasado. La batalla que había librado el *Antigone* contra el *Romaine* había sido meritoria, y, como comandante, Morris se beneficiaría de aquel mérito. Con la sensación de bienestar al haber recuperado la salud, lo había invadido una especie de ansia de reforma, coincidente con sus nuevas oportunidades. La inmensa ironía de que Morris hubiera conseguido su ascenso gracias a los esfuerzos de Drinkwater se veía agravada por la idea de que Morris podría labrarse una buena reputación profesional basada en las decisiones de su segundo de a

bordo durante el combate del *Antigone* contra el *Romaine*. Todos aquellos hechos quedaron repentinamente claros para Nathaniel mientras se enfrentaba a la mirada ebria de Morris.

Se quitó el sombrero mientras Morris se volvía hacia la barandilla. Le asaltó otro pensamiento. Para que su manipulación de los acontecimientos resultara creíble, Morris debía desacreditar por completo a Drinkwater. Y Nathaniel no dudaba de que aquella era precisamente su intención.

El problema de llevar la carta al *Telemachus* quedó resuelto una hora más tarde, cuando Drinkwater volvió a encontrarse con el señor Mole. Drinkwater había estudiado al bote que se acercaba con cierta aprensión, pero se sintió aliviado al descubrir que la misión de Mole era traerle una invitación para la cena prometida a bordo de la fragata de White.

—¿Sería tan amable, señor Mole, de entregar esta nota al capitán White en cuanto vuelva a su barco? Es bastante urgente —había dicho Drinkwater tras aceptar la cortesía y con la secreta esperanza de continuar en libertad para poder disfrutarla.

—El capitán White está visitando al comodoro a bordo del *Jupiter*, señor.

Drinkwater pensó durante un segundo.

—Ocúpese de que la reciba allí, señor Mole, si es tan amable.

Tras la partida del señor Mole, Drinkwater empezó un recorrido nervioso por la cubierta, durante el cual Appleby trató de interrumpirlo. Pero fue rechazado. Drinkwater conocía las preocupaciones del cirujano, sabía que estaba inquieto por el posible descubrimiento de las actividades de Catherine Best, y adivinaba que el futuro del propio Appleby tenía un papel principal en aquellas preocupaciones. Pero la ansiedad de Drinkwater excluía los problemas de los demás. El pendón del mastelero del *Jupiter* significaba la justicia formal y a veces sumaria de las regulaciones navales. El Cabo podía ser un enclave, un punto al extremo de África

sostenido en el puño de la Corona, pero se encontraba dentro de la jurisdicción del Almirantazgo. Nathaniel se estremeció.

Cuando su némesis apareció poco después, fue en la persona de un guardiamarina todavía más puntilloso que el señor Mole. Quilhampton acompañó al señor Pierce a presencia de Drinkwater.

—El comodoro desea, señor, que tenga usted la bondad de acompañarme al *Jupiter* sin demora innecesaria, señor —dijo, arrastrando las palabras. Los modales de Pierce eran tan exagerados que Drinkwater pensó que todos aquellos altaneros guardiamarinas debían considerarlo un experto lobo de mar, cada cabello una soga, cada dedo un pasador. La idea lo tranquilizó, y lo hizo bajar a por su espada con cierta dignidad. Cuando volvió a salir, vestido con su mejor casaca, ya desgastada y brillante, con el mellado sable francés al costado y su sombrero abrillantado con cierto mejunje preparado por Merrick con Dios sabía qué, solo el violento latido de su corazón revelaba su nerviosismo.

—Muy bien, señor Pierce, vámonos.

Observando desde proa, Tregembo murmuró «buena suerte», sabiendo que su propio futuro estaba ligado al de Drinkwater. Más atrás, el señor Quilhampton también lo vio partir. El guardiamarina había observado sus furiosos paseos durante la última hora, conocía el secreto a voces del *Antigone* y compartía el odio de sus compañeros hacia el comandante. También había echado un nada encomiable vistazo a los diarios del señor Drinkwater. El muchacho murmuró sus buenos deseos, que se mezclaron con una idea vaga y quijotesca de matar a Morris en un duelo si algo le ocurría al señor Drinkwater.

El capitán George Losack, comodoro de las fuerzas navales en el Cabo, se reclinó en su silla y contempló al capitán White. En el camarote del *Jupiter* había un ambiente de alivio, como si acabara

de ocurrir algo desagradable y ambos hombres desearan restablecer la normalidad lo antes posible, para que sus mentes dejaran de pensar en la silla recién desocupada y los papeles que la rodeaban. El sombrero del comandante Morris todavía descansaba en la mesilla lateral donde lo había dejado su propietario.

—Bien, por Dios, ¿qué opina usted?

—No quería que yo estuviera aquí, señor —replicó White—. Está claro que considera que tengo prejuicios contra él.

—¿Por qué conoce usted a ese tal Drinkwater?

—Por eso, señor, y porque también conozco el lado más bajo de su naturaleza…

Losack levantó bruscamente la cabeza.

—Si quiere un consejo, deje ese tema, Richard. Un consejo de guerra por ese artículo sería políticamente arriesgado para los dos. Aunque Jemmy Twitcher ya no gobierna en el Almirantazgo, ni dirige sermones blasfemos a una congregación de gatos, todavía es poderoso. Ponernos en contra del hermano de la amante de Su Señoría no solo provocaría el resentimiento del conde, sino que podría granjearnos la enemistad de su puta.

White cerró la boca. No compartía el miedo al conde de Sandwich que sentía el otro hombre. Las influencias femeninas en los asuntos de la Armada habían afectado profundamente a los hombres de su generación. Los desastres de la Guerra de la Independencia americana podían atribuirse en parte a aquella forma de influencia nociva.

—Sin embargo —dijo—, Morris aterrorizó a la gente de la camareta y la cubierta inferior del *Cyclops* durante la última guerra. A veces, a un hombre se le piden cuentas por algo así.

—Raramente —replicó con sequedad Losack, haciendo sonar la campanilla sobre su escritorio—, aunque sería bonito que así fuera. —Apareció su asistente—. Vino, Jacklin, rápido, por favor.

White observó a Losack mientras el comodoro volvía a estudiar los papeles que tenía delante. Las alegaciones que Morris había presentado ante Drinkwater parecían tener mal aspecto para el

teniente. Pero las circunstancias que habían seguido a las preguntas de White habían echado una sombra de duda sobre toda la historia, y Losack era un oficial demasiado diligente para refugiarse en su aislamiento de Londres y dar carpetazo al asunto. Y el tema de la influencia de Morris no podía ser ignorado. Había oído la versión de una de las partes. ¿Y la otra?

—¿Dice que Drinkwater tuvo un nombramiento hace años?

—Tuvo un nombramiento de teniente en funciones en el ochenta y uno. Pasó por encima de Morris.

—Ah. Luego Morris pasó por encima de él en Moca, ¿eh? La primera acción le llena la cabeza de pájaros, y la segunda le hace perder el sentido. La consecuencia es la mala sangre… —Losack hizo una pausa mientras llegaba el vino. Jacklin colocó el mantel y los vasos. Se volvió hacia White.

—Los respetos del señor Mole, señor, y me ha dicho que le entregue esto inmediatamente.

White tomó la carta mientras Losack continuaba:

—Habría un juicio si estuviera seguro de… —Se detuvo indeciso, preocupado por el alcance de las alegaciones de Morris.

—No creo que Drinkwater se sintiera muy decepcionado en el ochenta y uno, señor. Su nombramiento es del noventa y siete…

—Bien, ¿qué clase de hombre es, White? —espetó Losack exasperado—. Parece usted muy interesado en defenderlo.

—Maldita sea, señor —dijo White, enrojeciendo de ira—, es endiabladamente difícil servir bajo un… un… —Se contuvo—. Drinkwater, señor, es un oficial totalmente profesional. Tiene poca o ninguna influencia. Dudo que diera a Morris ningún motivo para sus alegaciones, más allá de un exceso de celo, y no creo que hayamos llegado a la situación en que un oficial deba sufrir por eso.

Losack se levantó y se volvió a mirar por las ventanas del camarote, con las manos a la espalda. Su puesto en el Cabo le resultaba agotador. Sus fuerzas eran inadecuadas para patrullar las rutas comerciales convergentes que daban tanta importancia a su puesto y lo convertían en un terreno de caza tan propicio para los

corsarios franceses. Los problemas internos de los barcos que pasaban eran un maldito engorro. Aquel no era una excepción; mala sangre entre los oficiales de un barco capturado, una mujer convicta implicada en una conspiración sórdida. Se sintió irritado por las exigencias de su rango, envidiando a White, que permanecía sentado al borde de la mesa con las piernas colgando mientras leía la carta que le había entregado Jacklin.

—Ha sido su comentario sobre la rendición lo que ha provocado que nuestro visitante se enfureciera tanto. ¿Qué había detrás de ello, eh?

White levantó la vista de la carta.

—Sugiero que se lo pregunte a Drinkwater, señor. Tengo aquí una carta suya. Al parecer, se cometió un error en Moca. ¡El nombramiento de Morris debería haberle correspondido a él!

—¡Buen Dios! —Losack levantó bruscamente la cabeza—. ¿Exceso de celo, dice usted? ¡Por Dios, a mí me parece que todo esto es una locura! «*Quos deus vult perdere, prius dementat*».

—No creo ni por un momento que esté loco, señor. Muy tenso, quizás. Incluso furioso. Como dice Horacio, «*ira furor brevis est*».

—Hum. Vamos a llamar a ese amigo suyo.

Appleby también había sido citado. Estaba sentado en un banco en la antesala desnuda del hospital y estudiaba las baldosas holandesas del suelo. Pese a lo fresco de la habitación, sudaba abundantemente, con la mente perdida en una confusión de pensamientos contradictorios en la cual su profesionalidad chocaba con la profundidad de sus sentimientos por Catherine Best.

—Me han llamado —le había dicho temblando—. Soy demasiado viejo para mentir, Catherine, temo que haya consecuencias…

Ella había permanecido en silencio, pues había dicho ya todo lo que tenía que decir. Su naturaleza oportunista esperaba acontecimientos. No era una creadora de circunstancias, simplemente manipulaba sus consecuencias. Pero lo besó al salir,

mientras ascendía por el tambucho, grueso, torpe, anciano y afable. A la sazón, sudaba como un condenado.

—Usted también parece sufrir de diaforesis, señor Appleby —dijo el médico, sorprendiéndolo. Appleby se puso en pie—. ¿Me acompaña a dar una vuelta por el jardín, mi querido señor?

El señor Macphadden era un escocés diminuto, reseco y encorvado que exudaba un aire de erudición; su jardín era un cuadrado de césped enclaustrado, apropiado para el intercambio de confidencias médicas.

—Por el mensaje que me llegó antes que el paciente, esperaba encontrarme con un caso de locura entre manos. De hecho, había tomado la precaución de preparar una camisa de fuerza para ese tipo. Pero había sido mal informado. Los delirios no eran nada más que los propios de un hombre muy ebrio y víctima de una exageración del humor colérico, de modo que mi anticipación no se correspondía en nada con los hechos. —El doctor soltó una risita jadeante mientras Appleby contenía la respiración—. Los efectos del ron son bien conocidos. No dudo que sabrá usted que Haslar está lleno de hombres para los cuales el ron ha significado un consuelo, hombres para los que la responsabilidad es demasiado grande, cuyas expectativas se han visto decepcionadas, cuyas habilidades son inadecuadas. El propio efecto químico del ron en el cerebro…

—Pero su enfermedad, doctor… La diaforesis, las purgas y los vómitos… —Appleby no pudo contenerse por más tiempo, aunque se refrenó lo suficiente para adoptar un tono de respeto, sin atreverse a sugerir un diagnóstico, para que tal presunción no invitara a la contradicción.

—Oh, ¿le preocupan las absurdas acusaciones de envenenamiento? Bueno, ha sido envenenado, por decirlo así, pero creo que podemos considerar que es el autor de su propia ruina. No, tiene una inflamación gástrica crónica, indudablemente debida a una úlcera péptica inveterada. Verá, mi querido amigo, su temperamento parece vacilar entre los humores colérico y melancólico. El hombre que depende de la bebida oculta una debilidad reconocida y una

incapacidad de aceptar su propia culpabilidad por autodestruirse. Ese círculo vicioso solo puede tener un resultado. El del desdichado que yace en aquella cama.

Macphadden se volvió y empezaron a regresar al hospital de paredes encaladas. Una oleada de alivio invadió a Appleby, que asintió ante las palabras del otro:

—Dudo que nadie quiera a un comandante que sufre *delirium tremens*.

Drinkwater regresó al *Antigone* tras la frustrante entrevista con Losack que se había prolongado durante una hora. Por las preguntas del comodoro, quedó claro que conocía el contenido de su carta a White. Su sensación de haber sido traicionado con aquella revelación a Losack se vio aumentada por el silencio de White durante el interrogatorio de Drinkwater. La carta era un documento privado entre amigos. A la sazón, parecía que la sombra de un consejo de guerra pendía sobre él.

La llamada a la puerta de su camarote anunció la llegada de Appleby, a quien había enviado a buscar en cuanto el cirujano regresó de tierra.

—Las cosas han salido bien, Nat. Un escocés muy didáctico llamado Macphadden ha diagnosticado gastritis…

—Las cosas no han salido bien, Harry.

—¿Qué diablos pasa?

—Catherine, Harry. Saben que es una convicta. Van a deportarla. He hecho lo que he podido, pero Morris ha revelado su condición a Losack.

El color desapareció de la cara de Appleby.

—¡El muy bastardo hijo de puta sin corazón!

—Cálmese. No hay nada que podamos hacer al respecto. Tal vez cuando lleguemos a Inglaterra… —Era una paja arrojada a un hombre que se ahogaba. Era dudoso que llegara a Inglaterra con la

reputación lo bastante intacta para conseguir el perdón de una convicta, por meritorios que hubieran sido sus servicios.

—Pero, Nat, no puedo dejarla marchar.

—Tiene que embarcar inmediatamente en el *Lady Moira*. Lo lamento mucho.

En silencio, Appleby abandonó el camarote. Abriendo su escritorio, Drinkwater tomó tintero y pluma y empezó a escribir el informe que le había pedido Lostack.

Drinkwater permanecía sentado en silencio mientras Lostack leía su informe, recurriendo ocasionalmente a la evidencia proporcionada por los diarios de cubierta y de señales, y por lo que quedaba de los papeles de Griffiths. Finalmente el comodoro levantó la vista y se quitó las lentes. Estudió durante un momento al hombre que esperaba ansiosamente frente a él.

—Señor Drinkwater —dijo tras una pausa—, parece que he sospechado de usted sin necesidad. —Señaló con las lentes los libros y papeles esparcidos por la mesa—. Estoy convencido de que sus servicios merecen un reconocimiento, pero comprenderá que este es un asunto muy difícil de resolver. No tengo el poder para devolverle su nombramiento, aunque puede consolarlo el hecho de que, en cualquier caso, le habría hecho falta la ratificación de Sus Señorías. Por el momento, el asunto debe quedar así.

Drinkwater inclinó la cabeza.

—Lo comprendo, señor.

Losack sonrió.

—La única compensación que puedo ofrecerle es el mando de la presa hasta Inglaterra. Ocúpese de las reparaciones. Un convoy zarpará dentro de unas tres semanas. Deberían estar listos para unirse a él. Su devoto amigo el capitán White estará al mando de la escolta.

—Gracias, señor. ¿Y el comandante Morris?

—Está enfermo, señor Drinkwater. Úlcera péptica, según tengo entendido. —Losack dio el asunto por zanjado.

Drinkwater se levantó y Losack dejó caer un paquete sobre la mesa.

—Mi secretario reconoció su nombre. Esta carta ha estado aquí durante meses esperando su llegada.

Con el corazón disparado tomó la carta de Elizabeth.

El aire del alcázar del *Jupiter* era innegablemente dulce mientras en un rincón libre Drinkwater abría el paquete, sacando la carta para Quilhampton que había dentro y guardándola en su bolsillo. Empezó a leer con impaciencia.

Queridísimo Nathaniel:

Por fin he recibido noticias tuyas. Te han enviado al otro lado de África en una operación del almirante Nelson. Te escribo muy preocupada por ti, y rezo cada noche por tu bienestar y para que, si Dios quiere, regreses sano y salvo.

Pero no querrás que te hable de mí ahora que hay otra persona con derecho a tu afecto. Tu hija Charlotte Amelia tiene ya más de un año y la nariz de su padre, pobrecilla…

Drinkwater entregó la carta con el pequeño añadido femenino a Quilhampton.

—Avise al señor Tregembo, señor Q.

Cuando el joven se hubo retirado, se miró en el espejo de la tapa de su baúl. ¿Qué tenía de malo su nariz?

Tregembo tosió respetuosamente en la puerta abierta, y Drinkwater se sobresaltó, consciente de que se había pasado varios minutos contemplando su reflejo, meditando sobre su nuevo papel de padre.

—Ah, Tregembo. Susan está muy bien. La señora Drinkwater ha escrito para darme noticias. Sufrió un pequeño absceso hace unos meses, pero estaba de muy buen humor. Me temo que la carta tiene ya unos cuantos meses.

—¿Y su hijo, señor?

—Una hija, Tregembo.

—Ah. —Aquel monosílabo, tímido y casi avergonzado, estaba lleno de alegría disimulada. Tregembo se sonrojó y Drinkwater tragó saliva—. ¿Y el nombramiento, señor?

—No hay nombramiento, todavía no.

—Solo es cuestión de tiempo, señor.

Drinkwater sonrió mientras Tregembo volvía a sus ocupaciones. Se le ocurrió que había sonreído muchas veces durante aquella mañana. Cogió la carta y la releyó.

Appleby entró de repente.

—Nat, escúcheme un momento. Tengo entendido que estará usted al mando del barco en el viaje de regreso a Inglaterra. ¿Es así?

Drinkwater levantó la vista. El cirujano estaba inquieto, con las manos temblorosas y las mejillas agitadas.

—Sí, así es.

—Entonces le ruego que me permita abandonar el barco.

—¿De qué diablos está hablando?

—Hay una vacante de cirujano asistente en el *Lady Moira*. He hecho averiguaciones, hay muy pocos médicos en la colonia… He aceptado el puesto a cambio del pasaje. —Appleby tragó saliva. Había cruzado su Rubicón.

—Harry, maldito perro, ¿va a convertirse en emigrante?

Appleby se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Ella no sería una compañía muy buena en Bath, ¿verdad?

Drinkwater se echó a reír, pero fue interrumpido por Appleby.

—Vamos, Nat, un momento de atención. Tengo poco tiempo. Aquí hay unos papeles dándole poderes para actuar en mi nombre en el asunto del dinero de la captura. Le ruego que acepte y compre las cantidades de medicina que aparecen en esta lista. Cualquier boticario comprenderá las instrucciones médicas. También necesitaré algunos instrumentos; sin duda me convertiré en un hombre comadrona, y no tengo fórceps…

Drinkwater asimiló las instrucciones de Appleby, tomando el montón de papeles y pensando en Catherine Best, Elizabeth y Charlotte Amelia, y en el poder de la mano que mece la cuna.

Drinkwater devolvió la botella a White y se inclinó hacia delante para encender el cigarro en la llama de la vela.

—Creo que ahora que los otros se han ido podemos olvidar las formalidades del rango, ¿eh? —White soltó una risita—. El joven Quilhampton es un auténtico diablillo, ¿no es así? ¿Has oído cómo contaba que el joven Bruilhac considera que comes carne humana? No, no protestes, querido amigo, lo he oído claramente.

—El señor Quilhampton es algo dado a la exageración, lamento decirlo —dijo Drinkwater con afecto. Luego frunció el ceño—. Hay algo que quiero preguntarte, Richard. Algo que no entiendo. ¿Qué pasó exactamente el otro día cuando Morris declaró ante Losack? Estabas allí, ¿no es cierto?

White resopló con sus mejillas enrojecidas.

—Sí, estaba allí, y mi presencia pareció enfurecer a Morris. Supongo que pensó que iba a mencionar sus desagradables costumbres. Empezó a quejarse de ti. Asuntos menores; que no siempre le consultabas cuando arriabas una vela, cosas de ese estilo. No dejaba de mirarme, como si fuera a contradecirle. Podía oler el ron en su aliento, y me fijé en que pronunciaba las palabras con mucho cuidado. Empezó a hacer unas afirmaciones ridículas, según las cuales lo estabas envenenando. ¡Eso no me gustó! Vi que Losack lo escuchaba con interés y pregunté a Morris por qué se había rendido al *Romaine*. —White se echó a reír—. ¡Por el cielo, aquello le hizo daño! Me miró con la mandíbula colgando como una botavara. Entonces soltó un torrente de invectivas absurdas, mezcladas con referencias ocasionales a ti y al envenenamiento.

Estaba fuera de sí, y en mitad del estallido tuvo lo que al principio me pareció un ataque. De hecho, tengo entendido que fue un espasmo gástrico.

White hizo una pausa, volvió a llenar su vaso y continuó.

—Aunque era evidente que Morris estaba enfermo, o borracho, o ambas cosas, Losack estaba preocupado por las acusaciones de envenenamiento. Estoy seguro de que tenía la intención de someter el asunto a un consejo de guerra; hay suficientes barcos aquí para constituirlo. Mientras yo pensaba que Morris había perdido la cabeza, él creía que el loco eras tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Le enseñé la carta en que afirmabas que el nombramiento otorgado a Morris te correspondía a ti.

—Oh, Dios mío… Eso pensé. Pero era una carta privada, Richard. No tenía ni idea…

—Ya lo sé, ya lo sé, mi querido amigo, pero cumplió su misión. Losack quiso verte, y cuando tuvo el diagnóstico del doctor y hubo estudiado tu informe, supo la verdad tan bien como yo. Pero durante un rato pensé que te juzgarían. Me citó a Eurípides. Er, «Dios enloquece al que quiere destruir».

—Eso podía aplicarse mejor al propio Morris.

—Ante lo cual —continuó White, infatigable—, conseguí responder con un fragmento de Horacio: «*Ira furor brevis est*».

—Lo siento, ahí me llevas ventaja.

—«La ira es una locura breve».

—¡Ah! —Drinkwater se reclinó en su silla. Había escapado por los pelos a una peligrosa venganza—. Tengo una gran deuda contigo, Richard.

White hizo un gesto despectivo.

—Yo estaba en deuda contigo por tu apoyo en el *Cyclops* contra ese desgraciado.

—Bueno, ahora estamos en paz —dijo Drinkwater—. Supongo que tendría que ir a ver a Morris. Tratar de hacer las paces con él antes de zarpar.

White lo miró fijamente.

—¿Ir a ver a Morris? ¿Para qué? Deja que ese bastardo se pudra.

—Pero está enfermo, Richard…

—Que me cuelguen, Nat, eres un blando. Pero por eso te queremos, diga lo que diga Bruilhac. Además, Morris no te lo agradecería. Malinterpretaría tus motivos, creería que habías ido para burlarte de él. No tiene sentido que veas a Morris. Nunca más. —La observación parecía final y White vació su vaso. Volviendo a llenarlo, él también se reclinó en su silla. El camarote se llenó de un agradable silencio, roto solo por el crujido del casco, el gemido de las cadenas del timón y el ocasional ruido ahogado de los hombres en proa. Drinkwater sintió que se quitaba un enorme peso de encima. La explicación de White había limpiado el aire de las últimas dudas, y en el humo azul del cigarro flotaban imágenes de Elizabeth y la todavía desconocida Charlotte Amelia. Sintió que lo invadía una gran sensación de paz.

—Recuerdo otra cita de Horacio que tal vez es más apropiada para este caso —dijo White por fin—. «*Caelum non animum mutant qui trans mare currunt*». Lo que traducido significa: «Los que recorren los mares cambian de cielo, pero no de alma».

Y mirando a su sofocado amigo al otro lado de la mesa, Drinkwater asintió.

Nota del autor

Los detractores de Napoleón han insinuado que su proyecto indio fue una fantasía de su época de Santa Helena. Sin embargo, hay evidencias que sugieren que pudo contemplar la posibilidad de esa expedición en 1798 o 1799. Ciertamente, Nelson se tomó la amenaza lo bastante en serio como para enviar al teniente Duval a Bombay por tierra después de su victoria en el Nilo, y su crítico Talleyrand lo sugirió en una fecha tan tardía como noviembre de 1798.

El ataque británico a Kosseir resulta bastante oscuro. Incluso un historiador tan parcial como William James admite que el *Daedalus* y el *Fox* gastaron tres cuartas partes de su munición con muy pocos resultados. Encuentra más difícil explicar cómo unos cien soldados franceses enfermos, los restos de dos compañías de la Vigesimoprimera Demi-brigade, al mando de Donzelot, consiguieron obligar a retirarse a una escuadra británica de superioridad abrumadora. Tal vez por eso no menciona la presencia del *Hellebore*, dado que el capitán Ball tampoco lo hizo en su informe, salvando así algo del prestigio británico.

Los oficiales superiores que aparecen en estas páginas existieron en realidad. El vicealmirante Blankett estaba al mando de la Escuadra del Mar Rojo en aquella época, aunque su personalidad es invención mía. También lo es el señor Wrinch, aunque parece que un «agente» británico residía en Moca durante aquel período.

El papel jugado por Edouard Santhonax no ha sido verificado por la historia, pero las consecuencias de su atrevimiento son el único testimonio que tenemos de la parte desempeñada por Nathaniel

Drinkwater en aquella pequeña campaña. Napoleón se quejó más tarde de que los británicos tenían un barco dondequiera que hubiera agua suficiente para mantenerlo a flote. El bergantín *Hellebore* fue uno de esos barcos.

Respecto a mis fuentes para otras partes de la historia, el motín del *Mistress Shore* se basa en la insurrección casi contemporánea del transporte *Lady Shore*, mientras que la presencia de mujeres en barcos de guerra británicos no era un hecho desconocido.

Para evidencias de alcoholismo y homosexualidad en la Armada de aquel tiempo, remito al lector curioso a las pruebas proporcionadas por Hall, Gardner y Beaufort, entre otros. También es posible hacer más deducciones al respecto a partir de otros cronistas.



RICHARD WOODMAN. Nació en Londres en 1944.

A los dieciséis años abandonó su cuidad natal para enrolarse a bordo de un buque. Desde entonces y hasta su retiro en 1997 no dejó de navegar en barcos de carga como el *Trinity House Service*.

Ha escrito más de cuarenta libros de los que aproximadamente la mitad son novelas, incluyendo las catorce de la serie de *Nathaniel Drinkwater*.

Índice de contenido

Cubierta

Un bergantín de guerra

Prólogo

Capítulo 1. La escolta del convoy

Capítulo 2. Nelson

Capítulo 3. Un bergantín de guerra

Capítulo 4. Sombras de nubes

Capítulo 5. El Mistress Shore

Capítulo 6. El Cabo de las Tormentas

Capítulo 7. La maldición de Vanderdecken

Capítulo 8. Un hombre de la «compañía John»

Capítulo 9. La rada de Moca

Capítulo 10. Las alas del Eagle

Capítulo 11. La bahía de Kosseir

Capítulo 12. Hedor a pescado

Capítulo 13. Y môr coch

Capítulo 14. La voluntad de Alá

Capítulo 15. Santhonax

Capítulo 16. El precio del almirantazgo

Capítulo 17. Un cúmulo de circunstancias

Capítulo 18. Morris

Capítulo 19. Un toque femenino

Capítulo 20. La fortuna de la guerra

Capítulo 21. Una cuestión de suerte

Capítulo 22. El cabo de Buena Esperanza

Nota del autor

Sobre el autor